



Centro de Estudios Sociológicos  
Doctorado en Ciencia Social con especialidad en Sociología  
Promoción XVI

**EL VÓRTICE DE PRECARIZACIÓN**  
El proceso de indigencia en una ciudad fronteriza del norte de México

Tesis para optar al grado de  
Doctor en Ciencia Social con especialidad en Sociología  
que presenta:

Juan Antonio Del Monte Madrigal

Directora:

Dra. Liliana Rivera Sánchez

Comisión lectora:

Dra. Laura Velasco Ortiz  
Dr. Minor Mora Salas

Ciudad de México

Septiembre 2018



Para Don Ángel, Manitas y los vaqueros del Cañón.  
Los mejores maestros que se puede tener en un doctorado.

Para Ricardo, mi padre, con todo mi amor.  
Mi figura ideal. Mi inspiración.  
Este proceso doctoral también es tuyo.

Para Rodrigo Ruiz Patterson.  
Con quien aprendí en la práctica lo que Becker escribió:  
para hablar de la sociedad, la sociología no basta.

## AGRADECIMIENTOS

Las investigaciones de largo aliento, a pesar de que implican un proceso muy solitario, nunca son el producto de un solo individuo. De Gumbrecht aprendí que la sección de agradecimientos es el espacio para dejar constancia de ello y, por lo tanto, no hay que escatimar al respecto.

Isa, corto me quedo al agradecer en primera instancia tu cariñosa, apacible e infinita compañía a lo largo de esta etapa. Tu presencia ha conmovido todos y cada uno de estos días. No tengo duda de que eso ha sido la fuerza paciente e invisible que me ha empujado para terminar este proyecto. Eres pura luz.

A mi madre. Plasmar lo agradecido que estoy contigo es una tarea titánica: gracias por el abundante apoyo que cada día has ofrecido. Esto va con mucho amor para ti. A mis hermanos, Liria y Ricardo, compañeros, espejos y amigos, aquí hay cariño de ustedes. A mis sobrinas, yo también crecí con ustedes, pero en su caso es más notorio.

A Liliana Rivera. Puedo deshacerme en halagos por haber tenido la suerte de contar con una dirección de tesis comprensiva y humana. Implacable lectora y exquisita comentarista, agradezco la paciencia y confianza que tuviste conmigo y con las formas y giros de mi trabajo. Por supuesto, buena parte de los derroteros de esta tesis se deben a tus atinadas intervenciones. Gracias a nuestras reuniones de trabajo he comprendido los significados invisibles del oficio de sociólogo.

A Laura Velasco. Porque, como ha sido desde varios años atrás, la oferta de rigurosidad académica en combinación con una sonrisa sincera sigue siendo la impronta que dejas en mi formación como investigador y refrendan la profunda admiración que te tengo.

A Minor Mora. Por el interés que tuviste en este trabajo, pero sobre todo por los pertinentes y ecuánimes comentarios a cada una de las etapas de este proyecto. Indudablemente, una envidiable lectura como la tuya solo reforzó esta investigación.

A los profesores del Colmex con quien tomé clases a lo largo de estos años. Especialmente a quienes de alguna u otra manera se interesaron y tuvieron injerencia en este trabajo: Karine Tinat, Nitzan Shoshan, Gabriela Cano.

A los profesores y todas las personas de El Colef que han seguido y me han apoyado en la realización de este trabajo.



A los profesores de la Freie Universität y al equipo de “Entre Espacios” que hicieron de mi estancia de investigación en Berlín una experiencia magistral. Especialmente a la profesora Ingrid Kummels quien me recibió con las puertas abiertas en su oficina y me hizo partícipe de las discusiones antropológicas y audiovisuales de aquel lado del hemisferio. A Noole y Julian, meine lieben Freunde, porque Berlín sin ustedes no hubiera sido lo mismo. Por supuesto, Lalo, Pily, Sulemi y Carlos, por su compañía en esta ciudad. A la Casa de los Pobres, por abrirme las puertas para colaborar con ustedes. Este texto intenta honrar el trabajo que ahí se ha hecho por más de cincuenta años. A la querida Darinka Carballo. Fuente de inspiración y caminante cotidiana de las rutas por las que transita esta investigación, a lo largo del texto están tus huellas también. Asimismo, agradezco a Margarita Andonaegui, la Dra. Patty Gonzalez, Willy y todos aquellos que me ayudaron a encontrar los caminos de la investigación en campo

A todos mis compañeros del doctorado, camaradas de ruta, reflexiones y comprensiones. Especialmente agradezco a aquellos quienes dieron pie a que la imaginación sociológica trascendiera hacia buenas amistades: Leslie, Paloma, Max, Carlos, Cecilia, Julián, Bianca y Dammert. Erika y Nacho, por supuesto, ustedes son el corazón de este proceso.

Al Conacyt, Fundación Santander, Fundación Bancomer, Fundación Kaluz y al Colmex por el apoyo económica a lo largo de estos cuatro años.

A Rocky, Argel, Sebas porque su compañía en el trabajo de campo hizo que se moviera el punto de vista desde donde observaba todo.

A Ramiro, por el espacio para escribir la recta final de la tesis.

A David, porque de un albergue post-sismo me invitaste a que tu casa se convirtiera en mi casa.

A Jarquín, Iván, Gabo, Padrino. Amigos y hermanos generosos. Por su apoyo invisible en todas y cada una de las etapas de esta tesis.

A Iraís, Daniela, Matilde, Irene. Siempre faros que guían.

A Mariel por la ayuda en la manufactura, organización e interpretación de las fotografías.

A Andrea y Fer, por la ayuda en el diseño y ejecución del vórtice.

## INDICE GENERAL

<b>1. Introducción. Una lectura sociológica de la precarización en la frontera norte de México</b> .....	<b>11</b>
<b>1.1 La configuración del vórtice de precarización desde una aproximación etnográfica</b> .....	<b>13</b>
1.1.1 El campo y la puesta a prueba del diseño de investigación.....	16
1.1.2 Observación ‘acompañante’.....	19
1.1.3 La cámara en campo.....	23
1.1.4 El paso del tiempo, la violencia en campo y la reformulación de la pregunta de investigación.....	28
1.1.5 Problemas de representación de la vida en la calle: tres consideraciones.....	30
<b>1.2 Propuesta analítica del vórtice de la precarización</b> .....	<b>34</b>
1.2.1 Niveles de análisis.....	36
1.2.2 Dimensiones de espacio y tiempo.....	37
1.2.3 Ejes analíticos, categorías y métodos.....	38
<b>1.3 El vórtice de la precarización. Contenido de la tesis</b> .....	<b>40</b>
<b>2. Precarización en las calles de Tijuana</b> .....	<b>44</b>
<b>2.1 Introducción</b> .....	<b>44</b>
<b>2.2 Abordando la vida callejera en Tijuana</b> .....	<b>44</b>
2.2.1 Estado de la cuestión: entre experiencias de exclusión urbana y procesos de movilidad forzada.....	46
<b>2.3 El vórtice de la precarización. Propuesta teórica</b> .....	<b>57</b>
2.3.1 De la precariedad laboral a la precarización.....	58
2.3.2 El vórtice de la precarización: un proceso sociocultural violento y excluyente....	62
2.3.3 Categorías para analizar las fuerzas en el vórtice de la precarización.....	67
<b>2.4 Recapitulación</b> .....	<b>83</b>
<b>3. La indigencia en Tijuana como proceso de precarización transfronterizo: rutas hacia la vida callejera</b> .....	<b>85</b>
<b>3.1 Introducción</b> .....	<b>85</b>
3.1.1 Agencia, estructura y Conversaciones Internas de indigentes.....	86
3.1.2 Precarización y movilidad transfronteriza.....	87
3.1.3 Contenidos del capítulo.....	88
<b>3.2 De la pobreza originaria a la migración regional: lugares de procedencia y primeras movilidades</b> .....	<b>89</b>
3.2.1 Carestía en los lugares de procedencia.....	89
3.2.2 Fortaleza o debilidad de origen en los vínculos familiares.....	90
3.2.3 Rudimentos de agencia: saberes formales e informales.....	91
3.2.4 Entre lo regional y transfronterizo: primeros desplazamientos por necesidad....	93
3.2.5 Carestía y primeras movilidades estratégicas y esquivas.....	94
<b>3.3 De migrantes regionales a migrantes transfronterizos indocumentados: tránsitos, cruces y vida en Estados Unidos de los años setenta a los noventa</b> .....	<b>95</b>
3.3.1 Tránsitos: acumulación de saberes móviles y clandestinos en el camino.....	95
3.3.2 Estrategias clandestinas de cruce.....	97
3.3.3 Época de fronteras laxas.....	98
3.3.4 Época de fronteras reforzadas.....	100
3.3.5 La ambivalencia de la clandestinidad en el cruce clandestino.....	103
<b>3.4 De migrantes indocumentados a migrantes ilegales y criminales: vidas furtivas en Estados Unidos</b> .....	<b>104</b>

3.4.1 Estrategias clandestinas en Estados Unidos .....	104
3.4.2 Post 11-S y el involucramiento en actividades ilícitas .....	106
3.4.3 Al margen de un marco de legalidad .....	109
<b>3.5 De migrantes criminales a deportados: encarcelamiento, rupturas legales y socioafectivas y deportación .....</b>	<b>110</b>
3.5.1 Ruptura de posibilidades de regularización: remoción por delitos mayores.....	111
3.5.2 Ruptura familiar y de proyectos de vida en Estados Unidos: encarcelamiento y consumo de drogas .....	114
3.5.3 Encarcelamiento, desgaste de vínculos y deportación: retorno en solitario .....	118
<b>3.6 De la deportación al atrapamiento en la frontera: políticas migratorias, consumo de drogas y violencia.....</b>	<b>118</b>
3.6.1 Políticas migratorias, miedo y atrapamiento. “El cerco sí te paniquea” .....	120
3.6.2 La reconfiguración del mercado local de drogas y el reforzamiento de la frontera .....	122
3.6.3 Violencia y atrapamientos fronterizos.....	125
<b>3.7 Conclusiones: La acumulación progresiva de la precariedad.....</b>	<b>127</b>
3.7.1 Constelaciones de precarización: rutas hacia las calles .....	128
<b>4. La exclusión urbana en Tijuana: prácticas de gestión de las vidas callejeras en la frontera .....</b>	<b>131</b>
<b>4.1 Introducción .....</b>	<b>131</b>
4.1.1 Relacionalidad, estigmatización y violencia en la vida de los indigentes fronterizos.....	132
4.1.2 Matriz de relaciones y reconocimiento de la indigencia. Contenidos del capítulo .....	133
<b>4.2 Funcionarios del gobierno municipal y la atención estigmatizante.....</b>	<b>136</b>
4.2.1 La atención estigmatizante y El Bordo .....	136
4.2.2 La atención estigmatizante como práctica de exclusión.....	140
4.2.3 El Bordo desbordado y el encuentro urbano con los indigentes como extraños	142
4.2.4 La reconversión de representaciones y la movilidad de los extraños urbanos...143	
<b>4.3 Instancias policiales: tratos inhumanos y la lógica extractiva policial.....</b>	<b>143</b>
4.3.1 ¿Detenciones arbitrarias o detenciones selectivas?.....	143
4.3.2 Interacciones con policías y tratos inhumanos.....	146
4.3.3 Reacciones al acoso policial: invisibilización, enfrentamiento y cooperación .....	150
4.3.4 Prácticas extractivas de los policías: despojos materiales, elevación de estadísticas y descargas emocionales.....	152
<b>4.4 Centros de rehabilitación: entre levantones y maltratos.....</b>	<b>155</b>
4.4.1 Levantones en la calle y sus motivos: tratos con el gobierno, extorsión familiar y trabajo forzado .....	156
4.4.2 La ‘atención’ dentro de los centros de rehabilitación: maltratos físicos, fisiológicos y psicológicos .....	159
4.4.3 Lógica predatoria y reacciones de indigentes .....	161
<b>4.5 Grupos del crimen organizado: “si no acepta ser reclutado, ejecutado será” ..</b>	<b>162</b>
4.5.1 Reclutando “vagos” como carnada .....	162
4.5.2 Formas de reacción frente al reclutamiento criminal.....	165
<b>4.6 Grupos politizados y algunos sectores de la sociedad civil .....</b>	<b>166</b>
4.6.1 Grupos politizados y representaciones diversificadas: acarreo político .....	166
4.6.2 Capitalización de recursos en las prácticas clientelares .....	168
4.6.3 Automovilistas y sociedad civil: favores sexuales, explotación laboral y encuentros ambivalentes.....	169

<b>4.7 Casas de asistencia: El caso de La Casa de los Pobres .....</b>	<b>172</b>
4.7.1 La Casa de los Pobres y la asistencia transfronteriza.....	172
4.7.2 Comidas y la ayuda humanitaria de emergencia.....	173
4.7.3 Interacción en La Casa de los Pobres: ¿última trinchera de humanidad? .....	175
4.7.5 Estrategias de sobrevivencia de indigentes: “Bendiciones transfronterizas” .....	177
<b>4.8 Conclusiones. La gestión de la indigencia: desechabilidad, vulnerabilidad y el mantenimiento del orden público en Tijuana.....</b>	<b>178</b>
4.8.1 Prácticas extractivas y vidas desechables .....	178
4.8.2 Prácticas caritativas y vidas vulnerables .....	181
4.8.3 El indigente como extraño y el mantenimiento del orden público fronterizo .....	182
<b>5. Prácticas de subsistencia y agudización de la precariedad: localización residual, escamoteo de recursos y consumo de drogas.....</b>	<b>185</b>
<b>5.1 Introducción .....</b>	<b>185</b>
5.1.1 Prácticas sociales, teorías de la acción y situación de calle .....	186
5.1.2 Las prácticas indigentes como “escamoteo”: sacar provecho de los recursos de la urbe .....	187
5.1.3 Los componentes de las prácticas, la rutina y la situación de calle.....	188
5.1.4 Contenidos del capítulo. El análisis de las prácticas indigentes .....	189
<b>5.2 El establecimiento de la rutina indigente .....</b>	<b>190</b>
5.2.1 Reconfigurando prácticas: sincronizando con los ritmos de la ciudad .....	190
5.2.2 Transición a la vida callejera: sincronizando los ritmos de vida con los de la calle .....	191
5.2.3 Establecer la rutina callejera: asumir las prácticas indigentes .....	192
5.2.4 La rutina, el escamoteo y el vórtice de precarización .....	193
<b>5.3 Las prácticas de escamoteo y el vórtice de precarización: la vida en una urbanización sin servicios .....</b>	<b>194</b>
5.3.1 Prácticas de localización residual y orden urbano .....	195
5.3.2 Lugares residuales: refugio y riesgo en la clandestinidad urbana.....	196
5.3.3 Yongos: práctica transfronteriza de autoconstrucción .....	200
5.3.4 Agua: aprovechando las tuberías urbanas .....	205
5.3.5 La ambigüedad del fuego .....	207
5.3.6 ‘Esta tierra la tomamos prestada’: Prácticas de ocupación y desposesiones.....	209
<b>5.4 ‘Ganarse la vida’ en las calles de Tijuana. La relación con el trabajo y el consumo de drogas.....</b>	<b>212</b>
5.4.1 ‘De lo que salga’. Chacharear, revender, mendigar y trabajar informalmente .....	213
5.4.2 Trabajos informales y movilización de ingresos hacia las adicciones .....	216
5.4.3 Prácticas de consumo de drogas .....	218
<b>5.5 Conclusión. El escamoteo, prácticas indigentes y el segundo salto exponencial de precarización .....</b>	<b>224</b>
<b>6. La incorporación de la precariedad. El continuo de violencia y las subjetividades indigentes.....</b>	<b>227</b>
<b>6.1 Introducción .....</b>	<b>227</b>
6.1.1 Vivir en las calles se incorpora: violencias, ‘encuerpamiento’ y sensaciones.....	228
6.1.2 Conocimiento por cuerpos, emociones y subjetividades indigentes.....	230
6.1.3 Contenidos del capítulo .....	232
<b>6.2 La cruel mnemotécnica: el encuerpamiento de la precariedad .....</b>	<b>233</b>
6.2.1 Entre muros, calles, policías, canaletas y cañones. La mirada desde la vida indigente .....	234

6.2.2 Ruidos urbanos .....	244
6.2.3 Tentar la ciudad. Cuerpo y sensaciones .....	248
6.2.4 Olores en la ciudad indigente.....	255
6.2.5 Comida y sabores .....	259
6.2.6 Sensorialidad de la vida callejera: estado de alerta, resignación y reuso del desecho .....	265
<b>6.3 Afectos indigentes: la vergüenza y la soledad como formas subjetivas de la exclusión y marginalidad .....</b>	<b>268</b>
6.3.1 La vergüenza como manifestación emocional de la estigmatización .....	269
6.3.2 La soledad como manifestación emocional de la exclusión socioespacial .....	274
<b>6.4 Rutas en el vórtice de precarización: salir de la calle, quedarse en la calle, morir en la calle .....</b>	<b>275</b>
6.4.1 La soledad de los moribundos callejeros: morir en la calle como el efecto extremos del continuo de violencia.....	276
6.4.2 Quedarse en la calle: el cuidado de sí mismos en el vórtice de precarización.....	280
6.4.3 Posibilidades de salir de la calle: permanencia o renovación de vínculos socioafectivos.....	283
<b>6.4 Conclusiones. Continuo de violencia y la diversidad de posibilidades para dominar el porvenir en la vida callejera .....</b>	<b>286</b>
<b>7. Conclusiones. ¿Hay salida del vórtice de precarización? .....</b>	<b>288</b>
7.1 La frontera como dispositivo de precarización en Tijuana .....	289
7.2 Muchas posibilidades de entrar, pocas de salir: la ausencia del Estado y el deterioro de la agencia.....	291
7.3 Reflexividad y afecto como guías de acción: alcances y limitaciones de la agencia en el vórtice de la precarización .....	293
7.3.1 Los afectos y el deterioro de la agencia .....	295
7.4 Los indigentes como alteridad ignominiosa para el orden urbano transfronterizo.....	296
7.5 Orden urbano excluyente y cuerpos desechables.....	299
7.6 Construcción de subjetividades violentas en los espacios residuales .....	300
7.7 Asignaturas pendientes .....	301
7.7.1 El rol de la familia, el abandono del Estado y la reinserción en el sistema de desigualdad .....	301
7.7.2 La experiencia femenina y la perspectiva de género.....	302
<b>Referencias bibliográficas .....</b>	<b>305</b>
Referencias cinematográficas.....	317
Referencias hemerográficas.....	317
Entrevistas citadas.....	318
Anexos.....	320

### INDICE DE FOTOGRAFÍAS

Fotografía 1 Propaganda política dentro del Yongo .....	167
Fotografía 2 "Cartolandia" en el lecho del río Tijuana en los años setenta .....	201
Fotografía 3 Mangueras de aspersores urbanos .....	206
Fotografía 4 Manitas con las manos astilladas y fuego detrás .....	209
Fotografía 5 Quemando cables para extraer el cobre.....	215
Fotografía 6 Los muros y la patrulla fronteriza en el Cañón del Matadero .....	235

Fotografía 7 La mirada vigilante hacia el sur desde el eucalipto en el Cañón del Matadero .....	237
Fotografía 8 El camino hacia el oeste desde el Cañón del Matadero .....	238
Fotografía 9 Descenso hacia el Cañón de los Laureles.....	239
Fotografía 10 Paso de desagüe pluvial en el Cañón de los Laureles .....	240
Fotografía 11 El "Chino" abriendo uno de los refugios en La Jungla .....	241
Fotografía 12 Camino al desayunador del Padre Chava .....	242
Fotografía 13 Camino al desayunador leyendo "Reclutando vagos en 1 semana o ejecutado" .....	243
Fotografía 14 Helicóptero de la patrulla fronteriza sobrevolando el "Smuggler's Gulch" ante el oído de los habitantes del Cañón del Matadero .....	246
Fotografía 15 Las láminas y paredes como cajas de resonancia en la Avenida Internacional.....	247
Fotografía 16 Senderos por donde circulan que se vuelven riesgosos en diferentes condiciones climáticas .....	249
Fotografía 17 Atravesando el río de manera riesgosa.....	250
Fotografía 18 El "Niño" cargando cosas y atravesando vías rápidas.....	251
Fotografía 19 El "Pony" mostrándome el golpe que unos agentes policiales le habían propinado el día anterior .....	252
Fotografía 20 El "Manitas", el "Guanajuato" y el "Solín" resguardándose bajo la sombra del eucalipto en un atardecer del sofocante estío .....	253
Fotografía 21 El "Pimpón" tirado bajo un paso de agua sin poder moverse debido al dolor de sus piernas .....	254
Fotografía 22 El "Manitas" impregnándose del humo de la fogata y del humo de su cigarro "Sheriff" .....	256
Fotografía 23 El "Manitas" bañándose bajo un puente vehicular .....	257
Fotografía 24 Basura y dos perros muertos a un costado de una de las entradas del Cañón del Matadero .....	258
Fotografía 25 "Don Ángel" limpiando los 'desechos' de las tiendas.....	261
Fotografía 26 Calentando las tortillas en el "comal" .....	262
Fotografía 27 Pellejos de pollo antes de ser preparados .....	263
Fotografía 28 "Chicharrones" de pollo .....	264
Fotografía 29 El "Pimpón" .....	278
Fotografía 30 El Chilango y el Pimpón .....	279

### **INDICE DE CUADROS, FIGURAS, GRÁFICOS Y MAPAS**

Cuadro 1 Articulación teórico-metodológica.....	39
Cuadro 2 Constelaciones de precarización: rutas hacia las calles .....	130
Cuadro 3 Modelos de relación y reconocimiento en las calles de Tijuana .....	135
Figura 1 El vórtice de la precarización en la frontera México-Estados Unidos.....	40
Gráfica 1 Eventos de expulsión de mexicanos desde Estados Unidos en las principales ciudades fronterizas de recepción, 2013-2016.....	137
Mapa 1 El mapa de la indigencia en Tijuana.....	199

Sin capacidad de suscitar condolencia, no existe vida alguna, o,  
mejor dicho, hay algo que está vivo pero que es distinto a la vida.  
Judith Butler, 2010

Entiendo al abandono como la inmensa subclase de cosas que rápido  
o subrepticamente han caído fuera de la visibilidad y el deseo en  
nuestro tiempo: lo indiferente, lo perdido, lo caprichoso, lo fugaz, lo  
feo, lo verdaderamente abyecto e indeseado –toda la basura  
entrometida atrapada entre las grietas de las cosas que hemos  
construido en nuestras mentes como significativas y majestuosas.  
Brian Thill, 2015

La precarización no es ninguna excepción, sino que es la regla.  
Isabell Lorey, 2016

## 1. Introducción. Una lectura sociológica de la precarización en la frontera norte de México

Don Ángel calentaba las tortillas en un comal que improvisó al arreglar un señalamiento vial sobre las piedras que rodeaban una hoguera de leña. El Manitas, el Guanajuato y yo nos hacíamos tacos de frijoles con huevo que previamente cocinaron. Era un caluroso atardecer de octubre en el Cañón del Matadero. Hablábamos sobre los diferentes lugares y calles de la ciudad en donde habían dormido. El Manitas recordó una noche en que los policías llegaron a despertar a un grupo de personas que dormían en un lote baldío en Playas de Tijuana.

*Manitas:* Llegaron los policías y nos despertaron tirándole al aire, usando pistola, trah, trah, trah, trah. Y que se arrima alguien, no se quién, como con una bocina y les gritan ‘¿por qué están usando tiros si ellos no son ningunos delincuentes?’ Y nos dejaron tranquilos como por una semana porque sí fueron a quejarse a la jefatura de policía, decían que por qué los policías disparan si no hay motivos, todo por querer ir a despertar a –se detiene un momento a pensar lo que dirá a continuación– a unas personas, a unos ciudadanos...

*Guanajuato:* Indigentes –interrumpe con ánimo de fastidiarlo–.

*Manitas:* No –respondió con voz serena–, a unos ciudadanos.

*Guanajuato:* Indigentes, no ciudadanos –interrumpió de nuevo con voz más grave–.

*Manitas:* La raza de ahí siempre hablaba bien de nosotros, siempre nos han tomado en cuenta. Tú ya estas como los pinches cuicos [policías/militares] ¡ay sí, que somos indigentes!

*Guanajuato:* IN-DI-GEN-TES –increpando al Manitas–. No ciudadanos. Ciudadanos no somos. Somos indigentes.

*Manitas:* Ciudadanos somos, cabrón. ¿Cómo no? –responde con voz enfadada– o no se si tu serás animal o qué.

*Guanajuato:* No, ciudadano no soy –y con un tono suavizado responde– soy indigente.

*Don Ángel:* Y ya que están hablando de ese jale –intercepta la plática con la intención de calmar los ánimos mientras atiza la leña con la que calienta un tiznado pocillo que contiene agua– el señor de Playas que da comida, dijo, ‘voy a empezar a trabajar con ocho personas’, un programa se me hace que por parte del gobierno, dice, ‘no puedo con más, si uno o dos de ustedes se quiere apuntar, para que ya la sociedad los tome en cuenta’, –se toma un momento para reflexionar lo que dirá a continuación– o sea que lo que quería decir es que la sociedad no nos ve. Nos pisotean nuestros derechos, les vale queso, están nulos.



*Guanajuato:* No, pues por eso digo –aseveró congratulándose de avizorar la victoria contra el Manitas en la lucha argumentativa– nos toman que somos indigentes.

*Manitas:* Pero si la pinche sociedad son los más culeros –le respondió, confrontándolo– no se pueden ver ni entre ellos mismos.

*Guanajuato:* ¿Y qué tiene? De eso no estamos hablando.

*Manitas:* Les da coraje porque nosotros vivimos bien a gusto.

*Guanajuato:* No se trata de que vivamos como vivamos, se trata de cómo nos toman en cuenta.

*Manitas:* Que tengan en cuenta lo que sea, a mí no me interesa lo que piensen.

*Guanajuato.* A mí sí –contrariando, de nuevo, al Manitas–.

*Manitas:* A mí no –sentenció–.

*Guanajuato:* ¿Y luego que va a pasar cuando...

*Manitas:* ¡Yo soy un ciudadano mexicanoamericano! –dijo con voz más fuerte para interrumpirlo–.

La risa de los tres estalló de manera sardónica, la cómica idea de que el Manitas aún podría reclamar su doble ciudadanía disipó asperezas. Don Ángel ofreció servir el café pues el agua estaba hirviendo.

Estas personas con quienes he convivido a lo largo de dos años y medio habitan, junto con aproximadamente 60 personas, las faldas del Cañón del Matadero. Este espacio, pegado al muro fronterizo y rodeado de vialidades urbanas, es el lugar desde donde elegí enfocar esta investigación para dar cuenta de la compleja y multidimensional realidad que se mueve y ocupa diversos espacios de Tijuana: las vidas en situación de calle y los procesos transfronterizos de precarización y exclusión que las generan y gestionan.

Las personas que viven en las calles de Tijuana están envueltas en un proceso de precarización que se expresa en un continuo de violencia y exclusión donde se conjugan factores estructurales, relaciones violentas, estigmatizantes y extractivas, prácticas informales y procesos de subjetivación y degradación corporal que merman la posibilidad de tener certidumbre social, material y emocional para sostener una vida digna. La movilidad transfronteriza y el retorno forzado, la brutalidad policíaca y la vulnerabilidad social, la estigmatización y la interiorización de los prejuicios, así como la reflexividad y emocionalidad de estas personas reflejadas en la conversación anterior dejan ver que la situación de estos habitantes de las calles de Tijuana proviene de una historia en que se han acumulado precariedades donde la frontera geopolítica ha jugado un papel central.

Con esta historia a cuestas, tienen que enfrentar las vicisitudes cotidianas de las calles. Las sarcásticas carcajadas que brotaron después del chiste del Manitas, al afirmar ser un ciudadano mexicanoamericano señalan la terrible ingenuidad que significa, desde su experiencia, reclamar algún tipo de certidumbre social cuando han sido deportados y se encuentran viviendo en las calles de Tijuana. Estas personas no sólo atravesaron por un proceso de exclusión transnacional, como veremos a lo largo de la tesis, también han tenido que enfrentar, en la propia ciudad, procesos de violencia y discriminación dirigidas hacia, y reproducidas por, las personas que viven en las calles de la ciudad de Tijuana.

### **1.1 La configuración del vórtice de precarización desde una aproximación etnográfica**

He denominado como el vórtice de precarización en la frontera México-Estados Unidos a un conjunto envolvente de procesos espacio-temporales, conformado por fuerzas socioculturales violentas y excluyentes, que estructuran recursivamente la degradación progresiva y exponencial de las condiciones materiales, sociales y subjetivas para la subsistencia digna de las personas que habitan las calles de la ciudad de Tijuana. Aunque en el capítulo siguiente me detendré a explicar los elementos teóricos que lo conforman, quisiera empezar por decir que el proceso de construcción de esta conceptualización analítica no fue, ni mucho menos, un proceso lineal y directo.

Con ello, intento transparentar lo que muchas investigaciones esconden y que parece ser un imperativo de una forma ortodoxa de proceder académicamente: el planteamiento metodológico<sup>1</sup>, que se presenta como algo puro y sin modificaciones al inicio de las mismas, en realidad fue objeto de múltiples cambios conforme avanzaba la investigación. Además de clarificar el proceso reflexivo, la idea de hacerlo explícito es señalar que dichas modificaciones son también parte de la de construcción de conocimiento social. Este proceso no puede ser omitido porque la particularidad del conocimiento generado etnográficamente radica no sólo en el producto final, sino también en su proceso de elaboración en el propio campo de investigación.

Si bien el presente estudio comenzó a partir de un proyecto preliminar de análisis, su diseño se caracterizó por un replanteamiento dinámico ante el paso del tiempo en el

---

<sup>1</sup> Objeto de estudio, preguntas de investigación, objetivos, hipótesis, marco teórico y metodológico.

campo de investigación. El día a día de la observación cotidiana en campo fue marcando determinadas coordenadas, tanto teóricas como contextuales, que guiaron la búsqueda de elementos bibliográficos para reconstruir históricamente los procesos investigados así como las claves conceptuales a través de los cuales podrían ser analizados. Recurrir a la etnografía ofreció la posibilidad de articular un discurso de “abajo hacia arriba” (from the ground up)<sup>2</sup> (Marcus, 1998) que partiera de la experiencia de investigación en campo, en este caso, en los lugares residuales que habitan las personas en situación de calle.

En ese sentido, la etnografía me permitió discutir desde el campo ciertos conceptos utilizados para diseñar preliminarmente el estudio y evitar así la atribución teórica a lo empírico. Como dice Marcus, “un punto de vista apropiadamente etnográfico debe repensar radicalmente los términos de análisis de los sistemas macro desde abajo hacia arriba” (Marcus, 1998: 39-40). Los grandes conceptos que permitieron enmarcar la mirada analítica –precarización, movilidades, violencia, exclusión, agencia, afectos– fueron tomando, poco a poco, contornos específicos en tanto se revelaban particularidades contextuales sobre la situación de calle en la frontera. Con ello, se rechazó la utilización de manera general y descontextualizada de algunos conceptos para explicar el fenómeno de la indigencia o situación de calle, como si en todos lados deviniera de la misma manera (De Verteuil, et. al., 2009).

La etnografía fue así una herramienta precisa para adentrarme a conocer las lógicas y prácticas propias de la vida callejera tijuanaense. Con el paso del tiempo en campo me fui dando cuenta que la situación precaria colocaba a mis interlocutores en una disposición corporal y mental distinta a la mía, donde operaban otras lógicas, prácticas, formas de razonar, moralidades y modalidades de comportamiento que parecían ser propias de la vida callejera. De ahí que decidí analizar las prácticas y razonamientos propios de la calle en un contexto de atrapamiento fronterizo, enfrentando sus contradicciones inherentes.

\*

Esta investigación surgió diseñada para analizar la emergencia de enclaves residuales en la frontera mexicana donde se confinaban los destituidos sociales

---

<sup>2</sup> Todas las traducciones al español de textos retomados originalmente en inglés y/o francés fueron realizadas por mí.

(Wacquant, 2007; Low, 1996). “El Bordo”, canalización del Río Tijuana localizado en la adyacencia de las puertas de deportación norteamericana y habitado aproximadamente por un millar de personas que iban y venían de dicho espacio, representaba el escenario más pertinente para realizar dicha investigación. Pasar en la comodidad de un automóvil y observar todos los días a una gran cantidad de personas en condiciones deplorables que caminaban en los alrededores de dicho lugar sorteando a los carros que pasábamos a toda velocidad delineó mi interés por entender por qué las condiciones desiguales de movilidad en Tijuana habían llegado a tales extremos.

Conocí de cerca la verdadera problemática de la situación cuando participé apoyando en el levantamiento de datos para censar a la población que habitaba El Bordo en 2012 y 2013 (Velasco y Albicker, 2013). La deportación era el estatus común que delineaba la situación de más del 90% de alrededor de las 700 y/o 1000 personas que se estimó vivían en dicho espacio. El 96% eran hombres y de ellos el 67% tenían hijos en Estados Unidos, además el 72% no contaba con documentos de identidad. Las actividades informales permeaban sus intentos laborales y más del 70% consumían drogas. Además, se documentó un constante acoso por parte de la policía municipal en donde más del 50% reportaron agresiones físicas y verbales.

A partir de ello, la necesidad de dar cuenta, no sólo de la estimación de dicha población, sino de cómo llegaron ahí, es decir, *las experiencias de deportación y de la vida en situación de calle*<sup>3</sup> se colocó como la principal inquietud investigativa. En ese momento ya era claro que el proceso de devenir indigente en la ciudad de Tijuana, tenía que ver indefectiblemente con la presencia de un aparato fronterizo que se había venido reforzando en los últimos años. *La pregunta de investigación en ese momento se formuló de tal manera que me permitiera conocer los procesos transfronterizos que llevaron a esas personas a estar habitando El Bordo.* La idea de hacer entrevistas con enfoque biográfico se colocaba como un primer método de análisis para ello.

Sin embargo, a principios de marzo del 2015, el gobierno municipal tomó la determinación de desalojar dicho espacio, llevando a estas personas hacia centros de rehabilitación en contra de su voluntad y dispersando de dicho lugar a quienes lograron

---

<sup>3</sup> A partir de este momento, a lo largo de esta introducción subrayo en itálicas las preguntas de investigación que se fueron generando explícitamente conforme fui acudiendo al campo y que fueron cambiando con el paso del tiempo.

escapar del asedio. A pesar de que tener un espacio delimitado facilitaba metodológicamente el análisis, el desalojo de El Bordo abrió esta investigación hacia una intrincada cartografía de la indigencia en la ciudad. Este “des-borde” del diseño de investigación me llevó a la primera revisión metodológica de mi práctica inquisitiva: la necesidad de observar –y no invisibilizar con mi propia investigación– otros espacios de la ciudad con menor atención mediática pero en donde habitaban otras personas en las mismas o peores condiciones.

Un corolario metodológico de este “des-borde” del análisis de los indigentes fue que su movimiento por la ciudad –precario, violento y riesgoso– se hizo evidente como una característica primordial de estas poblaciones, dado que no tienen un espacio fijo de residencia. Ahora, lo que se colocaba en el centro de la observación –además de los procesos transfronterizos a través de los cuales devinieron indigentes– era *la relación que tenían con las personas y los diferentes espacios sociales y urbanos por donde circulaban y los límites y posibilidades de acción desde dicha situación precaria*. Lo anterior me orilló a recorrer un tejido de anclajes residuales con características precarias así como la red de casas y desayunadores que brindaban asistencia a personas en situación de vulnerabilidad y carencia alimentaria. Como consecuencia natural tuve que rearmar mi diseño de investigación para poder transitar entre diferentes escalas de análisis: de las movilidades e inmovilidades transfronterizas a las movilidades e inmovilidades intraurbanas, y viceversa.

### **1.1.1 El campo y la puesta a prueba del diseño de investigación**

En experiencias anteriores de investigación comprendí que una de las mejores vías para entrar al campo de investigación era la institucional (Del Monte, 2015), lo que, sin embargo, acarrea la dificultad de ser ubicado, en primera instancia, como miembro de la institución por parte de los actores a investigar. Después de rediseñar mi investigación en términos de las movilidades y múltiples sitios donde habitan y se mueven estas personas –debido al desalojo de El Bordo en marzo de 2015–, decidí hacer mi entrada al campo en dos frentes: asistí durante un par de meses como voluntario a servir desayunos a la Casa de los Pobres mientras que por la tarde hacía recorridos por diferentes espacios residuales.

En las calles me observaban como ajeno, intruso, como alguien con quien no estaban buscando interactuar, mientras que en la Casa de los Pobres me ubicaban como parte de la institución, como una figura de autoridad o de ayuda. La disposición para conversar en la Casa era completamente distinta que cuando asistía a otros espacios en las calles. En la Casa conocí a alguien que habitaba en el Cañón del Matadero y quien me invitó a asistir allí el siguiente lunes, sin embargo cuando llegué me topé con él sino con Don Ángel quien se encontraba quemando cobre y contestaba suspicaz y receloso mis preguntas en relación a habitar en dicho lugar. Una vez que le aclaré que yo estaba ahí por motivos académicos, me comentó que se reservó inicialmente para evaluar si yo no era un infiltrado policial.

Dicha sospecha, pesó sobre mí a lo largo de todo mi trabajo de campo, con las nuevas personas que iba conociendo o que llegaban allí. Mi imagen y mi performance cotidiano me ‘localizaba’ en otro lugar que no era ahí y en ese sentido me evaluaban como un lejano. Las primeras veces, sobre todo, mi presencia les enaltecía su crónica temeridad al asedio policial. Ello obligó, inmediatamente, a tener en primer plano de la investigación *la relación unilateralmente violenta que los policías ejercen sobre ellos y la respuesta que estas personas tienen ante dicha violencia*.

Según lo comentado después de asistir por varias semanas a dicho lugar, la percepción sobre mí, por parte de aquellos con quienes no conversaba cotidianamente, implicaba que yo era un infiltrado policial que los estaba investigando y tomando fotos para después tener certeza de quiénes eran los ‘ilegales’ que vivían en el Cañón. Me enteré así que, en un inicio, mi presencia causó un conflicto entre Don Ángel y otros habitantes del Cañón pues éstos lo acusaban de estarles ‘poniendo rata’ conmigo, esa trasposición del ‘to rat on’ de las dinámicas ilícitas y pandilleriles en Estados Unidos. Ahí mismo Don Ángel me comentó que, dentro de las prisiones norteamericanas, ‘poner rata’ alude a la traición de un camarada que da información a las autoridades sobre las dinámicas internas del grupo o pandilla a cambio de prebendas –como reducir su tiempo en la cárcel–, situación que denotaba la permutación transfronteriza hacia la vida callejera de prácticas, lógicas, conocimientos y moralidades carcelarias en Estados Unidos.

Ahora bien, cuando me di cuenta que tenía que *enfrentar de lleno las violencias y contradicciones de sus reacciones frente a la opresión estructural –ahondando en las*

*evaluaciones morales y las lógicas detrás de sus prácticas— para poder entender a cabalidad su situación actual a partir de un proceso histórico y recursivo de precariedad y violencia transfronteriza, fue una vez que el Manitas contó de manera casual su inmersión en el mundo del narcotráfico. Era una conversación sobre su vida en California con sus hermanos. Sin mayor preludeo, sin carga positiva ni negativa, contó que uno de sus ‘carnales’ le pidió ayuda con un ‘bisne’ que consistía en abrir latas de chiles que habían llegado a una bodega y extraer bolsas escondidas que estaban llenas de cocaína. Y aunque no fue a reclamar el dinero, porque se lo habían pedido de favor, al día siguiente le entregaron 3 mil dólares, por lo que accedió a seguir ‘ayudando’ en estas labores.*

*Manitas: ...de que hace mucho me llevaron allá a una bodega a un bisne [negocio], o sea no llegaron los trabajadores...*

*Don Ángel: ¿a dónde?*

*Manitas: Allá en... en... cómo se llama de aquél lado de San Fernando...*

*Don Ángel: ¿Napa?*

*Manitas: No eso es aquí... en Chino, es que pos llegaron, llegó un tráiler a descargar una mercancía de chiles envasados, venían acá de cómo se llama... venían de Querétaro o Celaya o no se, pero por ahí... Pero pos no llegaron los trabajadores y me llevaron a mí, porque yo fui con ellos, me dicen ‘pos si no llegaron los trabajadores, ponte a trabajar’ y me puse a abrir latas de esos chiles de 3 litros y pos nomás a destapar y a sacar lo contenido que tenían ahí, salía tierra y luego traía la coca, salió más o menos unas 2 toneladas...*

*Don Ángel: ¡A su mecha, era un montonal!*

*Manitas: Y pos acabamos por ahí como a las 5 de la mañana...*

*Don Ángel: ¿Oh, fue jale [trabajo] de noche?*

*Manitas: Sí, todo pos, le pegamos machin [trabajamos mucho] y luego después a embolsar, a desapartar las cosas, pues con puras cosas de esas de basura, a echar las bolsas y a dárselo a los que iban a ir a hacer las entregas. Y pues a tirar también las latas. Nomás que ahí como a los 2 meses, una mercancía que tumbaron [emboscaron] aquí en Mexicali, ahí se acabo, lo empezaron a seguir (...) A mí me fue... yo no pensé que no iba a agarrar feria [dinero] y me dieron tres mil bolas [dólares]...*

*Don Ángel: ¿por la noche?*

*Manitas: nomás por lo que estaba haciendo...*

*Don Ángel: ¿nomás por destapar?*

*Manitas: simón, y a mí carnal le fue bien, él ya estaba jalando [trabajando] ahí con ellos y ¡le compré el Camaro! Le compré el Camaro a él, no pues yo andaba como, parecía que la carretera era mía, a todo lo que daba, iba a los tacos, salía de los parqueaderos a madres, a cada ratito le cambiaba llantas...*

*La relación con los actores y espacios por donde circulan y las limitaciones y posibilidades de acción que hay en ello, inquietud de investigación hasta ese momento,*

*tomaba otra dimensión en el momento en que, tanto las experiencias en Estados Unidos como en la vida cotidiana callejera, se colocaban fuera de los marcos de la legalidad, donde estas personas han estado constantemente lidiando y haciendo frente a diferentes tipos de violencias: la exclusión espacial, la desigualdad estructural, el narcotráfico, el asedio policial, las clasificaciones estigmatizantes. Las reacciones frente a dichas violencias, me orilló a ahondar en las moralidades y lógicas de acción propias de su pasado y de la vida callejera, lo que involucraba tanto investigar en sus biografías como seguir sus prácticas e inquirir en las formas de vivir y significar su propia situación social y las formas en que se cuidan o, en su caso, abandonan su cuerpo.*

### **1.1.2 Observación ‘acompañante’**

Pasados los meses, una de las veces que caminé con Don Ángel en la mañana con rumbo al desayunador del Padre Chava<sup>4</sup>, sentí que por fin hacía una observación participante pues llevaba varios días desayunando y comiendo, caminando y cansándome con él, con el Manitas, con el Solín, con el Guanajuato, con el Zacatecas, con el Chinolas, con el Michoacano o con el Pelón. Sin embargo, cuando me puse a escribir mi diario de campo por la noche en la comodidad del escritorio de mi habitación, reelaboré mi pensamiento al pensar que más que participante, realizaba una especie de observación acompañante, pues, aunque me quedé un par de noches con ellos y sentía mi cuerpo sumamente cansado por las noches, no estaba realmente durmiendo en un yongo<sup>5</sup>, ni batallando por comida o cobijas. Por más que quería razonar el hecho de que comieran desenfrenadamente cuando había alimentos disponibles, por ejemplo, no lograba ser empático corporalmente pues yo comía tres veces al día y no sufría de inanición. Mi inmersión no era total, sólo participaba acompañándolos en sus prácticas cotidianas.

---

<sup>4</sup> El desayunador del Padre Chava es un proyecto salesiano que surge a finales de la década de los noventa por iniciativa del padre Salvador Romo Gutiérrez con el propósito de ofrecerle un desayuno digno a indigentes que vivían en la Zona Centro. Sin embargo, no fue hasta la segunda década del 2000 que lograron establecerse en su ubicación actual, calle Ocampo y Av. Internacional, a sólo unos pasos de la canalización del Río Tijuana, de la puerta de deportación y de lo que fue “El Bordo”. Una ubicación privilegiada en el centro de la ciudad, conectada con la vía rápida y la avenida Internacional y a unos pasos de la puerta de deportación. Todas las mañanas acuden a desayunar a dicho espacio personas que habitan en distintos puntos de la ciudad, desde aquellos que viven en el Arroyo Alamar hasta algunos de los habitantes del Cañón del Matadero; evidentemente muchos de quienes se refugian en el Centro o la Zona Norte. A pesar de que para el año 2000 ofrecían de 3 a 4 desayunos por semana, actualmente lo ofrecen a lo largo de seis días a más de setecientos personas diariamente.

<sup>5</sup> Pequeña vivienda autoconstruida con material reciclado. En el capítulo 5 ahondaré de manera profunda en ello.



Aún más, en tanto pasaba el tiempo cada vez establecía más confianza con ellos y éstos me acompañaban a mí en la elaboración de mi estudio. Desde entonces me quedó claro que debía tener la consideración de presentar dignamente una imagen compleja, aunque a veces fuera contradictoria –pero por lo mismo una imagen humana–, de estas personas y no hacerlos ver sólo como un medio para obtener datos. Esta es la misma razón por la que Teresa Gowan (2010) decidió llamar ‘acompañantes’ (*companions*) y no ‘informantes’ a los *homeless* con los que trabajó en San Francisco.

Hay múltiples tipologías de observación en donde podría caer mi participación en las dinámicas callejeras –la observación como participante de Álvarez Gayou (2010), por ejemplo–, pero lo que me interesa destacar es que, a pesar de que sólo los acompañaba en algunas actividades y no participaba de todos, la compañía se estaba haciendo del lado del sujeto investigado, desde la experiencia que ellos podían tener estando la calle. En ese sentido, me traté de acercar a capturar la experiencia de la persona que vive en la calle no sólo desde su narrativa sino desde su propia práctica, y no sólo observándola sino acompañándoles y siendo partícipe en algunas de sus actividades. *Además, un acercamiento donde las prácticas se entienden como vehículos de sentido en torno a la vida indigente, permitiría explicar cómo es que el caminar escondido, las estrategias de sobrevivencia cotidiana, el consumo de drogas, etcétera, aunque no lo expresaran verbalmente, estaban cargadas de emociones y de un fuerte simbolismo en torno a la experiencia de vida callejera en la frontera de Tijuana.* Esto es lo más que me acerqué a tener el punto de vista del sujeto en la calle (además de algunas técnicas de la antropología visual en donde les di cámaras desechables –lo que se abordará más adelante–).

Por lo anterior, es preciso dejar claro que en esta observación acompañante sólo se pudo capturar el ‘punto de vista’ del sujeto indigente –es decir, la colocación de la mirada (o cualquier otro sentido como el olfato o el tacto) como el lugar desde donde se captura la información–, ya que la experiencia de la situación de calle implica un pasado y una historia que yo no tenía, implica experimentar ese desayuno a partir de una serie de años o meses en la calle que yo no había pasado, implica un lugar social e histórico que se me escapaba de las manos porque no estaba viviendo en su totalidad dicha situación, a

la que solo podía acceder mediante sus narrativas. Sin embargo, es preciso dejar esto claro para enunciar los límites del acercamiento al campo desde mi propia subjetividad.

Por supuesto no todo fue miel sobre hojuelas y yo no podía desprenderme de mis emociones y mi subjetividad al estar en dichos espacios. Como había tenido muy buena conexión con la gente del Cañón del Matadero y tenía muy buena información en ese momento y además todavía tenía mucho tiempo para hacer trabajo de campo, decidí que podía internarme en otro espacio donde se concentraba población de calle. Dentro de mis recorridos en campo cubría toda la zona centro y oeste de la ciudad, pero me faltaba conocer las dinámicas de una zona más oriental de la urbe. Por conversaciones en campo, conocía que el Arroyo Alamar concentraba una población considerable, de manera que, con la experiencia de acercamiento en el Cañón del Matadero, decidí concentrar los días siguientes en esa zona. Sin embargo, la dinámica etnográfica en este lugar fue mucho más complicada.

Una de las limitaciones en el acercamiento tenía que ver con que, la mayor parte de las veces que asistí, estas personas estaban absolutamente alcoholizadas. Era muy difícil mantener una conversación consistente con ellos y a la menor provocación se tornaban muy agresivos. Por supuesto, ello no quiere decir que esas mismas situaciones no constituyeron información para construir datos posteriores, al final las conversaciones que tenían entre ellos o las pláticas que surgían en ese estado también revelaban una serie de factores, emociones y circunstancias que se relacionan directamente con la vida en la calle, especialmente en este espacio que era mucho menos amable que el Cañón del Matadero, pues por ahí fluían aguas residuales, el ruido de la carretera era ensordecedor y era más difícil escapar de las redadas policiales.

Hubo una diferencia fundamental en mis interacciones entre el Cañón del Matadero y el Arroyo Alamar. A pesar de que en el Cañón del Matadero fui sujeto de abusos y violencia policial<sup>6</sup>, en el Arroyo Alamar siempre sentí una sensación de

---

<sup>6</sup> A finales del 2017, al llegar al Cañón del Matadero me percaté de un operativo que estaba tomando lugar en el Cañón del Matadero, sin mayor explicación, agentes encapuchados de la policía federal me apuntaron con sus largas metralletas y, encañonado, me tomaron una serie de fotografías junto a otros habitantes del Cañón. Después de una media hora, pude dialogar con los oficiales que me dejaron ir, advirtiéndome que no debía regresar a dicho lugar. Esta fue, sin duda, la experiencia más traumática que tuve haciendo trabajo de campo. La experiencia quedó registrada en el blog del diario Huffington Post y puede revisarse en [https://www.huffingtonpost.com.mx/juan-antonio-del-monte/el-miedo-que-senti-ante-el-abuso-de-poder-de-un-policia-federal-con-arma-larga\\_a\\_23300855/](https://www.huffingtonpost.com.mx/juan-antonio-del-monte/el-miedo-que-senti-ante-el-abuso-de-poder-de-un-policia-federal-con-arma-larga_a_23300855/)

inseguridad. Nunca logré establecer confianza plena con estas personas pues no sólo condicionaron mi presencia a otro tipo de prebendas, sino que yo estaba causando conflicto entre ellos por dos motivos: querían tener certeza de que no fuera policía y además querían saber quién me ‘protegería’ ahí dentro. ‘Protegerme’, por supuesto, conllevaba para ellos cierta legitimidad dentro del Arroyo y lo veían como una fuente de ingresos. A la tercer semana de asistir a dicho espacio, se suscitó una discusión entre el Pony y el Tres Puntos en relación a mi presencia. El Pony me apartó y a pesar de su avanzado estado de ebriedad empezó a dialogar conmigo.

*Pony:* Mira cabrón, aquí no estamos jugando, ¿qué chingados quieres?

*Juan:* Pues nada, nomás quiero estar aquí con ustedes, hacer mi tesis, hacerles el paro y que me hagan el paro.

*Pony:* ¿Y por qué chingados no te mochas con una lana?

*Juan:* La neta es que no tengo que darles más que las tortas que les traje. Pero, mira, si es un pedo que yo esté aquí, pues mejor me voy y ya.

*Pony:* No, no, no. No es eso, lo que pasa es que es peligroso estar así nomás tomando fotos de a gratis sin que ninguno de nosotros te proteja. Por una feria [dinero] yo te puedo proteger –me enseñó una navaja que tenía empuñada hacia mi estómago, y entonces yo di un paso atrás. Notando enseguida mi temor, cambió hacia una actitud paternalista y me rodeó con su brazo–, es que guacha [mira] la casa de allá enfrente del otro lado de la vía rápida es una conecta [centro de narcomenudeo] y ya hasta están preguntando por ti y que qué andas haciendo por acá tan seguido tomando fotos.

*Juan:* Mira, yo nomás puedo traerles de comer y quizá algo de ropa, pero igual ya me puedo ir y listo.

*Pony:* Pos mira, por mí sin pedos contigo aquí, nomás que no puedes andar ahí a lo pendejo tomando fotos. Déjame protegerte por una lanilla.

Como lo menos que deseaba era causar un conflicto ahí dentro y debido a su ebriedad no me puse a discutirle y le di la razón. Sin embargo me sentí muy incómodo, amedrentado y en riesgo haciendo trabajo de campo allí. Situación que había empezado a tomar forma la semana previa. Días antes, el Pony me había acusado de que lo golpearon por andar acompañándome en recorridos, otro día el Abuelo me amenazó que no siguiera tomando fotos, luego llegó el Tres Puntos a encararlo y defenderme. De manera que la conversación con el Pony no fue la única situación que delineó la decisión de no regresar al Arroyo Alamar. Claramente fue porque estaba escalando la violencia allí dentro y yo estaba poniendo en riesgo tanto mi integridad como la de estas personas.

Al regresar y escribir el diario de campo, tomé la resolución de volver al día siguiente con comida, comer con ellos, agradecerles por su tiempo y despedirme. Concentraría todos mis esfuerzos en el Cañón del Matadero y dejaría de asistir al Arroyo Alamar. Con esta situación asumo que durante los acercamientos al campo también se eligieron los espacios debido a la comodidad y confianza establecida con los habitantes de los lugares visitados. La presente investigación, en ese sentido, está atravesada por el rumbo que tomaron mis emociones y mi subjetividad en el momento de hacer trabajo de campo.

Otra enseñanza que quedó con las visitas al arroyo Alamar es que la vida en la calle de la ciudad de Tijuana *se vive de manera diversa*. Si bien hay factores comunes en relación al proceso de precarización –como la deportación–, la diversidad de experiencias cotidianas está anclada directamente al tipo de espacio apropiado. Mientras en el Cañón del Matadero los procesos de apropiación son de más largo aliento, en el Arroyo Alamar tienen características mucho más efímeras. Lo que no quiere decir que los habitantes de distintos espacios no compartan interacciones socioespaciales en casas de asistencia o en los centros de detención. Esto funcionó, a lo largo del análisis, como un contrapunteo para evaluar las narrativas y prácticas observadas en el Cañón.

### **1.1.3 La cámara en campo**

Llevé mi cámara fotográfica a un par de semanas de asistir al Cañón, les pregunté si era seguro llevarla pero sobre todo si no tenían problema en que los estuviera fotografiando. Les expliqué que disponer de un registro visual de sus actividades cotidianas iba a ser muy útil para la investigación, pero también les dije que ellos podrían participar de mi registro (cuento con alrededor de 3000 fotografías en el archivo). Les comenté que les daría unas cámaras desechables para que me ayuden y estuvieron de acuerdo en sentirse partícipes de ello. También les dije que podrían dirigir mis fotos todo el tiempo que quisieran. De manera que muchos de los ejercicios fotográficos que realicé fueron dirigidos por ellos y en ese sentido es que intenté tener una práctica fotográfica colaborativa (González Granados, 2016) durante estos meses en el campo.

Realicé tres prácticas fotográficas. Primero, tomé una serie de fotos en donde yo decidía que tomar. En segundo lugar, retomando el planteamiento del análisis etnográfico de “la sombra” (Jirón, 2011), les pedí que me dieran recorridos por los espacios que

circulan cotidianamente y que me indicaran ellos qué fotografiar en relación a dichos lugares. Así fue cómo conocí, por ejemplo, qué espacios evitan porque huelen mal o los riesgos de circular por determinados lugares, como puentes vehiculares, por ejemplo. Por último, con un par de ellos, practiqué la foto-elicitación (Bignante, 2010) en donde les facilité cámaras desechables y les pedí que capturaran los espacios más significativos para ellos y posteriormente revelé las fotos y los entrevisté al respecto.

La utilización de técnicas de antropología y sociología visual, que involucran el advenimiento de la cámara fotográfica en campo, permitieron tanto documentar la morfología de las rutas y constreñimientos territoriales ocupados por las circulaciones indigentes, como registrar la corporalidad y performatividad de estos cuerpos puestos en circulación en el espacio urbano. Esto hizo posible aventurar análisis interpretativos sobre *la 'in-corporación' de la precarización en sus vidas, en el sentido de las consecuencias que tiene esta situación en sus cuerpos*. Las prácticas alimentarias, las condiciones de salud, los andares cotidianos se convertían en pistas para entender que en el cuerpo toma forma su lugar social.

Cuando llegué al campo con una cámara fotográfica, dispuesto a investigar las experiencias urbanas y formas de significación espacial a partir de la situación de calle, sabía que al llegar con una perspectiva crítica sobre la mirada del etnógrafo/fotógrafo podría aprovechar las herramientas y los desarrollos de la sociología visual para descentrar el punto de vista científico y poder generar datos en colaboración con la mirada de mis interlocutores. De este modo, podría lograr dos objetivos metodológicos que ayudarían a avanzar en la innovación del conocimiento del tema, por un lado, se trataba de descentrar el lenguaje como forma primaria de darle sentido al entorno –lo que se lograba en entrevistas y conversaciones informales– para incorporar el discurso visual de estas personas (Makowski, 2010); de manera que, por otro lado, se incluía el punto de vista de quienes viven en la calle y no sólo se narraba visualmente desde una posición de poder como la que supone la del etnógrafo. Se intentó, así, descolocar la mirada tanto del investigador como de su primacía lingüística. Si bien, estos avances en campo fueron provechosos, también tuve que contemplar ciertas limitaciones.

En la experiencia de trabajo de campo con estas personas a través de las técnicas de antropología visual, me fui dando cuenta, poco a poco, que la relación con el entorno

urbano no se establecía necesariamente sólo a partir de la experiencia visual. Cuando pedía por enésima vez que me llevaran a los senderos por donde circulan indicándome los espacios que les eran significativos para que tomáramos fotografías en colaboración, muchas veces me decían que estaban cansados y que era muy difícil ir por ahí, me comentaban que tenían hambre y preferían comer, me pedían ir otro día pues acababan de pasar y olía muy mal, me decían que a esa hora había mucho ruido en la calle y no se podía platicar o me decían que mejor preferían arreglar sus yongos para luego fotografiarlos.

De este modo, si bien la cámara me ayudaba para incorporar otras formas discursivas de estas personas más allá del lenguaje, no me permitía capturar el rango de toda la experiencia sensorial con la que establecían relación con el espacio urbano. Aún más, estas interacciones revelaban cómo el cuerpo canalizaba sus experiencias cotidianas. Era desde el cuerpo y en el cuerpo donde se experimentaban los espacios urbanos. A la vez, las condiciones de los circuitos y lugares que ocupaban iban poco a poco moldeando una disposición corporal necesaria para sobrevivir allí. La corporalidad vista a través de la imagen visual (Rose, 2012) permitió hacer una interpretación de las marcas que la memoria de la indigencia deja en el cuerpo (Connerton, 1998), contrastándolo con algunas respuestas de entrevistas o comentarios observados en campo.

De este modo, si bien la transformación corporal podía ser documentada a través de las fotografías y éstas permitían un análisis visual de la corporalidad indigente, ni el ruido, ni los olores, ni los sabores, ni las texturas –como componentes de la dimensión sensorial– de los espacios ocupados y circulados podían ser capturadas a través de esas técnicas, de manera que al ser autocrítico con ello, fui pensando cómo poder subvertir esta situación y así aprovechar el hecho de que la cámara ya no constituía un elemento absolutamente disruptivo en sus dinámicas cotidianas. Por lo tanto, me di a la tarea de registrar en el diario de campo las indagaciones alrededor de estos sentidos y de fotografiar todo aquello relacionado con estos órdenes sensoriales. De esta manera, lo que sí permitían las técnicas fotográficas era hacer una interpretación de las marcas que la memoria de la experiencia sensible de devenir indigente dejaba en el cuerpo de estas personas. A través de rastrear las huellas fotográficas que remiten a otra sensibilidad – helicópteros para el caso de los ruidos, comida para el caso de los sabores, humos para el

caso de los olores, etcétera– y la triangulación con sus narrativas y la observación, se pudieron utilizar estas técnicas para reconstruir los significados asociados a la percepción sensorial del espacio urbano desde la vida callejera.

Por otro lado, la cámara fue un elemento que catalizó múltiples efectos: por un lado, pudo funcionar como apertura para las puertas del campo, pero también funcionó tanto como un elemento disruptor como distractor. Así, si en un inicio mi presencia era disruptiva en ese lugar y la cámara enfatizaba la disrupción, a muchos de ellos les daba sentido mi presencia ajena en dicho lugar, pues la mayoría de las nuevas interacciones me codificaban como ‘el reportero que anda por aquí’. En una interacción con personas que dormían cerca de la catedral, en el centro de la ciudad uno de ellos me preguntó ‘¿ya te vienes para la calle?’ y el Sonora, con quien estaba platicando, interrumpió y dijo ‘no, él trae cámara, quiere entrevistarnos pa’ su reportaje’. Indagando más en ello, meses después pregunté a los del Cañón por qué inicialmente me pensaron también como reportero, y ellos respondieron que muchas veces, afuera de las casas de asistencia, los han entrevistado reporteros y están habituados a que alguien que se presente con ellos con una cámara es alguien quien se interesa por sus historias para darlas a conocer en los periódicos o en la televisión. De manera que, el juicio inicial que hacían sobre mí era ser un infiltrado policial o un reportero. La segunda opción es la que permitía cierta comodidad para hablar conmigo.

Al final de mi trabajo de campo, debido a la confianza establecida y a la naturalidad con que ya se sentía el uso de mi cámara fotográfica, decidí introducir equipo de video para documentar el espacio y sus actividades. Estas grabaciones se hicieron por un rango de 3 meses a lo largo de dos años. El método que rigió este proceso fue el de “vibrar con el acompañante”, técnica utilizada por los primeros antropólogos visuales y algunos fotógrafos documentales, como Jean Rouge y Arthur Omar (Omar, 1997; Möller, 2011), en donde la cámara, además de documentar, funciona como un medio para que el investigador participe en las prácticas rituales de los interlocutores y así entrar en el mismo ritmo, en la misma frecuencia y en las mismas prácticas que ellos. Fue, en ese sentido, una práctica documental colaborativa.

De este modo, las personas que viven en el Cañón del Matadero me dejaron a mí y al equipo de grabación<sup>7</sup> acompañarlos con la cámara de video en sus prácticas rutinarias como recabar agua, quemar e ir a reciclar fierros, conseguir comida, consumir drogas, caminar por el Cañón, apagar incendios provocados ahí dentro, batallar para prender cigarrillos, etcétera. Además de ello, la presencia de la cámara de video permitió activar una serie de grupos focales en donde se les preguntó tanto por sus experiencias migratorias en Estados Unidos como de vida callejera en México.

Ahora bien, es preciso destacar las diferencias entre la sola presencia del investigador y la introducción de un equipo con cámara de video. Es evidente que estas personas se sentían filmadas, sus actitudes cambiaron y era notorio que algunas veces – sobre todo al inicio– ‘actuaban’ frente a la cámara. Indagando posteriormente en ello, el Guanajuato me comentó que con la cámara sentía que se ‘iba a hacer famoso’, es decir, era consciente de que estaba siendo grabado y que ello podría ser reproducido en otros lugares sin su control. Sin embargo, el tamaño pequeño de la cámara de video, visualmente muy similar a la cámara fotográfica que llevé durante meses, fue un factor muy importante para no causar disrupción en la confianza ya establecida ni intimidar tanto a los colaboradores.

Las técnicas audiovisuales activan otro tipo de elementos que son muy útiles a la hora del análisis de la información. Por un lado, las fotografías estaban disponibles para el análisis de la siguiente información: 1) lo que se quiso encuadrar, 2) lo que no se pensaba encuadrar pero aún así aparece en la imagen, 3) los detalles que se escapan al ojo cotidiano y 4) lo que se omitió al elegir un encuadre (Orobitg, 2014).

Por otro lado, lo filmado con la cámara de video pudo ser repetido ininidad de veces al momento de ser analizado. A diferencia del diario de campo, donde sólo se recopila lo que como investigadores recordamos de cada experiencia diaria, el video permite capturar una serie de detalles que se pasan de largo –debido a la selectividad de la memoria cotidiana– y que están a disposición permanente. Situación que fue muy útil para las descripciones minuciosas de los espacios visitados. Así, el uso de video tuvo la bondad de hacer, por un lado, accesible recursivamente la experiencia espacial y en movimiento al momento del análisis (D’Andrea, Ciolfi y Gray, 2011) y por otro lado,

---

<sup>7</sup> El cineasta Rodrigo Ruiz-Patterson y el cinefotógrafo Argel Ahumada de Mendoza.



permitió expandir las capacidades narrativas y de descripción de la observación acompañante.

Los recursos audiovisuales fueron un útil instrumento de observación en la recopilación de datos para la investigación social. Estas técnicas permitieron capturar otros ángulos de observación difícilmente accesibles para mi cuerpo, y aún más, los hizo disponibles para el análisis de manera reiterada. El “estar ahí” etnográfico también pudo aprehenderse como un “observar ahí” reiterado (Laurier, 2010) a través de los métodos audiovisuales.

Por último, se hicieron devoluciones de las fotos y de los videos. A pesar de que les emocionó verse en las fotos y en los videos, la reacción fue similar cuando les pregunté si querían quedarse con el material. En ambos casos, me dijeron que no, porque les recordaba que estaban viviendo en una situación muy complicada, situación que analizo en el capítulo 6. De hecho, en la devolución del video, el Guanajuato me pidió que si esta grabación sale a la luz pública lo elimine a él de la edición pues le daría vergüenza que su familia lo viera así. Esta situación revela que también mi presencia y mis intentos de devolución de lo construido en campo, por mejores intenciones que tenga, pueden desatar determinadas emociones desagradables en ellos. Don Ángel, el Zacatecas y el Rambo, por su parte, prefirieron regresarme las fotografías y pedirme que las muestre –junto con los videos– a todo el que pueda, para dar a conocer que, en medio de la ciudad de Tijuana, viven ellos en esta situación deplorable.

#### **1.1.4 El paso del tiempo, la violencia en campo y la reformulación de la pregunta de investigación**

Del año 2015 al 2017 yo sentía que tenía recabados un mar de datos con los cuales empezar a hacer el análisis. Pero no fue sino hasta finales del 2017 y principios del 2018 que conocí a Erika y me di cuenta que estaba omitiendo completamente la experiencia femenina de la vida en la calle. Si bien me había topado con un par de mujeres que circulaban en el Cañón del Matadero (la Raquel y la Eli), había descartado hablar con ellas por el alto grado de intoxicación que presentaban. Sin embargo, gracias al retorno intermitente al Cañón del Matadero –aún cuando institucionalmente ya había declarado finalizado el proceso de recolección de datos– fue que me di cuenta que la experiencias de las mujeres, observada a través del caso de Erika, se vivía de una manera doblemente

violenta gracias a la reproducción de prácticas machistas por parte de los habitantes del Cañón, y de las que son objeto tanto ella como las otras mujeres que había conocido, y tienen que generar una serie de estrategias para sortearlas. Si bien la experiencia con Erika no se insertó por completo en el análisis por motivos de la diferencia en la densidad de información, sí queda registrada en la conclusión de esta investigación como una asignatura pendiente para el conocimiento de las vulnerabilidades y violencias de la vida callejera en Tijuana.

El paso del tiempo en campo me había mostrado una serie de elementos que yo no tenía contemplados al inicio de esta investigación. Así, en el entrar y salir en múltiples ocasiones al Cañón del Matadero, me fui dando cuenta de que estas vidas, tanto femeninas como masculinas, están atravesadas por una serie de factores estructurales, relacionales y subjetivos de exclusión y violencia que se juntan en la calle y se experimentan de manera diferenciada. Algunos tienen que ver con la presencia del muro, que es palpable y todos los días les recuerda su expulsión de Estados Unidos, otros se relacionan con el espacio público que representa dificultades pues tienen que estar escondiéndose de la vigilancia policial, otros tienen que ver con la violencia machista y otros más tienen que ver con la forma en que estas personas interiorizan la violencia y la reproducen dentro de los emplazamientos residuales e incluso sobre sí mismos.

La pregunta de investigación, finalmente, tenía que volver a redefinirse en torno a conocer *cuáles son los múltiples factores violentos y estigmatizantes que operan para la producción y el mantenimiento de una diversidad de cuerpos indigentes en las calles de la ciudad fronteriza de Tijuana, así como los efectos que éstos tienen en la subsistencia digna de la vida de estas personas*. Las preguntas que apoyarían la respuesta de este cuestionamiento principal, que ya he venido subrayando a lo largo de esta introducción, se formularon en relación a dimensiones procesuales, interaccionales, prácticas y subjetivas. Es decir, las preguntas complementarias se relacionaron con los procesos transfronterizos de migración y deportación, con las relaciones violentas y/o estigmatizantes que establecen con diferentes personas en diversos espacios de la ciudad, con sus reacciones frente a estas violencias, con las evaluaciones morales, lógicas y significados detrás de sus prácticas, así como con las formas de subjetivar su situación social.

Una práctica común, que conocí ya con el paso del tiempo, con la que reproducían la violencia sobre sí mismos fue el consumo de drogas, lo que ha tenido efectos devastadores en los cuerpos de la mayoría de estas personas. Conocer a fondo esta situación y analizarlo a la luz de los elementos estructurales, relacionales y subjetivos me llevó a concluir que, en tanto no haya fuerzas externas que los ayuden a salir del proceso de la precarización –programas gubernamentales integrales y/o redes socioafectivas activas– el abuso en el consumo de drogas, como el cristal, sólo degrada las condiciones de salud en que se encuentran y puede tener efectos letales.

El Pimpón murió a causa del abuso en el consumo de drogas mientras vivía en la calle y yo hacía mi trabajo de campo ahí. Su muerte me contrarió y me estremeció. Afortunadamente, pudimos conseguir una ambulancia que pasó por él y localizar a alguno de sus familiares con quienes pasó sus últimos días. En el momento de escribir esta situación en el diario de campo, reflexionaba que podría dignificar su vida exponiendo en esta tesis los riesgos de vivir en espacios precarios. Ahora he tenido en mente, que una manera de dignificarlo es asumirlo con todas sus contrariedades, tanto en la forma en que estructuralmente se vio orillado a irse a la calle y consumir drogas, pero también en la manera en que participó de su propia devastación (Bourdieu y Wacquant, 2008; Bourgois, 2003). Esta situación me obligó a repensar en lo que significaba que yo, desde mi posición de privilegio, escribiera sobre la vida de estas personas.

#### **1.1.5 Problemas de representación de la vida en la calle: tres consideraciones**

La contribución de la perspectiva etnográfica sobre las sociedades contemporáneas radica en “la tentativa de entender otros modos de vida a través de la subjetividad del investigador y su confrontación con lo *diferente*, como instrumento principal de conocimiento” (Fonseca, 2005: 117). En ese sentido también he tenido que ser consciente de mi participación en la elaboración del conocimiento sobre la situación de calle en Tijuana, revisar mi propia subjetividad y mi posición de privilegio en dicha inmersión, explicitar el lugar de enunciación desde donde emito un discurso sobre las personas que viven en la calle y comprender las políticas de representación implicadas en ello.

Está claro que, desde los años ochenta, uno de los grandes problemas del relato etnográfico tiene que ver con las políticas de representación de las personas con quienes se trabajó en campo (Geertz, 1989; Clifford y Marcus, 1991). Esto tiene especial

dificultad cuando se escribe sobre pobreza y marginación desde una posición/situación distinta y con herramientas de poder específicas que pueden converger en la articulación de discursos meritocráticos, victimistas o miserabilistas.

Como dice Teresa Gowan (2010), escribir sobre las personas que viven en la calle ha estado históricamente dominado por el entendimiento de los indigentes como “moralmente ofensivos” (*sin-talk*), “como víctimas de un sistema injusto” (*system-talk*) o “patológicamente enfermos” (*sick-talk*) [drogadictos, enfermos mentales]. Y si bien hubo que ajustar estas propuestas sobre el homelessness americano hacia el campo fronterizo, éstas advierten que siempre se articula determinado tipo de discurso desde una posición de privilegio.

Así, el primer problema de representación en soportes escritos o audiovisuales tiene que ver con la construcción de la vida callejera como un problema de responsabilidad y méritos netamente individuales. La clásica versión durkheimiana de la desviación de las normas sociales es, probablemente, la que ha ayudado a proferir el discurso del ‘pecado’ individual donde las miserias de la vida callejera “son resultado de una laxitud moral. En el mejor de los casos, de la holgazanería y el hedonismo” (Gowan, 2010). En estos discursos, la culpa de la indigencia es de los propios sujetos que la viven debido a sus imprudencias e irresponsabilidades como la bebida o las drogas. Es este mismo dispositivo discursivo el que permite el intercambio de etiquetas hacia estas poblaciones como ilegales, criminales, deportados, malandros, holgazanes o fraudulentos.

De esta forma, he intentado evitar un ‘discurso meritocrático’ que culpabilice enteramente a estas personas de su propia situación. Sin embargo, ello no me exime de observar la intervención de estas personas en su propia destrucción –como veremos en el siguiente párrafo–. Lo que percibo necesario es observar la complejidad de las moralidades implicadas en la participación de estas personas dentro de un proceso histórico transfronterizo que ha sido estructuralmente desigual y en donde ellos han estado atravesados por una multiplicidad de desventajas que se han acumulado a lo largo de sus vidas y que los ha orillado a evaluar cierta situación y decidir, en momentos críticos vitales, por determinadas acciones que los han llevado a la calle.

Siguiendo dicha argumentación, un segundo problema a evitar es generar un ‘discurso victimista’ que ubique a estas personas únicamente como los damnificados de

un sistema desigual. Por un lado, porque le otorga a la estructura social un peso sobredeterminante de su situación y de su capacidad de agencia. Por otro lado, porque obnubila la posibilidad de observar las reacciones de estas personas frente a la violencia estructural que enfrentan. Como dice Bourgois (2003), de lo que se trata desde el acercamiento etnográfico es de analizar cómo es que estas personas reproducen una serie de violencias y se convierten en los agentes de su propia destrucción, pero siempre entendiendo sus lógicas internas. No encarar las contradicciones inherentes de la vida en la calle a través de “la exposición de los acontecimientos brutales sin censura” (Bourgois, 2003: 42) por temor a dar una impresión meritocrática y del pecado individual es formar parte de la opresión que ellos mismos viven. “Me niego a omitir o minimizar la miseria social de la que he sido testigo por temor a que una imagen desfavorable de los pobres se perciba como injusta o ‘políticamente incómoda’, pues eso me haría parte de la opresión” (Bourgois, 2003: 42).

Este discurso victimista, que en muchos foros es usado como método de denuncia de la injusticia social, implica, por otro lado, estimular las lecturas dicotómicas de la precarización, donde la capacidad de acción de las vidas callejeras vuelve a desdibujarse. Como dice Fonseca “mi impresión es que (...) la denuncia ostensiblemente formulada para ayudar a la causa de los subalternos, contribuye muchas veces a una lectura maniquea de la realidad. Con el mundo dividido entre verdugos malvados y víctimas indefensas, los pobres explotados parecen pasivos, apáticos, casi subhumanos (...) a la espera de la emancipación traída desde fuera por las personas menos embrutecidas” (Fonseca, 2005, 126).

Presentarlos como víctimas pasivas, es justamente exponerlos sin agencia, sin contradicciones y sin dilemas morales, a la espera de ser rescatados (únicamente) por alguien externo. Ese argumento, en el fondo es una forma de culpar a la víctima por su dislocación ética y su falta de méritos para salir de su situación. El acercamiento etnográfico reveló, muy por el contrario, que estas personas no son amorales y se logró documentar el tipo de valoraciones morales que han tenido que poner en juego durante determinados momentos coyunturales de su trayectoria vital para continuar en la vida callejera, como se analiza en los capítulos 5 y 6.

Por último, un tercer problema de representación a evitar es la pura observación morbosa de la miseria enraizada en las sociedades urbanas contemporáneas. La espectacularización de la miseria en la frontera tijuanaense –tan recurrida en abordajes cinematográficos como *El regreso del muerto* (Gamou, 2014), *Navajazo* (Silva, 2014) y *El purgatorio de los deportados* (Vice, 2016)– solamente refuerza una serie de estereotipos clasistas que, en el fondo, participan de la idea de que la responsabilidad de la situación de calle recae en ellos mismos y colaboran con discursos epidemiológicos desde representaciones prejuiciadas sobre la vida callejera, eludiendo, al mismo tiempo, la complejidad ética de abordar el sufrimiento social de los seres humanos a costa de la presentación estética y exótica de estas personas.

Cuidar la generación de una pornografía de la miseria supone un triple ejercicio autocrítico para el etnógrafo urbano. La ‘autoridad etnográfica’ (Clifford, 2001) –que dota de verosimilitud el trabajo del investigador por haber estado haciendo observación por una extensión de tiempo considerable en los espacios de la alteridad, el famoso ‘estar ahí’– se pone en entredicho cuando la sociedad observada no es ajena al investigador sino una sociedad urbana que, si bien diversa, se vive como propia. El ejercicio de extrañamiento interpretativo, la famosa mirada ‘exótica’ con que la etnografía clásica se acercó a las ‘sociedades tradicionales’, no puede ser salvado bajo la idea de entrar de manera esterilizada al campo –el ‘laboratorio del etnógrafo’ (Herskovits, 1992)– ya que el etnógrafo urbano ha estado, de alguna manera y a veces indirectamente, inmiscuido en las dinámicas, y participando de las representaciones, que pretende observar.

Así, por un lado, se hace necesario un ejercicio de dejarse sorprender ante un sujeto de estudio cotidiano y otro ejercicio de alejamiento ante la propia cercanía del campo de investigación. Es decir, se tiene que ‘descotidianizar’ la mirada para poder analizar lo cotidiano, desconocer para conocer. “La obsesión de la antropología por el “otro exótico” ha disminuido el interés de los etnógrafos por estudiar sus propias sociedades y los expone al riesgo de exotizar sus hallazgos cuando el proyecto de estudio está cerca de casa. Tuve que vigilar que mi propia investigación no se convirtiera en una celebración *voyeurista* de los traficantes y de la cultura callejera en la *inner city*.” (Bourgois, 2003: 44). Así, siguiendo a Bourgois, al doble alejamiento del etnógrafo urbano, se le debe agregar una tercera vigilancia que evite generar discursos

miserabilistas (meritocráticos o victimistas) y que encare tanto los condicionamientos estructurales como las contradicciones inherentes a los sujetos de estudio en la reacción ante el violento proceso de precarización en que están inmersos.

Lo que se intenta realizar, al señalar estas tres consideraciones en relación a la representación de estas poblaciones en soportes escritos y audiovisuales, es un ejercicio comprensivo que no deje de tener una mirada crítica hacia la vida callejera tijuanaense. De nuevo, como dice Bourgois, “la mayoría de los etnógrafos producen análisis comprensivos desprovistos de toda mirada crítica hacia los grupos y culturas que estudian. De hecho, tal suposición está entronizada en el credo antropológico del relativismo cultural: las culturas nunca son buenas o malas; sencillamente, poseen una lógica interna. Pero la realidad es que el sufrimiento es espantoso, disuelve la integridad humana, y los etnógrafos suelen impedir que sus sujetos de estudio luzcan repulsivos o desagradables” (Bourgois, 2003: 45). En el fondo, se trata de un ejercicio ético-político que humanice la situación de estas personas con todo y sus contradicciones –ya sea señalando razones estructurales, sus reacciones individuales o sus dilemas morales–.

## **1.2 Propuesta analítica del vórtice de la precarización**

La estrategia analítica en esta investigación implicó la lectura cruzada del proceso y la experiencia cotidiana de la indigencia. A partir del contraste de los datos construidos a nivel meso con aquellos obtenidos a nivel micro –enfoque biográfico y procesos políticos con vivencia cotidiana y procesos de subjetivación– se tendieron vínculos entre acontecimientos históricos y otros procesos sociales de la frontera, con el fin de conocer cómo convergieron los distintos factores intervinientes en la configuración y el mantenimiento de la situación de calle en Tijuana.

Este trabajo, como fue mencionado, implicó un planteamiento que me permitió transitar entre diferentes escalas de análisis: de las (in)movilidades transfronterizas a las (in)movilidades intraurbanas, con el fin de conocer cómo es que procesos de exclusión en las fronteras –como las deportaciones y el atrapamiento fronterizo– devienen en procesos de precarización y exclusión en las calles de Tijuana.

Fue preciso ubicar las recurrencias (Abbott, 1992) en los diferentes casos biográficos abordados y los cruces entre los datos obtenidos a nivel meso y micro. Con estas asociaciones se hizo, así mismo, un seguimiento de procesos sociales e históricos

que permitió ir en busca de datos a partir de la revisión de archivos y bibliografía especializada en la frontera México-Estados Unidos para relacionarlos posteriormente con trabajo de gabinete. La meta de fondo fue buscar cómo se conectaron los procesos históricos con los procesos individuales a través de las mediaciones relacionales y de reconocimiento para poder explicar el devenir indigente y la experiencia de calle en la ciudad de Tijuana. Es decir, se analizó cómo se interrelacionaron entre sí los resultados en los niveles micro y meso y qué relación guardan con acontecimientos históricos, políticos, económicos y sociales importantes del contexto fronterizo, e incluso en contextos más amplios pero que tengan incidencia en la vida callejera de la ciudad.

En este caso, lo que permitió esta aproximación fue la interrelación y asociación de múltiples factores –vivencia de la indigencia, prácticas de sostenimiento, afrontamiento de estigmas, momentos críticos biográficos, trayectorias de movilidad, intermediación institucional y acontecimientos históricos– que de alguna u otra manera se intersecaron para dar forma a la configuración heterogénea de la indigencia en esta ciudad la cual se vive de manera compleja y diferenciada. En ese sentido, se pudieron observar diferentes ‘constelaciones de eventos’, como las llama Abbott (1992), que convergieron para conformar la vida en la calle.

La reconstrucción de estas ‘constelaciones de eventos’ se logró en la interrelación de los procesos que vinculan las experiencias previas de los sujetos analizados con su situación de indigencia y con los procesos históricos fronterizos. Así, se construyeron seis ‘constelaciones de precarización’ para conocer cómo se configuran los factores que llevan a la precarización en la ciudad de Tijuana. Ello implicó construir ‘tipos’ de ‘constelaciones de precarización’ con las que se analizó lo que aquí llamo ‘el vórtice de la precarización’, las cuales aluden a las diferentes formas y efectos que tiene la inserción en dinámicas callejeras. Dentro de dichas constelaciones se ubicaron los momentos críticos (Thomson, et. al., 2002; Jost, 2012) en que se configuran saltos exponenciales que intensifican y aceleran el proceso de precarización: la deportación, las rupturas familiares, el atrapamiento fronterizo y la exacerbación dependiente en el consumo de drogas. En el siguiente apartado se esbozan los ciclos del vórtice de precarización, que constituyen los capítulos de esta tesis.



Por último, quisiera señalar brevemente los niveles, dimensiones, ejes, métodos analíticos y categorías específicas –que se abordan a plenitud en el siguiente capítulo– que intervinieron para construir el vórtice de la precarización. Estos, por supuesto, aunque se presentan separados y diferenciados, durante el trabajo de campo no se mostraron así y constituyó un trabajo posterior a la observación en campo que, como se ha hecho ver, ha implicado un ir y venir entre métodos y conceptualizaciones.

### **1.2.1 Niveles de análisis**

El vórtice de precarización se analizó a partir de los niveles meso y micro. Enfocar el análisis en el nivel mesoestructural interesó porque la indigencia en las calles de Tijuana no surge de la nada, ni sus habitantes aparecieron por generación espontánea. Eso permite, entonces, una perspectiva procesual de análisis. La situación de calle se extiende a escalas más amplias a través de diversos factores. Fue preciso explicar las distintas concurrencias a lo largo del tiempo y el espacio para comprender que existieron múltiples historias de exclusión y lugares recorridos que se manifiestan actualmente en las calles de la ciudad. El análisis en el nivel meso proveyó de elementos para responder al cuestionamiento sobre lo que pasó para que se configurara el vórtice de precarización de una determinada manera y dio pie para analizar y reconstruir las modalidades de las diversas constelaciones de precarización.

Por otro lado, se analizó la experiencia indigente en el nivel micro con el fin de aprehender las experiencias cotidianas de las personas que viven en la calle. Desde una perspectiva situada se intentó capturar las formas diferenciadas de circular y localizarse, conocer las formas diversas de afrontar las exclusiones y los estigmas, así como comprender las moralidades y lógicas de acción propias de la vida en la calle según temporalidad e historias previas. La idea fue conocer cómo es la dinámica de las diferentes manifestaciones de la indigencia en la ciudad, cuáles son las diversas características de las mismas, cuáles son los regímenes que norman su circulación y los diferentes estigmas que se les imputan, de qué tipo de lugares se apropian, cómo usan los conocimientos y la disposición corporal generados en esta situación y cuáles son los significados que se le atribuyen.

La interrelación del análisis situado con el longitudinal, permitió capturar de manera amplia cómo es el proceso complejo de producción de sujetos indigentes en la

ciudad fronteriza de Tijuana y cómo es la dinámica de mantenimiento de la vida en estas circunstancias. De manera que al cruzar el análisis realizado en ambos niveles (micro-meso) fue posible comprender cómo se combinan los diferentes factores contextuales fronterizos y las diversas variables implicadas en el proceso para configurar de manera heterogénea las vidas precarias en la calle de la ciudad de Tijuana.

### 1.2.2 Dimensiones de espacio y tiempo

La dimensión temporal de análisis importa en tres sentidos, según la ‘triple historización’ que Bourdieu incitaba a efectuar: “la del agente (con el concepto de habitus), el mundo (a través de la noción del espacio social, del cual el campo no es más que un subtipo), y las categorías y métodos del analista (reflexividad epistémica)” (Wacquant, 2018: 8). Así, la dimensión temporal en el vórtice de precarización implica que, como lo hemos dicho, el indigente tiene una historia la cual es preciso atender longitudinalmente. Pero también el contexto fronterizo ha ido reforzándose con el paso de los años y la existencia de personas en situación de calle en la ciudad de Tijuana ha tomado diferentes significados y ha sido atendida de manera distinta según el curso del tiempo. Por último, la vigilancia epistémica también juega un lugar en tanto el relato etnográfico se realiza desde un lugar de enunciación con su propia historia.

Así, como dice Wacquant, “uno debería comprender las constelaciones urbanas (o, para el caso, cualesquiera otras), las categorías y las prácticas como los productos, las armas y las apuestas de pugnas libradas en múltiples temporalidades, que van desde las macroestructuras seculares *longue dureé*, los *tempos* de nivel medio de los ciclos políticos y los giros institucionales, hasta los horizontes fenomenológicos de corto plazo de las personas a ras del suelo” (Wacquant, 2018: 9). Hacer énfasis en las diversas temporalidades que convergen en las calles de Tijuana, permitió rastrear los cambios y continuidades sociohistóricos así como las diferentes experiencias que decantaron en la situación de indigencia en la ciudad de Tijuana. Igualmente hizo posible aprehender las diversas temporalidades significativas que median en la experiencia de los indigentes en la ciudad.

Si bien la producción de la situación de indigencia puede abordarse a partir de la reconstrucción de momentos críticos en la vida de los individuos que decantaron en el proceso callejero, el énfasis en lo espacial en este trabajo importa ya que hizo visible la

manera en que las dinámicas fronterizas operaron también en la generación de sujetos indigentes en el sentido de influir como atractora o contenedora de movilidades poblacionales. Las múltiples espacialidades que se analizaron durante el trabajo de campo, incluyen tanto aquellas por las que ha recorrido buena parte de su trayectoria biográfica como aquellas en las que vive actualmente dentro de la ciudad.

Para el cruce metodológico del espacio y el tiempo y así dar luz sobre la importancia de los diferentes lugares y espacios en que se entrecruzan las diferentes temporalidades significativas de los indigentes, se colocó el análisis en la lógica de las movilidades como una perspectiva que, alejada de un análisis estático, permitió comprender experiencias significativas que suceden a través de diversos anclajes, circuitos, constreñimientos y movilidades espaciales, mediados por diversos regímenes y normatividades, tanto urbanos como fronterizos.

Este planteamiento ayuda a evitar, por un lado, la explicación a priori de la situación de indigencia a partir de variables preconcebidas y por otro lado, la cosificación de las condiciones de vida de los sujetos a analizar. Pensar relacionamente (Emirbayer, 1997) implica que, a partir de la ubicación de los sujetos de estudio, se puede hacer el seguimiento de procesos de precarización en distintas dimensiones –temporal y espacial– y en distintos niveles de análisis –en este caso en el nivel meso y el nivel micro antes expuestos– de manera que se conecten y asocien los eventos y acontecimientos hallados en estos niveles para generar mecanismos explicativos sobre el funcionamiento del vórtice de precarización en Tijuana. Así mismo, esto evita generalizar o extrapolar, de manera acrítica y descontextualizada, los hallazgos de esta investigación, hacia todas las ciudades de frontera, por ejemplo.

### **1.2.3 Ejes analíticos, categorías y métodos**

Ahora bien, el análisis de lo procesual se enfocó en las posibilidades y constreñimientos de la agencia de las personas en situación de calle actual, a lo largo del ir y venir a través de la frontera y en cómo los procesos histórico políticos de reforzamiento fronterizo colaboraron en la acumulación progresiva de la precariedad lo que devino en un deterioro de sus posibilidades de agencia. Para ello, se hicieron primordialmente entrevistas con enfoque biográfico de doce personas que habitan los espacios del Cañón del Matadero y el Arroyo Alamar.

Para considerar la relacionalidad de estos procesos, a la perspectiva del deterioro de la agencia se le sumó la del reconocimiento diferenciado y estigmatizante cuando entran en contacto con otras instancias sociales por la ciudad. Las técnicas de investigación consistieron en la observación acompañante, la realización de diversos tipos de entrevistas, grupos focales y conversaciones cotidianas sobre las diversas interacciones establecidas a lo largo de la ciudad.

Para el análisis de las prácticas cotidianas de la indigencia y observar las posibilidades de agencia dentro del constreñimiento vivido, se utilizó la categoría del ‘escamoteo’ como una forma de ‘valerse de’ los recursos a disposición en dicha situación. Aquí se pusieron en juego la observación acompañante y el uso de las técnicas audiovisuales.

Por último, para analizar el eje subjetivo de la indigencia se observó cómo se incorpora la situación social y se expresa en determinadas sensibilidades y emociones en medio de una vorágine de violencia y cómo ello tiene efectos en sus posibilidades de agencia. Aquí se analizaron los datos extraídos con prácticamente todas las técnicas utilizadas: observación, entrevistas, grupos focales, conversaciones cotidianas y técnicas audiovisuales.

**Cuadro 1 Articulación teórico-metodológica**

	Ejes analíticos	Categorías analíticas	Métodos	
Precarización	Procesual	Precarización Movilidades transfronterizas	Entrevista con enfoque biográfico	Continuo de violencia
	Relacional	Reconocimiento, estigmatización y agencia	Observación acompañante Entrevistas Grupos focales	
	Prácticas	Escamoteo	Observación acompañante Técnicas audiovisuales	
	Subjetivo	Vivencias significadas Sensaciones Emociones	Observación acompañante Entrevistas Grupos focales Técnicas audiovisuales	

Fuente: Elaboración propia, 2018

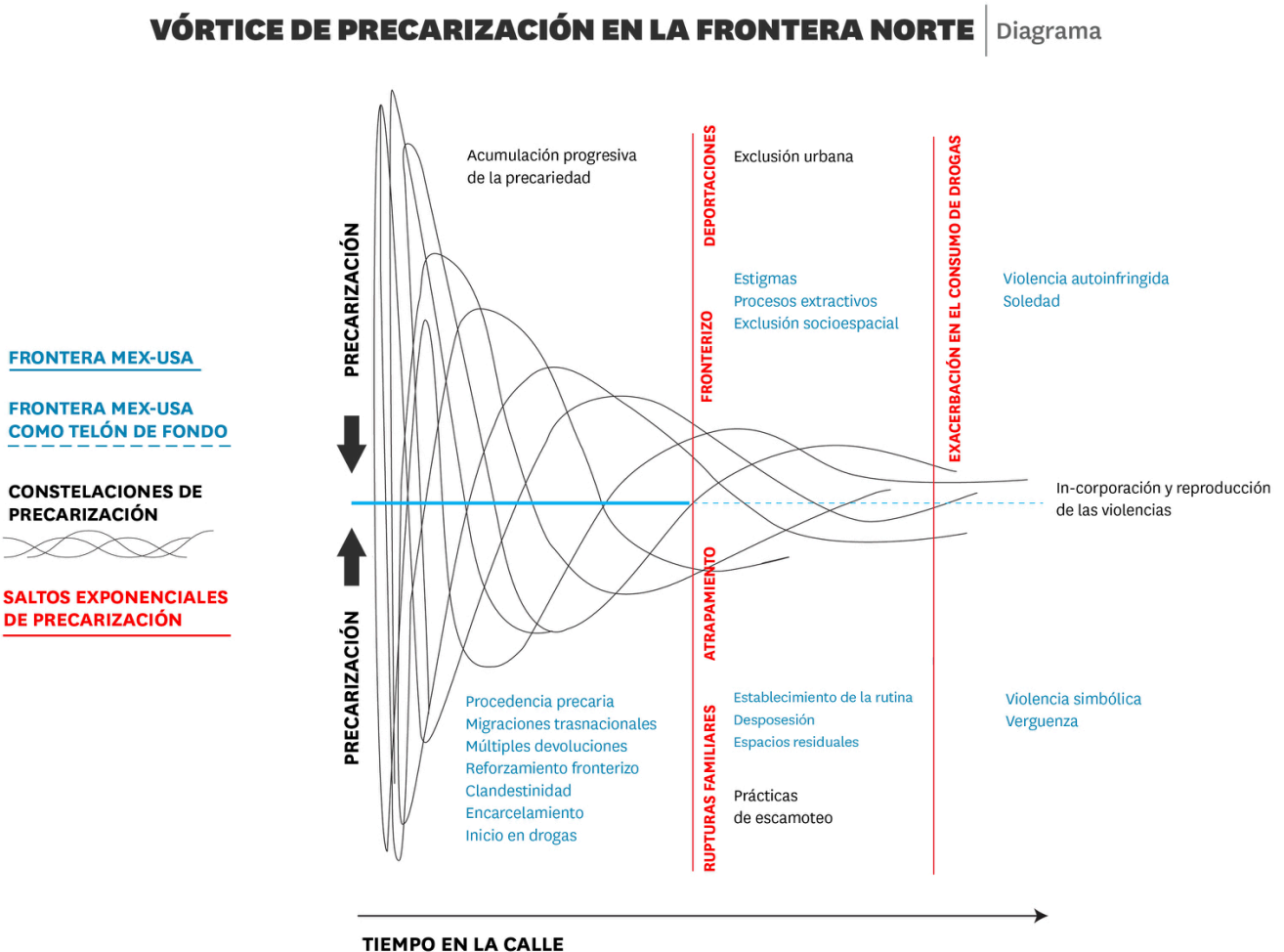
Es preciso dejar claro que los conceptos de precarización y violencia fueron transversales a todo el análisis. La precarización como una forma de aproximarme al tema del deterioro de la agencia y la violencia como una situación que estructura

recursivamente las prácticas a lo largo de su trayectoria vital, lo que también tiene efectos sobre su capacidad de acción. Lo anterior puede resumirse en el cuadro 1.

### 1.3 El vórtice de la precarización. Contenido de la tesis

A lo largo de esta investigación se construyó analíticamente la metáfora del vórtice de precarización para inquirir en el conjunto de procesos espacio-temporales en la frontera México-Estados Unidos que implican que fuerzas violentas y excluyentes estructuren recursivamente la degradación progresiva y exponencial de las condiciones materiales, sociales y subjetivas para la subsistencia digna de la vida de aquellas personas que habitan actualmente las calles de la ciudad de Tijuana.

Figura 1 El vórtice de la precarización en la frontera México-Estados Unidos



Fuente: Elaboración propia (2018)

El vórtice de la precarización dibujado en la gráfica anterior, es una matriz de diferentes constelaciones de precarización –configuración de factores hacia la vida callejera– las

cuales se representan como cada una de las líneas que avanzan en ella a través de la frontera a lo largo de los años. En tanto las condiciones de vida se van degradando por los procesos descritos a lo largo de la tesis, las órbitas de la espiral se van haciendo más agudas y las condiciones de precarizaciones más intensas, lo que vuelve cada vez más difícil salir de la situación de calle en tanto no haya fuerzas externas que los apoyen<sup>8</sup>. Los niveles, dimensiones, enfoques teóricos y categorías para analizar este proceso de agudización de la precariedad, se desarrolla en el capítulo 2.

Cada una de estas constelaciones de precarización inicia en un contexto precario y pasa por un proceso de movilidad transnacional que cruza múltiples veces la frontera (representada con una gruesa línea azul) y en cuyo ir y venir hay una *acumulación progresiva de la precariedad* debido a una conjunción de procesos estructurales y subjetivos como el reforzamiento de la frontera, el endurecimiento de las políticas migratorias, la condición de clandestinidad, el involucramiento en el consumo de drogas y procesos de encarcelamiento. Este desenvolvimiento procesual se desarrolla en el capítulo 3.

El primer salto cualitativo exponencial –como una serie de eventos críticos en el que se intensifican las fuerzas del vórtice de la precarización– está representado en la gráfica con la primera línea roja y ahí se alude a las deportaciones, a las rupturas familiares y al atrapamiento fronterizo cuando deciden no regresar y quedarse en las calles de Tijuana. De ahí en adelante la frontera está representada con una línea punteada, pues estará operando ya no físicamente sino simbólicamente como telón de fondo, o como una forma de memoria y/o conocimiento transfronterizo.

El incremento en la intensidad de las fuerzas centrípetas del vórtice de la precarización, después del primer salto cualitativo, está delineado, por un lado, por la dinámica de la *exclusión urbana* y, por el otro lado, por las *prácticas de escamoteo*; ambas ya cuando las personas instalan una rutina en las calles de Tijuana. Las fuerzas de exclusión urbana, en la primera parte, están marcadas por una tensión entre procesos violentos y predatorios de clasificación social estigmatizante y por representaciones de la vulnerabilidad, observadas en las prácticas de gestión de las poblaciones callejeras en la

---

<sup>8</sup> Es importante mencionar que este proceso no es lineal y los eventos pueden aparecer de manera dispar en el transcurso de vida de las personas que habitan en las calles de la ciudad. Pero se decide exponer de esta manera para ordenar consecuentemente el análisis y los resultados de investigación.

ciudad. Dichas fuerzas orillan a estas personas a mantenerse excluidos en los espacios residuales de la ciudad. Este proceso relacional se desarrolla en el capítulo 4. Por otro lado, las fuerzas de exclusión en el la fase del *escamoteo*, aluden a las prácticas informales en las que estas personas se internan y con las cuales logran salvar sus necesidades básicas de manera muy precaria. Sin embargo, ello les permite destinar sus pocos ingresos económicos hacia el consumo de drogas, lo que deviene en asumir la situación de calle como responsabilidad propia. El análisis de las prácticas callejeras se desarrolla en el capítulo 5.

El consumo crónico y dependiente de drogas constituye el segundo salto cualitativo exponencial hacia dentro del vórtice, y desata una agudización de las fuerzas centrípetas que arrastran hacia dentro del vórtice: *las violencias físicas, materiales, estructurales y culturales, que los han estructurado recursivamente a lo largo del proceso, se imprimen en el cuerpo y la subjetividad de los indigentes* y éstas violencias se reproducen sobre sí mismos, convirtiendo a los indigentes en los agentes de su propia destrucción. En tanto no haya una fuerza externa (redes socioafectivas o programas gubernamentales de atención integral a estas poblaciones) con las cuales estas personas puedan apoyarse para salir de dicha espiral, las fuerzas del vórtice de la precarización seguirán operando y manteniéndolos en las calles, lo que puede tener efectos letales como consecuencia extrema. Esto se desarrolla en el capítulo 6.

Por último, el capítulo 7 presenta una serie de conclusiones donde se intenta responder en primer instancia cuáles son las salidas del vórtice de precarización. Así, se recupera la diversidad de formas para entrar al vórtice, vinculando las mínimas posibilidades que hay de salir con la ayuda de elementos exógenos a las dinámicas callejeras. Se recupera el aparato geopolítico fronterizo como uno de los dispositivos principales que enmarcan la generación de indigentes en la frontera norte de México. Después se aborda el deterioro de la agencia cuando se agudiza el proceso de precarización, situación que sólo puede ser observada a cabalidad cuando se coloca en un lugar preponderante el análisis afectivo en términos de capacidad de acción. Igualmente se aborda la función de alteridad que estas personas cumplen para el orden urbano fronterizo y el valor de desechabilidad que representan para ciertos sectores que los utilizan extractivamente en la ciudad. Posteriormente, se delinear los hallazgos en torno a

la emergencia y consolidación de subjetividades violentas al interior del vórtice de precarización Para finalizar, se colocan las asignaturas pendientes: el análisis del abandono del Estado hacia el cuidado de las personas vulnerables en Tijuana y un análisis a profundidad desde una perspectiva de género.



## 2. Precarización en las calles de Tijuana

### 2.1 Introducción

La situación actual de vida de las personas que habitan las calles de Tijuana obedece a múltiples factores –como la deportación, rupturas familiares, consumo de drogas, estigmatización, encarcelamientos, involucramiento en actividades ilícitas, reproducción de las violencias, etcétera–. Por lo mismo, reducirlos solamente a las categorías de *homeless* o de *deportados* es restrictivo para el análisis multifactorial del proceso de sobrevenir hacia las calles y mantenerse en ellas en la ciudad fronteriza de Tijuana.

A partir de la revisión tanto de los discursos públicos como de la bibliografía especializada en el tema, en este capítulo intento evitar dicho reduccionismo y colocar el análisis de las vidas callejeras en términos de un proceso violento de precarización –el vórtice de precarización– que abarca de manera compleja múltiples capas de la existencia humana de quienes viven en las calles: movilidades, relaciones y reconocimiento social, prácticas indigentes y formas de in-corporación.

### 2.2 Abordando la vida callejera en Tijuana

La mañana del 2 de marzo del año 2015 la ciudad amanecía con la noticia de que “las autoridades de Tijuana mantendrán vigilancia en los accesos al canal del río Tijuana para tratar de impedir que regresen centenares de indigentes, deportados y drogadictos que residen en el mismo” (Calderón, TijuanaPress.com, 2015). Varios días después, cuestionado ante la presión ejercida por activistas y académicos respecto a la evaluación errónea con que se realizó el desalojo de dicho espacio, el presidente municipal de la ciudad contestó “hay que aclarar, el 90% de las personas que vivían –porque ya no hay una sola persona dentro del canal– no son migrantes, son personas con adicciones, era un punto de reunión para comer gratis y para comprar drogas” (Uniradio, 2015).

La declaración del alcalde no fue aislada ni surgió de un día para otro, ésta se gestó en múltiples reuniones con dependencias gubernamentales y asociaciones que estuvieron trabajando para dar salida al hecho de que habitara una población considerable en El Bordo –espacio de la canalización del río adyacente a la garita internacional–. En dichas reuniones se mencionó que la problemática del Bordo era de salud pública y

psiquiátrica, pero que también existían redes criminales de narcomenudeo y un gran contingente dedicado a la holgazanería.<sup>9</sup>

Según un censo levantado en dicha zona en el año de 2013 por académicas locales (Velasco y Albicker, 2013), una considerable cantidad de su población tenía experiencia migratoria y carecían en un grado muy elevado de condiciones de bienestar<sup>10</sup>. Dos terceras partes eran consumidores activos de drogas, viviendo en condiciones de salubridad deplorables y su subsistencia dependía de algunas organizaciones de la sociedad civil que los proveían de alimentos una vez al día. Por su parte, estas casas de asistencia que les ofrecían desayuno, ropa o despensa, aludían a ellos como vulnerables, deportados, migrantes o personas en pobreza extrema.

Los pocos acuerdos para nombrar y solucionar dicha problemática reflejan de manera muy clara las diferentes formas de entender la situación de calle en la ciudad de Tijuana. Teresa Gowan (2010), ha rastreado las tres concepciones históricas que aún operan en las formas de entender y atender al *homeless* en Estados Unidos: el discurso del pecado (*sin-talk*), el discurso sistémico (*system-talk*) y el discurso del enfermo (*sick-talk*). Con el primero se alude a la ofensa que significa la laxitud moral de estas personas para cierto sector y, en ese sentido, se culpa a los propios sujetos de su situación social debido a sus imprudencias e irresponsabilidades. En el segundo se alude a la idea de que estas personas son los damnificados o las víctimas de un sistema injusto, discurso proferido sobre todo por activistas y denunciantes de la irresponsabilidad sistémica. Con el último se elabora un discurso epidemiológico sobre la patología de su situación, sea consumo de drogas o enfermedades mentales.

En Tijuana se pueden observar claramente la operación de estos discursos por parte de las diversas instancias que atienden a estas poblaciones. Sin embargo, precisamente por su situación fronteriza, se pone en un lugar primordial el tema de la migración y la deportación hacia esta ciudad, como uno de los factores principales a considerar para abordar la problemática social en que están inmersas estas personas.

---

<sup>9</sup> Los datos fueron extraídos a partir de las minutas de dichas reuniones. Los problemas anteriores se cifraban en un lenguaje despectivo: ninis, flojos, atenidos y aprovechados (holgazanes); enfermos, loquitos y drogadictos (problemas de salud pública); criminales (delincuencia organizada). Ver capítulo 4.

<sup>10</sup> Muchos de ellos carecían de documentos de identidad (el 70%) y declararon ser objeto de persecución y violencia policiaca (más del 90%), de estigmatización social y de abandono estatal.

Todos estos elementos colocan las bases para que diferentes ámbitos sociales (gobierno, medios de comunicación, activismo, academia) utilicen diferentes etiquetas – en muchas ocasiones de manera intercambiable– para nombrar a estas personas: indigentes, deportados, drogadictos, holgazanes, enfermos, criminales. Si bien, algunas de estas personas participan en actividades ilícitas y consumen drogas, es precisamente la intercambiabilidad de estas etiquetas y la carga peyorativa que muchas de ellas acarrearán, la que ayuda a diseminar la idea unilateral –es decir, sin revisar la voz de los propios sujetos– de que estas personas son una de las peores ignominias que circulan por la ciudad y la que ha permitido intervenciones represivas sobre su situación.

### **2.2.1 Estado de la cuestión: entre experiencias de exclusión urbana y procesos de movilidad forzada**

Los enredos para consensuar en la esfera pública una forma de nombrar a estas personas encuentra un paralelismo en los muy diversos acercamientos que ha habido sobre este tipo de poblaciones en Tijuana. Las vidas callejeras en la ciudad aparecen de manera tangencial a través de diversos análisis que asocian variados procesos de exclusión con los efectos excluyentes de la frontera geopolítica. Enfoques ligados a los estudios de migración y deportación (Velasco y Albicker, 2013; Alarcón y Becerra, 2012), en violencia y seguridad (Contreras, 2016), en drogadicción y salud pública (Pollini, Brouwer, et. al., 2008; Philbin, Pollini, et. al., 2008, Medrano, 2010), en marginalidad, informalidad y pobreza urbana (Alegria y Ordoñez, 2005) conforman un entramado de estudios que abordan procesos asociados a la situación de calle en esta ciudad. El consenso, sin embargo, que sí se puede rescatar en estos trabajos es la idea de que los efectos excluyentes de la frontera han sido factores importantes en la emergencia y persistencia de esta problemática en la ciudad.

Siguiendo esta idea y la experiencia en campo, la consulta de antecedentes académicos para abordar el tema en la ciudad de Tijuana se hizo, entonces, a través de dos vías paralelas que convergen en esta problemática. Por un lado, se consultaron trabajos sobre la carencia de hogar (*homelessness*), la indigencia y la pobreza urbana y, por otro lado, se consultaron los trabajos sobre movilidad forzada y atrapamiento en las fronteras. Las explicaciones que se encuentran en ambos carriles de investigación, funcionaron como base para generar deslindes y empatías analíticas que me permitieron

construir un consenso sobre la forma de abordar a estas personas en la presente investigación.

### **2.2.1.1 El estudio del homelessness y las figuras de la indigencia**

A pesar de que ha corrido casi un siglo desde que se empezó a escribir académicamente y a analizar socialmente el tema (Anderson, 1923; Park, 1925; Zorbaugh, 1929), apenas han pasado casi veinte años desde que se diagnosticó como ‘subteorizado’ –y por lo tanto poco explicativo– el estudio del ‘homelessness’ (Neale, 1997) debido al amplio trabajo basado en definiciones ‘administrativas’. A lo largo del siglo XX el debate sobre la indigencia estuvo orientado en buena medida a la elaboración de políticas públicas con objetivos asistencialistas. De manera que la discusión sólo se argumentaba en torno a explicaciones unicasales de la vida en la calle y la conceptualización no alcanzaba para la comprensión de la experiencia heterogénea de la indigencia. En estas investigaciones administrativas, los indigentes fueron ‘objeto de intervención’ y la complejidad de sus acciones se opacaban por la necesidad de elaborar políticas de ‘intervención’ sobre ellos.

Una de las tradiciones más reconocidas que ha abordado el estudio de las poblaciones que habitan las calles lo ha hecho a partir de los estudios sobre “homelessness” –buena parte generados desde la academia norteamericana–, investigaciones que están orientadas a observar el fenómeno del uso y apropiación de espacios públicos o privados para habitar ante la carencia de vivienda regular.

La historia de la indigencia –cuando menos en Estados Unidos y algunos países de Europa– tiene una larga data.<sup>11</sup> Un texto clásico de referencia es *The hobo* de Nels Andersen, escrito en 1923 y que forma parte de las primeras investigaciones fincadas en campo por parte de la Escuela de Chicago, que aborda el caso de trabajadores temporales que migraban sin residencia. Este texto abrió brecha para investigaciones que se concentraron en la exploración de hospedaje temporal (Zorbaugh, 1929; Sutherland y Locke, 1936; Park y Burgees, 1967). Es importante mencionar que éstos estudios no

---

<sup>11</sup> Hay varios compendios y compilaciones sobre el análisis de la indigencia (Levinson, 2004; Levinson y Ross, 2007; Hombs, 2011; Shumsky, 2012) en donde se muestra que el estudio de esta situación se ha realizado a través de múltiples niveles y dimensiones teóricas, así como de diferentes componentes y mecanismos. En estos “handbooks” se nos presenta un recorrido por todos aquellos elementos y aristas que se analizan en el acercamiento a la indigencia.

consideraban al 'homeless' como aquél que carece permanentemente de residencia sino que se pensaban como los que vivían fuera de un entorno familiar.

Shlay y Rossi (1992) se abocaron a caracterizar a la indigencia desde la perspectiva de las ciencias sociales e hicieron un importante esfuerzo por recopilar aquellos estudios que siguieran esa línea. Este esfuerzo se debió a la observación creciente de la indigencia en Estados Unidos aún cuando se había pronosticado su erradicación a mediados de siglo, por lo que se volvió un tema de relevancia pública y nacional. Según los autores, las investigaciones de los años 50 y 60 definían en general a la indigencia en términos de relaciones con la sociedad (familia o instituciones), no necesariamente como un problema de vivienda, lo que ha provocado una enorme variedad de definiciones con las que se lidia actualmente, ello abrió el debate en torno a qué se está valorando como la falta de una vivienda digna o adecuada. Sea como sea, el hecho es que aquellos que estaban en condiciones de carencia habitacional podrían ser considerados como indigentes.

Es importante destacar que –a partir de la revisión de los distintos trabajos sobre el tema– aquí intento ampliar la definición de 'homeless', es decir, propongo pensar que este fenómeno no se estructura sólo a partir de la condición permanente de no tener una vivienda sino que se reconocen dinámicas intermitentes de indigencia, es decir, que estas poblaciones pueden transitar irregularmente en esta situación (Fischer y Breakey, 1986; Hope y Young, 1988; Rossi et. al. 1986).

Una pregunta importante se relaciona con las causas de la indigencia actual en términos sociológicos, más allá de sólo observar decisiones temporales en términos de búsqueda de trabajo. Tanto Shlay y Rossi (1992) como Susser (1996) reconocen en primera instancia muchos desencuentros al respecto pero se lanzan a observar, en numerosos trabajos sobre el tema, condicionantes estructurales de la misma. De manera que cobran importancia una convergencia de fuerzas económicas, políticas y sociales, en torno a un nuevo orden económico global (Rossi, et. al., 1986), cambios en la estructura laboral (Bassi y Ashenfelter, 1986), desindustrialización, cambios en el mercado de vivienda (Ellwood y Summers, 1986), gentrificación, políticas de bienestar y desarrollo urbano e incremento de brechas de desigualdad. Una vez planteado esto, se reconocen nuevas aproximaciones al estudio de la indigencia en torno a la experiencia de vida de la

misma: reconocimiento de temporalidades distintas en la cotidianidad de la indigencia, feminización de la indigencia, o las dimensiones de género, raza y clase (Mullings, 1989). Ahora bien, en otra revisión de la bibliografía sobre el tema Lee, Tyler y Wright (2010) indican que los análisis sobre los indigentes demuestran cómo es que las posibilidades de vida de estas poblaciones están dramáticamente reducidas, experimentando desventaja en bienestar material, salud física y mental, seguridad personal y expectativas de vida.

Es a finales de la década de los ochenta y principio de los noventa que comienzan a generarse investigaciones en relación a que los indigentes no son sujetos pasivos que, a pesar de sus condiciones de vida y posibilidades de acción, reciben el peso de la estructura y determinan su vida, sino que éstos generan estrategias para hacer frente a dicha situación (Snow y Anderson, 1987, 1993, 2001; Dordick, 1997).

A partir de los cuestionamientos sobre la falta de conceptualización en relación al homelessness ha surgido una abundante revisión crítica y conceptual de la problemática. Uno de los primeros debates al respecto –relacionado con una discusión clásica de la sociología– es aquél que buscaba las *múltiples causas* de la vida en la calle. El debate en cuestión enfrentaba (o armonizaba) posiciones sobre la explicación de la indigencia ya sea por la agencia (Parsell y Parsell, 2012) o la estructura social (Cronley, 2010; Neale, 1997; Fitzpatrick, 2005). Cabe destacar que estas discusiones se dieron en torno al tópico de la vivienda (o *housing*), en donde lo que se trataba de analizar era la carencia de la misma. Sin embargo, también surgieron propuestas críticas que cuestionaron el supuesto de que el término ‘home’ en ‘homeless’ implicaba un techo o una residencia, y propusieron la indagación en los significados del ‘hogar’ cuando se vive en la calle (May, 2000; Datta, 2004; Somerville, 1992 y 2013; Pascale, 2005) cuestionando la idea unívoca de hogar, proponiendo acercamientos complejos, heterogéneos y multidimensionales.

Una tendencia que en los últimos años ha tomado mucha fuerza es aquella que se debate alrededor de la gentrificación, la restructuración urbana y la incidencia de una política punitiva y ‘revanchista’ aplicada a las poblaciones callejeras sobre los usos del espacio público (Smith, 1996, 2001). A pesar de que este tipo de análisis es un modelo para las ciudades estadounidenses, ha habido intentos para aplicarlo en América Latina (Swanson, 2007) resultando en textos que ubican una lógica neoliberal proveniente del “norte” que controla los movimientos del “sur” y que está generando consecuencias

nefandas. Dichos esfuerzos analíticos son difíciles de aplicar en el contexto fronterizo ya que, desde su planteamiento, marginan las incidencias históricas del contexto geográfico y desvanecen la posibilidad de agencia de los habitantes de la calle.

Ahora bien, hoy otras formas en que se han abordado y conceptualizado las figuras de la precarización en las urbes. En primera instancia, las figuras de la errancia como el *clochard* y el vagabundo, así como el *zonard* (Aranguiz y Fecteau, y Dubet citados por Makowski, 2010), han sido estudiados sobre todo en la tradición francesa. Los “supernumerarios” han sido catalogados como desafiados de la sociedad que ya no ocupan ninguna posición útil en la división social del trabajo (Castel, 1997), posición similar a la que propone Paugam (2004) sobre los “descalificados sociales”. Niños, jóvenes y gente de la calle, tienen mucha presencia en los estudios de la tradición latinoamericana (Makowski, 2010; Hecht, 2000; Reguillo; 1991).

Quizá la única tradición de estudio que ha sido consistente en colocar el análisis desde el punto de vista de los indigentes han sido los trabajos etnográficos, provenientes en su mayoría de la antropología. Snow y Anderson (1987), hacen énfasis, desde un programa interaccionista, en la acción situada para aportar una mirada desde la reproducción de la desigualdad en las relaciones sociales y no imputando comportamientos de estructuras preestablecidas. Rescatan la capacidad de agencia de los indigentes, y en ese sentido, la importancia de los procesos interpretativos sobre las evaluaciones que otros hacen de ellos mismos –generalmente asociados a estigmas de criminalidad o inmundicia moral–, y las respuestas estratégicas desde la acción que se generan al respecto. Tres estrategias encuentran cuando se trata de narrar su identidad: distanciarse, asumirla o ficcionalizar (Snow y Anderson, 1987). Pero también se han encontrado distintas prácticas, no sólo narrativas, que hace notar que las y los indigentes “no se van a quedar sentados ociosamente mientras son estigmatizados” (Snow y Anderson, 2001: 404): adherencia o distanciamiento del grupo estigmatizado, evasión y encubrimiento espacial, o en algunos casos, acción colectiva.

Phillipe Bourgois y Jeff Schonberg (2009), llevaron a cabo una foto-etnografía colaborativa sobre la vida de indigentes adictos a la heroína en enclaves residuales de la ciudad de San Francisco. En su acercamiento ahondan en las relaciones de las fuerzas a gran escala y las prácticas micro de consumidores de heroína, para explorar por qué uno

de los países más ricos del mundo se colocó como una olla de presión que produjo indigentes adictos y violentos en las últimas décadas. Su análisis intenta abonar a la explicación de por qué “el sufrimiento cotidiano impuesto estructuralmente, genera subjetividades violentas y destructivas” (Bourgois y Schonberg, 2009: 19).

Theresa Gowan (2010), por su parte, continuando con los esfuerzos de Bourgois y Schonberg en el análisis del *homelessness* en San Francisco, generó una etnografía urbana en donde a través del análisis del discurso<sup>12</sup>, analizó la relación que los habitantes de calle en dicha ciudad tienen con los discursos históricos que ha habido en Estados Unidos en relación al *homeless*: sobre el pecado (sin-talk), la enfermedad (sick-talk) o la culpa sistémica (system-talk).

En el ámbito mexicano, Sara Makowski, desde la antropología visual, trabajó con jóvenes indigentes, para hacer un análisis de la exclusión social, “una excavación profunda para encontrar los restos biográficos y colectivos con los cuales se modula la experiencia de los jóvenes que viven en la calle” (Makowski, 2010: 13). En su trabajo explora los itinerarios urbanos, los sentidos y las vivencias de la exclusión, los espacios donde habitan, y la memoria encarnada en sus cuerpos. Este libro constituye un esfuerzo importante por colocar la ‘mirada’ en el ojo del sujeto investigado –en este caso, jóvenes que viven en la calle– lo cual se logró a través de los métodos visuales y la relación que estos jóvenes tuvieron con las cámaras.

Así, frente a los textos revisados en torno al estudio del *homelessness*, y siguiendo la tradición antropológica en el estudio de la vida en la calle en los últimos años (Snow y Anderson, 1987; Bourgois y Schonberg, 2009; Gowan, 2010; Makowski, 2010), lo que intento en el presente trabajo es observar las formas complejas y contradictorias en que los habitantes de calle participan en la construcción del proceso violento y excluyente, no sólo como ‘objeto’ de políticas públicas, de violencia, de intervención, de exclusión y marginalidad, sino como agentes que reaccionan, de manera compleja y contradictoria, al proceso violento de precarización.

Finalmente, elegí centrar el repaso sobre algunos estudios que han tratado el tema del “homelessness” ya que se ocupan de modelar y delinear las características y

---

<sup>12</sup> La autora entiende el discurso de manera amplia: “la acción como una forma de discurso, un vehículo de sentido por sí mismo (...). Las prácticas pueden estar cargadas discursivamente tanto como cualquier enunciado verbal” (Gowan, 2010: 25).



condiciones de poblaciones que carecen de una vivienda regular y están emplazados a habitar las calles de la urbe. Sin embargo, después de esta revisión, aquí se marca un desplazamiento del tema en relación a la difícil definición de las poblaciones desde una sola dimensión (la carencia regular de habitación) para comprender la diversidad de experiencias que pueden expresarse bajo el término indigente o homeless (Sommerville, 1992; 2010). De modo que busqué en el término de precarización un concepto que ayude a indicar una forma de estar expuesto al impacto negativo de la desigualdad en las calles de la ciudad, es decir, un término que apunte hacia procesos de vulnerabilidad, inseguridad, incertidumbre e indigencia en la experiencia de vida cotidiana y no sólo a una característica de la población. Esto se desarrollará más adelante en el capítulo.

La consecuencia de esta revisión para continuar trabajando sobre la situación de calle en Tijuana alude tanto a la necesidad de colocar la indagación desde el punto de vista de los propios indigentes, así como al apremio de un análisis multifactorial para explicar los ‘nuevos terrenos de la indigencia’ (Forrest, 1999), en este caso, los territorios fronterizos. El problema de la indigencia es “producto de una convergencia de factores operando en escalas locales, nacionales y globales. Aún más, la combinación de esos procesos es única según opera en diferentes localidades y puntos en el tiempo” (Marsh y Kennet, 1999: 4), es decir, este análisis necesita ser sensible a las particularidades empíricas específicas tanto de los procesos transfronterizos entre México y Estados Unidos como de los procesos intraurbanos en la ciudad de Tijuana.

### ***2.2.1.2 Movilidades, procesos de deportación y atrapamientos en la frontera norte de México***

Dentro de las discusiones que piensan críticamente cómo se hacen posibles o se limitan a las movilidades, ha habido un creciente interés por pensar la forma en que éstas se encuentran constreñidas por las fronteras.<sup>13</sup> Si bien las discusiones en los estudios de fronteras trabajaban sobre el tema de alguna manera, no fue sino hasta la última década que se ha puesto atención directa al tema. Cunningham y Heyman (2004) declararon que el “movimiento” no ha sido teorizado propiamente en los estudios sobre frontera. Los

---

<sup>13</sup> A pesar de que el pensamiento sobre las fronteras y las movilidades es más amplio que el sólo acotamiento de las fronteras nacionales (hay fronteras, simbólicas, sociales intraurbanas, etcétera), aquí estaremos tratando exclusivamente de las fronteras geopolíticas.

autores se dieron a la tarea de articular una serie de propuestas que integraban ambas posiciones a partir de la revisión de los temas trabajados desde los estudios fronterizos: ciudadanía, vigilancia, identidades transfronterizas, el papel de la frontera en la economía (formal o informal), proyectos de desarrollo, tratados, *commuting* y un largo etcétera. Todos estos trabajos han enfatizado una forma de contacto de un lado al otro, pero la mayoría de ellos ha menospreciado teóricamente el rol con que el movimiento o la inmovilidad se coloca como una dinámica central en los habitantes de la frontera.

Dentro de estos debates, la discusión sobre los procesos de atrapamiento emerge para analizar las condiciones en que se presentan los obstáculos para el movimiento a lo largo de las zonas fronterizas. Es decir, el atrapamiento es visto como un proceso ligado directamente con el tema de la imposibilidad del movimiento que provoca el aparato fronterizo en el flujo transnacional de determinadas personas. En estas discusiones pueden ubicarse aquellas que se enfocan en niveles macro de atrapamiento donde el enfoque de análisis se coloca en los efectos del aparato fronterizo y sus mecanismos de control, vigilancia y seguridad (Amoore, Marmura y Salter, 2008; Odgers y Campos, 2014) y aquellas que se enfocan en el ejercicio de distintas formas de agencia por parte de los individuos ante este atrapamiento (Núñez y Heyman, 2007; Velasco, 2016).

Sea cual sea la postura desde la que se trabaje, el análisis de los procesos de atrapamiento colocan a las ciudades y regiones fronterizas como una coyuntura geográfica que tiene efectos directos en la movilidad de las personas. A grandes rasgos, la información estadística sobre el sistema migratorio entre México y Estados Unidos informa que, ciertamente, en los últimos años ha sido más efectivo el control fronterizo estadounidense, que ha disminuido el flujo indocumentado de sur a norte y que ha habido un incremento del retorno de migrantes mexicanos de Estados Unidos a México. Dentro de estos retornos un número importante han estado vinculados a la deportación, lo cual toma relevancia a partir de la política de cierre de la frontera y de deportación implementada desde 2008 (Velasco y Coubes, et. al., 2013; Alarcón y Becerra, 2012; Velasco y Albicker, 2013; Odgers y Campos, 2014; EMIF, 2013; EMIF, 2014). Las consecuencias en el aumento de devoluciones en los últimos años para las ciudades de frontera han sido analizadas como una nueva problemática en relación a las contrariedades que el atrapamiento implica para aquellos deportados por estas zonas.

Algunos de estos análisis plantean que las fronteras suspenden el movimiento de quienes quieren cruzarlas, otros plantean que provocan otro tipo de prácticas como las estrategias de clandestinidad o de reconexión a través de las restricciones fronterizas. De cualquier manera, hay una argumentación que hace posible plantear a las regiones fronterizas como zonas de ‘espera’, de ‘refugio’, o como burbujas espaciales ‘donde se suspende el movimiento’.

Al revisar la transformación en la naturaleza de los flujos migratorios entre México y Estados Unidos, ubicando el aumento de devoluciones hacia el sur debido al amplio reforzamiento del control fronterizo así como la imposibilidad al retorno de origen por situaciones de violencia o rupturas familiares, Odgers y Campos (2014) proponen que las ciudades de frontera emergen como áreas en que los migrantes deportados no tienen otra opción que esperar ‘girando en círculos’ dentro de su dinámica migratoria. Las autoras presentan de manera detallada las características del sistema migratorio actual entre México y Estados Unidos para intentar demostrar cómo los recientes desarrollos en los patrones de movilidad conducen a procesos sociales donde emergen ‘burbujas’ espaciales que atrapan y retienen a migrantes aún inscritos en la lógica del movimiento. El caso más significativo del que echan mano es el de los migrantes deportados en la frontera de Tijuana que ni pueden ver a sus familias en el norte ni pueden regresar a sus olvidados lugares de origen por múltiples causas –como la violencia– lo que lleva a la construcción de las áreas fronterizas como nuevas ‘zonas de espera’ asociadas a procesos de exclusión transnacional, como El Bordo. “Se trata, por tanto, de espacios definidos donde cientos de personas se encuentran ‘suspendidas’ ante la imposibilidad de avizorar su retorno o continuar su camino, esperando en el corazón del movimiento” (Odgers y Campos, 2014: 115)<sup>14</sup>.

Si bien este planteamiento es consecuente con la revisión sistémica que las autoras hacen, además de atractivo para pensar las regiones fronterizas, contiene la limitación de estar trabajando sólo bajo una escala de movilidad, la de las migraciones transnacionales. Esto mina tanto la posibilidad analítica de observar las capacidades de agencia de los migrantes deportados dentro de las dinámicas internas de la región fronteriza que los estaría ‘atrapando’, así como la posibilidad de articular histórica y

---

<sup>14</sup> Todas las traducciones del inglés o del francés en este texto son propias.

situacionalmente los espacios y dinámicas fronterizas, más allá de observarse sólo como lugares coyunturales de espera.

Son precisamente estas capacidades de acción que la propuesta etnográfica de Núñez y Heyman están tratando de resaltar, cuando hablan de la frontera como una paradigmática y paradójica zona de ‘refugio’ o ‘escondite’. Tomando prestado el término de Aguirre Beltrán –que hablaba de cómo los indígenas subordinados lidiaban con procesos de dominación refugiándose en geografías marginales pero que a la vez los protegían–, los autores adaptan esta idea a las regiones limítrofes nacionales para mencionar que los procesos de atrapamiento en las fronteras no son apabullantes ni son una condición fija, “el atrapamiento consiste en un conjunto complejo de procesos y relaciones sociales en que la gente negocia su presencia y movilidad dentro de comunidades altamente vigiladas” (Núñez y Heyman, 2007: 357). El acercamiento etnográfico hace visible la agencia de estas personas y evidencian lo incompleto de los mecanismos de control. Así, documentan y analizan casos en que las personas desafían o resisten esta vigilancia según cierta evaluación que se hace de los riesgos que ello conlleva.

Estos planteamientos incluso van un paso más allá y plantean la necesidad de entender que en las fronteras hay múltiples obstáculos para el movimiento –que van desde el nivel regional y nacional (fronteras geopolíticas), pasando por el nivel local (estado de infraestructura local), hasta el nivel personal (miedos y discapacidades físicas)–, los cuales pueden traslaparse y sobreponerse entre ellos. Y, sin embargo, también hay complejas y creativas respuestas, como las prácticas clandestinas de la movilidad transfronteriza que surgen ante el monitoreo y la vigilancia de la movilidad humana por parte del aparato estatal (Velasco, 2016), las cuales están inmersas en procesos de riesgo, vulnerabilidad y precariedad.

Es precisamente esta idea de la multiplicidad de obstáculos al movimiento y sus respuestas complejas y vulnerables lo que me permitió pensar en proponer un cambio en la escala analítica. Esta transición escalar hizo posible observar a las urbes fronterizas como lugares complejos con ritmos particulares que envuelven otro tipo de movimientos y procesos sociales para quienes han sido deportados al sur de la frontera, y no sólo como

espacios de espera donde estas personas están "atrapadas e inmóviles en un espacio que, sin embargo, se caracteriza por su movilidad" (Odgers y Campos, 2014: 127).

Si las movilidades se equiparan solamente a las migraciones entonces toda la observación y análisis actual de las poblaciones deportadas en la frontera norte de México conduce a observar su inmovilidad, su atrapamiento y la imposibilidad de seguir su paso. Igualmente hace posible el planteamiento de las zonas fronterizas como burbujas de espera que encapsulan a los deportados y suspenden su movimiento. Sin embargo, una transición entre escalas analíticas de movilidad –de las movilidades transnacionales a las movilidades intraurbanas– puede ayudarnos a repensar la idea de inmovilidad en estos sujetos, a través de observarlos como agentes que se sincronizan a otros ritmos y otras formas de movimiento en las calles de la ciudad. Lo anterior profundiza y complejiza la idea de que la frontera crea ‘zonas de espera’ para colocar la discusión en la frontera como un espacio propio de movilidades diversas a diferentes escalas y ritmos.

En pocas palabras, en esta investigación asumo que estas personas no sólo están suspendidos o atrapados en la frontera ‘esperando’ para irse. Al adentrarme en esa ‘espera’, encontré múltiples prácticas y movilidades –si bien precarias y desiguales– que estas personas llevan a cabo. Sus acciones y prácticas resuelven carencias alimentarias cotidianas, generan relaciones sociales entre pares, se apropian de espacios residuales de la ciudad de manera compleja, se mueven de manera clandestina por circuitos precarios y/o se enfrentan cotidianamente a diversas contingencias con tal de continuar su vida de manera estable en sus prácticas y espacios callejeros. Las connotaciones de ello, más que de espera, son de involucramiento gradual con las dinámicas y ritmos sociales de la ciudad. Por supuesto, con consecuencias directas en su precarización. La transición entre escalas analíticas de la movilidad puede dar cuenta de ello.

### ***2.2.1.3 Caracterizando las vidas precarias en la frontera de Tijuana***

En uno de los pocos trabajos que aborda el tema de la indigencia a través de la frontera México-Estados Unidos, Campbell y Lachica (2013) han intentado conceptualizar al “homeless” transfronterizo y transnacional, al documentar un par de casos de homeless norteamericanos que tienen posibilidad de cruzar la frontera de El Paso-Ciudad Juárez y con ello pueden “buscar” subsanar sus carencias a partir de movilizarse entre ambos países capitalizando las posibilidades que ello les ofrece. Aunque es un aporte que ayuda

a pensar los procesos de indigencia en la frontera, evidentemente los autores no abordan la situación cuando el estatus ciudadano y migratorio imposibilita cruzar la frontera. Se puede interpretar de este texto que cuando la indigencia proviene del lado norte, la frontera es franqueable, pero cuando proviene del lado sur la diferencia estructural fronteriza se endurece.

Si la categoría de deportado en tránsito no alcanza para atajar todas estas posibilidades de análisis que se dan entre experiencias de exclusión urbana y procesos de movilidad forzada de norte a sur de la frontera, entonces es preciso caracterizarlos según su situación actual, en este caso, la vida en la calle. Albicker y Velasco (2016), percatadas de ello, han generado un texto de transición en las discusiones sobre el atrapamiento en esta frontera donde se enfocan en un ‘tipo’ de deportados: los que están en situación de calle. Lo que intento hacer en esta investigación es extender esta idea a partir de retomar de manera amplia el concepto de movilidades en el análisis. Un planteamiento que observe las movilidades intraurbanas, en interacción con las movilidades migratorias, y que permita revisar la vivencia de la situación de calle en personas cuyo proceso de devenir indigentes esté relacionado con una experiencia de deportación.

Planteado lo anterior, a continuación se colocan las herramientas conceptuales con las que se analiza el proceso de precarización tanto en el ir y venir a través de la frontera, como en las dinámicas al interior de la ciudad de Tijuana. En ese sentido, se presenta el utillaje conceptual que enmarca el análisis del vórtice de la precarización.

### **2.3 El vórtice de la precarización. Propuesta teórica**

A continuación se desarrolla, en primera instancia, el concepto de precarización como el concepto que articula el presente análisis. Posteriormente se coloca la idea de que la precarización es un proceso violento y excluyente. Posteriormente, se desarrollan las categorías para analizar las fuerzas que estructuran recursivamente el vórtice de precarización: movilidades e inmovilidades; relacionalidad, reconocimiento y estigma; prácticas y agencia; corporalidad y sensaciones.

La idea de este apartado es enmarcar la mirada analítica para el estudio del proceso de precarización de las personas que viven en la calle en la frontera norte de México. Sin embargo, como fue dicho anteriormente, no se trata de hacer atribuciones teóricas a lo empírico, muy por el contrario, la idea es revisar los planteamientos

conceptuales y contestarlos desde la experiencia empírica –from the ground up– (Marcus, 1998). De manera que, en la revisión de cada concepto y categoría, se intentará ubicar su funcionamiento y operatividad dentro del contexto fronterizo México-Estados Unidos.

### 2.3.1 De la precariedad laboral a la precarización

El concepto de precariedad, en su vertiente más desarrollada por economistas y sociólogos, está vinculado al ámbito de la creciente flexibilidad de los mercados laborales contemporáneos. Si bien en esta investigación no seguiré la línea temática planteada por los estudios de la precariedad laboral sí entiendo que el impulso del concepto que se le ha dado desde estas investigaciones alude a la incertidumbre vital y a la exposición riesgosa a lo contingente, de manera similar a cómo pretendo abordarlo aquí. De manera que es posible vincular el concepto de precariedad laboral con otras propuestas en torno a lo precario y la precarización.

Se rescata, así, la idea de que detrás de la incertidumbre de la descuidadización laboral y de la ruptura entre trabajo y derechos, bienes, salarios e inclusión social está la desafiliación y la vulnerabilidad social (Castel, 1997). Igualmente, se asume la existencia de lógicas económicas neoliberales que operan actualmente y que promueven la inestabilidad laboral y la vulnerabilidad social y, por lo tanto, son condicionantes –que no determinantes– para la acción. Se extrae también la idea de observar cómo afecta en las relaciones sociales el proceso de precarización laboral y la respuesta de los trabajadores (Beck, 2007; Standing, 2011).

Pierre Bourdieu (2000), por su parte, ofreció un diagnóstico negativo de esta situación. El francés afirmó que la precariedad laboral es un modo de dominación basado en un estado permanente de inseguridad que obliga a los trabajadores a aceptar la explotación en tanto se ven oscurecidos cualquier otro tipo de recursos de sobrevivencia. Al instaurar competencias –educativas, laborales, etcétera– en contextos desiguales, se rompe cualquier tipo de resistencia que se pueda ofrecer y se consigue obediencia y sumisión hacia el explotador. En ese sentido, para este autor, la precariedad laboral más que un “régimen económico regido por leyes inflexibles de una especie de naturaleza social es, en realidad, un *régimen político* que sólo puede instaurarse con la complicidad activa o pasiva de los poderes directamente políticos” (Bourdieu, 2000: 126).

Es precisamente el hecho de que sea un régimen político lo que le permitió titular su texto “Actualmente, la precariedad está en todas partes” en tanto ésta se configuraba como una forma de gestionar la inseguridad y la incerteza social. Su propuesta enfatizaba, claramente, el reconocimiento de dimensiones estructurales de la precariedad. Así, según este autor, los efectos del establecimiento de órdenes precarios se vinculan con una desestructuración completa de la existencia de los agentes sociales, en el sentido en que se degradan sus relaciones con el mundo, las temporalidades y los espacios. La imposibilidad de rebelarse contra un orden del presente debido a la inseguridad de la situación que se vive, deviene en la imposibilidad de previsión ulterior cuando no se tienen certezas para apostar hacia el futuro y el presente se desestructura. Un diagnóstico, efectivamente, negativo y pesimista.

El concepto de precariedad laboral que proporciona Bourdieu, puede ser trasladado hacia otros ordenes existenciales pues, como dice Ray Forrest en relación a los homeless, se hace evidente la necesidad de ir más allá de los mercados de trabajo para apreciar otros ‘nuevos paisajes de precariedad’, “el desempleo y subempleo continúan siendo factores centrales pero es la inestabilidad laboral combinada con la inestabilidad o falta de recursos en todas partes lo que se combina para producir mayores problemas de exclusión” (Forrest, 1999: 33).

### ***2.3.1.1 Un concepto amplio de precariedad***

Al igual que Bourdieu, Butler piensa a la precaridad como una condición estimulada políticamente en donde se reconoce de manera peyorativa y se minusvalora la vida de aquellas personas que no han sido privilegiadas por el sistema. “La precaridad designa esa condición políticamente inducida en que ciertas poblaciones adolecen de falta de redes de apoyo sociales y económicas y están diferencialmente más expuestas a los daños, la violencia y la muerte” (Butler, 2010: 46).

Esta autora reflexiona que la precariedad subraya una insuficiencia de cuidados en tanto que somos seres sociales cuyas condiciones de vida dependen de relaciones con otros, con instituciones, con entornos. No nos valemos por nosotros mismos ni somos omnipotentes, somos vulnerables y necesitamos del apoyo y cooperación de los demás. Nuestra existencia no está garantizada pero la cooperación social sí la hace más perdurable. De manera que hay personas que viven diferencialmente “con relación a



ciertos modos socialmente facilitados de morir y de muerte como a otros modos socialmente condicionados de persistir y prosperar (Butler, 2010: 31). Así, la autora señala que observar la precariedad es una forma de analizar si las condiciones sociales para la persistencia y prosperidad de una vida son o no posibles y no las limita a las certidumbres que otorga el mercado laboral

En ese sentido, aquí trabajo con una definición amplia, que me permita observar relacionamente la generación de sujetos precarios –material, representacional y subjetivamente–, pero que también permita observar la respuesta de estos sujetos ante el proceso de precarización. “La precarización significa más que puestos de trabajo inseguros, más que una cobertura social insuficiente dependiente del trabajo asalariado. En tanto que incertidumbre y exposición al peligro, abarca la totalidad de la existencia, los cuerpos, los modos de subjetivación. Es amenaza y constricción, al mismo tiempo que abre nuevas posibilidades de vida y trabajo. La precarización significa vivir con lo imprevisible, con la contingencia” (Lorey, 2016: 17). Ser indigente es vivir con incertidumbre en la totalidad de la existencia. Sobrevivir en estas condiciones implica generar prácticas que aprovechen lo contingente sin posibilidad de previsión futura.

El ensamblaje conceptual que implica hablar de lo precario, según Lorey (2016), está compuesto por inseguridades, vulnerabilidades, incertidumbres y amenazas. La autora distingue tres dimensiones de lo precario: la condición precaria, la precariedad y la precarización como gubernamentalidad. La primera, retomando a Butler, la ubica como una dimensión socio-ontológica de la vida y los cuerpos, en ese sentido, implica una vulnerabilidad relacional que es compartida por todos los seres humanos. La segunda, alude a relaciones desiguales y jerárquicas asociadas a un reconocimiento diferenciado del Otro, es decir, al “reparto de la condición precaria con arreglo a relaciones de desigualdad” (Lorey, 2016: 27). En ese sentido, implica relaciones de dominio y posiciones sociales diferenciales en la incertidumbre. Con la tercera, se refiere a modalidades de gobierno y de conducir conductas de las vidas más precarizadas según la posición diferencial en la inseguridad.

Lorey pregunta posteriormente “¿cómo cabe entender en un plano teórico sistemático la conexión entre precariedad como relación de desigualdad y como condición precaria existencial y social, la relación entre la primera y la segunda

dimensión de lo precario?” (Lorey, 2016: 31). Aquí quisiera retomar esta pregunta, pero intentando hacer operativas estas dimensiones a las que alude, analizando en un plano, ya no teórico, sino empírico la conexión entre ambas. La idea es, como mencioné en un inicio, repensar los términos de análisis desde abajo hacia arriba (Marcus, 1998). Así, como dice Nancy Ettinger, una visión amplia y expansiva de la precariedad –es decir, más allá de los procesos de inseguridad laboral– “localiza a la precariedad en los microespacios de la vida cotidiana, en los espacios en que los individuos piensan, sienten e interactúan” (Ettinger, 2007: 324). En ese sentido, la precariedad puede observarse de abajo hacia arriba a partir de trayectorias vitales, los procesos relacionales y estigmatizantes, las prácticas sociales y las formas de subjetivación, todas las cuales se localizan en el contexto del endurecimiento del aparato geopolítico fronterizo en el norte de México y sur de Estados Unidos.

Paugam (1995) acuña el concepto de ‘espiral de precariedad’ para aludir a la complejidad de procesos y circunstancias que contribuyen recursivamente a la exclusión social y a la desposesión en la Francia de finales de siglo XX. Con ello pretende dar cuenta de la acumulación de desventajas cuando éstas se enlazan entre sí durante el curso de las trayectorias vitales en intersección con el proceso socioestructural. La pérdida del empleo, dice el autor, generalmente viene acompañada no sólo de pérdidas en el ingreso, sino también del debilitamiento de estructuras sociales y psicológicas instanciados en problemas maritales y pérdida de capital social. Al correlacionar las interacciones entre inseguridad laboral, pérdidas de ingreso, inestabilidad conyugal, el desgaste de los vínculos sociales y las condiciones de vida, propone que la precariedad puede venir en diversas formas según diferentes contingencias relacionales. Es decir, diversas trayectorias de acumulación de desventajas pueden conducir a diferentes procesos de exclusión social.

Aquí se retoma esta última idea: la forma en que hay diferentes configuraciones de factores y eventos que conducen y mantienen a las personas en situación de calle en la frontera norte de México y que, en situaciones límite, pueden encaminarlos hacia un abismo letal. A las fuerzas implicadas en generar estos procesos de incertidumbre y vulnerabilidad es lo que aquí he llamado “el vórtice de la precarización”. (ver gráfica 1)

El vórtice o espiral de la precarización en la frontera México-Estados Unidos alude a un conjunto de procesos espacio-temporales, conformado por fuerzas socioculturales violentas y excluyentes, que estructuran recursivamente la degradación progresiva y exponencial de las certidumbres materiales, sociales y subjetivas para la subsistencia digna de la vida y hasta la propia existencia.

Cuando me refiero al vórtice de precarización, hablo de un proceso en el que se agudiza la situación precaria. En este proceso, como se mencionó, se consideran los niveles mesoestructurales, relacionales y subjetivos, desde dimensiones espaciales y temporales específicas, es decir el contexto contemporáneo de la frontera México-Estados Unidos. Las categorías que se pusieron a prueba desde el campo para explicar las fuerzas violentas y excluyentes de dicho proceso fueron las de espacio y moviidades, relación, reconocimiento y estigma, prácticas y agencia, cuerpo y sensaciones. A continuación, se abordarán cada uno de estos elementos.

### **2.3.2 El vórtice de la precarización: un proceso sociocultural violento y excluyente**

En tanto proceso el vórtice de la precarización es una vorágine donde el paso del tiempo importa (Abott, 2001; Tilly, 2008) y donde interesa historizar la posición actual de los indigentes y del contexto fronterizo en que se ubican (Bourdieu, 2007; Wacquant, 2018) para poder dar cuenta de los factores que de manera compleja operaron para que estas personas se localizaran en las calles de la ciudad. La situación de calle en Tijuana es el efecto de un proceso de movilización poblacional en un contexto de paulatino reforzamiento fronterizo. Un segmento del vórtice de precarización captura la historia de producción de esta situación a través de una mirada longitudinal. La precariedad en las calles tijuanenses no surgió de la nada, ni sus habitantes aparecieron de un día para otro. La precarización se extiende a escalas más amplias y fue preciso atender a las distintas concurrencias a lo largo del tiempo y el espacio para comprender que hay toda una historia de momentos críticos, exclusiones y espacios recorridos que se manifiesta en las calles de la ciudad.

El hecho de enfocar la investigación desde una mirada longitudinal no implica dejar de lado el análisis de la situación social de la precariedad actual, ni de las mediaciones que la articulan en la ciudad. Al contrario, la mirada longitudinal otorga consistencia analítica y puede explicar y sistematizar los cambios, rupturas y asociaciones

que se sucedieron en diferentes tiempos y espacios para que emergiera una situación como ésta. En otras palabras, no puede explicarse la situación actual de la vida callejera sin remitir a sus orígenes, sus experiencias de movilidad, de encarcelamiento, de consumo de drogas, a los momentos críticos de su vida. Pero tampoco pueden explicarse de manera estática las relaciones sociales que establecen y las prácticas que llevan a cabo como si con el paso de los días no fuera cambiando con ello su situación precaria. Así, el análisis longitudinal provee de elementos para responder al cuestionamiento sobre aquello que pasó para que se configurara esta situación y da pie para analizar y construir las configuraciones de las diversas manifestaciones actuales de esta situación.

Además de dar cuenta de los procesos sociales y relacionales a lo largo del tiempo, en este planteamiento también se intenta dar cuenta de los procesos simbólico-culturales que colaboran en la generación y persistencia de sujetos indigentes en la frontera de Tijuana. En ese sentido, las fuerzas simbólicas involucradas en este proceso se relacionan con la operación del reconocimiento estigmatizante y rechazo del otro que moldea la percepción ignominiosa y discriminatoria de estas personas dentro del orden urbano, que contribuyen a crear, mantener y reproducir la carencia y, por lo tanto, la distancia social entre los diversos actores de la ciudad (Bogardus, 1926; Bayón, 2015) en el contexto específico de frontera.

Las fuerzas socioculturales involucradas en este proceso se caracterizan por la violencia y estigmatización lo que tiene efectos excluyentes y marginalizantes del orden urbano. Galtung define a la violencia como “afrentas deliberadas (y por lo tanto evitables) a las necesidades humanas básicas, y particularmente a la vida, cuyo efecto es el rebajamiento del nivel real de las satisfacciones por debajo de lo que es potencialmente posible” (Galtung, 1990: 292). Esta definición de violencia se vincula directamente con la idea de lo precario como lo estamos asumiendo en este trabajo, es decir, como la carencia o distribución diferencial de certidumbres y condiciones sociales para la sostenibilidad digna de la vida. En ese sentido, la precarización es un proceso violento porque involucra una serie de eventos, acontecimientos, dinámicas y representaciones que implican afrontas a la satisfacción de las necesidades humanas con las cuales sostener una vida digna, es decir, ‘un rebajamiento del nivel real de satisfacciones’.

La teoría de la violencia de Galtung es una teoría sistémica que involucra aspectos físicos, pero también estructurales y culturales de la violencia. Su famosa propuesta del triángulo de la violencia se constituye en la síntesis de este esfuerzo. Dicho triángulo entonces, se compone por la violencia directa, la violencia estructural y la violencia simbólica.

En el vértice superior del triángulo está colocada la violencia directa, aquella que es visible a través del comportamiento y se concretiza en acciones físicas, verbales o psicológicas. Este tipo de violencia se estructura temporalmente como ‘eventos’, es decir, como actos concretos y específicos en un momento y espacio determinado (Galtung, 1990). Es una violencia que ‘se hace ver’ porque se ejecuta desde un sujeto a otro de manera directa.

Los vértices inferiores del triángulo se caracterizan por delinear dos tipos de violencia ‘invisibles’ o que van más allá de actos físicos concretos y que, por lo mismo, pueden pasar como algo natural al orden de las cosas. La violencia estructural, alude a aquella que está “edificada dentro de la estructura, y se manifiesta como un poder desigual y, consiguientemente, como oportunidades de vida distintas” (Galtung, 1995: 320). Según este autor, la condición de violencia estructural puede ser fraseada como injusticia social, es decir, cuando la composición estructural de una sociedad distribuye diferencialmente las posibilidades para satisfacer las necesidades humanas básicas y se concretiza en la negación de ellas.

Por último, la violencia cultural (Galtung, 1990) alude a aquellos aspectos de la cultura que pueden ser usados para justificar, legitimar o normalizar la violencia directa o estructural, en el caso de la vida callejera en Tijuana esto se observa a partir de cómo operan los estigmas y las clasificaciones socioculturales que normalizan la exclusión de estas personas hacia la participación social y la marginación hacia lugares residuales de la urbe.

Si continuamos con las argumentaciones de Butler y Bourdieu, la existencia de dimensiones estructurales y políticas, que apuntalan la reproducción de condiciones de desigualdad y carencia, se colocan como una forma de violencia estructural (Bourdieu, 2000: 141-142). En esta situación, los precarios violentados son aquellos que ven desestructurados sus modos de ganarse la vida y, por lo tanto, el desgaste de sus

condiciones de existencia es más acelerado. Ahora bien, una visión meramente estructural sobre la violencia que avasalla las vidas precarias de los indigentes en la frontera norte de México opacaría la reacción y participación de estas personas en las formas de hacerle frente.

El enfoque sobre la precarización como un proceso exclusivamente negativo – representado en los diagnósticos de Bourdieu y/o Castel– (Lorey, 2016: 53), es decir, que se entiende sólo como carencia, invisibiliza la oportunidad para inventar, si bien desde condiciones precarias, nuevas formas de acción por parte de los individuos precarizados. En otras palabras, los intentos para hacer visibles las voces y tácticas de los sujetos violentados pueden opacarse cuando el enfoque está completamente colocado en la precariedad como violencia estructural que reproduce desigualdades (Valenzuela, 2015).

Si bien el planteamiento de Galtung es muy útil para hacer observables las agresiones visibles e invisibles que sectores vulnerables sufren en niveles estructurales, institucionales y culturales –como las poblaciones callejeras en Tijuana–, no proporciona herramientas para capturar la reacción que las personas violentadas tienen ante estas agresiones, es decir, este marco pasa por alto las formas de repeler, aprehender, revertir o incorporar la violencia ante las limitaciones de vulnerabilidad que la misma impone.

En ese sentido, Slack y Whiteford han acuñado el término “‘violencia posestructural’ para describir las maneras en que la gente reacciona con las limitaciones resultantes de la violencia estructural (...) [de manera que] intentamos describir qué acciones lleva a cabo el individuo para mitigar su situación vulnerable y precaria” (Slack y Whiteford, 2010: 83). La violencia posestructural, según estos autores, no es un fenómeno distinto de la violencia estructural, sino más bien un nivel con el que coincide y con el que forma un continuo de violencia donde hay “varias formas de violencia que coinciden simultáneamente creando un escenario de violencia” (Slack y Whiteford, 2010: 83). Es decir, desde esta propuesta lo que se intenta analizar es la participación en las dinámicas de violencia por parte de los actores sociales sufrientes de la misma. En ese sentido, no piensan a los agentes violentados por la estructura y la cultura como seres pasivos, muy por el contrario tratan de observar su participación en dinámicas violentas.

Estos autores (Slack y Whiteford, 2011) han documentado las actividades ilícitas y clandestinas que operan en los corredores fronterizos de cruce, así como los intrincados

y complejos vínculos que pueden tener. Así, coyotes, polleros y narcos operan en las geografías clandestinas transfronterizas y –junto con el reforzamiento fronterizo por parte de la política norteamericana y la lucha contra las drogas de parte del gobierno mexicano– forman parte del escenario al que se enfrenta el migrante en su intento por cruzar a Estados Unidos. Ahora bien, los autores son enfáticos en no ofrecer una visión victimista ni terrorífica de las personas involucradas en estas dinámicas, por el contrario, aluden a las diferentes y limitadas opciones que las personas tienen para hacer frente a la vulnerabilidad que plantean situaciones fuera de su control y en ese sentido, colocan la idea de que migrantes, burreros, narcos, polleros y/o coyotes pueden ser figuras que alguna vez tuvieron uno u otro estatuto y decidieron sobrevivir en actividades ilícitas o figuras que generan estrategias de apoyo, complicidad o conflicto entre uno y otro grupo en un complejo entramado de reglas, lealtades y peligros que regulan las relaciones entre los actores pertenecientes a diferentes grupos, cuando se trata de enfrentar una violencia estructural.

Rescatar este escenario de actividades ilícitas en los corredores fronterizos, importa ya que durante el trabajo de campo se pudo constatar, por un lado, el pasado como coyotes/polleros de algunos de los interlocutores, o como burreros/traficantes de droga y, por otro lado, la constante interacción que se tenía con coyotes y narcomenudistas. Esto importa resaltar pues revela que en el escenario fronterizo de la ciudad de Tijuana, los indigentes también están en constante interacción con estas figuras que llevan a cabo actividades ilícitas transfronterizas y en algunas ocasiones hay una línea de continuidad entre estas actividades, las cuales pueden ser conflictivas o no.<sup>15</sup> Cabe mencionar, que esto hace sentido a la luz de los diversos estudios sobre el ascenso de violencia en la frontera norte a lo largo de los últimos treinta años.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> De esta manera, lo anterior no quiere decir que la relación de las poblaciones callejeras con las actividades ilícitas es armoniosa, en los recorridos en campo se observó una tensión por parte de algunos habitantes del Cañón del Matadero con personas que circundaban esporádicamente dicho espacio y que vinculaban con células del crimen organizado. Por otro lado, se obtuvieron testimonios sobre cómo los indigentes han sido objeto de ‘levantones’ por parte de grupos del crimen organizado quienes los llevaron de manera forzadas para operar secuestros o transportar droga. Esta es una de las más grandes expresiones de su vulnerabilidad y de la representaciones que se tiene de estas personas como seres desechables, es decir, personas cuya vida no importa y pueden ser utilizados como carne de cañón en las operaciones ilícitas de grupos criminales.

<sup>16</sup> Diversos investigadores han señalado que el incremento de la violencia en México finca sus raíces en un entramado complejo que involucra las políticas de la lucha contra las drogas alentadas por EUA (Dunn,

Siguiendo este tono de discusión, a partir del concepto de violencia simbólica de Pierre Bourdieu (Bourdieu y Wacquant, 2008), Phillip Bourgois (2009) ha desarrollado una serie de investigaciones en torno a la violencia urbana para explicar las formas en que los actores sociales se convierten en los agentes de su propia destrucción cuando reproducen la violencia sobre sí mismos. Las múltiples formas de agresión que se encadenan y sobrepone de diversas formas a lo largo del desarrollo del vórtice de la precarización constituyen lo que Scheper-Hughes y Bourgois (2004) denominan un “continuo de violencia”. El continuo de violencia es la manera en que la violencia se produce a sí misma o, para decirlo en otras palabras, es la manera en que se puede dar cuenta en cómo cierto tipo de violencia puede ser transformable y reproducida en otro tipo de violencia. Es decir, cómo la violencia se engendra a sí misma como respuesta a otras violencias. La idea de un continuo de violencia es fundamental para entender que el vórtice de precarización genera e involucra escenarios violentos donde participan una multiplicidad de actores e instancias sociales, incluyendo a los propios indigentes que muchas veces reproducen la violencia sobre sí mismos, al consumir drogas como forma de escamotear la realidad o al golpearse y tener conflictos entre pares con tal de ganar algún tipo de recurso con que sobrevivir al día.

### **2.3.3 Categorías para analizar las fuerzas en el vórtice de la precarización**

Colocado este amplio marco de precarización y violencia, en este apartado se profundizará en las categorías específicas de análisis y en cómo estas pueden ser contestadas y operacionalizadas desde los ámbitos callejeros en la frontera norte de México. En primera instancia se analizan las movilidades e inmovilidades como una forma de posibilitar el análisis en el ir y venir entre las escalas transfronterizas e

---

1996; Teague, 2015), un régimen gubernamental autoritario y corrupto –instanciado en el PRI– que solapó por mucho tiempo el crimen organizado (Donnelly y Shirk, 2009; Astorga, 2009), la fragmentación en el control político de los diferentes estados del país impulsada por la transición democrática de los últimos 30 años (Astorga, 2015), la guerra frontal al narcotráfico durante gobiernos de la alternancia (Astorga, 2015; Shirk y Wallman, 2015) y la división consecutiva e intermitente de los cárteles –muchas veces promovida por el abatimiento de sus líderes por parte del gobierno– que llevaban a cabo luchas intestinas para tener el control de la distribución de la droga (Shirk, 2014; Heinle, Rodríguez y Shirk, 2017; Shirk y Wallman, 2015). Según David Shirke (2014) la violencia pos-2008 en ciudades fronterizas como Tijuana y Ciudad Juárez se debe a la división interna y posterior competencia de los grupos del crimen organizado en relación a las nuevas presiones de los gobiernos de México y Estados Unidos, sin embargo destaca una serie de factores regionales que pueden explicar la composición específica de la violencia en esas ciudades –como la conformación fronteriza como una zona industrial, los métodos violentos de detención policial con flagrantes violaciones de derechos humanos, la corrupción, etcétera–.



intraurbanas. Posteriormente se abunda en la relacionalidad, que si bien se plantea como formas sociales con efectos recíprocos, en el momento en que involucra una representación estigmatizante hacia los indigentes, tiene como consecuencia la generación de figuras extrañas e ignominiosas para el orden moral urbano de Tijuana. Posteriormente se desarrolla la idea de práctica como formas de acción en la vida callejera, pero se especifican las características de ‘escamoteo’ que tienen las prácticas indigentes, según lo observado durante el trabajo de campo. Por último, se analiza el tema del cuerpo indigente como la dimensión primigenia de darle sentido a la vida callejera, desde las sensibilidades urbanas y cómo éste puede ser vehículo para el análisis de las emociones que se sienten al estar viviendo en las calles de Tijuana.

### **2.3.3.1 Movilidades**

Desde el paradigma de las movilidades (Urry y Sheller, 2006; Urry, 2007; Adey, et. al, 2014) se hace posible pensar los márgenes de acción de estas personas como la puesta en práctica de lógicas propias de movilidad, mediadas por significados y valoraciones propias, a lo largo de los espacios urbanos fronterizos y acotadas por diversos regímenes normativos y morales que se articulan para contribuir a la producción de subjetividades indigentes y que a la vez limitan los movimientos de los mismos. En ese sentido, más que pensar en las sociabilidades contemporáneas sucediendo en espacios acotados y delimitados, el giro de las movilidades en las ciencias sociales las caracteriza a través de redes y flujos, en tanto las relaciones sociales se vislumbran no como formas fijas o localizadas por completo sino como “entidades circulantes” involucrando, de esta manera, distancias, intensidades, velocidades y algún tipo de movimiento físico (Urry, 2007: 46), lo que invita a pensar las formas de relación de los indigentes en la ciudad desde este punto de vista.

A la par que se desarrolló este tipo de pensamiento social también se comenzó a observar, por un lado, que las movilidades estaban intrínsecamente relacionadas con los anclajes, emplazamientos, lugares, inmovilidades y fronteras que limitan o posibilitan el movimiento (Hannam, Sheller y Urry, 2006; Cunningham y Heyman, 2004; Cresswell y Merriman, 2011), y por otro lado, si bien las movilidades incrementaban en el mundo contemporáneo, también lo hacían las inequidades sociales (Adey, 2006; Ohnmacht, Maksim, y Max, 2009; Jaffe, 2012). El análisis de las (in)movilidades de los habitantes

de calle da cuenta de ello. Es decir, por un lado existen una serie de estructuras y espacios que limitan o posibilitan la movilidad de las personas, y por otro lado, las movیلidades se diferencian en tanto se ocupan distintas posiciones relacionales de poder en el orden social.<sup>17</sup>

Sin embargo, aproximaciones críticas a estas modalidades prototípicas de la movilidad han sido puestas a prueba desde varios registros. En primer lugar, se ha demostrado que éstas posturas maniqueas entre lo fluido y lo fijo son relacionamente interdependientes en función de que la vida humana sucede tanto en enclaves estáticos como en las circulaciones entre espacios, “las prácticas espacio-temporales [como las movیلidades] constituyen lugares en una compleja red de flujos” (Jensen, 2009: 143), lo que es muy claro en las prácticas de localización de los habitantes de calle. En segundo lugar, si va a entenderse sociológicamente entonces necesariamente las movیلidades son los efectos de una relación, es decir, son el producto de una forma de ser móvil respecto a alguien o algo que no lo es o respecto a distintos ordenamientos urbanos y morales. En ese sentido, “la movilidad y la inmovilidad son entendidas como un efecto o resultado de una relación” (Adey, 2010: 18).

En tercer lugar, las movیلidades no suceden en espacios libres de las regulaciones de poder. Las relaciones desiguales de poder constituyen límites y posibilidades de flujo, es decir, todas las escalas de movilidad están siempre constreñidas por relaciones de poder, desigualdad, abuso y exclusión. Las movیلidades se desarrollan en regímenes que normalizan y/o criminalizan los movimientos de diversos actores sociales (Glick Schiller y Salazar, 2012). Las movیلidades permiten observar así no sólo posibilidades del movimiento sino también formas de confinamiento, exclusión, localización y forzamiento (Meier y Frank, 2016), lo que es fundamental para esta investigación dado que a ello se enfrentan las lógicas de acción de los habitantes de calle en Tijuana. De igual manera, las posibilidades del movimiento de los sujetos son diferenciadas a partir de la posición social que ocupa el sujeto móvil en un contexto social específico (Kauffman, 2002). En ese sentido, se ha reconfigurado este giro en las ciencias sociales hacia el amplio término de las (in)movیلidades (Cresswell, 2006; Adey et. al. 2014).

---

<sup>17</sup> Para la perspectiva de las movیلidades esto implica dos modelos de pensamiento polarizados en torno a ellas, el pensamiento sedentario –que destaca los lugares, los enraizamientos, las pertenencias y anclajes– y la concepción nómada –que enaltece los flujos, el dinamismo y la fluidez– (Jensen, 2009).

En cuarto lugar, las (in)movilidades no se piensan como meramente instrumentales (como quizá se pensaba en los primeros estudios sobre transporte), en ellas están involucrados procesos de construcción de significado. Según Cresswell (2006), Vannini (2009) y Jensen (2009), lo que vincula todas las escalas de la movilidad es el significado, es decir, las movilidades son tanto significadas como significantes. De manera que las (in)movilidades están siendo representados con significados socialmente contruidos pero también están siendo valoradas y clasificadas como movilidades pertenecientes a determinada posición social. Lo anterior tiene relación directa con las legitimidades morales por el uso del espacio urbano y los estigmas y etiquetas y por lo tanto construye formas desiguales de uso y acceso del espacio urbano para los indigentes.

La ecuación crítica de las (in)movilidades que aquí se utilizó, implicó conceptualizarlas como un producto de la articulación de múltiples y complejos movimientos localizados, de procesos de significación y valoración moral y de regímenes de poder (movimiento + significados + poder) (cfr. Adey, et. al. 2014) que se hacen visibles en las poblaciones callejeras. Estas personas han transitado a lo largo de su vida a través de la frontera de manera clandestina y llegó un momento en que decidieron no cruzarla más y pasaron por un proceso de inserción hacia las calles de Tijuana. Tanto el dispositivo fronterizo como el orden urbano, involucran regímenes de poder a los que estas personas han tenido que enfrentar durante su vida y con los que lidian aún actualmente en las calles de la ciudad. En ese sentido, una aproximación a las movilidades e inmovilidades transnacionales no bastó, fue necesario transitar entre ésta y la escala analítica de las movilidades e inmovilidades intraurbanas para conocer a fondo el proceso de indigencia en Tijuana y los significados asociados.

Esta ecuación crítica se entrelaza directamente con la perspectiva interdisciplinaria del análisis transcultural de la indigencia (Datta, 2004) sobre todo cuando la frontera se ubica como el marco de trabajo, ya que integra el tema de las poblaciones callejeras con preocupaciones por el espacio, el lugar y la multiplicidad de experiencias que llevan a dicha situación, intersectando procesos globales de precarización con las variaciones locales de la indigencia (De Verteuil, et. al., 2009), cuestionando narrativas homogéneas a partir de los diferentes significados dados al hogar

y la habitación, desde posiciones de flujos y constreñimientos para circular por la ciudad en condiciones precarias y mediadas por procesos de clasificación social.

Esta perspectiva analiza cómo se ubica a los indigentes como Otreddades urbanas a partir de la construcción de estigmas y clasificaciones sociales negativas (Farrugia, 2011) que vinculan las movilidades (May, 2000; Jacscon, 2012), los lugares ocupados por los indigentes (Kerr, 2016; Creswell, 2011; Meier y Frank, 2016) así como los atributos identificatorios que sus cuerpos hacen visibles por la ciudad (Kawash, 1998) con formas de no reconocimiento y menosprecio de su situación dentro de la urbe (Snow y Anderson, 1987, 1993, 2001; Gowan, 2010). Es decir, se estudia la manera en que las poblaciones callejeras, al carecer de vivienda fija y circular por la ciudad, son calificadas fuera de un orden urbano que encuentra en el hogar su régimen central de dignidad y responsabilidad moral (Pascale, 2005; Somerville, 1992, 2013).

### **2.3.3.2 Relacionalidad, reconocimiento y estigma**

Colocar una perspectiva relacional es asumir de entrada que la vida callejera es un proceso dinámico y en constante transformación –aunque ello no quiere decir que deja de tener elementos estables por algún lapso de tiempo– que involucra no sólo a sus actores centrales (indigentes) sino también a aquellos con quienes éstos se relacionan y cuyas acciones tienen efectos de reciprocidad mutua. Es decir, partir desde un punto de vista relacional implica asumir la interdependencia de los actores sociales involucrados en el proceso de indigencia<sup>18</sup> –indigentes, policías, activistas sociales, etcétera–. Como este marco teórico pretende observar posibilidades y limitaciones de la agencia, el punto de partida fueron las experiencias de las personas que viven en la calle, sin embargo dichas experiencias siempre se observaron como construidas en relación con otras personas, nunca como una experiencia autónoma.

Sin embargo, el contacto entre quienes viven en la calle y otros sectores sociales no se establece de manera homogénea sino que se pone en operación en diferentes formas dependiendo de la posición ocupada en el campo social, de los recursos e intereses en la relación y del reconocimiento que se tengan de estas personas –ya sea como criminales,

---

<sup>18</sup> Algunos debates han observado que desde esta postura se reconoce la inseparabilidad del individuo de la estructura social y, aunque aquí se concuerda con ello, se asumirá un punto de vista más complejo en relación a lo que significa teóricamente individuo y estructura social.

vulnerables o extraños—. Este fundamento teórico relacional puede rastrearse hasta el concepto de sociabilidad de George Simmel. Las formas de relación, para este autor tienen ‘repercusiones recíprocas’ mutuas que hacen reaccionar de una manera u otra a aquellos involucrados en el proceso social.

“Los instintos eróticos, los intereses materiales, los impulsos religiosos, los fines de la defensa y el ataque, el juego y el trabajo lucrativo, la prestación de ayuda, la enseñanza e incontables otros, hacen que el ser humano entre con los otros en una relación de estar juntos, de actuar unos para otros, con otros, contra otros, en una correlación de circunstancias, es decir *que ejerce efectos sobre otros y sufre efectos por parte de éstos*. Estas *repercusiones recíprocas* significan que los portadores individuales de estos impulsos causantes y fines forman una unidad, o sea una ‘sociedad’” (Simmel, 2002: 78).<sup>19</sup>

Simmel fue un teórico comprometido con el pensamiento relacional quien no pensó con un carácter estático, ahistórico ni autónomo a los elementos que interactúan sino como cambiantes y vinculados gracias a las “repercusiones recíprocas” o los “efectos” que dicha socialización ejerce sobre cada una de las personas en contacto. En ese sentido, en el planteamiento de actuar “para otros”, “con otros” y “contra otros”, se pueden rastrear rudimentos de un pensamiento relacional vinculado a las posibilidades o deterioro de la agencia social que es posible observar en las personas que ocupan las calles para vivir y sobrevivir.

La sociología figuracional de Elias está muy a tono con esta perspectiva relacional a partir del concepto de interdependencia de las relaciones humanas.<sup>20</sup>

“cada uno de los seres humanos que caminan por las calles aparentemente ajenos e independientes de los demás está ligado a otras personas por un cúmulo de cadenas invisibles, ya sean estas cadenas impuestas por el trabajo o por propiedades, por instintos o por afectos. Funciones de la más diversa índole lo hacen, o lo hacían, depender de otros, y a otros depender de él.” (Elias, (1939) : 29).

Enfatizar en las cadenas de interdependencia es colocar la idea de que en tanto seres sociales el actuar de las personas influye en los otros, así como el actuar de los otros influye sobre sí mismos, en palabras de Simmel, que tienen ‘repercusiones recíprocas’. En ese sentido, al retomar esta perspectiva, estamos dando lugar al hecho de que la presencia y el actuar de las personas que viven en la calle influye sobre aquellos actores

---

<sup>19</sup> Subrayado mío.

<sup>20</sup> El llamado de Elías es claramente por una postura relacional, ya que para comprender la relación entre individuos y sociedad “*es necesario dejar de pensar en sustancias individuales aislables y empezar a pensar en relaciones y funciones*” (Elías, 1939: 34). Subrayado en el original.

con quienes entra en contacto a través de diversas formas de relación –sea de rechazo o cooperación– y que, de igual manera, el actuar de estas otras personas repercute en el de aquellos que se refugian en las calles. Así, las relaciones sociales desde la vida en la calle, serán vistas aquí como relaciones de interdependencia con efectos recíprocos. Aunque, como veremos adelante, estas relaciones de interdependencia se llevan a cabo a través de diferentes recursos y desde diferentes posiciones de poder.

Pensar en que las relaciones sociales involucran a actores interdependientes cuyas acciones tienen repercusiones recíprocas en la configuración de cada actor que entra en contacto, implica asumir que, como Elias ya había advertido, los vínculos sociales a los que se hace alusión desde este enfoque no son inermes sino que están en constante devenir. Si los actores que se vinculan no son entidades fijas sino abiertas, así mismo las relaciones entre dichas unidades son procesuales, “lo que distingue al enfoque transaccional [o relacional] es que en él se consideran las relaciones entre términos o unidades como dinámicas por naturaleza, como procesos en constante desarrollo y en curso, en vez de lazos estáticos entre sustancias inertes” (Emirbayer, 2009, 294). Esto tiene sentido si intentamos analizar las diferentes etapas de precarización que se han vivido en el proceso de indigencia y que tienen como corolario la vida callejera actual.

De esta manera, la propuesta relacional para estudiar la vida en la calle no se agota en la situaciones presentes sino que es también un llamado a buscar sus antecedentes en procesos históricos de largo aliento. Las cadenas de interdependencia o figuraciones de las que habla Elias, no están acabadas de una vez por todas, no surgen de la nada, ni son universales y ahistóricas sino que son procesuales, históricas y en constante transformación. Es decir, los modelos o patrones de relación que podremos encontrar actualmente entre las poblaciones callejeras y diversos sectores sociales no son formas completas y acabadas, por el contrario, son procesos sociales que, precisamente por los efectos recíprocos de sus actores se van moldeando y reconfigurándose en el curso del tiempo según los contextos y situaciones sociales. “Lo que se transforma en ese proceso que llamamos historia es, por decirlo una vez más, las relaciones recíprocas de los seres humanos y la modelación de los individuos en ellas” (Elias, 1994: 488-489).<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Un análisis relacional, entonces, implica que éste, aunque se reconoce la situacionalidad de los vínculos sociales, no debe centrarse en el presente, en las relaciones sociales que se observan en el momento actual,

Esto me orilló a observar los procesos migratorios, los intentos de cruce, la vida en Estados Unidos, las dinámicas de deportación, en pocas palabras, la experiencia de estas personas a través de la frontera México-Estados Unidos. Así, “los individuos, estratégicos o seguidores de las normas, son inseparables de los contextos transaccionales en los que están incrustados” (Emirbayer, 2009: 292), lo que quiere decir que desde esta perspectiva no se proponen unidades discretas predeterminadas que pueden ser aplicables a cualquier investigación como punto de partida para el análisis sociológico.

Por todo lo anterior, un planteamiento relacional de este tipo me permite hacer engranajes conceptuales sobre la agencia humana –sea en la modalidad transformativa o de deterioro de la misma–. Para Norbert Elias si bien la ‘individualidad’ y el ‘condicionamiento social’ se separan analíticamente, –como veremos en el siguiente apartado, actualmente se usan palabras como ‘agencia’ y estructura’– no son más que dos funciones de los seres humanos en sus relaciones de interdependencia mutua que no pueden existir una sin la otra, se utilizan en el lenguaje académico simplemente para señalar el carácter susceptible de ser influenciado y de influenciar a otros, de ser al mismo tiempo moneda y cuño.<sup>22</sup>

Ahora bien, como fue señalado, las cadenas de interdependencia o los efectos recíprocos no pueden abstraerse de las posiciones relacionales de poder y la capacidad desacreditadora que tienen determinados actores sociales cuando representan de manera negativa a otros con menor capacidad para defender su autorrepresentación. En este caso, aquí se articula la relacionalidad y el poder a través del planteamiento de la estigmatización como una clasificación social negativa que genera intentos por repeler a

---

pues las transacciones sociales y sus contextos siempre están conectadas con experiencias pasadas en múltiples formas a través de prácticas, hábitos, memorias, conocimientos y saberes, de manera que, como decía Elías, ello implica que las cadenas de transacción son parte de un largo proceso. Parafraseando a Depelteau (2015), la emergencia y transformación de los campos sociales –como el de la indigencia–, deben observarse a la luz de las largas cadenas de transacción social que empezaron antes de las relaciones observadas en el momento actual, a través de los rastros que han dejado y que se pueden observar con diferentes tipos de técnicas de investigación.

<sup>22</sup> “De hecho, también el modo en que una persona decide y actúa se ha formado en la relación con otras personas, en la conformación social de su naturaleza. Pero lo que así se acuña no es algo meramente pasivo; no es una moneda inerte, idéntica a miles de otras monedas, sino el núcleo del actuar del individuo, la personal dirección de sus impulsos y su voluntad; en suma, su propio yo. Lo así acuñado es al mismo tiempo algo que acuña: es la autodirección individual de la persona en su relación con otras personas, relación que ata a esas otras personas y limita su autodirección. El ser humano individual, por usar una frase hecha, es al mismo tiempo moneda y cuño” (Elias, 1939, 74-75).

los indigentes del orden visible de la ciudad –involucrando dinámicas predatorias y extractivas–.

Los estigmas son clasificaciones o etiquetas imputadas externamente que ubican en un lugar social y moral negativo a determinadas personas. Aquí aludimos no sólo a los estigmas sino al proceso de estigmatización porque la clasificación es producto de la dinámica social. Es decir, la etiqueta no reside en la subjetividad de los indigentes ni es una propiedad de sus cuerpos, sino que es el resultado de un proceso de relación inserto en posiciones diferenciadas y jerárquicas de poder, legitimación y reconocimiento. De manera que la estigmatización es un proceso relacional de clasificación en donde se le da sentido a la identidad y a la diferencia, que involucra relaciones de poder (Link & Phelan, 2001), la interacción de múltiples prácticas performativas y elementos sensoriales (Alexander, 2011; Schwarz, 2015) así como visiones morales del mundo (Skeggs, 2005; Yang et al., 2007; Farrugia, Smyth, & Harrison, 2015). Lo que interesa con la analítica de la estigmatización no es sólo el etiquetamiento de las personas indigentes per se, sino que dicha carga simbólica (Farrugia, 2010) tiene consecuencias directas de exclusión, discriminación social (Link & Phelan, 2001; Schuster & Majidi, 2015), y/o prácticas predatorias sobre su corporalidad y subjetividad.

El estigma y las teorías de la identidad forman parte de un mismo proceso de interacción y reconocimiento (Taylor, 1996; Bauman, 2001) y aluden a los mismos problemas sociales: la construcción de la posición de alguien dentro de un grupo, comunidad o ciudad, demarcando límites simbólicos a partir de relaciones sociales y visiones morales del mundo diferentes. Es decir, la construcción de las identidades implica relaciones sociales de diferencia entre una identificación propia (“nosotros”) y una imputación externa (“ellos”). El estigma es una imputación externa con connotaciones negativas que, como dijo Goffman (2006), constituye una atribución profundamente desacreditadora que reduce la subjetividad de una persona hacia una identidad corrompida y discontinua.

En estas relaciones de diferencia, pensar en el debate sobre el “extraño” en sociedad (Simmel, 2012; Schutz, 2012; Elias, 2012; Ahmed, 2000; Sabido, 2009) puede ser muy fructífero para el análisis de la indigencia en Tijuana ya que, en su desarrollo, corre de manera paralela al del estigma pues se trata de la construcción que “unos” hacen



de “otros” como ajenos a su “horizonte de familiaridad” (Schutz, 2012). En ese sentido, el extraño cumple la función de afianzar sentidos de pertenencia, pues es alguien que, con su presencia, sirve para delimitar, aquello que sale del orden de membresía (Sabido, 2009).

Pero para entender porque un extraño es una forma de etiquetar negativamente a alguien habría que entender que el mecanismo de reconocimiento no es plano, sino que se da dentro de un determinado orden de relaciones jerárquicas y lo que interesa destacar aquí, es que cuando se categoriza o coloca en un ‘lugar’ social a alguien, también se le está evaluando moralmente. En otras palabras, la estigmatización o el reconocimiento de un extraño acarrea una carga valorativa del Otro –producto de las configuraciones semánticas y morales contextuales– desde una posición asimétrica en la relación que tienen. Los indigentes no son sólo reconocidos como extraños sino que son figuras marginales despreciables e inmorales, por lo tanto, peligrosas y amenazantes para el orden urbano tijuánense. El reconocimiento se presenta así como el mecanismo generador de identidades y estigmas de extrañeza. Es, entonces, el mecanismo principal para ubicar las circulaciones y usos del espacio público por parte de los indigentes como no legítimas y ‘extrañas’ al orden urbano.

Finalmente, el punto de partida para el análisis de las relaciones de dominación debe iniciar, según Butler, en observar la falta de reconocimiento de la vida como algo fundamentalmente precario, es decir, como algo cuya persistencia digna precisa del vínculo social y afectivo. En el análisis relacional de la vida callejera cotidiana se observa esta situación, en donde dichos marcos de reconocimiento de la precariedad en la vida de los indigentes se localizan de manera diferenciada –la segunda dimensión de Lorey (2016)–. Por un lado hay una serie de relaciones que observan a estas personas como un residuo social, como improductivos, como culpables de su situación y, por lo tanto, como un peligro para la sociedad tijuánense, como vidas que no merecen estar presentes en la ciudad. Este no reconocimiento de la vida indigente como una vida precaria se observa en los estigmas, en la discriminación y en la depredación de que son objeto por parte de agentes estatales, instancias policiales, centros de rehabilitación, grupos del crimen organizado y algunos automovilistas. Por su parte, hay instancias sociales y organizaciones civiles y religiosas –desligadas, por lo tanto, del estado– que reconocen su

vulnerabilidad, sin embargo, los pocos recursos con que cuentan son sólo suficientes para salvar la emergencia alimentaria y no constituyen una plataforma para salir de la calle.

Si la condición precaria es, entonces, una constitución social de los cuerpos y la vida, es dicha situación la que “nos expone a los demás y nos hace dependientes de ellos. Esa interdependencia social puede expresarse bien como cuidado (de los demás), bien como violencia” (Lorey, 2016: 33). Así, veremos en el capítulo 4 cómo las vidas indigentes están involucradas en un proceso de inclusión excluyente cuando hay instancias que reconocen su vulnerabilidad y se preocupan por su cuidado, pero también hay otras instancias –con complicidad de los poderes políticos– que representan una fuerza violenta para mantenerlos dentro del proceso de precarización.

### ***2.3.3.3 Prácticas y agencia***

El análisis de las prácticas sociales es un esfuerzo por entender las acciones humanas en sociedad. Las teorías de la acción forman parte de un largo debate sociológico en torno al orden social, donde las posiciones extremas para la acción se han fincado, por un lado, en concepciones individualistas sobre las decisiones para actuar (donde el orden social es producto de la combinación de intereses individuales), y por otro lado, en supuestos normativos de la acción (donde el orden social es garantizado por el consenso de normas y valores colectivos).

Las teorías de la práctica de la segunda mitad del siglo XX, emergen como una manera de mostrar que las actividades humanas y las estructuras sociales están relacionadas recursivamente, es decir, que las acciones están moldeadas por las estructuras valorativas y normativas de la sociedad, pero a su vez, éstas estructuras son producidas y reproducidas por la acción humana (Giddens, 1984; Bourdieu, 2009). En ese sentido, analizar las prácticas elude tanto voluntarismos y determinismos estructurales, aún más, “tanto el orden social como la individualidad (...) son el resultado de las prácticas” (Schatzki, 1996: 13). Así, las prácticas juegan un papel central en el análisis sociológico en tanto se considera que éstas no son sólo el puente entre las acciones humanas y las estructuras sociales, sino que lo social –entendido aquí como la capa de conocimiento compartido que permite una organización simbólica de la realidad– está situado en las prácticas (Reckwitz, 2002; Shove, Pantzar y Watson, 2012).

Ahora bien, encarrilar el análisis en el orden del ‘hacer’ implica también enfocarnos en cómo se conforman sujetos a través de las prácticas y rutinas en los distintos espacios sociales.<sup>23</sup> Los seres humanos no son una entidad cerrada sino que su constitución subjetiva forma parte de una dialéctica de permanencia y cambio a lo largo de procesos sociales histórico-políticos –como los analizados en el capítulo 3– donde las prácticas tienen un rol primordial. Es a través de las prácticas, constantes y rutinarias, que se reproducen e interiorizan aspectos vinculados a determinada situación (indigencia) dentro de un orden social (urbano), moldeando así las subjetividades indigentes y con ello delimitando las posibilidades de agencia desde dicha situación.

Como veremos en el capítulo 5, las prácticas de los indigentes se caracterizan por el ‘escamoteo’ (De Certeau, 1996), es decir, como estilos de acción que sacan provecho –de una manera ‘táctica’– del campo de poder de las propias fuerzas que los violentan y excluyen, es decir, que se valen informalmente de recursos que no les pertenecen, pero de los cuales pueden sacar provecho de manera astuta, como bañarse en las jardineras urbanas o construir pequeñas casas en los bajo puentes.

La agencia, por su parte, alude a la posibilidad y capacidad de involucramiento e interacción para responder a problemas planteados por diversas situaciones –las cuales son históricas y, por lo tanto, cambiantes–. Dicha capacidad se informa de experiencias pasadas pero se orienta al presente o futuro, dependiendo, además, de la posibilidad que ofrecen los contextos estructurales específicos donde se desarrolla. (Emirbayer y Mische, 1998: 970). Aquí se analizaron las prácticas indigentes, a la luz de las restricciones contextuales que podían tanto constreñir como posibilitar las capacidades de agencia de los mismos, tanto en el proceso de movilidad a través de la frontera como en los dinámicas al interior de la urbe. Es decir, si bien la vida en las calles implica una escasez de recursos para actuar, permite la dinámica del ‘escamoteo’ como estrategias para subsistir día a día.

---

<sup>23</sup> Los fundamentos ontológicos de dicha proposición pueden rastrearse hasta la concepción heideggeriana del *Dasein* (*ser-ahí o ser-en-el-mundo*) (Heidegger, 1962) que alude a que la existencia humana sólo tiene sentido en la praxis situada en el mundo (*Dasein* también podría traducirse como estar-haciendo-algo-ahí). El ‘ser’ para Heidegger es una existencia abierta al mundo, no es algo completo y cerrado, sino que deviene a través de la acción situada en el mundo y en ese sentido, el ser siempre es algo que está siendo y/o haciendo. De manera que, desde este punto de vista, el ‘hacer’ hace al ‘ser’.

Sewell es enfático en recolocar el concepto de agencia dentro de los debates de la “estructuración” de las relaciones en sociedad pues para él la agencia supone que hay estructuras de relación –pensadas como esquemas culturales y recursos diferenciados–<sup>24</sup> sobre las cuales se ejerce cierto grado de control, lo que hace que sean conceptos co-constituyentes. Sin embargo, advierte que dicho grado de control no es igualitario para todos los actores involucrados, “la agencia ejercida por diferentes personas dista mucho de ser uniforme (...) la ocupación de diferentes posiciones sociales –definidas, por ejemplo, por género, riqueza, prestigio social, clase, origen étnico, ocupación, generación, preferencia sexual, o educación– da a la gente un conocimiento de los diferentes esquemas y acceso a los diferentes tipos y cantidades de recursos, y de ahí diferentes posibilidades para la acción transformativa” (Sewell, 2002: 166).

Sin embargo, esto no quiere decir que los más ‘desaventajados’ de la estructura social –aquellos que, en términos de Sewell, tienen menos recursos para trasponer esquemas culturales– como los indigentes, no tengan capacidad para hacer frente a dichas desventajas o a la posición de poder que tengan otros con quienes se relacionan. Por ello regresamos aquí a la metáfora de cuño y moneda de Elias, “La función de cuño de algunos puede ser mayor que la de otros, pero no por esto dejan aquéllos de ser también monedas. Incluso la persona más débil socialmente desempeña un papel, por pequeño que sea, en el acuñamiento y atadura de otros miembros de su comunidad.” (Elias, 1939, 75). Si bien los recursos y el conocimiento de esquemas culturales para actuar están distribuidos de manera diferenciada, lo que implica que las agencias sociales están desigualmente cargadas de poder –que, como Elias dice, no implica que los más desaventajados no desempeñen un papel en ello–, es necesaria una elaboración más amplia para conocer los grados de control que los agentes sociales pueden tener a partir de la mayor o menor posesión de recursos y conocimientos de esquemas.

Además de que esta categoría ha sido útil para valorar las posibilidades de acción que estas personas tienen desde las prácticas de escamoteo –a partir de un contexto sumamente precario y restringido–, también se ha puesto a prueba *from the ground*

---

<sup>24</sup> Los esquemas culturales son para Sewell prescripciones para la acción que incluye tanto normas formales, como hábitos y prácticas ‘inconscientes’, convenciones culturales, etcétera. Los recursos se refiere a las capacidades que permiten a los actores adquirir, mantener o generar poder en los modelos de relación social en que se involucran.

(Marcus, 1998) para observar cómo es que la capacidad de agencia de estas personas fue minándose al involucrarse cada vez más en el vórtice de la precarización, teniendo sólo como alternativa la posibilidad de orientar su capacidad de acción hacia la satisfacción de necesidades básicas en el tiempo presente, trabando la posibilidad de orientarla hacia el futuro.<sup>25</sup>

#### **2.3.3.4 Corporalidad y sensaciones**

El cuerpo es un depósito de historias configuradas socioculturalmente. Como dicen Rose y Hatzenbuehler (2009), los cuerpos de las personas contienen el impacto acumulativo de su existencia material y los significados adheridos, es decir, el contexto económico y político de vida se ‘in-corpora’, de manera que el clivaje o la posición ocupada en el espacio físico y social se manifiesta en formas de moverse, de comer, en propensiones a enfermedades o en marcas corporales que tienen las huellas de las condiciones materiales de los espacios vividos históricamente. Ya lo decía Bourdieu, si bien el cuerpo está ‘localizado’ en el mundo social, el mundo social también está localizado en el cuerpo (Bourdieu, 1999: 199).

Así como la idea del indigente no existe como tal, sino que es un producto relacional, los cuerpos indigentes no son un atributo intrínseco de las personas que habitan en situación de calle, sino que este se va formando a través de un proceso relacional y práctico marcado por la marginación en los lugares residuales. En ese sentido, los cuerpos indigentes son contingentes a la vida callejera y no son atributos generales de su vida (Kawash, 1998). Detrás de los cuerpos indigentes se esconde una serie de procesos de migración, marginación, violencia y precarización que se unifican bajo la imagen ‘extraña’ que se hace visible en el orden urbano tijuanaense. El cuerpo indigente, cuando se observa como orientado hacia la visibilidad pública, es un vínculo o una relación, es un cuerpo ‘extraño’ para agentes de un orden urbano que así lo define. Según Mary Douglas (1972), el cuerpo es la base del sistema clasificatorio del orden social ante cualquier incertidumbre y riesgo, a través de los cuerpos se construyen límites

---

<sup>25</sup> Por eso, fue preciso observar la agencia de manera desagregada e histórica para analizar los entrelazamientos entre las dimensiones reproductivas y transformativas de la acción social, así como los cambios en ambas direcciones a lo largo de las trayectorias vitales de las personas que devinieron indigentes.

y reglas, en ese sentido, el cuerpo también es un marcador de estatus, pertenencia y posicionamientos social.

El proceso de estigmatización a través de los encuentros y las interacciones en la ciudad sucede a través de cuerpos que encarnan toda una historia social y despliegan performativamente una serie de cualidades identitarias, consciente o inconscientemente. (Kawash, 1998; Alexander, 2011), las cuales, como fue dicho, muchas veces se reducen a una etiqueta discriminatoria socialmente. El hecho de destacar a los cuerpos en el proceso de estigmatización implica que los encuentros y las interacciones no sólo suceden visualmente sino también a través de otros sentidos como el sonido o el olor (Schwarz, 2015; Shoshan, 2008; Hansen, 2006). Los cuerpos indigentes despliegan marcas que son asociadas a la extrañeza a través del despliegue de sus ropas, sus olores, sus circulaciones y demás prácticas. Con la performatividad cotidiana de dichos elementos los indigentes comunican su situación social callejera la cual es procesada a través de la estigmatización (Goffman, 2006; Alexander, 2011). La imagen, el olor y los sonidos son indicativos<sup>26</sup> de un significado que alude a un lugar social específico. Sin embargo “la diferencia no se encuentra simplemente en el cuerpo, sino que se establece como una relación entre cuerpos: *lo que sugiere que un cuerpo particular carga rastros de las diferencias que se registran en los cuerpos de otros*” (Ahmed, 2000: 44). Es decir, los cuerpos indigentes no existen como tales, se crean y se generan fronteras en la interacción y en la performatividad de los encuentros.

La estigmatización de los cuerpos indigentes, es decir, el *desconocimiento* de los cuerpos indigentes como extraños al orden urbano sucede cuando son “leídos y reconocidos a través de las determinaciones históricas con que esos cuerpos se asociaron con la suciedad y el peligro” (Ahmed, 2000: 50-51), es decir, en nuestro caso, cuando se hacen vínculos con diversos discursos sobre la suciedad, el peligro, el fracaso y la poca productividad de estas personas cuando se hacen presentes en la ciudad. Hay cuerpos que son más reconocibles como despreciables moralmente, porque son leídos y actualizados a partir de los valores de determinado orden y/o espacio social. Los valores que no se comparten en dicho orden, son los pertenecientes al ignominioso. Los cuerpos indigentes

---

<sup>26</sup> En teoría semiótica el término adecuado sería “indexicales”, sin embargo no lo utilizo para no desentonar teóricamente la discusión.

son leídos como signos de la extrañeza al orden urbano cuando son reconocidos como ‘mal vestidos’, ‘mal olientes’, ‘desgarbados’ y ‘sucios’, entre otras valoraciones y juicios que se hacen sobre ellos.

La presencia de sus cuerpos y su vestimenta es un elemento importante en las formas en que se valora negativamente y se estigmatiza a estas personas y la interiorización de estas etiquetas sucede debido a la interacción y los encuentros urbanos.

Sin embargo, esto no podía ser de otra manera, pues se necesita una disposición corporal específica para caminar y moverse por los lugares que son ocupados por los indigentes para dormir, comer o pasar el rato. El ambiente es muy hostil, hay ruido ensordecedor debido a los carros que pasan y hay que aceptar que las ramas o bichos te piquen, estar dispuesto a correr en cualquier momento para que no te atropellen, enfrentar el vértigo de alturas de puentes, etcétera. Se debe tener una disposición corporal particular para andar por las calles y sobrevivir en condiciones de carencia y escasez, se tiene que ser hábil y fuerte, aún a pesar de no estar en las mejores condiciones físicas debido a la falta de comida o el consumo de drogas.

Todo ello indica no sólo que las ropas y los cuerpos se presenten como signos de la indigencia –el cuerpo en la sociedad– sino que estas condiciones sociales se incorporan y se tenga que vivir con ellas –la sociedad en el cuerpo– (Bourdieu, 1999). En ese sentido, la desposesión y carencia hace que uno de los medios de subsistencia más recurridos sea el cuerpo, “a través de la desposesión material, psicológica y emocional, la extensión del cuerpo indigente en el mundo está limitado cada vez más a los bordes corporales marcados por la piel” (Kawash, 1998: 331). El cuerpo por lo tanto se convierte, así, en la dimensión primigenia y preponderante de la experiencia sensible en la vida callejera.

Ahora bien, continuando con esta argumentación, la sensibilidad “–como la condición de *sentir* a través el cuerpo– tiene la impronta de la sociedad de la que es producto y constructora al mismo tiempo” (Sabido, 2008: 626). Sentir, en el caso de las poblaciones callejeras en Tijuana, está marcado por las condiciones sociales y materiales en que se vive. El cuerpo indigente afecta y se ve afectado por el lugar en que se emplaza,

“El orden social se inscribe en los cuerpos a través de esta confrontación permanente, más o menos dramática, pero que siempre otorga un lugar destacado a la afectividad y, más precisamente, a las transacciones afectivas

como el entorno social (...) el cuerpo está (en grados desiguales) expuesto, puesto en juego, en peligro en el mundo, enfrentado al riesgo de la emoción, la vulneración, el dolor, la muerte, a veces, y, por lo tanto, obligado a tomar en serio el mundo (y no hay cosa más seria que la emoción, que llega hasta lo más hondo de los dispositivos orgánicos” (Bourdieu, 1999: 186).

Si la sensibilidad es la manera en que se percibe al mundo a través de los sentidos corporales “esta facultad de *sentir* evoca emociones, estados de ánimo, gestos y cursos posibles de acción relacionados con la sociedad en que se vive” (Sabido, 2008: 627-628). Por supuesto, la percepción sensorial está condicionada socialmente según la situación en que se viva y la historia del sujeto que siente, pero también la experiencia sensible es vehículo de atribución de significados, de manera que el sentir y el sentido forman un mismo complejo para relacionarse, reproducir o escamotear los constreñimientos sociales.

#### 2.4 Recapitulación

En este capítulo se revisó, en primera instancia, los trabajos sobre *homelessness* y sobre movilidad forzada como una forma de conocer los elementos analíticos y empíricos necesarios para abordar la vida callejera en Tijuana. Dicha revisión nos orilló a construir el tema de la precarización en múltiples ámbitos de su vida como una forma de tener un acercamiento, histórico y situacional, complejo que pueda abordar los distintos factores intervinientes en la producción y mantenimiento de la indigencia en la ciudad de Tijuana.

De esta manera, se construyó conceptualmente el ‘vórtice de precarización’ como una maneta de enmarcar teóricamente el análisis. Dicho vórtice es un proceso violento y excluyente que se compone de (in)movilidades, procesos de relación y clasificación social negativa, prácticas de escamoteo y generación de cuerpos y subjetividades indigentes cuya capacidad de agencia ha ido minándose en tanto se asoman cada vez más al abismo del vórtice de precarización.

Ahora bien, un concepto transversal al vórtice, además del de precarización, es el del ‘continuo de violencia’ (Scheper-Huges y Bourgois, 2004), que explica porque la violencia estructural –instanciada en el reforzamiento fronterizo y en la desigualdad en que están insertos–, la violencia física –la ejercida por agentes policiales y diversas instancias sociales– y la violencia cultural –procesos de clasificación social negativa–, es apropiada y reproducida por los propios indigentes, emergiendo así como los agentes de



su propia destrucción. El continuo de violencia tiene la posibilidad de mostrar cómo el vórtice de la precarización, en su consecuencia más extrema, puede tener efectos letales.

### 3. La indigencia en Tijuana como proceso de precarización transfronterizo: rutas hacia la vida callejera

#### 3.1 Introducción

En los últimos años, se ha difundido públicamente el consenso de que una de las causas de la indigencia en esta ciudad ha sido la deportación masiva desde Estados Unidos. Aunque no hay una estimación exacta sobre el número de personas que habitan las calles de Tijuana, según lo reportado por activistas y por funcionarios públicos, alrededor del 30% de los repatriados por esta urbe terminan en situación de calle (Méndez, 2017).<sup>27</sup> Más allá de saber de manera exacta el número de indigentes, una pregunta obligada ante este escenario sería por qué de cada diez retornados, tres llegan a vivir a las calles de la ciudad, mientras que siete no. Continuando con esta lógica indagatoria, en este capítulo intento responder a las preguntas sobre el por qué y cómo se llega a habitar las calles de Tijuana en un contexto de reforzamiento fronterizo y expulsión de migrantes a México.

La respuesta a esta pregunta la elaboro a partir de indagar cómo se intersectan eventos críticos de las historias vitales de los indigentes con los acontecimientos en los procesos histórico-políticos de la estructura social fronteriza. De manera que la explicación sociológica de la situación actual de las personas que viven en las calles de la ciudad se observará en la coyuntura de las prácticas individuales de movilidad con los procesos mesoestructurales que han enmarcado sus movilidades y han precarizado su situación vital –pobreza y desigualdades, políticas migratorias, reforzamiento de la frontera, emergencia de un estado de violencia, entre otros–. Con ello, el objetivo del capítulo es reconstruir el proceso de precarización transfronterizo a partir de explicar cómo se tocan los condicionantes mesoestructurales y comprender las acciones de las personas involucradas en dicho proceso, cuya conjunción tuvo como corolario la vida callejera en Tijuana.

---

<sup>27</sup> Si esto fuera así, de los 40,000 eventos de deportación del 2016 en Tijuana (UPM, 2016) 12,000 personas hubieran llegado a habitar las calles de Tijuana. Según la última estimación difundida por un delegado municipal, más de 2 mil personas habitan en la Zona Centro de la ciudad de Tijuana (AFN, 2017). Sin embargo, según declaraciones de activistas sociales hay “alrededor de 900 mil mexicanos deportados que viven como indigentes en toda la franja fronteriza” (Méndez, 2017). En corto, no hay consenso al respecto porque no hay estimaciones confiables. Por supuesto hace falta un estudio estadístico complejo que tenga en cuenta la dimensión histórica y las características ‘flotantes’ de dicha población para tener una aproximación más exacta sobre el número de habitantes de calle de la ciudad.

### 3.1.1 Agencia, estructura y Conversaciones Internas de indigentes

Dicho objetivo, por supuesto, enmarca el análisis de este capítulo en la discusión sobre el entrelazamiento de la agencia y la estructura. Como plantean Giddens (1984) y Sewell (2006), aquí retomamos la idea de que los factores estructurales pueden tanto constreñir como posibilitar las capacidades de agencia de los actores sociales<sup>28</sup>. Según Emirbayer y Mische (1998), para entender el dinamismo de la agencia y su capacidad de cambio es posible sólo si la observamos a partir de orientaciones de acción variables dentro del flujo del tiempo, como un proceso de involucramiento social que es necesariamente temporal, es decir, informado en el pasado pero orientado hacia el presente o el futuro.<sup>29</sup>

Ahora bien, para no contar dos historias separadas en relación a las estructuras histórico-político fronterizas, por un lado, y las posibilidades de agencia de estas personas, por el otro, en este capítulo seguimos la propuesta de Archer (2007) sobre la capacidad mediadora que tiene la Conversación Interna –otros le han llamado reflexividad– de los agentes sociales para integrar todo en una sola historia. En la Conversación Interna se puede observar a los agentes transformar activamente sus preocupaciones en prácticas ante la evaluación de las condiciones estructurales que hacen en cada situación.<sup>30</sup> A través de esta tesis se observará cómo es que esta Conversación Interna –reflexividad– es lo que se va degradando cuando se agudiza cada vez más el vórtice de precarización, lo que sólo puede ser observado a partir de cómo las sensaciones corporales van delineando el curso de acción hacia el presente, como será explicado en el capítulo 6.

Esto se llevará a cabo a través del análisis de la reconstrucción de las narrativas vitales y de las trayectorias socioespaciales de algunos indigentes que habitan las calles de la ciudad. Lo cual quiere decir que, por un lado, se dará cuenta de un proceso vital a través de distintas décadas, lo que involucra múltiples cambios en la agencia y en los condicionamientos estructurales a lo largo de la historia de vida de estas personas (Berger, 2008). Por otro lado, si bien las vidas narradas son distintas y heterogéneas,

---

<sup>28</sup> Asumo una noción de estructura no determinista, ni estática y que reconozca la capacidad de agencia de los indigentes.

<sup>29</sup> Los autores abogan por observar tres componentes de la agencia según la orientación temporal: iterativo (orientado al pasado), práctico-evaluativo (orientado al presente) y proyectivo (orientado al futuro).

<sup>30</sup> Así, a través de la Conversación Interna se puede dar cuenta de la interacción estructura y agencia, entre lo objetivo y lo subjetivo. En última instancia, esto representa la posibilidad de colocar en un mismo texto la explicación y la comprensión de un problema sociológico.

también se extraen características comunes del contexto pues se rastrean estas historias desde la situación social contemporánea. Vale aclarar que, si bien se presenta como un proceso temporalmente secuenciado, este capítulo es producto de la reconstrucción de una serie de experiencias dispares –narradas desde un caleidoscopio de emociones y pensamientos– cruzadas, temporal y espacialmente, con los procesos contextuales fronterizos. De esta manera, aquí se tratará de organizar una serie de experiencias complejas y heterogéneas, a través de una sucesión de recurrencias y aspectos histórico-estructurales presentes en la lógica narrativa de los actores entrevistados.

### **3.1.2 Precarización y movilidad transfronteriza**

La visión amplificada de precariedad con la que se trabaja aquí (Butler, 2010; Lorey, 2016) –asociada a la distribución diferencial de certidumbres, redes y condiciones sociales para la sostenibilidad digna de la vida– invita a ubicarla en los espacios de vida cotidiana en lugar de observarla como una resultante de un proceso estructural en el que no se participa.<sup>31</sup> Así, invertido el acceso analítico, en este capítulo se observa a la precarización desde abajo hacia arriba (Ettinger, 2007; Marcus, 1998). Desde este punto de vista pueden rastrearse las lógicas de acción de los actores a través de los contextos (sociales, políticos, económicos, culturales) específicos que han atravesado a lo largo del tiempo –los diversos espacios nacionales, fronterizos y transnacionales– y observar los constreñimientos que han ido precarizando sus vidas. Así, más que atribuir una explicación teórica y pre-formada de precariedad como causa de la indigencia, se analizan las variaciones del contexto fronterizo que han dado lugar a la emergencia de un proceso acumulativo de precarización vital que merma las condiciones sociales de tal manera que una de las estrategias inmediatas que quedan para el sostenimiento de la vida es el involucramiento en las dinámicas callejeras en la ciudad.<sup>32</sup>

---

<sup>31</sup> Por ejemplo, como el residuo de la flexibilización y desmaterialización del proceso de producción capitalista.

<sup>32</sup> Como lo anterior implica revisar trayectorias de migración hacia Estados Unidos, la vida en ese país del norte, la multiplicidad de tránsitos (forzados y clandestinos) entre México y Estados Unidos y la llegada y el establecimiento en Tijuana, dicho ejercicio analítico se realiza desde la escala de (in)movilidad transfronteriza (Cunningham y Heyman, 2004). Es decir, las (in)movilidades (Urry, 2007; Adey, et. al., 2014) como una analítica de la precarización transfronteriza implica que se dará seguimiento a dicho proceso en las dimensiones temporal y espacial y en distintos niveles de análisis –en este caso en el nivel mesoestructural y el nivel micro– que tienen en el cruce de la frontera su centro de referencia analítica.

En pocas palabras, se analizarán los cambios en los alcances y limitaciones de la capacidad de agencia móvil de las personas entrevistadas en este proceso frente a las transformaciones estructurales y contextuales por las que atravesaron a lo largo de los años en el ir y venir a través de la frontera hasta llegar a la situación actual. La idea, así, es observar cómo, en el devenir de las movilidades transfronterizas, se van acumulando progresivamente una serie de inseguridades sociales y vitales que reducen las posibilidades de insertarse en otro lugar que no sean las calles de la ciudad de Tijuana.

### **3.1.3 Contenidos del capítulo**

El capítulo se desarrollará en seis apartados donde se abordarán distintos componentes – como la carestía, la movilidad, la clandestinidad, la ilegalidad, el consumo de drogas, las rupturas socioafectivas, entre otros– que son vinculados con procesos sociopolíticos y que explican la emergencia de estas poblaciones en Tijuana durante las últimas décadas.

En primera instancia, se analiza la situación de carestía en los lugares de procedencia como una forma de incentivar las primeras movilidades regionales de las personas investigadas. En una segunda parte, se colocan los tránsitos de México a Estados Unidos, las diversas estrategias de cruce y el cambio en las políticas migratorias y de reforzamiento de la frontera que se sucedieron en los años ochenta y noventa. Se aborda, en tercer lugar, el mecanismo que criminalizó a los migrantes indocumentados en Estados Unidos, el involucramiento en actividades ilícitas y el ultrareforzamiento fronterizo posterior a los ataques terroristas en Nueva York, para dar paso a un cuarto apartado, donde se desengrana la manera en que el dispositivo de vigilancia se extendió al interior de Estados Unidos comenzando con un proceso masivo de deportación rompiendo con procesos de regularización y con proyectos de vida en dicho país.

En quinto lugar, se abordan las configuraciones de eventos que hicieron que estas personas ya no volvieran a intentar cruzar la frontera y se sintieran atrapados en la ciudad de Tijuana. En la última parte, se generan conclusiones capitulares y se señala un proceso progresivo y acumulativo de precarización vital que se exacerbó en corto tiempo a partir del ir y venir por una frontera que se fue reforzando aceleradamente. Igualmente, a partir de lo descrito a lo largo del capítulo, se elaboran una serie de constelaciones de precarización como distintas configuraciones de factores que llevan a la calle.

### **3.2 De la pobreza originaria a la migración regional: lugares de procedencia y primeras movilidades**

El proceso de precarización analizado aquí tiene un largo recorrido que se remonta a los contextos de carestía y escasez en los lugares de procedencia, infancia y juventud de quienes ahora viven en las calles de Tijuana. Las restricciones del contexto social de procedencia y de la situación histórica moldearon en un inicio tanto el proceso de precarización como los rudimentos de la agencia.

Si bien los procesos vitales de los interlocutores con quienes se trabajó tienen orígenes en décadas distintas (setenta y ochenta)<sup>33</sup>, todos están enmarcados en contextos de crisis económica de larga duración en la esfera nacional y los intentos por su recomposición. En dichos tiempos críticos, la región nortea del país representó un polo de desarrollo y bonanza económica, colocándose como un destino deseable por parte de los pobladores de las regiones más golpeadas por las crisis. En la segunda mitad del siglo XX los flujos migratorios al norte progresivamente alcanzaron niveles sin precedentes. Los interlocutores de esta investigación formaron parte de estas expulsiones poblacionales.

#### **3.2.1 Carestía en los lugares de procedencia**

A lo largo de los años setenta y los años ochenta, México vivió periodos de auge y decadencia económica<sup>34</sup>, colocándolo en una de las mayores crisis que derivarían en un cambio de modelo económico que liberalizaría su economía en los años noventa y empujaría, tanto a sus políticas como a sus poblaciones, a mirar al norte. Sin embargo, como señalan los testimonios recogidos en esta investigación, los lugares de origen de estas personas nunca observaron los beneficios de dichos auges económicos, por el contrario resentían cada vez más sus efectos negativos en una pauperización constante de sus condiciones de vida.

En las narrativas de los entrevistados, destacan de manera recurrente los ambientes de pobreza extrema y las condiciones precarias del contexto en donde

---

<sup>33</sup> Ver líneas biográficas en los anexos.

<sup>34</sup> Por un lado el descubrimiento de grandes yacimientos de petróleo que llevaron incluso al presidente López Portillo a argumentar que ahora México tenía que acostumbrarse a “administrar la abundancia”, pero por otro lado el declive progresivo del modelo industrialización por sustitución de importaciones y las primeras aperturas al mercado internacional, aunado a las crisis petroleras de los años setenta colocaron a México en dichos vertiginosos ascensos y descensos económicos. (Sgard, 2012)

crecieron. Espacios campesinos, parajes suburbanos o barrios populares de distintas ciudades de la república mexicana dibujaron el escenario pauperizado donde crecieron todas estas personas y –en varios casos– lo que, a final de cuentas, los resolvió a migrar al norte.

Don Ángel y Guanajuato proceden, respectivamente, de contextos campesinos chiapanecos y guanajuatenses donde la constante fue la pobreza de condiciones de vida, “yo me acuerdo de morrillos que la neta estábamos bien pobres” (Guanajuato, entrevista, 2016), así como la dificultad de acceso a otro tipo de recursos que no sean los del campo “mi niñez, fue un aislamiento, vivíamos así en la sierra, lejos de la civilización, la casa más cerca estaba como de aquí a la central camionera” (Don Ángel, entrevista, 2016). Pero incluso aquellos que crecieron en ciudades también narraron la pauperización de sus contextos de procedencia. Ciudades calurosas, como Hermosillo o Yautepec, donde la falta de infraestructura en sus casas de infancia los hacía pasar calor.

Por otro lado, debido a la ubicación fronteriza y los privilegios fiscales que supone, a diferencia de la mayor crisis que vivió el país a principios de los años ochenta, esta década fue de bonanza para la economía tijuana, presumiendo de una bajísima tasa de desempleo en donde se expandieron los sectores comercial y de servicios. Estos factores positivos en la economía de la ciudad, por supuesto, no significaron una reducción en las condiciones de pauperización de las poblaciones en los deciles más bajos de ingreso. Por el contrario, Zenteno (1995) demostró que las tasas de pobreza correspondían a las de las otras ciudades del país. De manera que aquellos entrevistados que crecieron en la ciudad de Tijuana relataron su infancia en colonias populares o suburbios caracterizados en su momento por la violencia e inseguridad.

### **3.2.2 Fortaleza o debilidad de origen en los vínculos familiares**

En el devenir vital de estas personas hay una gran diferencia en la celeridad de la precarización si el contexto de la temprana edad, involucra fortaleza o debilidad de vínculos en el contexto familiar y sus arreglos de cuidado. Así, en este acápite se colocan los contextos familiares de origen y se observa qué aspectos estructurales debilitaron o fortalecieron estos vínculos y cómo delinearon sus prácticas posteriores.

Una primera diferencia en las narrativas respecto a la fortaleza o debilidad de los vínculos familiares tiene que ver con aquellos que crecieron en el contexto fronterizo y

aquellos que no. Así, casos como el de Chinola y Chava, quienes aún tienen contactos con su familia, crecieron en un contexto fronterizo que, como ya dijimos, tuvo momentos importantes de desarrollo en los años setenta y ochenta. Sus padres pudieron acceder a prestaciones sociales y tener, por lo menos, una vivienda en colonias populares y ofrecerles sustento hasta su adolescencia. Otros, como la Carlota quien creció en Acapulco “nada más con mi mamá, pues sí, sí conocí a mi papá, pero no, nunca tenía relación” (Carlota, entrevista, 2016) y su infancia la pasó entre casa de su madre y de su abuela. Como ella, hay quienes nacieron en familias fragmentadas en lugares pauperizados y no conocieron a alguno de sus padres. Otros tantos –como Solín, Manitas, Hermosillo y Don Ángel– vivieron un proceso de desgaste por diversas situaciones – maltrato familiar o trabajo externo– durante su infancia y juventud en relación con su familia de origen.

En estos últimos casos se observó cómo es que los arreglos de cuidado con la familia de origen se fragmentaron en la infancia, de manera que, desde temprana edad y en medio de condiciones de carestía económicas, estas personas tuvieron que enfrentar una situación social de escasez con vínculos familiares debilitados, y en algunos casos extremos, sin ellos. En pocas palabras, han tenido que hacerse responsables de sí mismos desde pequeños y con una situación económica muy desventajosa.

La diferencia entre tener vínculos socioafectivos sólidos desde la infancia y no tenerlos importa pues, como veremos a lo largo de la tesis, quienes aún los mantienen son quienes han vivido intermitentemente entre la calle y la casa de sus padres (uno de ellos, incluso está en el proceso de dejar las calles). Es decir, la renovación constante de estos lazos familiares y arreglos de cuidado será un factor de contención de la precarización y de posibilidad para salirse de (o, en su defecto, no llegar a) las calles de la ciudad.

### **3.2.3 Rudimentos de agencia: saberes formales e informales**

Las habilidades, saberes, técnicas y conocimientos de la infancia y juventud importan en tanto aún se siguen aplicando a la subsistencia cotidiana. Estos se aprendieron de manera formal e informal. En el primero de los casos, aspectos como la lectura y escritura fueron



salvados a partir de la asistencia a la escuela. Si bien algunos lograron terminar sus estudios básicos otros tuvieron que dejar trunca su educación formal.<sup>35</sup>

Ya sea por temas laborales o de cuidado familiares, pero en los casos entrevistados, la mayoría tuvo que dejar la escuela por la carestía que se vivía en su contexto familiar y en medio de una crisis económica nacional. Aquellos cuyas condiciones del contexto familiar como Chinolas o Chava salvaban las necesidades básicas –respondiendo en buena medida a la bonanza económica que las ciudades fronterizas vivieron en los años ochenta–, pudieron acceder a la educación media. Su retiro de la escuela se relaciona con el involucramiento en dinámicas fronterizas de cruce clandestino, como se revisará más adelante.

Por otro lado, los saberes informales de su infancia y juventud los adquirieron básicamente en las labores de ayuda a familiares o el involucramiento con el trabajo informal. Recuperarlos en su narrativa es importante pues en muchos casos hay una continuidad en la aplicación de estos saberes adquiridos durante su trayectoria vital y posterior vida en la calle. De cualquier manera, este aprendizaje deriva, de nuevo, de las condiciones de carestía que envolvía los escenarios de procedencia.

El Hermosillo, por ejemplo, “recolectaba botellitas de Corona (...) y me iba pa la gasolinera y levantaba los botes como de lámina y eran de aceite (...) y luego ya vendía los botes con un viejito, luego ya las cheves las botellas vacías se las llevaba a la agencia Corona todo allá” (Hermosillo, entrevista, 2016). Aún en tiempos de la entrevista, Hermosillo se dedicaba a la actividad de lo que llaman ‘el chachareo’ es decir, la recolección de material reciclable para vender posteriormente. Don Ángel aprendió a hacer casas de palma y con tabloncillos durante su infancia, un conocimiento que le ha sido de mucha utilidad a la hora de construir y reconstruir sus pequeños refugios. El Solín, el Pimpón, Chilango, Pelón, también adquirieron habilidades de albañilería y carpintería a temprana edad, lo que los ayudaría posteriormente a insertarse en trabajos temporales en la industria de la construcción. El Manitas, por su parte, en el barrio suburbano en el que habitaba, aprendió a moverse por las ciudades de la región a través de los trenes de carga, situación que después aprovecharía para una posterior migración. Por otro lado, en

---

<sup>35</sup> Las razones de deserción escolar varían: lejanía de la escuela (Don Ángel), cuidado de hermanos (Carlota), trabajo infantil (Hermosillo).

tiempos cuando no existía el muro fronterizo, el Chinolas aprendió a cruzar hacia Estados Unidos por el Cañón del Matadero al andar en bicicleta con sus primos o agarrar sandías de los ranchos vecinos. Conocimiento que capitalizaría con el paso de los años al involucrarse en el cruce de migrantes indocumentados.

Lo que se observa en todos estos casos es que, debido a un proceso de precarización que comenzó en la infancia –y que los orilló a entrar a trabajar informalmente como menores de edad y sin ningún tipo de seguridad social–, se comenzaron a adquirir conocimientos y habilidades prácticas de las cuales aún al día de hoy se echa mano, situación que se revisará ampliamente en el capítulo 5. El aprendizaje de estas prácticas es el efecto directo de la necesidad en el contexto de carestía.

#### **3.2.4 Entre lo regional y transfronterizo: primeros desplazamientos por necesidad**

Salirse de la escuela y empezar a trabajar constituyó una de las primeras prácticas de movilidad en sus vidas. Ya Bauman (1999) había advertido que el gran signo de desigualdad en las movilidades contemporáneas radica en la posibilidad de elegir libremente la opción de moverse: mientras en un extremo están quienes se mueven por deseo y voluntad propia, en el otro extremo están quienes lo hacen por necesidad, es decir, como recurso de sobrevivencia. De esta manera, los desplazamientos que llevaron a cabo a temprana edad se vinculan directamente con movimientos por ‘necesidad’ en respuesta a la carestía de sus contextos de origen y de la constante pauperización que significaban las crisis económicas.

Desde pequeños ya viajaban para ir a buscar solvencia económica, ya sea como ‘mudanceros’ (Manitas), jornaleros agrícolas (Hermosillo) o albañiles (Pimpón, Don Ángel, Solín) en escenas donde destacan los desplazamientos regionales por la necesidad de obtener algún tipo de recursos. En ese sentido, se pueden observar los primeros antecedentes de cómo su devenir inicial se configuró de manera móvil debido a las condiciones de precariedad vividas. Los movimientos por necesidad inicial que vinculan trabajo-pobreza-movimiento, se pueden pensar también como los primeros rudimentos de una trayectoria vital migrante.

Mientras los salarios y las condiciones de empleo en México se mantenían precarias, para ese entonces, en los contextos de origen ya se conocían los beneficios económicos que significaba trabajar en Estados Unidos. En el escenario de disparidad y

dependencia económica latinoamericana hacia Estados Unidos, la migración indocumentada tuvo un incremento durante los años setenta y principios de los ochenta, debido a una serie de factores que entretejían tanto el sistema laboral transnacional que sostenía la migración de sur a norte, el capital social y la causación acumulativa, así como las críticas condiciones económicas y estructurales en México y Latinoamérica (Massey, et. al., 1987; Durand y Massey, 2010).

En el caso de aquellos que migraron al norte, la resolución a hacerlo derivó casi consecuentemente de haber estado moviéndose por necesidad durante su infancia y juventud. “Pues en el trayecto de donde trabajaba, conocí a un señor pos ya como de los 40 o por ahí, y me dijo que él ya había venido para estos rumbos, pa Estados Unidos, y me dijo, ‘si quieres hacer dinero vámonos pa Estados Unidos’, yo conozco y dije, ‘pos órale’” (Don Ángel, entrevista, 2016). El Solín, por su parte, describió claramente la necesidad de moverse debido a las condiciones paupérrimas en las que vivía “la neta, pues pobreza extrema, mirar la necesidad que había en casa y la fregada, en el barrio y dije, nombre, voy pa allá, a que Dios nos socorre, y buscar nuevas oportunidades” (Solín, entrevista, 2016). De igual manera, el Manitas relató que, casi al cumplir la mayoría de edad y derivado de su trabajo como mudancero, se subió al tren de carga con rumbo a Mexicali y siguió a su hermano a Estados Unidos quien llevaba un par de años trabajando como chofer de camiones. El Guanajuato atravesó una situación similar, “yo la neta fui un morro, en el 82 cuando tenía 12 años, yo me vine, cuando estaba morrillo estaba muy avanzado a esa edad, me entiendes, no se, y entonces este me vine hasta escondido de mis jefes, simplemente porque yo tengo un carnal al otro lado que ya tenía tiempo allá” (Guanajuato, entrevista, 2016).

Los movimientos por necesidad que configuraron sus primeras movilidades, responden a las miserables condiciones económicas en que vivían y que tuvieron que involucrar dinámicas de clandestinidad. Subirse al tren de manera informal, esconderse de sus padres o cruzar de manera indocumentada son signos de vulnerabilidad que constituyen los antecedentes de las estrategias esquivas posteriores.

### **3.2.5 Carestía y primeras movilidades estratégicas y esquivas**

Las condiciones estructurales de carencia económica que golpearon a los deciles más bajos de la sociedad mexicana durante las décadas de los setenta y ochenta, aunado a la

oportunidad que significaba trabajar en Estados Unidos o, por lo menos, asentarse en las franjas fronterizas del norte de México cuyas ciudades pasaban por una época de auge económico, fueron factores importantes –junto con la composición familiar– que configuraron estrategias eminentemente móviles en la edad temprana de quienes ahora habitan las calles de Tijuana. Así, como puede observarse, a pesar de la diversidad de contextos de procedencia, los actuales indigentes pasaron por situaciones de carestía y desventaja social desde pequeños y, salvo unos cuantos, han tenido que afrontarlas por su propia cuenta utilizando saberes de su infancia y juventud y diversas estrategias móviles clandestinas que, a la postre, fueron delineando la idea de migrar al norte.

### **3.3 De migrantes regionales a migrantes transfronterizos indocumentados: tránsitos, cruces y vida en Estados Unidos de los años setenta a los noventa**

En este apartado se analizarán las implicaciones que tuvieron las formas de movilidad y cruce hacia el norte –así como la vida en Estados Unidos– para la manera en que se fue moldeando el proceso de precarización en los indigentes de Tijuana. Este advenimiento se aborda a la luz de las políticas migratorias y de reforzamiento fronterizo que operan como constreñimientos de sus movilidades transfronterizas y su capacidad de acción. Así, se indagará sobre las trayectorias socioespaciales que implican largos tránsitos hacia Estados Unidos, se elucidará el valor de la clandestinidad en la posibilidad de sus movilidades transfronterizas y los cambios de estrategias móviles en tanto la política migratoria y los controles en la frontera fueron reforzándose paulatinamente a lo largo de los años setenta, ochenta y noventa.

#### **3.3.1 Tránsitos: acumulación de saberes móviles y clandestinos en el camino**

Con el término del programa Bracero<sup>36</sup>, los flujos migratorios, más que detenerse, vivieron un aumento importante en los años setenta y ochenta, debido a las críticas condiciones estructurales en México y al contexto de disparidad y dependencia económica con Estados Unidos. Si bien, muchos de estos flujos tuvieron entradas legales, hubo muchos más que lo hicieron sin documentos –se estiman alrededor de tres millones de entradas indocumentadas– (Massey, Durand, y Malone, 2002; Pérez Duperou, 2014).

---

<sup>36</sup> Un programa de trabajo temporal para mexicanos en Estados Unidos de mediados de siglo XX.

Estas dos décadas son aquellas en que se detectaron las primeras migraciones de algunos de los entrevistados.

En el caso de los interlocutores de esta investigación, el cruce a Estados Unidos no sucedió de un día para otro y en algunos de ellos involucró un paulatino devenir a través de múltiples espacios urbanos y rurales a lo largo del país en donde también adquirieron ciertos saberes prácticos y se enfrentaron a determinadas restricciones estructurales para seguir su camino. Algunos de ellos se quedaron por tiempo indeterminado en diferentes ciudades trabajando en industrias como la construcción, otros capitalizaron la estructura ferroviaria para moverse en condiciones de riesgo. Dar cuenta de la multiespacialidad de sus trayectorias biográficas permite conocer no sólo las temporalidades sino los distintos lugares recorridos, lo que permite acceder a la conformación paulatina de diferentes ámbitos de agencia según se enmarcan en determinados constreñimientos estructurales y contextuales (Velasco y Gianturco, 2012).

Ya en los años setenta Germidis (1974) señaló que la construcción era una de las industrias que más contribuyó a la capitalización de la economía mexicana y que se había convertido en la opción más viable para los trabajadores migrantes del sector agrícola. El trayecto de Don Ángel, quien por falta de recursos para llegar directamente a la frontera duró alrededor de ocho años, se apoyó en la industria de la construcción en ciudades como Salina Cruz, Mazatlán y Tijuana. Comenta que en todos esos años aprendió todos los oficios relacionados: albañilería, plomería, electricidad, hasta el de velador. De manera que a su llegada a Tijuana a finales de los años setenta se le facilitó conseguir empleo en dicho sector. El Solín y el Pimpón narraron experiencias similares alrededor de dicha industria, este último, por ejemplo al terminar la primaria migró junto a su padre quien “vino a trabajar aquí en Tijuana en la construcción. Empecé yo a trabajar en la construcción como a los 14” (Pimpón, entrevista, 2016).

Por otro lado, otra de las experiencias narradas ante la carestía tiene que ver con el uso estratégico y clandestino del tren carguero para moverse hacia el norte. Si bien el tren conocido como “La Bestia” que recorre de Chiapas a Tamaulipas es el más conocido en términos de riesgos y trayectos migratorios (Redodem, 2014), la ruta del Pacífico también ha fungido por varios años como la opción para migrantes que miran al norte. El Manitas, crecido en los barrios populares de Guadalajara, conoció en su infancia cómo

moverse regionalmente a través de los trenes de carga, ambiente que aprovecharía a finales de los setenta para irse con rumbo a Mexicali. Situación contraria al Solín, quien al tomar el tren sin saber cómo funcionaba perdió un acompañante en el camino quien no logró abordar el tren y cayó. En su narrativa, expresa claramente que asumió dicha situación como una forma de hacerse responsable de sí mismo fuera de todo tipo de apoyo social, “para eso yo ya traía la batuta, yo sin nada, me entiendes, nunca pensé andar así, más sin embargo me armé de valor y dije pues ya me toca a mí” (Solín, entrevista, 2016).

La recuperación de estas experiencias informan que durante el tránsito también se formaron determinados saberes y habilidades prácticas, por ejemplo, aquellos ligados a la construcción o, por otro lado, el aprovechamiento de la infraestructura ferroviaria, como las vías del tren, para poder movilizarse. Observamos por otro lado, cómo es que las posibilidades de movimiento en condiciones de carestía y con pocas redes de apoyo hacen que las movilidades sean o muy lentas o muy riesgosas. Los movilidades, como dicen Urry (2007) y Glick Schiller y Salazar (2012) tienen como correlato anclajes espaciales, distribuidos diferencialmente, que facilitan u obstaculizan el flujo humano. El testimonio del uso del tren carguero y de la forma de utilizarlo clandestinamente es prueba de ello.

### **3.3.2 Estrategias clandestinas de cruce**

Uno de los temas que atraviesa todas las experiencias narradas y que, de una u otra manera, es ubicado como un proceso que ha dejado huella en el devenir vital de los entrevistados es la experiencia del cruce fronterizo por la ciudad de Tijuana. En la narrativa vital, el aparato geopolítico fronterizo es colocado como una referencia que ha marcado el acontecer de su vida de alguna u otra manera. Una de las características que franquea estos cruces tiene que ver con el componente de clandestinidad involucrado, el cual coloco como estrategias esquivas de movilidad para eludir la falta de documentos y las regulaciones en las fronteras estatales (Spener, 2009; Chavez, 2011; Velasco, 2016). Como veremos, la clandestinidad es ambivalente en tanto es provocada por la vigilancia del aparato fronterizo y conduce a prácticas móviles de riesgo y vulnerabilidad, pero a su vez funciona para eludir la vigilancia misma que la provoca.

Las dificultades para cruzar a Estados Unidos y las argucias clandestinas implicadas dependieron también de la época en que se llevaron a cabo en relación al endurecimiento paulatino de la regulación migratoria en dicho país. Aquellos cruces que acontecieron antes de la implementación en 1986 de la Ley de Reforma y Control de la Inmigración (IRCA, por sus siglas en inglés) se consideraron ‘sin obstáculos’, a diferencia de los cruces post-IRCA que se hicieron a través de un mercado clandestino.<sup>37</sup> Chavez (2011), ha llamado respectivamente a las épocas marcadas por la IRCA como “la era de fronteras abiertas” y “la era de fronteras cerradas”.

Si bien dicha clasificación es certera desde bases estadísticas, la seducción determinista de dicha división analítica conduce a pensar que antes de la IRCA las fronteras eran absolutamente abiertas y que la estructura fronteriza no significaba un filtro, en lugar de observar complejamente que los mecanismos y regulaciones eran más o menos laxos. De igual forma, en época posterior a la implementación de la IRCA lo que sucedió es que estos mecanismos se fueron reforzando, aunque los migrantes siguieron cruzando. Con esta precisión, aquí recuperaré las experiencias diferenciadas de cruce según estos dos momentos histórico-estructurales de la política migratoria y reforzamiento del control fronterizo: pre-IRCA, es decir, esa “era de fronteras laxas” hasta mediados de los ochenta y post-IRCA, esa era de “fronteras reforzadas” mediados de los ochenta a principios de los noventa y que involucra un paulatino reforzamiento con el advenimiento del operativo Guardián (principios de los noventa al 2001).<sup>38</sup>

### 3.3.3 Época de fronteras laxas

Massey, Durand y Malone (2002) consideran que durante el cambio de las décadas de los setenta y ochenta se dio una migración masiva *sin obstáculos* hacia Norteamérica. Con ello, aluden a que las regulaciones y los controles fronterizos eran lo suficientemente porosos como para ser evadidos con facilidad por parte de los migrantes que intentaban

---

<sup>37</sup> De igual manera, las dificultades se incrementaron a partir de los años noventa cuando se implementaron operativos de control en la frontera (como el Operativo Guardián, en el caso de Tijuana), lo que derivó que los cruces se trasladaran en los últimos años hacia pasos fronterizos más riesgosos como el desierto de Sonora (EMIF, 2013; 2014).

<sup>38</sup> Se presentan estas dos etapas a partir de las experiencias narradas por parte de los entrevistados. El endurecimiento de la política migratoria y del reforzamiento fronterizo, así como la consecuente criminalización migrante, fue aún más dura posterior a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, sin embargo, según las experiencias narradas, esto tuvo más efecto en sus procesos de deportación. Situación que recuperaremos más adelante.

cruzar. La experiencia del Manitas lo deja claro cuando, estando ya en Tijuana, a partir de observar las dinámicas de cruce de los camiones de carga en la aduana comercial “El Chaparral” simuló ser un transportista para internarse corriendo estando ya en territorio estadounidense.

Aprovechando esa debilidad en el control fronterizo tanto Don Ángel como Guanajuato cruzaron en 1982 por el Cañón Zapata en Tijuana. Dicho paso fue la zona de cruce más importante en esos años (Bustamente, 2000), ahí no existía aún el muro fronterizo, tan sólo “había ahí un cerco, supuestamente, pero los hilachos siempre estaban tirados en el piso” (Don Ángel, entrevista, 2016). La hora del atardecer era el momento del cruce, por allí se lanzaban hacia el otro lado cuidándose de la patrulla fronteriza. Desde cinco horas de caminata hasta un par de días, según la vigilancia de la patrulla fronteriza, era el recorrido que realizaban hasta llegar al pueblo más cercano, “así nos fuimos nomás, y duramos dos días y dos noches pa llegar a Chula Vista.” (Guanajuato, entrevista, 2016).

Respecto a estas experiencias de cruce resalta que, primero, la estrategia de cruce que se llevaba a cabo personalmente (o con el conocimiento socializado de otros) era suficiente en ese momento para cruzar hacia el otro lado de la frontera, sin necesidad de coyotes o polleros, debido a la reducida presencia de agentes que vigilaran la frontera. Chavez (2011) llamó a esto ‘auto-contrabandismo’, aludiendo a la estrategia de tránsito transfronterizo que los migrantes indocumentados usaron en esta época apoyándose solamente en la experiencia personal –o de conocidos– de cruce así como en el conocimiento alternativo que se tenía de los senderos aledaños a los límites nacionales. En ese sentido y en segundo lugar, cruzar por estos caminos recónditos les otorgó conocimiento de las posibilidades subrepticias de tránsito a través de la frontera, situación que aprovecharon, como veremos adelante, las diversas veces que fueron retornados. Es decir, en estos tránsitos clandestinos fueron incorporando la experiencia de clandestinidad a sus prácticas de cruce, de manera que si los retornaban (en ese entonces la aprehensión indocumentada no causaba antecedentes penales) sabían perfectamente cómo cruzar de nuevo “de ahí pa’l real ya no me agüitaba que me agarrara la migra. Habían veces que me sacaban en el día y en el mismo día me regresaba. Había veces que me venía por aquí y me venía por allí abajo” (Don Ángel, entrevista, 2016). Como se verá a continuación,



estas experiencias serán importantes para el posterior involucramiento en dinámicas de coyotaje.

Si bien estas estrategias evasivas eran implementadas por migrantes que venían del sur del país, también pudieron ser rastreadas en las narrativas de aquellos entrevistados que crecieron en la ciudad de Tijuana. Las estrategias de cruce de estos “fronterizos” hay que analizarlas a partir del uso que hicieron de ambos lados de la frontera como un recurso para organizar sus vidas en ese momento (Chavez, 2016), es decir, vivir en la frontera en ese entonces implicaba la posibilidad de cruzarla diariamente sin mayores problemas y capitalizar los recursos que existían en ambos lados. El Chava y el Chinola, residentes fronterizos, aprovecharon en su adolescencia y juventud la situación fronteriza y el conocimiento de caminos alternos para inmiscuirse en dinámicas de trasiego de drogas y de migrantes, respectivamente.

Con las consecuencias penales que tendrían los cruces informales y las estancias indocumentadas en Estados Unidos, el ir y venir por la frontera a través de estas dinámicas clandestinas de cruce tuvieron consecuencias criminalizantes en el estatus de estas personas. Sin embargo, como veremos más adelante, el camino al ultrareforzamiento fronterizo se fue gestando a través de operaciones de aseguramiento de la frontera que a continuación apuntamos.

#### **3.3.4 Época de fronteras reforzadas**

Con el incremento en los flujos migratorios en la década de los ochenta y ante el rechazo de la opinión pública norteamericana hacia la migración indocumentada y de la consolidación de un discurso proteccionista de las fronteras, los ejercicios legislativos optaron por implementar una amnistía a la migración indocumentada, la IRCA, que venía acompañada de medidas para reforzar la frontera –como el incremento de agentes de la patrulla fronteriza–, de recursos para aprehender y expulsar a los extranjeros indocumentados a través de la figura del ‘alien removal’ y sobre todo de sanciones a empleadores que contrataran a migrantes indocumentados (García y Griego, et. al., 1987). Don Ángel, Manitas y Guanajuato son parte de los más de 3 millones de migrantes que pudieron legalizar su estancia y obtener la famosa ‘Green Card’<sup>39</sup> que formalizó su

---

<sup>39</sup> La tarjeta de residente permanente que prueba el estatus legal de residencia en Estados Unidos. Con ella se adquiere el derecho a vivir y trabajar en Estados Unidos

residencia de manera temporal en dicho país, a partir de la puesta en marcha de esta ley en 1986 (Durand, Massey y Zenteno, 2001).

Sin embargo, quienes cruzaron después de ese año tuvieron mayores problemas para hacerlo debido al incremento de la presencia de la vigilancia de la patrulla fronteriza. El contraste de la experiencia del Solín, quien a principios de los noventa también cruzó por el Cañón Zapata, refleja el reforzamiento de la vigilancia que había pues comentó que “apenas llevábamos como media loma y ya miré a miles de migras por ahí abajo” (Solín, entrevista, 2016) de manera que se echaron a correr pero detuvieron a la mayoría del grupo salvo a él y al guía. El Chilango, por su parte, comenta que para las mismas fechas tuvo que echar mano del pago de un pollero para cruzar por los cerros del este de Tijuana. El uso de guías locales fue sumamente útil al comienzo del reforzamiento de las fronteras pues eran quienes conocían de primera mano los movimientos y debilidades de la patrulla fronteriza (Chávez, 2011). Algunos de los interlocutores, como el Chinolas, Manitas o Don Ángel, fungieron posteriormente como este tipo de guías debido al conocimiento que tenían de los caminos subrepticios y las dinámicas de vigilancia de los agentes policiales.

En el año fiscal de 1993 la patrulla fronteriza registró un total de 1,263,490 detenciones de los cuales el 97 por ciento eran mexicanos. Para principios de esa década, se estimó que la mayoría de migrantes indocumentados que cruzaban la franja fronteriza lo hacían por el área del sur de California. La lucha contra los indocumentados que empezó dos décadas atrás, tenía a la frontera Tijuana-San Diego como protagonista de estos problemas.<sup>40</sup>

De nuevo, las opiniones en la esfera pública norteamericana se volcaron en contra de los migrantes indocumentados acusándolos de los grandes males que los aquejaban. En ese contexto, hubo un nuevo giro en la estrategia de seguridad norteamericana, el límite territorial debía ser el primer bastión de protección contra amenazas externas (Nevins, 2002). La frontera, así, emergió como el dispositivo de control que había de ser reforzado para contener la inmigración indocumentada y el contrabando de estupefacientes. La Operación Gatekeeper o Guardián se implementó el 1 de octubre de

---

<sup>40</sup> La imagen más representativa de esta situación, puede aún ser observada en las carreteras de alta velocidad cercanas al cruce fronterizo de Tijuana-San Diego en donde se observa un letrero de precaución y una familia corriendo. Con ello se hacía alusión clara a la presencia masiva de migrantes indocumentados en la región.

1994 con el objetivo de reducir el cruce no autorizado de migrantes que pasaban por la frontera sur de California. La meta era no detenerlos adentro del país sino en el cruce, a través de tres directrices operativas: la presencia de más agentes de la patrulla fronteriza a lo largo de dicha frontera, el impulso a tecnologías de vigilancia y la inversión en infraestructura de control.

Así, la nueva estrategia nacional de la patrulla fronteriza se planteaba como misión “proteger y asegurar los límites externos de los Estados Unidos, previniendo la entrada ilegal y detectando, prohibiendo y aprehendiendo entrantes indocumentados, contrabandistas, traficantes y violadores de otras leyes” (US Border Patrol, 1994). El reforzamiento de la frontera estaba dirigido a combatir dos grandes problemas observados por los norteamericanos y que, en su retórica proteccionista, están imbricados: el cruce no autorizado de migrantes y el narcotráfico; situación que tuvo consecuencias brutales en la vigilancia fronteriza. Para el año 1994 el número de agentes de la patrulla fronteriza aumentó a 4,200 elementos en una tendencia que no ha parado hasta la fecha. Así, si en el año 2000 dicha corporación tenía 9,212 elementos (Nevins, 2002), para el año 2016 contaba ya con 19, 828 (CBP, 2016).

Mientras la vigilancia y contención fronteriza se incrementaba, tanto la Carlota como el Pimpón utilizaron coyotes para cruzar la frontera a finales de los años noventa debido a las grandes dificultades que implicaba el cruce por Tijuana. El paso se llevó a cabo, ya no por la zona urbana, a través del Cañón Zapata o el Cañón del Matadero, sino por los cerros colindantes con el municipio de Tecate donde el cruce era más complicado, tardado y peligroso. La hostilidad que implicaba interactuar con la patrulla fronteriza con el paso de los años es relatada por algunos de los interlocutores en campo, pero también por estudios etnográficos (Chávez, 2016; Velasco, 2016).<sup>41</sup> Esta hostilidad fue configurando en la patrulla fronteriza la imagen del migrante como una alteridad ignominiosa y desagradable que debía ser expulsado, lo que estimuló una serie de maltratos hacia esta población (Nevins, 2002).<sup>42</sup>

---

<sup>41</sup> Y ha sido observada como una consecuencia de la construcción del migrante como ‘ilegal’ (De Genova, 2005).

<sup>42</sup> A esta acumulación de agravios, la experiencia de la Carlota agrega la discriminación no sólo de base racial, sino de género que vivió a lo largo del cruce y de su vida en Estados Unidos y que devino en su deportación.

Como dice Joseph Nevins, la significación más importante del Operativo Guardián tiene que ver con que representó un cambio sobre cómo EUA veía sus linderos con México, pasando “de una *región fronteriza* (o una zona de interacción y transición entre dos entidades políticas separadas) a un *límite* (o una línea de estricta demarcación)” (2002: 16)<sup>43</sup>. Dicha vuelta de tuerca, argumenta el autor, tuvo como corolario una serie de daños colaterales articulados en dos ejes, por un lado, una violencia estructural instanciada en el aumento en el riesgo de cruce con un cúmulo de consecuencias fatales y, por otro lado, una violencia cultural evidenciada en la negativa representación sociocultural del migrante mexicano. Así, las muestras contundentes del riesgo que implicaba el cruce de la frontera fueron las más de 2000 muertes registradas por el gobierno mexicano así como el aumento en los precios por los servicios de los “polleros” (Cortés, 2003). Por otro lado, dicha operación, más que detener la ilegalidad, contribuyó a construirla. Es decir, un proceso asociado a la defensa de las fronteras fue la fabricación de otredades ilegales y peligrosas en las figuras del migrante indocumentado, condensando una larga historia de sentimiento antiinmigrante de base racial (De Genova, 2005).

### 3.3.5 La ambivalencia de la clandestinidad en el cruce clandestino

El tránsito de la migración regional a la migración transfronteriza indocumentada de los años setenta a los años noventa marca el momento en que la frontera (y los procesos de reforzamiento involucrados) operó como un dispositivo de gestión migratoria que surtió efectos precarizantes en la vida de estas personas. La clandestinidad es probablemente el mecanismo más claro de precarización en tanto se convertía en una estrategia para eludir la vigilancia fronteriza y transitar por caminos riesgosos o forzar a involucrarse en mercados ilícitos de trasiego de personas cuando la IRCA reforzó las medidas para vigilar el límite territorial.

Sin embargo, la clandestinidad se observa como un mecanismo ambivalente pues si bien la estrategia de reforzamiento fronterizo orilló a estas personas a establecer tácticas de riesgo<sup>44</sup>, sus prácticas móviles transfronterizas no se redujeron ni acabaron en

---

<sup>43</sup> Las cursivas son mías. Se tuvo que traducir “border” por “región fronteriza” y “boundary” por “límite” en aras de respetar el argumento del autor.

<sup>44</sup> Aquí retomamos el concepto de tácticas de De Certeau como prácticas que utilizan las fallas en la vigilancia de coyunturas particulares. Esto se aborda ampliamente en el capítulo 5.

la vigilancia contenedora fronteriza sino que se apropiaron de la forma en que estaba organizando dicho espacio en determinado momento y aprovecharon oportunamente las grietas que aún tenía el dispositivo fronterizo. Así, la clandestinidad puede observarse también como el mecanismo de participación activa que tuvieron estas personas para resistir y eludir dicha vigilancia. Aún más, practicar dichos cruces clandestinos se insertó en su memoria y sus saberes prácticos, lo cual les sería de mucha utilidad en los años más duros por venir.

### **3.4 De migrantes indocumentados a migrantes ilegales y criminales: vidas furtivas en Estados Unidos**

Haber iniciado el trámite de legalización en algunos casos, no implicó que, a lo largo de su estancia en Estados Unidos, siguieran existiendo componentes clandestinos y de invisibilización de su presencia. La persistencia de estos elementos furtivos se observan a la luz de dos ejes violentos –estructurales y culturales–. Por un lado, la constante renovación respecto a las regulaciones que criminalizaron y estigmatizaron la presencia migrante –a partir de delitos menores– y la ampliación de las facultades de la patrulla fronteriza más allá de las zonas limítrofes fueron elementos de vigilancia que precisaban de evasiones y autoinvisibilizaciones. Por otro lado, debido a carencias económicas que también tenían de aquel lado, del tipo de redes que formaban y de los conocimientos que tenían respecto a los cruces clandestinos, muchos de los actuales indigentes se involucraron en actividades ilícitas del lado americano de la frontera lo que precisaba mantener perfiles bajos. Dicha ecuación, por lo tanto, derivó en la exacerbación de la precariedad en la que se encontraban, pues el involucramiento en estos ambientes y las renovadas regulaciones devinieron en la ruptura del proceso de legalización y en la deportación. Situación que, por otro lado, también tuvo consecuencias respecto a la ruptura de vínculos socioafectivos de apoyo.

#### **3.4.1 Estrategias clandestinas en Estados Unidos**

Chávez (2011) y Velasco (2016) han encontrado un aspecto performático involucrado en las interacciones con agentes migratorios de quienes cruzan con visa pero sin permiso para trabajar. ‘Pretender’ tener otros motivos para cruzar se convierte en un elemento activo por parte de los actores sociales para salvar la exacerbada y hostil inspección fronteriza. Estos aspectos de enmascaramiento identitario pueden rastrearse en la vida

furtiva de los migrantes indocumentados en Estados Unidos ya en la década de los setenta y ochenta, pues también fueron acciones de las que se podía echar mano en la época de ‘fronteras laxas’, antes que la detención indocumentada fuera causal de deportación.

“No, en ese entonces no había archivo, en ese entonces, nomás te subían y te decían, te preguntaban ‘cómo te llamas’ y órale, pa atrás y pa atrás. Así que lo volvían a agarrar a uno y le dabas otro nombre y ya pues otra persona, y otra persona diferente. Por eso ellos, a la misma persona habían veces que la agarraban hasta 10 o 15 veces en dos días o tres días, pero era un nombre diferente a cada agarrada.” (Don Ángel, entrevista, 2016).

Sin embargo, con la paulatina línea punitiva con que se delineó la política migratoria esto comenzó a dejar de ser efectivo, “entonces después salió una estadística que decían ellos que no es tanta la gente que están agarrando sino que a la misma persona la estaban agarrando varias veces pero con diferentes nombres. Fue ahí donde inventaron ellos archivar el nombre de cada persona y fue donde empezaron a agarrar a gente, la misma persona con diferente nombre y ahí fue donde empezaron a procesarlos por falsa identidad” (Don Ángel, entrevista, 2016). Quienes utilizaban este tipo de tácticas lo fueron advirtiendo y llegaron a la conclusión de que quedarse irregularmente en el país podía ser una estrategia más efectiva.

Así, ante las medidas restrictivas para el cruce fronterizo, algunos de los entrevistados forman parte de esa buena cantidad de mexicanos que decidieron quedarse en Estados Unidos, incrementando la población en situación irregular en dicho país. A mediados de los noventa, el presidente Clinton firmó otras leyes que facilitaban la deportación de migrantes indocumentados tales como la AEDPA (Antiterrorism and Effective Death Penalty Act) y la IIRIRA (Illegal Immigration Reform and Immigrant Responsibility Act). Impulsadas por un lobby restriccionista que ha tenido una fuerte influencia en la Casa Blanca durante los últimos 30 años (Holland, 2014), estas leyes en conjunto estipulaban una lista de delitos que, a partir de ese momento, se considerarían graves y facilitaban la ruta para la deportación. Desde entonces se criminalizó la presencia del migrante irregular al establecer la no documentación como delito del orden federal y se otorgó autoridad a oficiales de migración para iniciar procesos de expulsión sin derecho de audiencia judicial (Pérez Duperou, 2014). Estas leyes importaron para el

proceso de precarización de la vida de migrantes en Estados Unidos pues, a partir de su promulgación, un delito menor podría llevar a la deportación misma (Acosta, 2016).

Uno de los ardides que estas personas implementaron para lidiar con el endurecimiento de estas políticas fue el uso de papeles falsos. En tanto la permanencia irregular se convertía en un delito, la Carlota, el Guanajuato o el Chilango, utilizaron la “mica chueca” –una forma para referirse a la Green Card o cualquier identificación falsa– para poder trabajar, quedarse en Estados Unidos y en algunos casos legalizar su estancia

“con una mica chueca [falsa], porque llegué a los 16, ¿verdad?, porque la mayoría de edad es a los 21, saco una mica chueca con mi nombre y todo nomás con el año, soy del 75 y lo saqué del 70. Un amigo, me dijo ‘vente vamos a sacar una identificación de a de veras’, y vamos al DMV y me dice la señorita ‘¿hablan inglés?’, yo todavía no hablaba inglés y dice mi amigo ‘yes, we do’, le enseñé mi identificación, la ve, y se da cuenta que es chueca y dice ‘dile a tu amigo que le voy a ayudar a sacar una identificación de a de veras’, entonces toma los datos de esa mica chueca, me da esa identificación y arreglo a los 7 años” (Chilango, entrevista, 2016).

Como dicen Heyman (1999) y De Genova (2005) en relación a la legalidad e ilegalidad generada por la política migratoria: la ‘ilegalidad’ de estas personas también es producto de las leyes migratorias estatales, es decir, la ley estatal crea, inevitablemente, zonas de ambigüedad y de ilegalidad absoluta como contrapartes. De manera que, en tanto se endurecían los esfuerzos de control migratorio, también se reformulaban las estrategias por parte de quienes vivían irregularmente en aquél país. El uso de papeles falsos es sólo un botón de muestra.

### **3.4.2 Post 11-S y el involucramiento en actividades ilícitas**

La relación entre el estado y las prácticas ilegales de los migrantes indocumentados se complejizó aún más en las secuelas de los atentados terroristas del 11 de septiembre del 2001. Estos ataques redefinieron y endurecieron la política migratoria en los Estados Unidos. Con la promulgación de la *USA PATRIOT Act* en noviembre de 2001, se hizo oficial lo que ha sido patente en la revisión de las políticas migratorias estadounidenses: la inmigración a Estados Unidos se convirtió en un asunto de seguridad nacional (Andreas, 2009; Alarcón y Becerra, 2012).<sup>45</sup> Esta ley permitió detener y deportar con muy poca revisión judicial a quienes no fueran ciudadanos, dejando a discreción del fiscal general si

---

<sup>45</sup> Ejemplo de dicha redefinición es que la Patrulla Fronteriza agrega entre sus objetivos a la lucha contra el terrorismo, quedando al mismo nivel que el combate al narcotráfico y a la migración indocumentada.

había elementos razonables para creer que alguien ponía en riesgo la seguridad nacional o local. Bajo esta ley, aquellos acusados de ofensas migratorias menores podrían ser retenidos indefinidamente si el fiscal general así lo determinaba. Esta ley, como veremos, puso las bases para la Ley de Seguridad Nacional, la aplicación de la Operación Streamline y su respectiva legislación, así como la emergencia de programas de seguridad y deportación como el de ‘Comunidades Seguras’.

En el año del 2002 se promulgó la *Homeland Security Act* con lo que se creaba el Departamento de Seguridad Interna (DHS, por sus siglas en inglés) que unificó veintidós agencias gubernamentales relacionadas con el control de las fronteras, combate al narcotráfico y terrorismo y a la regulación de la migración. La unificación de estas agencias se observa como el corolario de una lucha paralela que desde los ochenta ha venido apoyando el reforzamiento de la frontera. (Del Villar, 1987; Dunn, 1996). El cambio sustantivo implicó que esta agencia vigilaría y operaría no sólo los límites del territorio sino al interior del mismo, en ciudades no fronterizas. Se dotó de recursos legales a una serie de agencias y corporaciones para ubicar extranjeros sin documentos y acelerar su proceso de expulsión (Pérez Doperou, 2014); es decir, se llevaron acciones políticas que derivaron en programas que vincularon la aplicación de la ley migratoria y el sistema de justicia.

Lo que se ha podido observar, a partir del análisis de las narrativas biográficas, es que la inmersión en prácticas criminales se debió a una coyuntura histórica de aspectos estructurales, redes sociales y ámbitos de agencia que conjugaba el endurecimiento de la política migratoria que les impedía trabajar de manera visible y formal, las carencias económicas que afrontaban, las redes socioafectivas y familiares involucradas en dichas prácticas y el conocimiento que tenían de los espacios subrepticios en las franjas fronterizas.

Alrededor del cambio de milenio, Don Ángel, quien tenía un permiso de residencia temporal renovable anualmente, empezó a tener problemas con su regularización debido a una multa de tránsito que no había pagado. La renovación de su estatus migratorio estaba condicionada al finiquito de dicha deuda, la cual se había acumulado de tal manera que excedía sus posibilidades de pago en dicho año. Para poder hacerse de dicho dinero, echó mano del conocimiento de los caminos alternativos que



conocía para cruzar la frontera y de las redes migrantes que tenía y empezó a cruzar gente como guía o como ‘pollero’, “gente recomendada, que me conocía, que sabían que cuando me sacaba la migra, me cruzaba solo y sin problemas (...) Pero de ahí, como te digo, ya empecé a tener problemas con la federal, porque ya me empecé a involucrar en broncas de cruzar a ilegales por el cerro, me agarraron, empecé así pues a caminar con grupos de gente”. (Don Ángel, entrevista, 2016). De manera que, una vez detenido y procesado, Don Ángel comenzó a tener antecedentes criminales más allá de las violaciones a la ley migratoria.

Hermosillo, por su parte, quien prestaba servicios sexuales para subsistir en Chicago y donde no tenía redes socioafectivas de apoyo, comenta que ante la carestía económica que vivía y el consumo de alcohol en que estaba inmerso, se involucró con grupos criminales urbanos que traficaban droga. El involucramiento con estos grupos y las prácticas ilícitas por parte del Guanajuato, el Pelón y el Manitas, se estimuló con las redes en las que estaban insertos o se insertaron cuando llegaron a Estados Unidos. Los tres narraron que el primer arresto que tuvieron en dicho país fue por estar acompañando a sus familiares (hermanos o primos) mientras hacían transacciones ilegales y fueron sorprendidos por la policía. Aunque los detuvieron por primera vez en la época de fronteras laxas y pudieron cruzar de nuevo a Estados Unidos, ante la imposibilidad de regularizar su situación y la violencia que representaban las nuevas políticas en la época de fronteras reforzadas, se involucraron directamente en el trasiego de drogas a partir del conocimiento que tenían de caminos clandestinos en las regiones fronterizas.

Slack y Whiteford (2011) analizan, a partir de la década del 2000, las actividades ilícitas y clandestinas y los complejos vínculos que pueden tener en los corredores fronterizos de cruce. Los autores son enfáticos en ubicar las acciones ilícitas de las personas como una reacción ante la violencia estructural –soslayando, así, discursos que los culpan o que los hacen víctima–, aludiendo a las diferentes y limitadas opciones que las personas tienen para hacer frente a la vulnerabilidad que plantean situaciones fuera de su control. En ese sentido, colocan la idea de que migrantes, burreros, narcos, polleros y/o coyotes pudieron tener uno u otro estatuto y decidieron sobrevivir a partir de actividades ilícitas según las posibilidades de las redes socioafectivas que poseían. Todas estas figuras operan en las geografías clandestinas transfronterizas y junto con el reforzamiento

de las fronteras por parte de la política norteamericana a partir del 11S y la lucha contra las drogas del gobierno mexicano, forman parte del escenario de cruces clandestinos a Estados Unidos.

De esta manera lo que se puede deducir en relación al involucramiento en actividades criminales es que, por un lado, el endurecimiento de las políticas migratorias y de control fronterizo fue uno de los factores que orilló a estas personas a utilizar como estrategia de capitalización la inmersión en actividades ilícitas. Por otro lado, la mayoría de estos involucramientos se estimuló debido a que las redes sociales y afectivas que generaron estaban ya inmersas en dichas prácticas. Hay que resaltar aquí que, además de estos dos elementos, un factor importante ha sido el hecho de que estas personas tenían conocimiento de las vías clandestinas y las formas soterradas de cruzar la frontera, un saber que, como fue dicho páginas atrás, lo aprendieron en el tránsito hacia Estados Unidos o en su infancia transfronteriza.

En pocas palabras, ante los estreñimientos político-estructurales y los recursos de las redes sociales en que se involucraron en Estados Unidos, las habilidades y conocimientos clandestinos aprendidos en tránsito se colocaron como un factor más en el uso estratégico de las prácticas ilícitas como forma de capitalización económica. Saber cruzar clandestinamente la frontera se convirtió en un recurso que poseían a lo largo de su estancia en Estados Unidos y que se colocó como una opción ante el endurecimiento de las políticas migratorias. Visto desde otra perspectiva, el propio sistema fronterizo generó mecanismos de vigilancia para repeler sus cruces, pero en ello propició la activación de recursos de agencia –como las prácticas clandestinas e ilícitas– para evadir el propio sistema, no sin acarrear riesgos y vulnerabilidades. El mecanismo de clandestinidad, si bien es una forma de resistir al reforzamiento fronterizo, también implica una manera de crear sujetos vulnerables en el margen de la legalidad.

### **3.4.3 Al margen de un marco de legalidad**

Pasar de una situación de indocumentado a la de criminal de orden federal a partir de un cambio legislativo y de la implementación de nuevas operaciones, leyes y programas antimigratorios orilló a estas personas a quedarse en Estados Unidos desarrollando estrategias furtivas de sostenimiento. En ese sentido, además de que el componente clandestino siguió delineando sus vidas de manera ambivalente en tanto era consecuencia

del reforzamiento fronterizo pero a la vez un arma para eludir dicha vigilancia, la etapa de precarización que se abordó en este acápite alude a la expulsión de un marco de legalidad en el cual sostener su presencia en el país del norte.

El entronque de esta situación con las carencias económicas, el tipo de redes sociales y el conocimiento esquivo del cruce fronterizo colocaron las condiciones para que estas personas se involucraran en actividades ilícitas. Esto tuvo, como veremos a continuación, consecuencias mayores como la ruptura de procesos de legalización, el encarcelamiento, rupturas familiares y la posterior expulsión solitaria a ciudades fronterizas como Tijuana.

### **3.5 De migrantes criminales a deportados: encarcelamiento, rupturas legales y socioafectivas y deportación**

Una de las consecuencias de la inmersión en mundos criminales fue el encarcelamiento de algunas de las personas entrevistadas. Otro de los corolarios de ello fue la ruptura del proceso de regularización de su estatus migratorio y la posterior expulsión del territorio estadounidense. Junto con ello, también se observa una ruptura de vínculos familiares y socioafectivos que serán determinantes en el posterior proceso de inmersión en la vida callejera. En pocas palabras, lo que esta etapa significó para el proceso de precarización de las personas entrevistadas fue una paulatina pérdida de medios legales, de redes sociales y de recursos materiales y reflexivos para subsistir. En última instancia, esto implicó un bloqueo a las posibilidades de moverse transfronterizamente.

Si bien algunos de los entrevistados fueron procesados y encarcelados antes del cambio de milenio –por ejemplo el Hermosillo y Chava estuvieron cuatro y dos años en prisión en los ochenta y noventa, respectivamente, por delitos de narcotráfico– la mayor parte de ellos fueron sentenciados después del año 2000, es decir, en una época de fronteras hiperreforzadas. Pasar por un proceso de detención y posterior encarcelamiento, durante un periodo de reforzamiento fronterizo y control migratorio, tuvo consecuencias en las vidas de los entrevistados que se pueden analizar en tres ejes: legales, sociales y móviles. En primer lugar, implicó una ruptura definitiva de las posibilidades de regularización del estatus migratorio. En segunda instancia, devino en un deterioro de vínculos familiares y socioafectivos, algunos de los cuales se rompieron irreversiblemente.

En tercer lugar, significó un constreñimiento categórico a las posibilidades de movilizarse transfronterizamente.

### **3.5.1 Ruptura de posibilidades de regularización: remoción por delitos mayores**

Haber sido procesados por un delito criminal o mayor representó una ruptura definitiva para las posibilidades de regularización de aquellos entrevistados que tuvieron dicha oportunidad. La interpretación del impacto que ello tuvo en el proceso de precarización – que en última instancia los llevó a vivir a las calles de la ciudad– debe hacerse de manera compleja en alusión y diálogo con los hallazgos de otras investigaciones que basan argumentos de atrapamiento fronterizo en el hecho estadístico de que la mayoría de los eventos de deportación en los últimos años en la ciudad de Tijuana deviene de un delito menor.<sup>46</sup>

Acompañando al endurecimiento de las políticas de control migratorio a partir del año 2002, se constató un cambio de perfil en los migrantes deportados en donde, en términos generales, se detectó la tendencia de que un grupo poblacional ya asentado en Estados Unidos y predominantemente masculino, algunos de ellos incluso con estatus migratorio legal, estaba siendo expulsado con restricciones para retornar, lo que implicaba la ruptura de proyectos de vida en Estados Unidos así como la ruptura de cualquier posibilidad de regularización.

Entre los años 2000-2005 y los años 2006-2010, hay una diferencia notable en el porcentaje de persecuciones federales de delitos con carácter migratorio<sup>47</sup>. En la primera mitad de la década estos variaron en un rango entre 17 y 30 por ciento, mientras que en la segunda mitad ascendieron a más del 50%. Esta diferencia se ha explicado debido a la implementación de la Operación Streamline en 2005, que era una estrategia de cero tolerancia ante la migración indocumentada, siendo indistinto si el delito cometido era menor o grave, encarcelando y acusando criminalmente a nivel federal a quien cruce la frontera de manera clandestina. Bajo esta operación, el delito de quienes eran capturados por primera vez cruzando ilegalmente se clasificaba como ‘delito menor’

---

<sup>46</sup> No quiero decir que las conclusiones de estos trabajos sean incorrectas –de hecho, las narrativas analizadas corroboran muchos de los argumentos– sino que estamos en posibilidad de evaluar no solo deportaciones por delito menor, sino las implicaciones de haber estado involucrados en actividades ilícitas y criminales del lado americano, haber sido deportados por ello y la relación que ello tiene con estar viviendo ahora en las calles de Tijuana

<sup>47</sup> Detenciones que conllevan un proceso de deportación.

(‘misdemeanor’), y se sentenciaba a seis meses. A diferencia de aquel migrante deportado que hubiera sido detenido reingresando (‘re-entry’) se le acusaba de ‘delito federal agravado’ (felony) con una sentencia de mínimo dos años dependiendo si el acusado tenía antecedentes criminales (Castañeda, 2012). En ese sentido, la Operación Streamline representaba la aplicación estricta de las leyes AEDPA y la IIRIRA promulgadas una década antes.

Quizá el programa restriccionista que más efecto ha tenido en elevar número de deportaciones es el conocido ‘Comunidades Seguras’ propuesto en la ley como ‘Plan Integral para Remover Extranjeros Criminales’. El programa Comunidades Seguras, implementado en 2008 y que supone una derrota para los intentos de impulsar una reforma migratoria por parte de Bush y Obama y una victoria del lobby restriccionista, conformado por grupos de derecha como el Tea Party, surge en la coyuntura de la nueva preocupación por resguardar la seguridad nacional en contra del terrorismo desde las fronteras<sup>48</sup>. Dicho programa constituyó un esfuerzo por identificar a extranjeros condenados por delito que puedan ser deportables, permitiendo a las autoridades locales y estatales revisar las huellas digitales de personas detenidas al interior del país con las bases de datos de migración. Según la revisión que ha hecho Holland (2014), el 55% de los deportados bajo este programa no tenían registros criminales más allá de las violaciones migratorias (26%) o habían sido detenidos por crímenes menores con sentencias de menos de un año, los así llamados criminales Nivel 3 (29%). Mientras que el 19% eran criminales Nivel 2 (sentenciados por robo, fraude u ofensas menores relacionadas a las drogas) y el 26% de Nivel 1 (crímenes violentos o involucramiento en organizaciones de tráfico de droga). Por otro lado, se observó que el programa Comunidades Seguras impactó desproporcionadamente a la comunidad latina, pues el 93% de los identificados para ser deportados eran migrantes provenientes de países latinoamericanos (Holland, 2014). Como veremos más adelante, estas deportaciones masivas acarrearán altos costos, pues con los cambios en la legislación migratoria los migrantes podían ser retenidos por meses sin asesoría legal y teniendo que dejar atrás vínculos familiares y socioafectivos.

---

<sup>48</sup> Como dice Andreas (2009), la nueva misión prioritaria de las agencias encargadas del control fronterizo era el combate contra el terrorismo.

A partir de los datos de la Oficina de Estadísticas del Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos, se ha señalado que el 75 por ciento de no ciudadanos expulsados de 2006 a 2011 han sido mexicanos y que de 2009 a 2016 los eventos de expulsiones de *returns* –conocidos como la salida voluntaria que no lleva un juicio de deportación– han disminuido y, en cambio, han aumentado los *removals* –expulsión que procede de órdenes de deportación con consecuencias penales si se intenta ingresar de nuevo de manera no autorizada– (Pérez Duperou, 2014). A pesar de que hay investigaciones (Alarcón y Becerra, 2012)<sup>49</sup> que concluyen que la mayoría de estas remociones provienen de delitos menores, muchos de los informantes observados en campo narraron haber sido procesados por delitos mayores –involucramiento en redes del narcotráfico (Pelón, Manitas, Guanajuato, Hermosillo, Chava), cruce de migrantes indocumentados (Don Ángel, Chinolas), o agresiones con arma mortal (Chilango)–. El hecho de que la mayoría de los entrevistados que viven en la calle hayan sido removidos por delitos mayores constituye un dato para argumentar que éste es uno de los posibles factores que operan no sólo en la llegada a las calles de la ciudad sino también en la estadía en las mismas.

Uno de los entrevistados que mayor posibilidades tenía de regularizar su situación pues vivía desde el año de nacido en California fue el Pelón quien, al preguntarle si adquirió la nacionalidad norteamericana, contestó con la mirada gacha “todavía no. Me faltaba poquito, estaba emigrado y apenas me los iban a arreglar y perdí todo por esta situación.” (Pelón, entrevista, 2016). La situación a la que alude es haber sido detenido involucrado con grupos de narcotraficantes en California y posteriormente sentenciado a seis años de prisión. Situación similar atravesó Don Ángel quien estuvo nueve años en prisión a lo largo de tres periodos, por ser detenido reincidiendo en las actividades de ‘pollero’. El caso del Chava quien tenía una situación migratoria regular, perdió los derechos a adquirir la ciudadanía a partir de inmiscuirse en el trasiego de drogas gracias al beneficio que le daba estar haciendo su servicio militar en Estados Unidos.

Como se mencionó, los esfuerzos cuantitativos que se han llevado a cabo para dimensionar y caracterizar el impacto que tiene la deportación o el retorno forzado han

---

<sup>49</sup> Estos autores han documentado que si bien el DHS argumentó que deportaron a una gran cantidad de mexicanos criminales de Estados Unidos, la mayoría de éstos fueron expulsados por delitos menores.

concluido que a partir del cambio de milenio, por un lado, la mayoría de migrantes expulsados de Estados Unidos fueron devueltos por delitos menores (Alarcon y Becerra, 2012) y, por otro lado, que el perfil de los migrantes deportados cambió (Velasco y Coubes, et. al., 2013; Velasco y Albicker, 2014; Odgers y Campos, 2014) en donde ahora se expulsaba a personas que ya tenían un proyecto de vida conformado en Estados Unidos. Si bien, en muchas de las narrativas de indigentes entrevistados la segunda conclusión es certera –como veremos en el siguiente acápite–, no lo es tanto para la primera ya que muchos de los interlocutores en campo fueron deportados a causa de un delito mayor.

De manera que, si bien la explicación que se ha dado desde la literatura especializada es que aquellos expulsados por delitos menores son mayoría y a partir de consideraciones estadísticas se han sacado conclusiones sobre la incertidumbre y la vulnerabilidad por la que se atraviesa cuando son retornados, aquí estamos en posibilidades de sopesar cualitativamente – a partir de conocer las historias en campo– el peso que tiene la remoción, a través de un juicio de deportación debido a la comisión de delitos mayores, como uno de los factores que estimula la vida callejera en Tijuana. En pocas palabras, ser deportados por la comisión de un delito mayor aumentó de manera considerable el grado de precariedad de estas personas cuando llegaron a Tijuana. Esto fue así, porque, como se verá, la comisión de dichos delitos los involucró en un ciclo de consumo de drogas, encarcelamiento y desvinculación de lazos familiares y afectivos.

### **3.5.2 Ruptura familiar y de proyectos de vida en Estados Unidos: encarcelamiento y consumo de drogas**

En los últimos años se ha detectado un cambio de perfil del migrante deportado. En poco tiempo el porcentaje de expulsados que tenían al menos un año de residencia en Estados Unidos aumento casi al 50% en el año de 2011, en donde un 87% de deportados eran hombres y casi el 70% cónyuges o jefes de familia. Esto quería decir que la tendencia en el incremento de deportaciones de migrantes hombres con mayor estadía en Estados Unidos implicaba la ruptura de proyectos de vida en Estados Unidos, es decir, “las deportaciones de Estados Unidos a México están provocando separaciones familiares y, específicamente, la separación de los padres del ámbito doméstico, lo cual provoca la

ruptura de proyectos individuales y familiares, y termina con la posibilidad de integración al país de residencia de los demás miembros de la familia” (Velasco y Albicker, 2013: 6).

La experiencia narrada del Chilango encarna y le otorga consistencia a la frialdad de las estadísticas presentadas, “ellos [los norteamericanos] piensan que ya pagué mi deuda con la sociedad ¿verdad?, pero no, porque me deportaron y yo sigo haciendo tiempo, porque me quitaron a mi familia, me separaron de mi familia, y no soy la única, sabes cuántas familias separan estos ojetes, en una separación a veces pierde el hombre y a veces pierde la mujer, pero siempre pierden los hijos, siempre, siempre” (Chilango, entrevista, 2016).

Si bien el retorno forzado impactó en la ruptura de proyectos de vida familiares que se estaban llevando a cabo del lado norte de la frontera –como en el testimonio mostrado–, el análisis de las narrativas revela que hubo otros factores involucrados en la disolución de vínculos familiares (y que tienen que ver con la comisión de delitos mayores), como el encarcelamiento debido al involucramiento en actividades ilícitas o el consumo de drogas. Habría que advertir que este quiebre de enlaces socioafectivos no se llevó a cabo súbitamente, sino que se dio de manera paulatina, en diferentes grados – algunas veces sólo fueron separaciones temporales, aunque en muchos de los casos fueron definitivas, lo que tiene un peso muy importante en el proceso de salir o quedarse en las calles– y algunas de las veces también se llevaron a cabo de manera autoinfringida –en donde sentimientos como la vergüenza o la rebeldía fueron ubicados como aspectos afectivos del mantenimiento de la ruptura familiar–. También habría que añadir, por último, que no es que uno sólo de los factores provocara la ruptura familiar sino que en ocasiones fue una combinación de estos factores en donde uno de ellos predominó sobre el otro.

Como hemos dicho en el primer apartado del capítulo, algunas de estas personas rompieron vínculos con padres y hermanos desde pequeños. Ahora bien, como las estadísticas corroboran, ya estando en lado norteamericano de la frontera algunos de ellos generaron proyectos de vida en donde conformaron nuevos vínculos familiares con cónyuges e hijos. Pero además de la deportación hubo otros factores asociados a la comisión de delitos mayores que también operaron en la fragmentación de estas relaciones primarias.



Durante la aproximación etnográfica no fueron pocos los ahora indigentes que en conversaciones cotidianas y a pregunta expresa de por qué se separaron de sus parejas o hijos contestaron que fue la entrada a la cárcel la situación que los hizo ‘perder’ a una familia. Es decir, para algunos indigentes en la ciudad de Tijuana, el encarcelamiento fue el factor dominante que, en combinación con otros aspectos, desencadenó la separación familiar. Quienes pasaron largas temporadas en la cárcel fueron los más afectados por este factor. Guanajuato (17 años) Don Ángel (9 años), Pelón (6 años), Manitas (5 años) y Hermosillo (5 años), refirieron que, si bien tenían comunicación con sus parejas o hermanos cuando estaban en prisión, mientras más tiempo pasaba, las visitas fueron cada vez menos frecuentes. Después de ser deportados, algunos se involucraron en el consumo de drogas y dejaron de ver a su familia. Algunos de ellos, incluso, reportaron que dejaron de buscar a sus parientes por la ‘vergüenza’ que les ocasionaba que los vieran en esa situación.

Así, otra respuesta común que tanto en las conversaciones cotidianas como en las narrativas biográficas surgió en relación a la ruptura familiar tiene que ver con el consumo de drogas. Es decir, las familias comenzaron a desentenderse de ellos debido a la adicción a las mismas en que se involucraron. El Solín comenta que tuvo una pareja con la cual engendraron un hijo pero que “a causa de la vagancia los perdí” (Solín, entrevista, 2016). Al pedirle que platicara sobre la vagancia comentó que el mismo consumo de drogas lo orilló a buscarlas en las calles y posteriormente dejó de asistir a su casa por días, incluso quedándose del lado mexicano cuando lo devolvían los agentes migratorios. El Pelón, por su parte, después de estar en la cárcel seis años, volvió a cruzar, se emparejó y tuvo dos hijos en California. Sin embargo, no se quedó en Los Ángeles, iba y venía a México, rentando un cuarto en Tijuana, donde su esposa lo visitaba. En fechas posteriores, su esposa peleó por limitarle la convivencia con sus hijos cuando observó que pasaban meses que no vivía en su cuarto por estar involucrado en el narcomenudeo, de manera que se separaron, “ella venía pa acá, ya no me dejaba mirar a la niña y el niño, y ya comenzó la tomadera, comenzó el vicio, el vicio lo tengo muy prendido como otra gente” (Pelón, entrevista, 2016).

El tema de las drogas se coloca como lo que ellos describen es un “circulo vicioso” en relación con su familia, pues mientras estas sustancias han sido uno de los

motivos por el que las familias los ‘sueltan’ y dejan de interesarse en ellos, muchas veces buscan en ella el refugio socioafectivo que ya no tienen con sus familias, lo que será señalado ampliamente en el capítulo 5. De manera que encuentran en las drogas una solución expedita ante la ruptura familiar “se te quitan los sentimientos, bueno, no se te quitan, se te adormecen un rato y es más fácil” (Chilango, entrevista, 2016); y aunque saben que es momentánea prefieren tenerla para salir al paso y poder atender las necesidades primarias como el hambre o el refugio.

Junto a esta combinación de factores –la deportación, el paso por la cárcel y el consumo de drogas– se observa también una forma de alejamiento de sus familias que es autoinfringida. Este alejamiento por decisión propia tiene que ver con la desvalorización que hacen de sus propias situaciones de vida, de la incorporación de discursos de responsabilidad individual sobre dicha situación y sobre determinados sentimientos de vergüenza –signados por el juicio y estigmatización de otros– que ello les ocasiona. Es decir, hay ocasiones en que ellos mismos han decidido alejarse de su familia ya que ante la experiencia de cárcel o consumo de drogas se avergüenzan de sí mismos y no se consideraban dignos de presentarse a su familia en dichas condiciones sin antes pasar por un proceso de rehabilitación. Esto se abordará extensamente en los capítulos 5 y 6.

Esta situación fue muy evidente cuando se discutió en diálogos colectivos pues la mayoría concordaban en que para atreverse a buscar de nuevo a su familia tenían que proyectar una imagen responsable de su propia persona que, antes que nada, había que incorporar desde un esfuerzo individual.

“es mejor alivianarse pa llegar más o menos con la familia, que no lo vean a uno tan tiradote acá, te digo eso porque tu dices por lo que ha pasado en tu familia (...) la neta no anda uno al cien carburando chido, ¿me entiendes?, y si llega uno allá y de repente en un descuido lo ven y que se queda uno así pa’ todos lados y pos entonces en vez de que les de gusto, pos les da otro corajote. Entonces necesita uno hacer un esfuerzo pa’ que te reciban bien, porque digo, ellos ya te conocen en esa línea, entonces para que ellos no vean que sigues por el mismo lado, necesitas que haya un cambio en ti” (Don Ángel, grupo focal, 2016).

La ruptura familiar autoinfringida tiene que ver también con haber interiorizado un discurso de responsabilidad individual sobre su propia situación, es decir, que éstas personas incorporaron el discurso de que la voluntad propia es lo que los tiene en la calle

y es lo que los hace salir. Lo cual se coloca como una paradoja ya que, como veremos a lo largo de lo que resta del capítulo, parece que no basta la voluntad propia para salir de la calle sino la combinación de agencia, aspectos estructurales y contextuales y las distintas redes socioafectivas involucradas.

En ese sentido, se observó que quienes no pasaron por largos procesos de encarcelamiento y quienes tuvieron a sus familias cerca (es decir, los indigentes de origen “fronterizo”), no rompieron del todo con estos vínculos socioafectivos. El Chava, quien pasó sólo un par de años en los noventa por la cárcel, y el Chinolas, quien no estuvo en prisión, son quienes han tenido a sus padres y hermanos en la ciudad de Tijuana. Si bien, han pasado por etapas difíciles en la relación con ellos, el vínculo quedó sólo maltratado pero con posibilidades de remediarse. Dichas posibilidades tienen que ver con la cercanía y la facilidad con que se pueden buscar a sus familias. Estas personas pueden llegar caminando hasta las casas de sus padres, no tienen familiares que quedaron del otro lado del muro ni lejos en sus pueblos de origen. Y si bien, su proceso de precarización hacia la vida en la calle ha sido intermitente y paulatino, como veremos más adelante, son quienes tienen las posibilidades más claras para salir de la calle debido a la persistencia de estos vínculos familiares.

### **3.5.3 Encarcelamiento, desgaste de vínculos y deportación: retorno en solitario**

Esta etapa, signada por un bloqueo a las posibilidades de moverse transfronterizamente, implicó un grado extremo en el desgaste de condiciones sociales, legales, contextuales e individuales para el sostenimiento digno de la vida de estas personas. Pasar un largo proceso carcelario puede evaluarse como uno de los factores que precarizaron la vida de los actuales indigentes en el sentido de que activa un proceso de desgaste de los vínculos socioafectivos y las redes de cuidado que pudieran tener una vez retornados a México – además que, aunado a ello, vino una pérdida de medios legales para formalizar su situación migratoria y una consecuente expulsión del país–.

### **3.6 De la deportación al atrapamiento en la frontera: políticas migratorias, consumo de drogas y violencia**

A lo largo de las experiencias narradas de los indigentes que ahora viven en las calles de la ciudad he podido observar cómo es que muchos de ellos lograron cruzar la frontera

México-Estados Unidos una multiplicidad de veces después de haber sido devueltos otras tantas. También cómo es que en tanto se iba reforzando el aparato fronterizo y las políticas migratorias, las técnicas y espacios de cruce se iban diversificando y colocando el componente clandestino en el centro de sus prácticas.

Una de las principales consecuencias que ha tenido el levantamiento de muros en la frontera de Tijuana ha sido la diversificación de lugares de cruce (Slack y Whiteford, 2011). Ello ha colaborado a reducir los números de cruces por la ciudad de Tijuana (EMIF, 2014) y, como algunos testimonios lo relatan, empezaron a intentar cruzar por otros lados menos vigilados pero más riesgosos como el desierto de Sonora “ya las últimas cruzadas (...) me dijo un camarada, ‘vámonos por Sonoita, allá por Sonora, allá vamos a estar campeando’, puras mentiras, dormimos en el suelo. Una vez nos perdimos, veinte días, duramos veinte días pa andar cruzando, veinte días en el desierto.” (Pelón, entrevista, 2016).

Sin embargo, hubo un momento alrededor del comienzo del milenio en que estas personas decidieron no volver a intentar un cruce clandestino. Esta situación ha sido observada como una dinámica de ‘atrapamiento’ desde la literatura especializada (Odgers y Campos, 2014, Velasco y Albicker, 2016; Nuñez y Heyman, 2007) y, en el caso de los informantes de esta investigación, implica consecuencias en la reorientación de sus expectativas y capacidades de acción hacia la vida en esta ciudad fronteriza. De esta manera, en este apartado se analizan cuáles fueron los factores –tanto estructurales como aquellos orientados individualmente– que se sopesaron en su Conversación Interna para la decisión de dejar de intentar cruzar hacia Estados Unidos.

Se encontraron tres tipos de factores que estructuraron la disposición de los informantes de no volver a cruzar: en primer lugar, el temor de volver a ser encarcelado ante el endurecimiento de la legislación migratoria; en segundo lugar, el consumo de estupefacientes vinculado a la fácil accesibilidad debido a una reconfiguración del mercado local de las drogas y; en tercer lugar, el riesgo que implicó la consolidación del control de cruce clandestino por parte de las organizaciones criminales vinculadas al narcotráfico y la exacerbación de la violencia en los últimos años de Tijuana.

### 3.6.1 Políticas migratorias, miedo y atrapamiento. “El cerco sí te paniquea”

Las políticas migratorias se endurecieron de tal manera –políticas de cero tolerancia y facultades amplias de retención y deportación hacia policías locales– que la reincidencia en el cruce clandestino después de un juicio de deportación involucraba varios años de condena carcelaria. En la experiencia de los interlocutores en campo, la detención, el encarcelamiento y la deportación impusieron restricciones ante un eventual retorno no autorizado. En tanto se incrementaban las sanciones, según la experiencia de cruce y de detención, también se generaron procesos reflexivos en estas personas que evaluaban las consecuencias de arriesgarse a cruzar la frontera en estas condiciones. Después de cumplir dos años de condena, en el año 2008 detuvieron al Chilango “dos veces y me dieron seis meses por ‘re-entry’ cada vez, entonces me dice el juez que si me agarran otra vez me van a dar dos años, entonces dos años y dos de seis meses, son tres y si me agarran otra vez son cinco” (Chilango, entrevista, 2016). A partir de reflexionar y calcular cuantos años podría pasar en la cárcel si vuelve a cruzar es que ha decidido no volver a intentarlo.

Por su parte, a partir del 2005, Don Ángel fue procesado tres veces a prisión por haber sido detenido guiando y cruzando migrantes de manera ilegal, la primera vez con una sanción de veinticuatro meses, la segunda con una condena de dieciocho y la tercera vez fue recluido durante cincuenta meses. Don Ángel comenta que su experiencia de vida en la cárcel fue muy dura pues había muchos conflictos entre pandillas y no había manera de que ningún prisionero se coloque fuera de ese círculo. Don Ángel salió de la cárcel en 2012 y enseguida lo deportaron para Tijuana. Desde ese momento no ha vuelto a cruzar. Conversando sobre posibles nuevos intento de cruce, comentó que prefiere desistir de dichas tentativas por temor a que le otorguen una sanción tan ejemplar y que ahí dentro se prolongue por más tiempo del otorgado por el juez.

“La bronca está al cruzar el cerco pa’ allá, en una que nos agarren, lo pasan a uno a tocar piano [identificación dactilar] y pues va pa’ adentro [a la prisión] y pues si fueran unos cuantos meses, sí, no hay bronca, 6 o 7 meses, pero ya cuando ya tiene uno número [cuando tiene antecedentes penales], ya no se puede uno dar ese lujo de estar yendo y viniendo, que lo agarren una o dos veces, ya no se arma, por eso es que no conviene, así como yo, en mi caso, no puedo aventarme nomás así a lo loco, tengo que pensar primero lo que voy a hacer, porque está muy cabrón estar torcido; mucha política, mucha bronca allá adentro [en la prisión]. Hasta puede uno, si se involucra mucho, se puede

quedar uno ahí, haciendo tiempo de por vida, porque pues hay casos, cuando hay bronca tienen que atorarlo a uno bien feo.” (Don Ángel, grupo focal, 2016)

Así, ante la reincidencia en el cruce y la detención, los ahora indigentes fueron incorporando emocionalmente estas penalizaciones y sus narrativas se expresan en la forma de determinadas sensaciones y emociones vinculadas al miedo que les produce volver a cruzar, ser detenido e incrementar el tiempo que puedan pasar en prisión.

“Ya no [ha intentado cruzar], tengo miedo, es mucho tiempo el que me dan, si me agarran otra vez son 10 años, tengo que cumplir el probation [condicionamiento], me dieron dos años, no sé cuántos años me dieron, no he investigado todavía, pero son como 5 años que me dieron, llevo apenas dos...” (Pelón, entrevista, 2016)

“llega uno y ve el cerco y mientras estás de este lado pues no se siente nada pero cuando cae uno de aquél lado del cerco se siente una sensación bien gacha en las piernas, como que se le quieren aguar a uno, como el miedo, no se, yo tengo mucho tiempo brincando pero siempre que estoy pisando terreno gabacho, siento así como miedo, no se, y estando aquí, pues no siento, normal, pero estando allá, yo pienso que es por las broncas que uno trae, en una que lo aperinguen [detengan] ya no la vuelve a ver uno hasta dentro de tiempo para volver a pisar las calles y entonces por eso pienso yo que siente uno el miedillo. Antes cuando yo empecé a entrar, no sentía miedo yo, cuando todavía no había cerco, nos metíamos así nomás, a veces por aquí, a veces por la Mesa de Otay, muy a gusto, como que *el cerco sí te paniquea* y más que no se puede uno echar pa’ atrás y tiene uno que pensarla para llegarle por ese lado.” (Don Ángel, grupo focal, 2016).

El muro fronterizo, entonces, se convierte para estas personas en un indicador del peso que tiene el aparato estatal para detener las moviidades transfronterizas de estas personas. Que “el cerco sí te paniquea” es un recordatorio constante de que hay una estructura estatal que está desplegando grandes sumas de recursos y de fuerzas para detener y repeler la presencia de personas como ellos en Estados Unidos. Los esfuerzos de más de veinticinco años de levantar barricadas en la frontera (Nevins y Dunn, 2008) y de extenderlas al interior –como el caso del programa Comunidades Seguras o la Operación Streamline– ha logrado infundir temor en estas personas. Todo lo cual ha tenido como corolario la sensación de acorralamiento y la posterior apropiación de las calles de los linderos nacionales “ahora ya no, ahora cayendo de aquel lado no hay escapatoria. Así es que, aquí estamos bien” (Don Ángel, grupo focal, 2016).

### **3.6.2 La reconfiguración del mercado local de drogas y el reforzamiento de la frontera**

Los esfuerzos para reforzar la frontera no solo se hicieron en el ámbito migratorio sino que se conjuntaron con el combate antinarcoóticos lo que reconfiguró el mercado local de distribución de drogas, de manera que las dosis se hicieron más accesibles para su consumo por parte de estas poblaciones.

El reforzamiento de la frontera también ha estado en función de la larga lucha contra el trasiego de drogas ilegales a Estados Unidos. Fue Nixon quien comenzó a hacer públicamente declaraciones sobre ‘luchar contra las drogas’, creando la DEA y diversas operaciones antidrogas que impactaron en México, como la Operación Cóndor. Sin embargo, fue el presidente Reagan quien firmó la Decisión Directiva de Seguridad Nacional que designaba el tráfico de drogas desde México como una amenaza para la seguridad del país, declarando en 1989 oficialmente una ‘guerra contra las drogas’ (Dunn, 1996). Como mencionamos, aquí se comenzaron a vincular los esfuerzos por controlar tanto el flujo de drogas como el de migrantes a través de la frontera México-Estados Unidos. De igual manera, esto abrió la puerta a la participación militar en las operaciones de reforzamiento fronterizo que se incrementarían después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 (Akers, 2010).

Los esfuerzos binacionales para el combate contra las drogas se resintieron de manera particular en la región fronteriza, pues mientras los Estados Unidos integraban funciones de seguridad en los límites sur de su territorio –como el levantamiento de muros, la vigilancia por parte de la patrulla fronteriza y sus tareas integradas que combatían lo mismo migración indocumentada, como narcotráfico y terrorismo– en México se declaró una guerra frontal que generó luchas intestinas en los grupos del narcotráfico al ser descabezados por el gobierno federal. Las disputas internas por el control de la distribución de las drogas, cuya producción al interior del país aumentó en estas mismas décadas (INCB, 2008), se liaron con la enorme dificultad que ahora implicaba cruzarlas hacia Estados Unidos.

A la par, en tanto los consumidores estadounidenses han mantenido vivo el mercado de las drogas ilegales proveídas por el narco mexicano, estas organizaciones pasaron de ser de distribuidores en los años noventa a ser productores de las mismas en las últimas décadas (Cuamea, 2017). Según la Junta Internacional de Fiscalización de

Estupefacientes (INCB por sus siglas en inglés), “el abuso de drogas, que solía limitarse a determinadas zonas de México, se está extendiendo por todo el país, fenómeno que se puede atribuir en parte al efecto indirecto del narcotráfico y a los intentos de las organizaciones de narcotraficantes de crear mercados locales” (INCB, 2009: 73).

Ahora bien, según varias investigaciones (González Reyes, 2011; Brouwer et. al 2006; Velasco y Contreras, 2011) en las décadas alrededor del cambio de siglo se definió un patrón espacial en el consumo de drogas donde el norte del país presentaba las tasas de consumo más altas. Dentro de dicha región, las zonas de tráfico, es decir, las diversas ciudades en la franja fronteriza, eran las de mayor consumo. Tijuana y Ciudad Juárez se colocaron como la primera y segunda ciudad con mayores tasas de consumo en el país, triplicando (alrededor de 15%) y duplicando (alrededor del 10%) respectivamente la tasa promedio nacional (5.7%).

Así, aunado a la dificultad de cruzar la droga, investigaciones han elaborado sobre cómo en la primera década del siglo XXI los cargamentos de cocaína y metanfetaminas descendieron radicalmente en Estados Unidos (Velasco y Contreras, 2011), de lo que se deduce que dicha droga tenía que ser recolocada en un mercado local en las áreas de cruce como Tijuana y Ciudad Juárez. De manera que en tanto el uso de drogas aumentó en las fronteras y los conflictos internos entre bandas de narcos aumentaron, la distribución minorista en las fronteras dejó de ser una empresa de pequeña escala para ser absorbida por los grandes cárteles de las drogas, “las ventas al menudeo en Tijuana ahora están también bajo el control de los grandes cárteles, con vendedores de droga pagándoles ‘protección’. Estas redes basan sus operaciones en la fábrica social de la ciudad –en barrios pobres, bajo la protección de bandas locales, y con la complicidad frecuente de la policía.” (Velasco y Contreras, 2011: 68).

A pesar de los esfuerzos por combatir el consumo y distribución de drogas y de haber militarizado las calles de la ciudad, en plena ‘guerra contra el narco’ del presidente Calderón, se evaluó la existencia de “más de 4 mil *narcotienditas*” coludidas con la policía (Garduño, 2009:8). El negocio de las drogas, reconfigurado hacia el mercado local, facilitó económicamente el acceso a micro dosis, sobre todo de metanfetaminas, en las regiones fronterizas.



Ahora bien, varios de los indigentes comenzaron a consumir drogas mucho tiempo antes de llegar a vivir a las calles. Una mirada a través de las biografías de algunos entrevistados, manifiesta que muchos de ellos comenzaron el consumo de drogas en Estados Unidos. Esta situación denota que iniciar o atravesar por una etapa de consumo de enervantes del lado americano de la frontera es uno de los factores que operan en el proceso de precarización transfronterizo que viven estas personas. Así algunos, como el Manitas, comentaron que las redes en las que se insertaban en Estados Unidos estaban en contacto directo con el mundo de las drogas “tomaba cuando estaba ahí en Santa Ana, nomás tomaba, y el tercer hermano (...) vivía en Salinas y cuando bajó a Santa Ana, por él, bueno no por él, él ya traía el vicio ese y yo de curioso pos a ver qué ondas y sí, sí me agradó, ahí empecé, ahí.” (Manitas, entrevista, 2016). Quienes conocieron las drogas del lado americano de la frontera –a diferencia de los que lo hicieron del lado mexicano– relataron haber atravesado por un proceso paulatino de drogas ‘blandas’ hacia drogas ‘fuertes’, “empecé como todos, con la mariguana, y luego la cocaína, y luego conocí el cristal<sup>50</sup>” (Chilango, entrevista, 2016).

Los interlocutores que comenzaron a usar drogas del lado mexicano de la frontera lo hicieron directamente con anfetaminas y ‘drogas duras’, en lugar de comenzar con mariguana o cocaína. “Cristal, directito al cristal (...) lo conocí porque los concuños que tenía en ese momento que ahorita ya todos fallecieron, pues unos traficaban otros andaban en esto y me regalaron droga (...) y ahí empezamos” (Pelón, entrevista, 2016). Esto tiene sentido en tanto, como mencionamos, el acceso a las micro dosis de anfetaminas se hizo muy accesible en las primeras décadas del siglo XXI, a partir del combate reforzado contra las drogas y la reconfiguración del mercado ilegal de enervantes.

El proceso de precarización transfronterizo relacionado al consumo de drogas no solo tiene que ver con haber empezado a consumir drogas del lado americano sino también, como otros tantos lo hicieron, del lado mexicano. Dicho proceso es transfronterizo en tanto las políticas de reforzamiento estructural de la frontera reconfiguraron un mercado local de drogas e hicieron que las dosis fueran más accesibles para personas que habitan las calles de la ciudad.

---

<sup>50</sup> Clorhidrato de Metanfetamina.

Algunos de los ahora indigentes manifestaron que una de las razones por las que están ‘atrapados’ o ‘estancados’ en las calles de Tijuana tiene que ver con el fácil acceso al consumo de drogas, lo cual los puede ‘alivianar’ si tienen hambre o ‘algún dolor’, “es más fácil conseguir pinches cincuenta pesos, comprarte un globo [de cristal meth] y se te quita el hambre, se te quita el frío, se te quitan los sentimientos, bueno, no se te quitan, se te adormecen un rato y es más fácil. Con 50 varos, no voy a comer, no voy a encontrar un lugar donde dormir” (Chilango, entrevista, 2016). Podemos observar con este ejemplo, que las poblaciones callejeras usuarias de drogas se mantienen atrapadas en la calle por un sentido de urgencia que los permea, una matriz de prácticas y significados limitada a sus urgencias y necesidades cotidianas.<sup>51</sup> Es, de alguna manera, una forma en la que ellos se mantienen luchando para sobrevivir en las calles, una forma de orientar hacia el presente los resultados de su Conversación Interna; sin embargo, es también un indicativo de que son procesos corporales, más que reflexivos, los que orientan el curso de acción cuando se internan con drogas en el proceso de precarización en las calles de la ciudad.

Por lo anterior, el mantenimiento de la vida en la calle por el consumo de drogas se relaciona con un proceso transfronterizo de uso, consumo y reordenamiento de la distribución de drogas a partir del reforzamiento de la frontera. Sin embargo, como puede observarse, el uso de drogas está permeado por un sentido de urgencia que los ayuda a resolver necesidades cotidianas. Esta situación, cruzada con la carencia de redes socioafectivas, ayuda a entender que un factor del atrapamiento en Tijuana también tiene que ver con este proceso de reestructuración en torno al consumo de drogas en la frontera.

### **3.6.3 Violencia y atrapamientos fronterizos**

En el presente siglo, los líderes del contrabando de migrantes se han aliado con los narcotraficantes y controlan tanto los flujos humanos como los flujos de enervantes en las zonas fronterizas. “Existe evidencia que sugiere que la guerra contra las drogas ha tenido un serio impacto en la rentabilidad del tráfico de esta mercancía y esto ha provocado que los cárteles diversifiquen sus actividades para reponer los ingresos perdidos, incursionando en asaltos y secuestros” (Slack y Whiteford, 2011: 93). Este efecto

---

<sup>51</sup> Como lo veremos en otro capítulo, no es que estas personas estén completamente sujetas a lo que las drogas hacen de ellos y que son las que los mantienen en la calle, en el fondo hay una decisión, tomada desde un sentido de urgencia, que oriente la agencia temporalmente hacia el presente.

colateral de la guerra contra las drogas ha impactado en la vulnerabilidad de los indigentes, el Manitas lo declaró de manera directa al comentar que se involucró con el grupo armado Los Zetas en la frontera noreste cuando fue deportado por Nuevo Laredo. Ahí no sólo se dedicó a vigilar que nadie impidiera el trasiego de drogas sino que también cobraba dinero a aquellos quienes serían los guías para los migrantes que querían cruzar.

La violencia desatada por la lucha contra el narcotráfico en México también llegó hacia los nuevos espacios de cruces clandestinos, lo que hacía más peligrosos los intentos de ir al otro lado. Miembros de grupos del narcotráfico tenían presencia en zonas de cruce de migrantes. Esta situación tuvo repercusiones para decidir la orientación de la acción en estas personas. Es decir, fueron elementos provocados por procesos mesoestructurales que estuvieron en diálogo reflexivo y fueron sopesadas por estas personas, y se manifiestan en una serie de temores y emociones.

La vulnerabilidad de estas personas no se extingue cuando regresan a territorio mexicano, donde, hipotéticamente, debieron dejar de sentirse vulnerables, al contrario, no tener identificación e involucrarse en el fuego cruzado de la guerra contra las drogas entre policías y narcos, aumentó su sensación de vulnerabilidad. Esta sensación, incrementada gracias al cruce de la violencia contra el narcotráfico y la vigilancia extrema por parte de la patrulla fronteriza, generó dos situaciones en los relatos recabados en campo: por un lado, impulsó a estas personas a involucrarse en el trasiego de drogas como ‘burrero’ como una opción para subsistir, y por otro lado, creó un ‘miedo’ de ser secuestrado y lastimado por parte de estas organizaciones, lo que en última instancia colaboró en la decisión de quedarse en la ciudad de Tijuana.

Slack y Whiteford encontraron que los migrantes que se involucraron en el sistema de violencia en la frontera argumentaron que tomaron dicha decisión para contrarrestar los efectos estructurales (cerramiento de las fronteras y guerra contra el narco) y mitigar la vulnerabilidad y marginación en que esta situación los colocaba. El Pelón y el Guanajuato testimoniaron que se introdujeron al negocio de ‘burrar’ para tener solvencia económica ya que los habían deportado a México y eran las únicas redes que conocían.

Por otro lado, el temor a ser secuestrado o ‘levantado’ por las bandas criminales que ahora controlaban el paso de la frontera se hizo evidente en el testimonio del Solín,

“pero ya no me gustó por los peligros que empecé a pasar, asaltantes, cascabeles, perderme allá y quedarme yo sólo en las montañas. Bueno hasta ahí todo estaba bien, no era tanto el susto, sino cuando empecé a escuchar rumores de secuestros y compañeros míos y conocidos que bajaban o llegaban asustados de allá del cerro, que los habían secuestrado, entonces ya no quise arriesgar (...) y mejor dejé de intentarle, desde entonces, desde que empecé a escuchar rumores de secuestro ahí mismo, porque eran las áreas donde yo me iba, Tecate, valle redondo, todo eso” (Solín, entrevista, 2016).

Por lo anterior, otra de las causas de quedarse ‘atrapados’ en la frontera tiene que ver con la emergencia de la violencia estructural provocada por el cerramiento de las fronteras, el exacerbamiento de la guerra contra las drogas, las luchas intestinas de las bandas del narcotráfico y la ampliación de sus actividades criminales hacia el control de todo tipo de cruces ilícitos a través de la frontera. La presencia de grupos criminales en los puntos de cruce clandestinos provocó reacciones tan disímiles como la incorporación a sus filas o como el temor a ser secuestrado por estas bandas criminales. En todo caso, ambas situaciones revelan que el impacto de la presencia de la violencia criminal en la frontera ha sido de tal magnitud que ha puesto contra el muro, literalmente, a estas personas que fueron deportadas.

### **3.7 Conclusiones: La acumulación progresiva de la precariedad**

La precarización de los actuales indigentes que habitan en espacios urbanos residuales de Tijuana fue un proceso paulatino que tuvo a la frontera como dispositivo de desgaste de condiciones sociales para el sostenimiento vital. Como dispositivo de gestión y control de movilidades poblacionales, la frontera ha tenido efectos progresivamente precarizantes en la vida de estas personas según se fue reforzando con el paso del tiempo y los intentos de cruce se fueron volviendo cada vez más complicados.

En el ir y venir por la frontera a lo largo de los años en que las políticas estadounidenses fueron reforzándola cada vez más, el proceso de precarización fue acumulándose progresivamente pasando por una diversidad de estatus: de migrante regional a migrante transfronterizo, a migrante indocumentado, a migrante ilegal, a criminal y a migrante deportado. La ecuación queda entonces de la siguiente manera: mientras que estas personas iban y venían por la frontera a través de los años en que ésta se iba reforzando, la precarización vital se iba acumulando progresivamente en tanto se

mermaban las condiciones individuales, sociales, legales y políticas para sostener dignamente su vida.

### **3.7.1 Constelaciones de precarización: rutas hacia las calles**

Establecer una rutina en las calles de la ciudad de Tijuana es producto de una configuración de factores como los relatados a lo largo del capítulo. Ahora bien, es preciso dejar claro que la exacerbación de la precarización en el ir y venir transfronterizo no sucedió con la misma combinación de elementos para todos los entrevistados. Algunos de los factores como encarcelamiento, deportación, consumo de drogas, involucramiento en actividades ilícitas o rupturas familiares son condiciones necesarias, pero no suficientes para transitar a la vida callejera. Algunos son detonantes, pero en tanto no se combinen con otros factores, éstos no llevan *per se* a la calle.

Estos factores se articularon de una manera para unos, pero para otras personas la ruta a la precarización callejera vino con un acomodo distinto de factores y condiciones. Así, en este apartado de conclusiones se articulan las diversas configuraciones de factores que son necesarios para devenir habitante de las calles de Tijuana y se elaboran las diferentes rutas o constelaciones de precarización que hacen que una trayectoria biográfica sea más propensa a ir a la calle que otros. Así, a partir de las narrativas analizadas, elaboro seis de estas rutas en la frontera norte de México con lo que se alude a diversos tipos de inserción en las dinámicas callejeras como forma de vida, según la preeminencia de cada factor.<sup>52</sup> Estas constelaciones, por cierto, se representan en la gráfica 1 como cada una de las líneas que conforman el contorno del vórtice de precarización en la frontera norte de México y se resumen en el cuadro 1 al final de las descripciones siguientes:

#### 1) Constelación de precarización 1: preeminencia de las rupturas familiares

Alude a la configuración donde operan todos los factores, pero el peso de la ruptura familiar es mayor. Aquí importa resaltar el encadenamiento histórico de los factores de precarización. Cuando las rupturas familiares ya existían –provocadas por el

---

<sup>52</sup> Como nota metodológica, es importante mencionar que las constelaciones son una reconstrucción a partir del análisis de las narrativas de los indigentes a los que se entrevistó. Como la muestra fue pequeña y selectiva, con el ánimo de mostrar la diversidad de formas en que se configuran los factores para llegar a la calle se decidió colocar algunos casos en varias de estas constelaciones ya que su testimonio delineaba el peso que determinado factor podía tener para dicha constelación, aunque su caso específico tenga más preeminencia en otra constelación.

involucramiento en actividades ilícitas, encarcelamiento o consumo de drogas–, la deportación generó un contexto donde la situación de indigencia fue la única salida al llegar a Tijuana. Es el caso del Guanajuato, Manitas, Don Ángel y Hermosillo.

#### 2) Constelación de precarización 2: preeminencia de la deportación

En el caso del Solín y el Pelón, el peso de la deportación en tiempos de fronteras ultrarreforzadas fue el factor más importante que provocó una ruptura completa con sus relaciones familiares que dejaron en Estados Unidos. Además, estar atrapados en Tijuana, colaboró en la exacerbación de su consumo de drogas.

#### 3) Constelación de precarización 3: preeminencia en el consumo de drogas

Si bien el consumo de drogas atraviesa todos los casos analizados, en el Pimpón y la Carlota se muestra de manera clara la fuerza que ha tenido cuando el mercado de drogas se hizo más accesible en Tijuana. El análisis de estos dos casos, además, muestra que dicho consumo, aunado a las rupturas familiares, también devino en el involucramiento en actividades ilícitas en Tijuana, lo que colaboró con la llegada a los lugares residuales.

#### 4) Constelación de precarización 4: preeminencia de actividades ilícitas

Las historias del Chava, el Chinolas y Juanito son ilustrativas del peso que tuvo el involucramiento en actividades ilícitas para devenir indigentes. Si bien todos ellos mantienen vigente el vínculo con sus familias, el contacto con mundos criminales los orilló a insertarse en las calles en donde tenían acceso al consumo de drogas. En los casos del Chava y el Juanito, esto devino en encarcelamiento. En los tres se involucró también la deportación.

#### 5) Constelación de precarización 5: preeminencia del encarcelamiento

El Chilango es quien le dio más peso a la vida carcelaria en Estados Unidos como aquello que se encadenó con la deportación, el consumo de drogas, y la posterior ruptura familiar. Haber estado en la cárcel y la amenaza de escalar en la condena si vuelve a ser atrapado cruzando, lo inhibió –como a Don Ángel y otros más– para no volver a intentarlo y, por lo tanto, insertarse en las calles de la ciudad.

#### 6) Constelación de precarización 6: combinaciones distintas

Aquí se alude al hecho de que haya factores que puedan tener más o menos el mismo peso combinados entre sí –lo cual así fue en algunos de los casos presentados–. Esta

constelación es una construcción metodológica para asumir el sesgo de separar analíticamente lo que en lo empírico se observa de manera combinada.

**Cuadro 2 Constelaciones de precarización: rutas hacia las calles**

Rutas hacia las calles	Factor principal	Factor concomitante	Casos
Constelación de precarización 1	Rupturas familiares	Actividades ilícitas Encarcelamiento Consumo de drogas	Guanajuato Manitas Don Ángel Hermosillo
Constelación de precarización 2	Deportación	Rupturas familiares Consumo de drogas	Solín Pelón
Constelación de precarización 3	Consumo de drogas	Rupturas familiares Actividades ilícitas	Pimpón Carlota
Constelación de precarización 4	Actividades ilícitas	Consumo de drogas Encarcelamiento Deportación	Chava Chinolas Juanito
Constelación de precarización 5	Encarcelamiento	Deportación Consumo de drogas Ruptura familiar	Chilango Don Ángel
Constelación de precarización 6	Diversas	Diversas	Diversas

Fuente: Elaboración propia con base en el trabajo de campo (2018)

## **4. La exclusión urbana en Tijuana: prácticas de gestión de las vidas callejeras en la frontera**

### **4.1 Introducción**

El proceso de precarización, al cual nos hemos referido en el capítulo anterior, no termina cuando estas personas se ven imposibilitadas para cruzar de nuevo a Estados Unidos. Estando en la ciudad de Tijuana, donde se supone que habría condiciones ciudadanas para su inserción social, tienen que lidiar con tratos desiguales y diferenciales así como con diferentes etiquetas con las que estas poblaciones son reconocidas, clasificadas, estigmatizadas o subyugadas por diferentes instancias sociales cuando circulan visibles en las calles de la ciudad. Así, para responder a la pregunta sobre cómo se distribuyen cotidianamente los recursos sociales para la sostenibilidad de la vida digna de los indigentes en Tijuana –y, por lo tanto, cómo es que se mantienen a la vez vivos y excluidos– el objetivo de este capítulo es dilucidar los procesos socioculturales a través de los cuales se precarizan, controlan y mantienen las vidas indigentes en Tijuana.

Entendiendo que la vida callejera es algo que se construye y gestiona relacional y simbólicamente, en este capítulo se ahondará en la lógica operativa de distintas fuerzas sociales y políticas que colaboran en el mantenimiento y exclusión de vidas precarias hacia las calles de la ciudad pero que a su vez permiten la circulación de recursos que colaboran en el sostenimiento de las formas de vida callejera. La precarización progresiva de estas personas también se nutre del trato violento y el reconocimiento ignominioso y estigmatizante cuando se hacen presentes en las calles de la ciudad. De igual forma es preciso destacar los vínculos positivos que se logran establecer con instancias sociales a favor de grupos vulnerables, lo que, sin embargo, no alcanza para revertir el peso del estigma que estructura su experiencia vital a lo largo de todos los modelos relación.

A partir del análisis de lo observado en campo y de las narrativas que los indigentes generaron sobre la interacción que distintos sectores sociales establecen con ellos (policías, narcotraficantes, secuestradores, custodios de centros de rehabilitación y personal de casas de asistencia, automovilistas, personal político), se interpretarán las prácticas de relación y reconocimiento en cuestión, lo que hará posible identificar las dinámicas excluyentes como partes del proceso integral de gestión de las vidas indigentes



en Tijuana, lo que, además, tiene como efecto el mantenimiento de un orden determinado en la ciudad en donde estas personas se localizan “fuera” del mismo.

#### **4.1.1 Relacionalidad, estigmatización y violencia en la vida de los indigentes fronterizos**

Plantear una perspectiva relacional (Simmel, 2002; Elias, 1939; Emirbayer, 2009) implica asumir de entrada que la vida callejera es un proceso dinámico y acumulativo de precarización –como se relató en el capítulo anterior– pero que también involucra no sólo a sus actores centrales (indigentes) sino también a aquellos con quienes éstos interactúan. Es decir, el proceso de precarización en las calles implica a diversos actores sociales cuyas acciones tienen efectos recíprocos –indigentes, policías, reclutadores, activistas–.

El contacto entre quienes viven en la calle y otros sectores sociales de la ciudad no se establece de manera homogénea, sino que se pone en operación a través de diferentes procesos dependiendo de la posición ocupada en el campo y estrato social, de los recursos e intereses en la relación y del reconocimiento que se tenga de estas personas –ya sea como desechables, criminales, vulnerables o peligrosos–. Como este acercamiento pretende observar posibilidades y limitaciones de la agencia (Emirbayer y Mische, 1998; Archer, 2007), se parte de las narrativas generadas por las personas que viven en la calle, a partir de sus experiencias de relación con diferentes personas o instancias sociales con las que entran en contacto cotidiano. Así, este capítulo emerge de un planteamiento donde se puedan observar los distintos modelos de relación social que se establecen entre las personas que viven en la calle y otros sectores involucrados en la asistencia, contención, solidaridad, opresión, exclusión y/o mantenimiento de la situación de indigencia.

Dependiendo de las personas con quien se relacionen y los recursos disponibles en la interacción, quienes habitan y circulan por las calles de la ciudad tienen cierta capacidad de actuar con la que negocian su presencia en la ciudad y con la que reaccionan ante las diversas acciones de diferentes sectores sociales. Si bien los recursos y el conocimiento de esquemas culturales para actuar están distribuidos de manera diferenciada –lo que quiere decir también que las agencias sociales están desigualmente cargadas de poder– es necesario profundizar de manera densa en los modelos de relación

en que los indigentes se involucran para conocer los espacios y ámbitos de acción que se tiene desde la vida callejera, según el tipo de relación establecida.

Una dimensión fundamental en la experiencia relacional de estas personas tiene que ver con la representación que se tiene de ellos. Las posibilidades de agencia de los indigentes dentro de los modelos de relación social en los que están involucrados están mediados por el reconocimiento diferenciado que cataliza las orientaciones de la acción hacia distintos rumbos (Taylor, 1995; Snow y Anderson, 2001). Mientras ciertas instancias sociales los observan como seres desechables y ponen en operación una lógica extractiva de su presencia en la ciudad –lo que activa estrategias de invisibilización como formas de agencia– otros los reconocen como seres vulnerables y permiten movilizar recursos de manera transfronteriza con los que pueden subsistir los rigores de la vida callejera.

Colocar el componente del reconocimiento permite observar que en todos los modelos de relación establecidos hay involucrados estigmas, condescendencias, criminalizaciones, extrañamientos, discriminaciones y/o ambivalencias, es decir, componentes ‘culturales’ que operan en modelar los efectos negativos o positivos en la reciprocidad de las relaciones establecidas.

Es en la relación con otros y en las representaciones de alteridad que otros hacen sobre los indigentes –es decir en los diferentes modelos de relación y reconocimiento– donde se ofrecen recursos y herramientas de manera diferenciada para que las personas que viven en la calle orienten su acción y sus prácticas de una u otra manera. Los recursos de los que se echa mano para orientar la acción no son sólo, por lo tanto, sociales sino que también son culturales. Por supuesto, estos recursos socioculturales están desnivelados y por eso el tema del poder es transversal a toda la indagación.

Por último, señalaré que las dinámicas excluyentes, con sus distintas formas de relación y reconocimiento, además de constituir las fuerzas que agudizan el vórtice de precarización, implican un profundo deterioro de la capacidad transformativa de la agencia de estas personas.

#### **4.1.2 Matriz de relaciones y reconocimiento de la indigencia. Contenidos del capítulo**

En este capítulo se analizan relaciones entre actores urbanos y habitantes de la calle, quienes están ubicados en diferentes posiciones del campo social y cuyas acciones tienen

efectos de reciprocidad mutua. Los indigentes entran en contacto con diferentes personas (policías, activistas sociales, automovilistas, comerciantes, narcomenudistas, etcétera) y pueden movilizar (o no) determinados recursos de agencia, debido a los efectos positivos o negativos que la relación tiene para su subsistencia. A estas formas de contacto con efectos recíprocos diferenciados entre actores interdependientes es lo que aquí construyo como modelos de relación y reconocimiento de la indigencia.

El análisis de las relaciones con diversas instancias sociales en la ciudad mostró una diversidad de interacciones, formas de ser representados, recursos que se movilizan y reacciones que los habitantes de calle tienen ante esta multiplicidad de tratos. En estas relaciones hay tanto vínculos negativos que colaboran en el proceso de precarización y del deterioro de la agencia de estas personas, como vínculos positivos que, si bien no alcanzan para revertir las representaciones estigmatizantes que activan una serie de tratos discriminatorios, sí son capitalizados para la subsistencia cotidiana –lo que tiene, por el contrario, el efecto de colaborar con la persistencia de la vida en la calle al salvar ciertas necesidades básicas, como la alimentación–.

La siguiente matriz presenta esta multiplicidad de relaciones de reconocimiento que será desglosada a lo largo del capítulo. Si bien se observa una multiplicidad de lógicas de interacción y aunque los indigentes capitalizan recursos para subsistir en algunas de estas relaciones, éstas acciones no tienen efectos en revertir la situación de calle. Como veremos, hay un denominador común que estructura sus experiencias cotidianas en la urbe en tanto son representados como el residuo de la sociedad –sea una valoración positiva o negativa–: el proceso relacional de la vida callejera en Tijuana tiene la forma de la exclusión.

Por lo anterior, en este capítulo se relatarán los diversos modelos de relación y reconocimiento según el grado de vulnerabilidad en que localiza a los indigentes y de recursos a los que se puede acceder para sostener sus vidas, el tipo de prácticas de gestión y las reacciones de los propios indigentes. Lo que queda resumido en el cuadro 3.

Se revisará, en primera instancia, las formas en que el gobierno municipal ha lidiado con la presencia “sucias” de estas poblaciones de la ciudad a partir de una lógica de invisibilización y exclusión revestido de atención ciudadana. Esto colocará el marco de mecanismos bajo el que operan los demás modelos de relación y reconocimiento.

Posteriormente, se revisarán las relaciones cotidianas más precarizantes para las personas que viven en la calle –con agentes policiales, personal de centros de rehabilitación y personas de células criminales– y se ubicará una lógica predatoria a través de prácticas de extracción del valor de la desechabilidad con que son representados. Luego se revisan las relaciones más capitalizables para su subsistencia –grupos politizados y personal de casas de asistencia– a partir de que son representados como vidas vulnerables. En todas estas formas de relación, se ubican los espacios de agencia en donde pueden localizarse las personas que viven en la calle, así como las formas en que ésta se va deteriorando. Por último, se ubica a la extractividad y la caridad como dos lógicas que subyacen a las prácticas de exclusión con que se gestionan las vidas callejeras en la ciudad de Tijuana y que dan forma a los esfuerzos para mantener un orden urbano fronterizo.

**Cuadro 3 Modelos de relación y reconocimiento en las calles de Tijuana**

Agentes	Modelo de relación	Representación reconocimiento	Recursos que se movilizan	Prácticas	Reacción de indigentes
Funcionarios del gobierno	Atención excluyente Limpieza social	Drogadictos Criminales Suciedad	Recursos públicos	Desalojos	Dispersión Invisibilización
Agentes policiales	Punitiva Criminalizante Extorsión Instrumental	Criminales Malandros Suciedad Vagos	Números de detención Dinero Descargas emocionales	Detenciones arbitrarias Agresiones físicas y verbales Despojos	Invisibilización Clandestinidad
Personal de centros rehab	Extractiva Extorsión	Drogadictos Desechables	Recursos públicos Dinero	Agresiones Levantones Extorsión familiar	Invisibilización
Personal de casas de asistencia	Caritativa	Vulnerables Holgazanes	Recursos transfronterizos Alimentos y ropa	Desayunos Refugio	Aprovechan comidas y ropa
Grupos del Crimen Organizado	Forzada Extorsión Extractiva	Vagos Necesitados Indeseables	Recursos humanos desechables	Aprehensión forzada	Clandestinidad
Personal de grupos politizados	Clientelar	Desechabilidad bajo manto de vulnerabilidad	Recursos humanos	Acarreo	Capitalizan comida
Automovilistas y sociedad civil	Conflictiva Solidaridad Conveniencia	Malandros Desechables Vulnerables Necesitados	Limosna Descargas emocionales Recursos	Agresiones violentas Ayuda humanitaria	Capitalizan limosna Movimientos diferenciados

Fuente: Elaboración propia (2018)

## **4.2 Funcionarios del gobierno municipal y la atención estigmatizante**

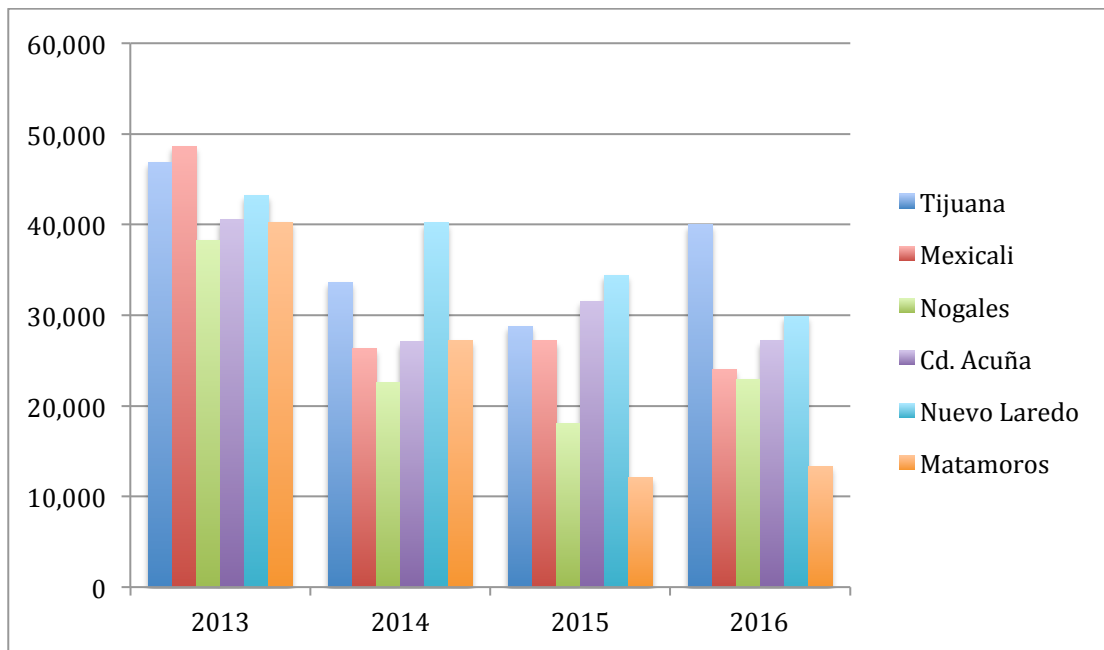
En este apartado se hace un análisis de las prácticas estigmatizantes con que el gobierno municipal delineó la atención a las poblaciones callejeras en los últimos cinco años. A partir de la revisión de una serie de documentos textuales, hemerográficos y audiovisuales, así como la experiencia narrada por parte de indigentes, se relata cómo el problema de la indigencia se hizo visible en la esfera pública a partir de eludir a las personas que habitaban el espacio conocido como El Bordo, con una serie de etiquetas ignominiosas que se utilizaron de manera indistinta.

Posteriormente se analizan los efectos ‘dispersantes’ que tuvo la intervención municipal en dicho espacio para las vidas indigentes de la ciudad. Se señalan los efectos estigmatizantes y de “extrañamiento” que significó la presencia ‘dispersa’ de estas personas en la ciudad. Se destaca el resultado final de la reconversión de etiquetas de un Otro externo (migrante o deportado) a un Otro interno (el extraño ignominioso).

### **4.2.1 La atención estigmatizante y El Bordo**

Eran los años en que los números de las deportaciones a México presentaban picos altos de retornados (ver gráfica 1) y el lecho del Río Tijuana, pegado a la garita de San Ysidro, volvía a ejercer esa atracción magnética que, a lo largo de diferentes periodos históricos, ha tenido sobre las poblaciones más desfavorecidas que arriban a la ciudad de Tijuana. El espacio, popularmente conocido como El Bordo, concentró alrededor de la primera década de este milenio una población flotante de más o menos mil personas que habitaban en tubos de desagüe, bajo puentes, en refugios escarbados en la arena que arrastraba el río o en casitas autoconstruidas con material reciclado conocidas como ‘yongos’. La problemática ignorada por algunos años, comenzó a tomar notoriedad mediática cuando la autoridad municipal comenzó a hacer trabajos para reestructurar la Avenida Internacional, que conecta la Vía Rápida con Playas y que pasa por el Centro, la Zona Norte, la canalización del río y la valla fronteriza. A pesar de que la situación de indigencia en dicho lugar no era desconocida, la latencia de estos actores se tornó visible en el espacio urbano a partir del desbarajuste que implicó la reconstrucción y el mantenimiento de la infraestructura urbana, la cual habitaban en sus sombras.

**Gráfica 1 Eventos de expulsión de mexicanos desde Estados Unidos en las principales ciudades fronterizas de recepción, 2013-2016**



Fuente: Elaboración propia con base en los datos de la Unidad de Política Migratoria, “Repatriación de Mexicanos en Estados Unidos”, *Boletines Estadísticos* (2013, 2014, 2015 y 2016).

Esta problemática se fue colocando en el centro del debate público transfronterizo al grado que el 5 de agosto del 2013 se implementó uno de los primeros grandes operativos de desalojó de esta población. Según la autoridad municipal de entonces, esta intervención se llevó a cabo para “para resolver en forma definitiva la dramática situación de mexicanos deportados de Estados Unidos, cuya necesidad los empujó a vivir ahí en condiciones de extrema inseguridad e insalubridad” (Heras, 2013). Entendiendo esta problemática como un tema migratorio, se instaló un fugaz campamento en las cercanías de El Bordo y de las oficinas municipales del PRI que no duró más de cuatro meses pues en diciembre ya estaban desalojándolo. El Bordo, poco a poco volvió a ser reapropiado.

A medio día del 5 de marzo del año 2015, bajo el rayo del sol que deslumbraba al rebotar con el concreto de la canalización, una fila de hombres desaliñados esperaban que Jorge Astiazarán, presidente municipal de Tijuana, llegara a saludarlos. Rodeado de guaruras y personal del ayuntamiento, el alcalde les extendía a cada uno de ellos una mano apática que era acompañada por su voz que, sin buscar respuesta, preguntaba “¿De dónde eres?”. Apenas emitía sonido alguno de estos hombres “De veracru...”, “De

Puebl...”, “De Oaxac...” y el apresurado funcionario respondía “Suerte” o “¡Qué te vaya bien!” mientras extendía la mano a los siguientes en la fila, para acabar rápidamente con el ritual que estaba siendo grabado por las cámaras del ayuntamiento a manera de autopromoción.<sup>53</sup>

Ese día, había ocurrido el segundo gran desalojo de El Bordo que removió violentamente a los más de quinientos habitantes que había allí y que marcó la pauta de las relaciones que la autoridad municipal estableció con estas poblaciones. El presidente municipal declaró que este desalojo se llevó a cabo bajo el argumento de que el problema de El Bordo era de consumo y venta de drogas y no un asunto migratorio y de deportación (Uniradio, 2015). Este pequeño cambio de percepción y referencia de estas personas desde la autoridad municipal tuvo efectos enormes en la relación que en adelante se estableció con estas poblaciones: una atención estigmatizante. Esto no sólo permitió la intervención sobre dicho espacio a partir de re-escalar el problema en términos lingüísticos (de deportados a adictos) sino que diseminó la representación criminal de estas personas en la ciudad. Este modelo de relación, la atención estigmatizante, funciona como el marco para continuar con el análisis del proceso de precarización cuando las personas se insertan en las dinámicas callejeras, pues sostiene una cadena de prácticas de exclusión que abordaremos a lo largo del capítulo.

Aunque se hizo público en voz del presidente municipal, este discurso no fue parte de una declaración aislada ni surgió de un día para otro, dicho discurso se fue construyendo y gestionando en múltiples reuniones con dependencias gubernamentales y asociaciones que estuvieron trabajando para dar salida a la problemática de El Bordo. Y aunque este cambio discursivo sucedió al interior de las oficinas gubernamentales, el análisis de las minutas de dichas reuniones revela que el giro en las representaciones de estas personas hacia la drogadicción y la criminalidad permitió que el gobierno municipal pudiera actuar sobre los migrante establecidos en zonas fuera de su jurisdicción como El Bordo, lo cual venía acompañado de una inyección de recursos federales. Así, la autoridad pudo continuar excluyendo a una población sumida en la privación social a

---

<sup>53</sup> Estas grabaciones serían usadas posteriormente en su informe de gobierno para mostrar la “atención personal” que había en dicha administración hacia la población vulnerable.

través de mecanismos discursivos de inclusión criminalizante y así, seguir afianzando un proceso de precarización que viene construyéndose desde décadas atrás.

Veinte días antes del desalojo se discutió el “Programa MEJORA de El Bordo” al interior del palacio municipal.<sup>54</sup> Lo primero que se observa en las discusiones es un intento por “desmigrantizar” discursivamente El Bordo y sus habitantes, aduciendo que “la problemática de migrantes es mínima (...) que mas bien el problema es Social y de Salud Publica, con problemas Psiquiátricos, dentro de la Canalización con el Problema de Adicciones” (Minuta, 2015). Lo que se revela en esto es que el intento inicial del discurso que se gesta dentro de la instancia municipal hace una transición en el sentido de dejar de pensar en ellos como migrantes y colocarlos en la esfera del consumo de drogas.

En dichas reuniones se delineó al habitante de El Bordo como “adicto”, “atenido” y “criminal” dejando de referirse a ellos como migrantes o deportados. La coordinadora del programa Mejora de El Bordo, Charo Lozada, los señaló como personas que “sólo estiran la mano” o “que roban y arrebatan”, personas que constituían potencialmente un problema para la estabilidad social de la ciudad. Otra de las personas que tomó la palabra en esas reuniones y que señaló El Bordo como “tierra de nadie” y como un lugar donde “siempre ha existido la drogadicción” fue el director de los centros de rehabilitación El Mezón, espacios a donde fueron canalizados estos habitantes con los recursos federales ejercidos. En otro apartado regresaré a las relaciones observadas en estos centros.

La nueva forma de entender y nombrar a los habitantes de El Bordo –drogadictos y criminales– constituyó nuevos planteamientos sobre lo que estos habitantes significan para la autoridad municipal, lo que los facultó discursiva y jurisdiccionalmente para ejercer acción pública sobre ellos. Dos implicaciones fueron claras: se estigmatizó la presencia de estas personas en El Bordo y se activó una política de ocultamiento que, disfrazada de atención pública, funcionó como una serie de prácticas coercitivas de exclusión de la visibilidad urbana.

Así, en primer lugar, las características de los habitantes de El Bordo fueron representadas y estigmatizadas solamente en relación a las drogas y el crimen. Este proceso de estigma no sólo significó que a estas personas se les nombrara como adictos y

---

<sup>54</sup> El siguiente análisis se realizó a partir de la revisión de las minutas de estas reuniones de trabajo en el palacio municipal.



criminales sino que tuvo implicaciones más profundas pues en tanto se les ubicó como ello, se representaron como un peligro para la vida pública de la ciudad y fue necesario intervenir en ello, aún a pesar de violentar sus derechos humanos. Así, el subdirector de la policía municipal de Tijuana declaró “estar consciente que se violan los derechos humanos, ¡pero qué hacen!, si tienen que atacar la problemática del lugar, pero lo que dificulta lograr limpiar la zona, es la entrega de servicio médico, alimentos, ropa y cobijas, además dice que la delincuencia se ha extendido” (Minuta, 2015). De manera que estos sujetos no recibieron ni siquiera un trato respetable bajo el amparo de sus derechos humanos, no se diga ya ciudadanos, cuestión que veremos a continuación.

#### **4.2.2 La atención estigmatizante como práctica de exclusión**

El proceso de dejar de hablar del migrante para transformar el paradigma del habitante de El Bordo en un ser criminal, y por lo tanto peligroso, revela el funcionamiento de las prácticas de exclusión revestidas de tutelaje público. Como dice Partridge (2009), en relación a la descuidanización de algunos habitantes de la Alemania postsocialista, el estado no se hace cargo del cuerpo de los no-ciudadanos como lo hace de los ciudadanos en materia de salud, educación, vivienda, empleo. El estatus del no-ciudadano, según el autor, no implica la negación de una incorporación a la normalidad ciudadana, como mientan muchos discursos en la esfera pública, sino a una compleja imposibilidad de “volverse” ciudadanos por estar sujetos a instancias de diferenciación y condiciones sociales precarias que los excluyen. De igual forma, las prácticas de intervención municipal que modelaron la atención de los habitantes de El Bordo, operaron bajo políticas excluyentes. A los habitantes de El Bordo los desalojaron e internaron contra su voluntad en centros de rehabilitación (Carballo, entrevista, 2016) bajo el argumento de que el estado se haría cargo de ellos porque necesitaban ser atendidos por su consumo de drogas y su potencial peligrosidad debido a su tendencia criminal.

Si la autoridad municipal tomó responsabilidad de los habitantes de El Bordo, fue solo a partir de cancelar discursivamente sus derechos como ciudadanos (en relación a que se les trató como drogadictos y/o criminales). Desde esta perspectiva, la intervención pública de la autoridad municipal en forma de desalojo que dijo responsabilizarse por ellos, en realidad constituyó una práctica de exclusión legitimada a partir de estigmatizarlos de manera ignominiosa pues los recluyeron en centros de rehabilitación,

violaron sus derechos humanos y los mantuvieron alejados de los beneficios de la vida pública.

Ahora bien, estas prácticas excluyentes, que funcionan a partir de la transformación en la manera de reconocerlos, implicó un cambio de escala en la valoración de estos habitantes para que pudieran tomar responsabilidad sobre ellos –y en su momento ejercer los recursos federales–. El ser migrante implica la idea de alguien que no es de Tijuana, por lo tanto, cualquier acción que se ejerza al respecto no alude ni beneficia directamente a la autoridad municipal, en cambio, el ser adictos o criminales sí convertía a la problemática de El Bordo en responsabilidad de las instituciones tijuanaenses. Así, la coordinadora del programa MEJORA comentó que “para identificar a toda la Población del Bordo les ponen un Brazaletes. Aunque esta consiente que eso iría en contra de sus derechos Humanos, pero algo se tiene que hacer, ya que Tijuana es muy visitada por gente de todo el Mundo, y no es un problema del Bordo Únicamente, es un Problema de Tijuana. No es solo de Migrantes, sino Delincuencia y Drogadicción” (Minuta, 2015). En el momento en que el problema deja de ser un tema migratorio y se convierte en tema de delincuencia y drogadicción, es entonces que la autoridad municipal puede tomar responsabilidad en el asunto.<sup>55</sup>

Si este cambio paradigmático sobre los habitantes de El Bordo se estuvo gestando en estas reuniones, el presidente municipal Jorge Astiazarán lo hizo público un mes después declarando que estas personas no eran migrantes sino que vivían allí porque era un punto de reunión para comer gratis y para comprar drogas (Uniradio, 2015). Así, el cambio de etiquetas, del migrante al drogadicto, ya estaba operando.

De igual manera, el presidente municipal planteó que dicha acción fue una ayuda que hicieron a estas personas para relocalizarlos, sin embargo, en pláticas con activistas de la sociedad civil en Tijuana y en visitas de campo, se corroboró que dichos habitantes fueron retenidos en centros de rehabilitación aún a pesar de que no fueran consumidores de drogas. Aquí, se puede observar cómo es que la “atención incluyente” que planteó el presidente municipal en relación a la ayuda que se ofrecía a estas personas, se convirtió

---

<sup>55</sup> Por cierto, los desalojados de El Bordo, fueron llevados a los centros de rehabilitación que dirige una de las personas que estaba presente en la reunión, lo que reveló claros intereses políticos y económicos que son materia de discusión para otra ocasión. Lo veremos en un apartado posterior.

en una “práctica excluyente” cuando los retuvieron a pesar de su voluntad, instrumentada por lo que a todas luces fue una política de ‘limpieza’ y ocultamiento de la vida callejera.

#### **4.2.3 El Bordo desbordado y el encuentro urbano con los indigentes como extraños**

La percepción que se generó en la esfera pública a partir del desalojo del Bordo fue que la indigencia –y todos los estigmas vinculados a ella– se “desbordó”. Como dijo el propio arzobispo de la ciudad en los medios, se crearon “consecuencias negativas, como es el que se dispersen en la ciudad y causen inconvenientes”. (Frontera, 2015). Los inconvenientes a los que se refiere, también fueron claramente planteados por otros sectores sociales que correlacionaron el aumento de delitos con el desalojo del Bordo, como dijo el presidente de la Cámara Nacional de Comercio “Robos en casa habitación, cristalazos en los vehículos, todo esto se registra porque están dispersos (...) deben ser más contundentes en la *limpieza* de la ciudad y no permitir que dichas personas estén en las calles delinquiendo” (Frontera, 2015). Como puede observarse dichas percepciones de la dispersión estuvieron cargadas de representaciones ignominiosas asociadas a la suciedad, como la declaración que hizo una regidora de Rosarito al decir que este municipio resintió el “efecto cucaracha” a partir de “una serie de robos a hoteles (...) y se sospecha que fueron personas desalojadas de El Bordo” (Frontera, 2015).

En los argumentos presentados hay una vinculación entre la suciedad de estas personas, la criminalidad y el “desborde” de un constreñimiento espacial. Lo que opera sociológicamente en el fondo de estas declaraciones es que se hizo patente de manera abrupta algo “extraño” en el orden social y espacial de la urbe, de un momento a otro se hicieron “visibles” estas personas en el espacio urbano y con ello se “encontraron” con la peligrosidad que puede representar su condición de “suciedad”. Ya Simmel había colocado la idea de que el “extraño” se caracteriza por ser alguien que se inserta espacialmente dentro de una sociedad pero que no comparte las características de sus integrantes. En francos términos sociogeográficos, dice el autor que el extraño “significa la cercanía de lo lejano” (Simmel, 2012: 21). Es decir, implica cercanía porque se está dentro de un espacio social, pero lejanía porque social y culturalmente está fuera del mismo. El ‘extraño’ como ‘cercanía lejana’ implica formar parte un estado relacional de cercanía espacial de lo que ha sido configurado socioculturalmente como lejano en un contexto específico. El extraño constituye la ambivalencia de proximidad y distancia, y

su relación con el espacio al que llega es a la vez de inclusión y exclusión. En ese sentido, el extrañamiento es un proceso excluyente que marca la pauta en los encuentros urbanos que tienen los indigentes con las demás personas.

#### **4.2.4 La reconversión de representaciones y la movilidad de los extraños urbanos**

Por todo lo anterior, la transformación paradigmática de los habitantes de El Bordo implicó que hubo una reconversión del Otro en el sentido de que el habitante de dicho espacio pasó de ser un *Otro externo* (cuando se le conceptualiza como migrante o deportado) a ser un *Otro interno* (cuando se le pensó como drogadicto y criminal) sobre el cual ya se podía ejercer acción pública a través de una “atención estigmatizante”.

La intervención sobre el Bordo activó una lógica de representación que observó la ‘dispersión’ de estas personas como “extraños” y “sucios” movilizándose en el orden urbano. En pocas palabras, los modelos de relación y reconocimiento que a continuación se abordarán, no se activaron en un espacio vacío ni de manera estática, sino que son producto de la puesta en circulación de los cuerpos indigentes por la ciudad y a través de los diferentes lugares que hay en ella. Estos modelos tomaron forma una vez que éstas personas se insertaron en las dinámicas de la vida callejera. (Adey, et. al., 2014).

### **4.3 Instancias policiales: tratos inhumanos y la lógica extractiva policial**

En este apartado se analizan las formas en que los policías identifican a los indigentes a partir de la ‘suciedad’ y les imputan etiquetas peyorativas. A la par se describirán las prácticas de acoso constante y sistemático hacia los indigentes por parte de los oficiales de policía. De igual manera, se analizarán las reacciones y los espacios de agencia de los indigentes ante dicho acoso. Finalmente, se destacan las representaciones de suciedad, vagancia y criminalidad que tienen los policías sobre estas personas, lo que les permite, en última instancia ligarlo con una noción de desechabilidad y así capitalizar la existencia de los indigentes para beneficio propio desde una lógica extractiva.

#### **4.3.1 ¿Detenciones arbitrarias o detenciones selectivas?**

Un par de meses después del desalojo del Bordo, en el área donde estaba repleto de gente, sólo merodeaban patrullas vigilantes. Al hacer un recorrido acompañado de una activista

social por dicha zona<sup>56</sup>, un policía que patrullaba el área se nos apareció abruptamente para cuestionar de muy malos modos los motivos por los que caminábamos allí. Al contestarle que sólo nos desplazábamos por la zona para observarla, nos dijo tajantemente que estaba prohibido circular por ahí y que, sin embargo, no nos reprendía dicha acción ya que nos veía “limpios y buena gente”. Un par de minutos después, al continuar caminando, arribó otra patrulla donde un consternado policía nos dijo que no era buena idea caminar por allí porque nos podían confundir con “dealers” (narcomenudistas) y que su principal objetivo era aprehender a estas personas, sin embargo como íbamos “bien vestidos y limpios” nos “daba permiso” para continuar caminando.

Estos encuentros no sólo corroboraron la efectividad del discurso de persecución hacia la drogadicción que enarboló el ayuntamiento municipal en esa área, sino que en ellos se puede deducir el atributo con el que la población indigente se hace visible y, por lo tanto, reconocible ante los ojos de diversas instancias sociales, pero sobre todo de la policía y sus agentes: la suciedad. Como veremos a lo largo del capítulo, es la suciedad la que será vinculada a diferentes etiquetas y estigmas relacionados a la peligrosidad, criminalidad e insalubridad y, en última instancia, una desvalorización de sus vidas.

En el censo levantado sobre la población que habitaba El Bordo en Tijuana en 2013 (Velasco y Albicker, 2013), se señala que más del 90% de estas personas habían sido detenidos por la policía municipal, 70% de los cuales reportaron una detención por semana debido a la falta de identificaciones por deambulante o por el aspecto de suciedad que tienen. Dentro de las razones de la detención se encontró un patrón de detenciones arbitrarias de parte de las corporaciones policiacas hacia esta población y aunado a ello se manifestaron casi un 45% de agresiones físicas, casi 53% de agresiones verbales y alrededor de 33% del robo de sus pertenencias. Lo anterior, revelaba que la policía municipal, como corporación que vigila y guarda la seguridad de la población tijuanaense, violaba constante y sistemáticamente los derechos humanos de los habitantes de El Bordo, aumentando la vulnerabilidad y precariedad de estas personas.

A partir de las experiencias y conversaciones con los indigentes en campo, se constató que, más que arbitrarias, dichas detenciones son selectivas, en donde ellos constituyen un patrón recurrente de aprehensión. El atributo con el que selectivamente

---

<sup>56</sup> Darinka Carballo de Fundación Gaia.

detienen a estas personas es el aspecto de ‘suciedad’. “Pues nomás de que me llevan a la 20 [estancia de infractores], me están molestando, pues que porque vamos mugrosos [sucios]” (Pimpón, entrevista, 2016). Ir “mugroso” en la calle es sinónimo de una potencial detención policial.

Ahora bien, ser identificado como una persona ‘sucia’ se hace posible porque estas personas necesariamente tienen que moverse peatonalmente por las calles para trasladarse a los diferentes lugares que frecuentan por la ciudad. “Hace como unos dos meses me agarraron aquí abajo en la Castillo, ah que ya es delito caminar, ‘ah cabrón, ya es delito caminar, oye y ¿dónde irán a vender alas para volar? digo, para que no sea delito’, ‘no estoy jugando hijo de puta’, me dijeron los placas [policías]” (Manitas, entrevista, 2016). Esta respuesta hacia lo absurdo que pueden llegar a ser las detenciones policiales, fue patente en otras interacciones y sólo revela que los policías no tienen ningún base empírica para sustentar la detención que están llevando a cabo, “me dicen los placas [agentes policías] ‘¿qué haces en la calle?’ y le digo ‘oficial, es la única manera que he encontrado para trasladarme de un lugar a otro’, ¿no?, y se queda pensando, ‘o qué me quieres por los cables o los techos, no mames cómo que qué haces en las calles” (Chilango, entrevista, 2016). Sin embargo, para detenerlos “todo el tiempo le ponen lo mismo, vagancia” (Guanajuato, entrevista, 2016). Es decir, la justificación legal que los policías encuentran para detenerlos cuando van en la calle es el de “vagancia” o “deambulante” contenido en el Bando de Policía y Buen Gobierno del Ayuntamiento de la ciudad<sup>57</sup>, el cual es aplicado a discreción. Este es el artificio legal sobre el que se sustenta un orden urbano donde los indigentes, en tanto sucios, vagos y holgazanes, no sólo no tienen lugar, sino con el que se criminaliza su presencia en las calles.

Este estigma de vagancia que cargan por sus ropas sucias se cruza con las representaciones peyorativas en torno a los migrantes o deportados que hay en la ciudad (Albicker y Velasco, 2016) “me querían mandar a mi país, pos ¡qué madres! pos si estoy en mi país (...) me dijeron tres veces que me fuera a mi país, el juez y los policías me

---

<sup>57</sup> Algunos de los capítulos bajo los que se ampara la policía para hacer dichas detenciones arbitrarias llevan la siguiente redacción: “Artículo 55.- Transitar en cualquier medio por las vías públicas, aceras o ambulancias de las plazas o parques públicos incurriendo en molestias a la ciudadanía (...) Artículo 63.- Dormir en las vitalidades, parques, plazas, áreas verdes y demás sitios públicos; Artículo 64.- Mendigar en áreas públicas, solicitando dádivas de cualquier especie (...) Artículo 78.- Utilizar lotes baldíos o construcciones en desuso para fomentar un ambiente de inseguridad (...) Artículo 121.- Deambular en la vía pública en estado de ebriedad o bajo el influjo de sustancias tóxicas” (Bando, 2002).

dijeron que fuera a mi país” (Manitas, entrevista, 2016). A partir de determinadas características de vestimenta, los agentes policiales etiquetan indistintamente a deportados, migrantes o a indigentes, “hasta me dijo un policía que si me veían con mochila y sucia me iban a recoger, que no cargara mochila porque dicen que todo el que carga mochila y anda caminando, dicen que quiere cruzar [la frontera]” (Carlota, entrevista, 2016). Una intercambiabilidad de etiquetas de figuras deleznable se activa a partir de la circulación peatonal de estas personas en la ciudad.

En diversas conversaciones en campo, se comentó que los policías se ‘acostumbran’ a verlos como borrachos o adictos. El Sonora y su grupo, quienes andan en los alrededores de la Catedral, relataron cómo es que los policías los ‘levantaron’ durante algún tiempo en que andaban borrachos en la zona, sin embargo, en otras ocasiones en que no han estado en dicha situación aún así los han seguido ‘levantando’ bajo el mismo argumento. Esto revela que tras las prácticas de aprehensión de los agentes policiales opera un estereotipo sobre estas personas que ya está fijado: personas moralmente degradadas que hay que erradicar del espacio público. Son pobres, drogadictos y deportados que, con su ‘vagancia’ y ‘deambulante’ faltan a las normas del Buen Gobierno de una sociedad ‘productiva’ como Tijuana.

Por las interacciones relatadas, estas personas saben que los agentes policiales no van a velar por su seguridad ni mucho menos tratarlos con un sentido humano. Todo lo contrario, saben que prevalecerá un trato inhumano por parte de los uniformados, “a ver órale mijo vengase nomás porque estás con tu bolsita, andas sucio, no tienes derechos humanos, a la verga, a chingar a su madre, nadie va a velar por ti” (Hermosillo, entrevista, 2016). Cómo veremos más adelante, detrás de estos tratos inhumanos también se esconde una lógica predatoria que extrae algo de estas personas a partir de una deshumanización absoluta. Para sustentar este argumento y observar sus efectos, abordaré ahora las prácticas con los que es ejecutado dicho maltrato y cómo lo enfrentan los propios indigentes. Después descifraré dichas prácticas extractivas.

#### **4.3.2 Interacciones con policías y tratos inhumanos**

El tipo de interacciones y tratos inhumanos que los policías tienen con estas personas involucran estrategias de detención –‘operativos’–, cuestionamientos y agresiones

verbales, así como golpes y abusos de autoridad, lo que deviene en ansiedades por parte de los indigentes y estrategias móviles de invisibilidad y evasión.

Uno de los encuentros más recurrentes que tienen estas personas con los policías se da a partir de los “operativos” que la policía municipal activa diariamente. Estos son operativos de vigilancia en la ciudad que estas personas resienten especialmente pues cuentan que la mayoría de las veces que han ido a parar en la estancia municipal de infractores es a partir de dichas maniobras. Ahora bien, es evidente que hay una estrategia planeada por parte de la instancia policial para aprehender a estas personas pues estos operativos se activan de seis a once de la mañana alrededor de la Zona Norte, el Centro y la Avenida Internacional, precisamente el horario y los lugares en que éstas personas asisten a desayunar a las distintas casas de asistencia. No sólo eso, los policías hacen redadas con camionetas y vagonetas cerrando calles en ambos sentidos y subiendo a dichos vehículos a todo aquel que se observa sucio. Por supuesto, la aprehensión de estas personas es todo menos amable, los agentes imponen su voluntad a partir de una actitud intimidatoria que se protege detrás de su arma. La violenta cercanía de las armas de los policías apuntándote a la cara anula cualquier tipo de fuerza que se pueda tener para enfrentarlos. Esto fue algo que experimenté en carne propia.<sup>58</sup>

De esta manera, otra forma de maltrato observado en la interacción con los agentes policiales se relaciona con las maneras de dirigirse con violencia verbal hacia los indigentes. La forma de insultos con que los vigilantes se dirigen a ellos delinea claramente que los policías los tratan inhumanamente:

*Chilango:* Bueno, sé mis derechos, pero aquí no tengo ni uno carnal, y sé mis derechos, les he dicho al oficial los pinches artículos, muchos ni se los saben. Ninguno.

*Juan:* ¿Sientes que no te los respetan?

*Chilango:* Ninguno. Tengo el derecho, como dice el placa, ‘a mamar –dice– ya mamaste’ (Chilango, entrevista, 2016)

Más allá de las implicaciones de género que tiene la respuesta del oficial, éste le está respondiendo que no tiene ningún derecho frente a su actuación, pues en lenguaje coloquial el que alguien haya ‘mamado’ implica que alguien pierde toda prerrogativa

---

<sup>58</sup> Estando en una ocasión en el Cañón del Matadero, me tocó ser objeto del sometimiento arbitrario policial y la violencia que ejercen hacia cualquiera que se encuentre en estos espacios. Esta experiencia quedó relatada en la prensa nacional en [https://www.huffingtonpost.com.mx/juan-antonio-del-monte/el-miedo-que-senti-ante-el-abuso-de-poder-de-un-policia-federal-con-arma-larga\\_a\\_23300855/](https://www.huffingtonpost.com.mx/juan-antonio-del-monte/el-miedo-que-senti-ante-el-abuso-de-poder-de-un-policia-federal-con-arma-larga_a_23300855/)



frente a la autoridad de otro. De esta manera se revela que algunos tratos policial hacia los indigentes parten del supuesto y representación de que una persona en esta situación no tiene ningún derecho humano por lo que puede ser usado predatoriamente a beneficio suyo.

El que estas personas sean representadas sin derechos permite a los agentes policiales maltratarlos físicamente y psicológicamente, “el oficial me dijo ‘párate’ con la pistola en la mano, yo me tiré al suelo y me puso un patadón y me tronó las costillas ‘¡oye! ¿y por qué me pegas? –le dije– ¡ay, guey! me quebraste las costillas’, ‘cállese hijo de su madre’ y ya íbamos, me dijeron que si hacía algo me iban a desaparecer ‘te vamos a matar hijo de tu reputa madre’, y pues me llevaron a la 20 [estancia de infractores]” (Manitas, entrevista, 2016). Como este relato, me topé con múltiples narraciones del abuso de autoridad que llevan a cabo los agentes municipales para detenerlos.

Estas actuaciones y maltratos generan en los indigentes ansiedades, miedos y presiones. Es decir, el tipo de interacción violenta que establecen con policías tiene efectos subjetivos en la vida cotidiana de estas personas. Cuando estas personas son perseguidas por policías se desata una ansiedad brutal que tienen que aguantar imperturbablemente. La adrenalina de una corretiza y una emboscada, el suspenso de estar siendo buscado y vigilado hace que el corazón lata fuerte mientras, escondidos, los policías lanzan piedras que le rozan la cara y el cuerpo. La estoicidad de mantenerse ocultos por horas a que pase el acoso, refundido en una cueva con matorrales o en una covacha adyacente al espacio urbano, a unas horas de la barda y en medio de la ciudad, mientras los automovilistas, a lo lejos, continúan conduciendo y la vida urbana sigue su curso cotidiano, tiene severos efectos en sus emociones y duran días, hasta semanas, con un pánico tremendo de ser aprehendidos por la policía municipal. En ese sentido, la relación de asedio que tienen con los policías ‘afecta’ profundamente sus emociones, enalteciendo el miedo de salir a la calle y, por lo tanto, afectando sus dinámicas cotidianas, haciendo que se mantengan invisibles en los espacios residuales.

“Ellos (los policías) hacen lo que quieren. No debería de existir eso, somos mexicanos, pero o sea ¿qué onda?, hasta miedo nos da andar en la calle” (Hermosillo, entrevista, 2016). En vez de certeza, toparse en la calle con policía les infunde temor, “aquí ves al placa (agente policial) y te miedo, güey” (Chilango, entrevista, 2016). Este

temor tiene efectos severos en la cotidianidad de estas personas, pues en todo momento se sienten con una presión más grande de la que ya tienen cotidianamente,

“de por sí estamos en la calle, en la intemperie, esperando que un animal nos pique o un güey llegue acá, para que todavía el gobierno o policías, de esa manera, en vez de ayudar, pues nos chinga y es como a veces uno yo creo, pues se desilusiona y pues puede hacer un pinche desmadre también, sí me entiendes. Se la ponen a uno, lo apushan [presionan], lo apushan” (Hermosillo, entrevista, 2016).

La presión que ejerce la policía es probablemente el problema más grande que tienen en sus mentes de manera cotidiana. Siempre está presente, es una preocupación constante, no hay un solo día ni una sola hora en que no estén pensando en ello. Incluso cuando están en sus espacios de seguridad donde no son visibles públicamente, como el Cañón del Matadero, siempre están mirando al horizonte, al paso de los carros por la avenida para contar cuántas patrullas han pasado y calcular si es un buen momento para salir a caminar a la calle o no. Eso los tiene día y noche preocupados, estresados, y forma parte de la precarización de sus condiciones vitales.<sup>59</sup>

“Pos me está sofocando, me siento mal como que mi misma raza me está discriminando, me está humillando, me está pisoteando mis derechos. En vez de darme la mano, digo una oportunidad a la ley de que nos dieran los papeles, que nos dieron la oportunidad de ir a buscar jale, porque ya a veces caminas con miedo, miras una patrulla y te detienes, te quieres desviar y lo mismo, quiere uno correr, ellos ya nos dicen ‘¿por qué quieres correr?’, ‘pues no me caes, si me agarras..’ y dicen ‘ah, a este lo agarro por pendejo’” (Manitas, entrevista, 2016).

En este testimonio también se observa algo que fue recurrente en las pláticas con estas personas, una reflexión sobre la forma en que el acoso policial los mantiene viviendo en la calle y los orilla a actuar de manera clandestina: “es a lo que te orillan, uno se quiere ir por la derecha [lícitamente] y no te queda otra que andar de culero, ¿verdad? ir y robarle el bolso a una mujer, de volada [rápidamente], porque por la derecha vale verga [no se puede]” (Chilango, entrevista, 2016), “a lo mejor voy a hacer un pinche desmadre [desorden] porque la placa [policía] puro llevarnos a la cárcel, la gente nos mira mal, no tenemos una vida realmente, por eso yo digo que también hay mucha gente que anda en la calle, toda acá [alcoholizada], porque no nos dejan otro camino a veces” (Hermosillo,

---

<sup>59</sup> Este estrés y preocupación, se agrava si estas personas consumen anfetaminas pues los hace tener una especie de delirio de persecución y pueden durar días metidos bajo un arbusto.

entrevista, 2016). Más allá de que existen más factores por el que estas personas están en la calle, lo que importa resaltar es que una instancia social que debería otorgar certeza y seguridad así como colocar las bases para una reintegración social, está teniendo efectos contrarios en la subjetividad y posibilidades de agencia de estas personas. En vez de impulsarlos a mejorar, ellos sienten que los impulsan a involucrarse en las actividades ilícitas. Encuentran en los agentes policiales la alteridad que los subyuga.

#### **4.3.3 Reacciones al acoso policial: invisibilización, enfrentamiento y cooperación**

Los indigentes reaccionan ante esta tremenda vigilancia punitiva con una serie de tácticas que operan en los intersticios de la estrategia policial. Estas formas de evasión van desde prácticas de invisibilización hasta la cooperación de manera estratégica, e implican una serie de saberes aprendidos a partir de la experiencia propia o la socialización de los mismos a través de las experiencias de otros en su misma situación.

Una primera táctica que da muestra de ello es el no circular por las calles en los horarios en que los “operativos” están sucediendo o de plano no moverse de sus ‘yongos’ y mantenerse ahí, invisibles, hasta que estas emboscadas pasen.

“Ellos llegaban aquí y órale, pa arriba, vámonos, entonces lo que hacíamos nosotros, para no pasar ese mal rato, salíamos temprano, yo me iba temprano a veces que iba amaneciendo, a las 5 o 5 y media, pa afuera y llegábamos pa atrás, ya hasta las 11, ya que se terminaba el operativo, ya nos veníamos de allá de la casa del pobre, allá por la Alemán, a salir a la lámina y pa arriba o a veces al panteón y otra vez pa acá, y llegábamos aquí y pues ya yo me quedaba yo en el yonguito ahí escondido” (Don Ángel, entrevista, 2016).

Si los horarios de los operativos son de 6 a 11 horas, éstas personas saben que tienen que caminar en otro horario y ajustar sus prácticas cotidianas para evadir dichas redadas, “pues levantarme temprano para llegar a la casa del pobre o del padre chava para antes de que la placa empiece su operativo, me tengo que ir temprano, caminando, como a las 5:30 de la mañana, si es hora de chacharear como a veces en la noche, me tengo que ir como a la 1 o 2 para juntar unos botecitos y no amanecer emparrillado [encarcelado]” (Hermosillo, entrevista, 2016). Así, esconderse es una forma de cuidar su integridad física “claro que me tengo que esconder, es como ahora, ahorita estoy escondido de allá de donde estoy, no estoy a la brava, por lo mismo” (Hermosillo, entrevista, 2016). Esta

primera táctica involucra utilizar de manera práctica la invisibilidad y la inmovilidad como forma de hacerle frente al abrumador acoso policial.

Una segunda serie de prácticas para enfrentar el acoso policial es desafiarlos directamente, echándose a correr o llegando a los golpes “Llegó un tiempo en que ya estaba yo desesperado de tanta llevada pa la veinte [estancia municipal], me agarraban y cuando me tenían agarrado sentía una impotencia fea de que no quería ir otra vez al mismo lugar, al mismo proceso y esto y lo otro, después de ya muchas llevadas, empezó a darme por zafármeles de las manos y correrles.” (Solín, entrevista, 2016). Sin embargo, estas prácticas suelen no ser muy exitosas pues les dan motivos a los policías para golpearlos, “me fui 7 veces, de esas 7 veces, dos me agarraron. Cinco la libré, pero dos me agarraron, pero ahí sí, ahí sí hubo motivo de golpes” (Solín, entrevista, 2016).

Como enfrentarlos directamente puede llegar a ser muy complicado, otra serie de tácticas de evasión del maltrato policial tiene que ver con resignarse a cooperar estratégicamente, “ya cuando me tienen, cuando estoy en sus manos, pa’ qué darles la contra, mejor obedecer y nada más, por eso es que nunca les he dado lugar a pegarme” (Solín, entrevista, 2016). Esta forma de cooperación estratégica no se da de una manera amable, ni mucho menos, es una cooperación forzada debido al hecho de recibir golpes, “empujones, una patadilla, y uno se aguanta y pues ni modo, ya de todos modos qué hace berrinche uno si de todos modos te llevan y te dan tus 36 o tus 12 horas y ahí no la libras” (Pimpón, entrevista, 2016). Y si bien podría parecer que a partir de los golpes no hay posibilidad de ejercer algún tipo de reacción, en estas citas se puede observar que estas personas están decidiendo cooperar y no resistirse para evitar los golpes que conlleva la resistencia física.

Ahora bien, rescatar la capacidad de reacción de estas personas frente al acoso policial, no quiere decir que se utiliza como una capacidad transformadora. Por el contrario, lo que se percibe es que, al orientar las acciones para salvar urgencias específicas –como el maltrato policial– se deteriora la posibilidad transformativa de la agencia y las acciones se enmarcan, ya no hacia el futuro, sino hacia el presente.

#### 4.3.4 Prácticas extractivas de los policías: despojos materiales, elevación de estadísticas y descargas emocionales

En el afán policial de detener a indigentes en Tijuana hay una posibilidad de extraer beneficio:

“por nosotros aquí, ¿quién se va a interesar?, ¿la policía o quién se va interesar por nosotros aquí?, te digo pos si lo que se interesan ellos es donde puedan tener un beneficio de nosotros aquí (...). Una vez nos dijo el policía, ‘trabajen huevones, así como están no tenemos cómo quitarles nada’, dijo ‘trabajen, para ver si nos podemos arreglar y ya los dejamos’” (Don Ángel, entrevista, 2016).

Detrás de la deshumanización que se observa en los tratos e interacciones que la policía tiene con estas personas se observan prácticas predatorias que buscan extraer algún provecho de la presencia de estas personas en la calle –prácticas que, por supuesto, se colocan en el amplio marco de corrupción institucional e impunidad en México, que han hecho posible llevar a cabo prácticas ilegales sin ningún castigo–. Evidentemente para que esto sea así, los indigentes son vistos como personas no productivas para la sociedad en donde su único valor radica en la posibilidad que su presencia y sus cuerpos ofrecen para el provecho de los agentes policiales. Estas prácticas extractivas se encontraron en tres modalidades: despojos materiales, elevación de números de detención y descargas emocionales.

Los despojos materiales, como la cita anterior indica, tiene que ver con la extracción de objetos materiales que estas personas puedan poseer y diversas formas de extorsión. Como narra el Chava, cuando unos policías lo despojaron de la herramienta que portaba para trabajar “pues entre que son peras y son manzanas me dio tres patadas, un policía, y se robó una herramienta que yo traía y ya me llevaron a la persona que supuestamente había asaltado y ‘no pues ese no es’ y me dejaron ir. Pero ya, ya habían sido los golpes y la herramienta no la traía” (Chava, entrevista, 2016).

En ese mismo tono de las conversaciones, una vez el Chilango dijo de manera irónica que lo único que le queda de su experiencia con policías es que “pa’ ser placa [policía] hay que ser rata [ladrón]” (Chilango, entrevista, 2016). Y es que estas personas también declararon que cuando los detienen los policías les preguntan reiteradamente si traen dinero para que los puedan dejar ir. Estas formas de extorsión, se vinculan con formas de corrupción que los indigentes alcanzan a percibir, las cuales se extienden hacia

dentro de las corporaciones de justicia llegando a los jueces de distrito “llegas adentro [al juzgado] y también pura tranza, si traes 200 o 300 el juez te suelta en chinga, es lo que te digo, pues cuándo se va a acabar esa mamada, es parte de todo, que a nosotros nos llevan ahí, en esa pinche tajada” (Hermosillo, entrevista, 2016). Que los policías los están despojando de sus objetos materiales o del poco dinero que logran recaudar los orilla a mantenerse escondidos, a no salir de los espacios residuales y a no exponerse a estas prácticas extractivas, en ocasiones sin mucho éxito.

En segundo lugar, hay otra modalidad extractiva que se observa en las prácticas de detención de los indigentes por la calle: la de elevar los números de detenciones en la delegación policial. En una de las conversaciones que tuve con indigentes uno de ellos me comentó que le preguntó a un policía que lo detuvo “¿por qué me levantas [detienes] si no traigo nada?”, a lo que el policía le contestó “por eso, porque no traes nada te levanto”. Es decir, una vez que los policías se han dado cuenta que no pueden extorsionarlos con dinero o algún objeto material, éstas personas aún pueden ser de utilidad para ellos, pues les funcionan para elevar los números de detención requeridos en la delegación policial.

“Yo miro que nomás levantan a la gente, nomás pa’ hacer números, porque un chingo de gente acá y qué necesidad hay de levantarlo y subirlo a la pinche patrulla, y tirarle sus cosillas y pasarle báscula [inspeccionarlo], para hacerlo sentir como criminales” (Hermosillo, entrevista, 2016). Este tipo de prácticas relacionadas con “hacer números”, es algo que los mismos policías les expresan cuando estas personas buscan las razones de su detención, “por lo que dicen ellos, por *acompletar* el viaje. Para ellos es *acompletar* el viaje, les piden no se cuántas personas que tienen que demostrar que llevan, ¿verdad?, que están trabajando ellos” (Chilango, entrevista, 2016), “ellos no quieren motivos, ellos lo que quieren es *acompletar* la lista o el viaje, en pocas palabras” (Solín, entrevista, 2016).

Estas prácticas se han documentado como una de las motivaciones para realizar detenciones arbitrarias de las poblaciones callejeras en la ciudad de Tijuana y se les ha denominado ‘hacer la clave’. Ésta consiste en mejorar las cifras diarias, semanales o mensuales, requeridas por la administración delegacional, a partir de detener arbitrariamente a indigentes en innumerables ocasiones a la semana. Así, las personas que

viven en la calle representan un contingente de sujetos “potencialmente detenibles” ya que “nadie irá a reclamarlos a las delegaciones o cárceles municipales”, lo que les permiten incrementar las estadísticas como indicador de eficiencia policial en la delegación (Contreras, 2016: 247-248).

‘Hacer la clave’ muestra, por un lado, la facilidad que tienen los agentes policiales para atribuir cualquier delito relacionado con la vagancia, el deambulante o el consumo de sustancias, y por otro lado, revela las consecuencias de la estigmatización y criminalización de la que son objeto estas poblaciones (Albicker y Velasco, 2016). En ese sentido, se revela la profunda vulnerabilidad de la situación de vida de estas personas.

Ahora bien, a pesar de tener ampliamente documentados los testimonios sobre tratos inhumanos por parte de las corporaciones policiales en Tijuana, no conocí ningún caso de denuncia ante instancias de protección a los derechos humanos. El miedo a ser detenido de nuevo o a represalias por parte de los agentes policiales han sido las motivaciones para guardar dicho silencio. Dicho mutismo, es también una de las situaciones que permite a los policías seguir operando de dicha manera.

Los maltratos y golpes que los policías les propinan no sólo están en función de una forma de controlarlos y vigilarlos, también se observa en ellos una tercera práctica instrumental, la cual tiene que ver con descargas emocionales por parte de los agentes policiales a partir de liarse a golpes con ellos. Un valor a extraer sería el de la posibilidad de golpear a un ser humano sin que a nadie le importe:

“se para uno, venía sólo el oficial y se baja el güey, yo creo que le gusté pa’ los madrazos o no se qué y dice ‘¿qué? ¿nos aventamos un tiro [golpes] y te dejo ir? ¿o te doy unos plomazos?’ y le digo ‘ay güey, no pues llévame a la 20 [estancia de infractores]’, y dice ‘unos madrazos, vamos a ver qué tal’ y le digo ‘qué pues oficial’, ‘arre, pues ábrete a la verga, no te quiero ver’. Pero le gusté para unos putazos [golpes] al hijo de su puta madre” (Chilango, entrevista, 2016).

Esta idea de tomar a un habitante de calle como si fuera una especie de ‘punching bag’ humana, es quizá el ejemplo que revela más claramente que para los agentes policiales, ellos son seres funcionales por la posibilidad de ser desechados.

La lógica predatoria y extractiva observada en las prácticas policiales en relación a las detenciones arbitrarias y al despojo que hacen de sus pertenencias, así como el

beneficio que los policías encuentran en representar a estas personas como desechables está bien resumida en el siguiente testimonio:

“que nos agarran de chivo expiatorio o tapándole el ojo al macho, para que otras personas estén trabajando acá, y por qué no decirlo, si me entiendes, cómo las policías andan bien inmiscuidas porque a poco van a atrapar a esos policías nomás de barba, no. Y nosotros que no andamos ni moviendo nada, andamos con hambre y lo que tú quieras pues y estos vienen con sus mamadas, me tiran mi bolsita ahí llevo mi comida, mis medicinas, mis cosas, qué pues. No hay, no es justo en un pinche 2016” (Hermosillo, entrevista, 2016).

En la interacción de los agentes policiales con indigentes en Tijuana hay una lógica instrumental que extrae cualquier tipo de beneficio posible –dinero, objetos, descargas emocionales o elevación de números– a partir de que se piensa a estas personas como seres con cuerpos maleables y utilizables que pueden ser usados a discreción sin que nadie más se interese por ellos.

Detrás de la relación que los policías tienen con estas personas hay una representación de seres desechables que pueden ser usados a discreción para su beneficio bajo la idea de que nadie va a reclamar por ello y a nadie les importan. De manera que, justamente por ubicarse en las calles como seres ignominiosos, pueden ser utilizados para extraerles el valor que radica en su posibilidad de ser desechados. Como éstas prácticas extractivas y lógicas predatorias, se llevan a cabo con maltratos y violencia extrema, los indigentes se ven afectados emocional y subjetivamente al grado de tener miedo de moverse de los espacios residuales del espacio urbano. Así, se observa un profundo deterioro de la capacidad transformativa de la agencia en la relación con los policías, lo que también colabora para que estas personas se mantengan en la calle.

#### **4.4 Centros de rehabilitación: entre levantones y maltratos**

Entendiendo que los centros de rehabilitación son sumamente significativos en la experiencia indigente en Tijuana, en este apartado se abordarán las formas de relación que quienes laboran en estos lugares tienen con los indigentes en Tijuana y las condiciones en que se realizan dichas interacciones. Posteriormente se indagará en las



representaciones inhumanas que tienen sobre los indigentes algunos de los que prestan servicio en estos espacios y las lógicas extractivas que hay detrás de ello.<sup>60</sup>

La mayoría de las personas con quien se interactuó en campo comentaron que la experiencia que han tenido en la mayoría de dichos espacios ha sido, por decir lo menos, muy desagradable, pues comentan que no se tienen los métodos ni los recursos para tratar de manera adecuada a los adictos en rehabilitación. En algunos casos, han recibido maltratos y golpes dentro. De manera que una de las relaciones violentas en las que se involucran (en muchos de los casos en contra de su voluntad) son las que se tiene con las personas que laboran en algunos centros de rehabilitación (por lo menos en aquellos donde estas personas han asistido). Hay dos situaciones de interacción que destacan en las conversaciones con indigentes en donde se delinea claramente las formas de relación que se establece entre estas personas y permite inferir e interpretar las formas de reconocimiento detrás de ello: los ‘levantones’ en la calle y la ‘atención’ en las casas de rehabilitación.

#### **4.4.1 Levantones en la calle y sus motivos: tratos con el gobierno, extorsión familiar y trabajo forzado**

Encontrarse en la calle con alguna camioneta de un centro de rehabilitación es enfrentarse a un inminente ‘levantón’, consistente en un artimaña de abducción donde las personas que laboran en estos centros aprehenden a los indigentes y los suben al vehículo en contra de su voluntad para llevarlos a las instalaciones de la organización en cuestión.<sup>61</sup> Dicha abducción se lleva a cabo a través de un engaño retórico o de plano con el uso de la fuerza, pero en cualquiera de los dos casos es una aprehensión forzada.

Conociendo la situación de carestía y necesidad de estas personas, los integrantes de los centros de rehabilitación se aproximan a ellos ofreciendo trabajo, ayuda económica

---

<sup>60</sup> Es preciso mencionar que los centros de rehabilitación con los que estas personas interactúan no son los mejores, por el contrario, algunos de ellos no están certificados y no cuentan con las instalaciones necesarias para atender el problema de adicción.

<sup>61</sup> Por supuesto, no todos los centros de rehabilitación llevan a cabo estas acciones, como los mismos indigentes lo reconocen. Y la descripción que aquí se hace, es a partir de lo que estas personas comentaron en relación a las experiencias que han tenido con determinados centros. De hecho, intuyen que los centros que practican estos levantones son aquellos que no están formalizados y trabajan fuera de la regulación estatal: “o sea que ese centro no está registrado, pero estaban agarrando gente” (Manitas, entrevista, 2016). La práctica del levantón se relaciona directamente con los secuestros que se llevan a cabo desde las organizaciones del narcotráfico. (Valdez, 2012)

o algún refresco a estas personas –por ejemplo, pintar alguna casa o ayudar en la jardinería de un local a cambio de unos 100 o 200 pesos–, y cuando logran tenerlos en la camioneta los llevan, sin cuestionamientos o avales, directo al centro de rehabilitación<sup>62</sup>. El uso de la fuerza implicada en estos ‘levantones’ se ejerce cuando el convencimiento retórico no funciona, como el Chava cuenta según su experiencia,

“me levantaron, hace como un mes y medio o dos más o menos, que iba casi llegando aquí al Soler, iba con un camarada y nos pregunta si queríamos trabajar y que nos iban a pagar bien. Y le dije que no gracias. Y empezaron con la necesidad, ‘que ándenle vénganse a trabajar’ y pensé que estos eran los del centro de rehabilitación que nos están llevando a huevo [a la fuerza]. Y en eso corrí yo y el otro chavalón no alcanzó a correr, pero con la panel me agarraron, se bajaron unos torotes [hombres fuertes], y no pude hacer nada y fue a la fuerza, ándele” (Chava, entrevista, 2016).

Los motivos por los que estas personas ‘levantan’ a los indigentes son predominantemente económicos. Según la experiencia recabada, tenerlos en el centro de rehabilitación es de alguna u otra forma redituable. Esto sucede mediante tres prácticas, la primera y que ya fue mencionada, es a partir de hacer tratos con el gobierno para mantenerlos ahí. El caso de los desalojados de El Bordo que fueron canalizados a los diversos centros de rehabilitación “El Mezon”, cuyo director estaba en las reuniones donde discutieron las acciones para desalojar El Bordo y la manera de canalizar los recursos obtenidos por parte del gobierno federal.

Una segunda práctica tiene que ver con extorsionar a las familias de estas personas a partir de hacerles saber, con engaños, que llevan largas temporadas cuidando y rehabilitando a su pariente del cual tenían tiempo sin saber pero que, sin embargo, necesitan dinero para continuar con el tratamiento. “Es que ellos lo hacen para que uno le llame a la familia y le digan ‘no pues aquí esta su hijo en el centro de rehabilitación’ y cobrarles hasta 200 o 300 dólares por mes” (Chava, entrevista, 2016).

En diversos días se aludió a estas estratagemas de los centros de rehabilitación, comentando que de alguna manera u otra, estas personas localizan a las familias, los visten con las mejores camisas, los peinan, los bañan y les toman fotos en los lugares más

---

<sup>62</sup> El Solín lo dice claramente “Y ha habido casos de compañeros también que llegan invitándolos, unos por la necesidad de trabajar, ganarte un peso limpiamente, pues si te invitan a trabajar vas y resulta que muchas de las veces es engaño, a estos compañeros, les han dicho que si quieren trabajar, los suben al carro y acaban en un centro” (Solín, entrevista, 2016)

vistosos del centro de rehabilitación. Éstas las hacen llegar a las familias para que constaten que los tratan bien, que la recuperación va avante pero que, sin embargo, necesitan más recursos para que sea totalmente fructífera; aunque la experiencia ahí dentro sea todo lo contrario. “Esos entrevistan a la gente y piden los teléfonos y le hablan a los familiares y les piden cuota pa’ tenerlos ahí ‘no, que su hijo está bien adicto y la madre’ o sea tú sabes cómo todos los del centro qué verbos [embelesadores] son, pero eso ahí, ahí lo que era, era un secuestro” (Manitas, entrevista, 2016). A pesar de que, según lo que se comentó en varias ocasiones, sí saben que diversas familias han enviado dinero<sup>63</sup>, ellos nunca han visto los beneficios de dichos recursos durante sus estancias.

Si el tema de la extorsión a las familias no funciona, una tercera práctica para extraer provecho de los ‘levantones’ es el trabajo forzado (semi-esclavizado). Esto consiste en ponerlos a trabajar sin remuneración económica a cambio simplemente de algo de comida, en las propias instalaciones o en diversos lugares que, a través del centro de rehabilitación, “contratan los servicios” de los internos.<sup>64</sup> Los indigentes en campo me han comentado que, según sus cálculos, han realizado “jales” (trabajos) cuya factura saldría en alrededor de 1000 o 2000 pesos semanales, pero que sólo han recibido entre 20 o 25 pesos al día. De manera que de los servicios contratados con el centro de rehabilitación, sólo les llega una ínfima parte.

Aún más, comentan que si bien contratan los servicios de los ‘internos’ en el centro, aquellos que sí están internados y no fueron ‘levantados’ son exhimidos de su labor para que sean ellos –a quienes se han referido como “las personas más bajas y malvivientes”– quienes realicen el trabajo que hay que hacer en el día. Es decir, a partir de la representación y estigma de una persona degradada e inmoral, aprovechan la posibilidad de capitalizar gratuitamente la mano de obra que pueda extraerse del cuerpo de los indigentes retenidos ilegalmente.

Ahora bien, un tema recurrente, que revela una lógica extractiva del personal de estas instituciones, tienen que ver con que sólo ‘levantan’ a quienes están medianamente enteros físicamente. Los ‘levantones’ son selectivos porque no quieren llevar a gente que esté muy mermada físicamente o que esté sumamente drogada porque no rinden y tardan

---

<sup>63</sup> Comentan que normalmente estas familias están en Estados Unidos y no pueden cruzar o en pueblos del sur y les sale muy caro el traslado, por lo que es efectiva la artimaña y logran que les depositen dinero.

<sup>64</sup> También los pueden poner a pedir dinero en la calle en beneficio de la institución.

más en generar dinero al no estar en su punto físico, es decir, porque no son productivos para la institución. Aquí se puede observar cómo no sólo no tienen interés en la rehabilitación de estas personas, sino que la única importancia radica en la posibilidad de extraer algún tipo de beneficio económico de su mano de obra. Sólo les importan en la medida en que puedan funcionar para el sustento económico de quienes laboran en el centro de rehabilitación. La representación de desechabilidad opera aquí en tanto sean capitalizables, en tanto no sea así, son tratados como seres desechados.

Estas tres prácticas relacionadas anteriormente están perfectamente resumidas en la sentencia que ofreció el Chilango “mira, los del centro levantan gente, el gobierno les va a pagar por la gente, verdad, y si se dan cuenta de sus familiares, y si tienen un familiar y lo tienen en el centro, para sacarlo te cuesta mil o dos mil pesos, verdad, como sea el pinche centro gana doble, lo que le dan los familiares, lo que le da el gobierno y lo que tú estás generando con los pinches servicios.” (Chilango, entrevista, 2016).

#### **4.4.2 La ‘atención’ dentro de los centros de rehabilitación: maltratos físicos, fisiológicos y psicológicos**

Estas historias son bien conocidas y se difunden rápidamente entre quienes viven en la calle. No es de extrañar que estas personas se resistan o huyan cuando ven aproximarse a una de estas camionetas, pues además lo que también se socializa rápidamente es la violencia que reciben estando dentro de estos centros o al intentar huir de ellos. El Manitas contó en entrevista la historia de una persona que conoció en un centro de rehabilitación y lo tuvieron que internar en el hospital debido a una golpiza de la que fue objeto por intentar escapar “Sí, bien feo, te dejan moreteado, a un morro que vive aquí arriba, aquí en la libertad, pos se peló pero le pusieron una madriza, entre 5 lo patearon lo dejaron así con los ojos así, no podía comer por los labios estaban hinchados (...) y si te ponías más broncudo [ofrecer resistencia], te iban y te ponían en una pila y te ponían una madriza [golpes], y pos está arriba en el cerro y te dejaban encuerado y acostado en el suelo y pues no, sí se manchaban gacho” (Manitas, entrevista, 2016). Sin embargo, el maltrato no implica solamente el uso de la violencia física, sino también los violentan fisiológica y psicológicamente. Estas personas comentaron que les dan ropa sucia o cobijas con pulgas, que los ponen a trabajar, que les gritan y se refieren a ellos con puras groserías, todo esto bajo amenaza de que los dejarían dormir a la intemperie.

Las distintas visitas que realicé a estos centros de rehabilitación corroboraron una serie de condiciones materiales y de trato que me comentaron durante el trabajo de campo. Los centros de rehabilitación visitados están en colonias suburbanas y todos tenían pisos de tierra. Salvo en los comedores y cuartos, todo lo demás era polvo y piedras. Las aproximadas quince o veinte camas de los dormitorios son muy básicas, apenas unos tablones de madera que formaban literas con colchones encima. Todos estos cuartos de rehabilitación tienen un cuarto que le llaman “detox” que es una habitación donde meten a los internos a que pasen el síndrome de abstinencia. Estos cuartos, son prácticamente una celda. La ventana tiene barrotes y una malla de acero y la puerta de entrada es de metal reforzado, de aproximadamente treinta centímetros de gruesa con apenas una ventanilla para asomarse e introducir el alimento. Sólo se abre por fuera con ayuda de dos personas. Sin embargo, las platicas en campo revelaron que esos cuartos los usan, además de la desintoxicación, para castigar a quienes no siguen las indicaciones de los custodios, una forma de maltrato que se replica dentro de los centros de rehabilitación.

Por otro lado, las condiciones de salubridad son lamentables. Los vasos donde toman agua son el botón de muestra del ambiente antihigiénico en el que se vive dentro del centro. Un día que visité uno de estos lugares presencié la repartición de un cántaro de agua fresca que llevé. Esta se hizo en unos deplorables vasos de plástico que tenían en la cocina del centro. Estos recipientes no estaban lavados y para no gastar agua en ello, les pasaban un trapo, muy sucio, por cierto, y tenían un olor a humedad penetrante. La mayoría de estos vasos estaban mordidos en sus orillas y se les acumulaba mugre en las pequeñas fisuras que se les hacían. Los que se iban usando, los regresaban y alguien más les pasaba el trapo hediondo y se volvía a servir en ellos.

La voracidad con la que bebían el agua y con la que deglutían la comida que se les llevó, es también muestra de la hambruna que pasan ahí dentro. Por supuesto, las enfermedades gastrointestinales están a la orden del día. La peor comida que estas personas probaron dentro es el famoso “caldo de oso” que consiste en una sopa hecha con verduras descompuestas cocidas en agua. Esto es también parte del maltrato recibido.

El maltrato también proviene en la forma en que los mantienen a raya a partir de tratarlos con un rígido y agresivo método de control y vigilancia. Este método radica en

tenerlos a todos controlados durante las actividades del día a partir de un trato inhumano donde les gritan groserías y les asestan algunos golpes si no hacen caso. Los custodios que aplican estas estrategias en su momento fueron adictos en rehabilitación y recibieron estos mismos tratos. La mayoría de las interacciones que me tocó presenciar entre vigilantes e internos, los primeros se referían a los segundos como “animales”, “pendejos”, “enfermos”, “idiotas”, “zafado”.

De esta interacción en torno al control y vigilancia se observaron dos lógicas. Por un lado, opera una vigilancia transmisible y ascendente; una especie de sistema militarizado de vigilancia en el que se interioriza la disciplina por medio del desprecio y maltrato al que está subordinado, tal como lo hicieron con esa persona cuando fue subordinada. En ese sentido es una forma de incentivar la venganza, el revanchismo y desprecio, por eso, los internos no sienten que se llevan ningún beneficio de esos tratos y tienen efectos severos en estas personas quienes declaran salir más rencorosos con esas instituciones, como dice Hermosillo “desde que nos levantaron nos quitaron las cosas, a ver, túmbense con todo lo que traen y puras mamadas de esas, sí me entiendes, cuál pinche rehabilitación, cómo vas a salir rehabilitado de una cosa así, que te hagas criminal, ah bueno, pues no se agüiten que seamos criminales porque ellos mismos lo forzan a uno, el mismo trato, la misma vida” (Hermosillo, entrevista, 2016).

Por otro lado, la forma de referirse a ellos es a todas luces una manera ‘inhumana’ de representarlos. Es decir, literalmente los deshumanizan cuando se relacionan con ellos de esta manera. Al cancelarles toda posibilidad humana, se crean las posibilidades de ejercer maltrato y activar la lógica predatoria y extractiva con la que se opera en estos centros de rehabilitación. En ese sentido, en estas interacciones pueden observarse las representaciones desechables que se tienen sobre estas personas.

#### **4.4.3 Lógica predatoria y reacciones de indigentes**

Tanto los maltratos como la lógica predatoria de capitalizar la situación indigente y extraer algo de beneficio al tenerlos en los centros de rehabilitación (ya sea a través de las familias o de ponerlos a trabajar), revela que los indigentes son deshumanizados en estas relaciones al ser significados como algo de lo cual se puede extraer valor y luego desechar.

De ahí que estas personas a veces piensen que los centros de rehabilitación son ‘peor que la cárcel’, salgan resentidos de los mismos y se mantengan lejos de toda visibilidad urbana para no ser un objetivo claro de los ‘levantones’. Así, una posibilidad de resistirse a los levantones de los centros de rehabilitación ha sido mantenerse lejos de las vías de circulación automovilística. Ello los obliga a caminar por espacios adyacentes a las carreteras y vías rápidas, agazaparse en matorrales para que no los vean mientras caminan o circular en horas de poco tráfico vehicular.

Por todo lo anterior, los tratos recibidos en estos centros de rehabilitación son una manera de mantener excluidas a estas personas en espacios residuales de la ciudad, lo que tiene aparejado una contraparte igualmente invisibilizante, una estrategia de escamoteo ante este tipo de acosos y una corroboración del deterioro de la agencia durante este proceso relacional.

#### **4.5 Grupos del crimen organizado: “si no acepta ser reclutado, ejecutado será”**

En este aparato se aborda uno de los tipos de interacción más riesgosos a los que se enfrentan las personas que viven en la calle: el contacto con integrantes de algún grupo del crimen organizado. Se describirá la relación forzada a la que son obligados cuando se logra establecer este tipo de contacto y el interés que tienen estos grupos de utilizarlos como ‘carnada’ o ‘carne de cañón’ para operar sus actividades ilícitas. Se hará énfasis en el valor que representa para estos grupos que el indigente pueda ser pensado como un cuerpo desechable y el imaginario de la peligrosidad que ello representa en la vida cotidiana de los indigentes.

##### **4.5.1 Reclutando “vagos” como carnada**

Caminando por la pequeña vereda amatorralada de un pequeño risco que se forma entre la Carretera Internacional y el muro fronterizo a la altura de la desviación a la colonia El Soler, allí donde la mirada de un automovilista común no alcanza debido a las irregularidades del terreno, hay un mensaje pintado con letras verdes en la lámina de la barda internacional que comunica: “si no acepta ser reclutado, ejecutado será”. Avanzando con rumbo al centro, ya en la zona plana de la carretera, pero igualmente desapercibido por los automovilistas, hay otro letrero que con las mismas letras verdes sentencia: “reclutando vagos en 1 semana o ejecutado será”. Ambas inscripciones están

firmadas por una especie de código (una letra y un número) y el dibujo de un rifle. Dichos rótulos, colocados en puntos específicos donde sólo pueden ser distinguidos por las personas que circulan por esos espacios, son amenazas que algunas células del crimen organizado de la ciudad dirigen a las poblaciones callejeras en sus propios espacios de circulación.<sup>65</sup>

Estas amenazas apuntan hacia una serie de prácticas –experimentadas por algunos de los informantes pero que constantemente dan vueltas en la cabeza de todos ellos– que aumenta la vulnerabilidad de las condiciones de vida de los indigentes que circulan por dichas veredas. Prácticas en donde células del crimen organizado establecen una relación forzada con los indigentes a partir de representarlos como aquellos indeseables y desechables dentro de una estructura urbana de ilegalidad. Se trata de maniobras en el que miembros de algún grupo criminal aprehenden, bajo amenaza de algún peligro mayor – como la muerte–, a personas en situación de calle para que realicen alguna acción ilícita determinada –como trasladar paquetes de estupefacientes o ser parte de la operación de algún secuestro–. Como dijo el Manitas, son ‘células de malandros [delincuentes] que te levantan [secuestran] para que hagas lo que ellos quieran y, si no, te dan ‘cran’ [muerte]’.

Los indigentes pueden llegar a ser utilizados como carne de cañón o carnada por parte de estas organizaciones criminales. Una tarde, Don Ángel le platicaba al Solín:

*Don Ángel:* Y este amigo, así sin preguntar, se subió a la camioneta. Y yo le dije al otro, ‘mira qué confianzota de subirse ya oscureando, lo bueno que vimos qué carro era’. Pues adelantito ya estaba sentadote. Que dice que cuando se detuvo la troca, había mirado la acción de los vatos y se les tiró de arriba.

*Solín:* Se lo querían llevar, pues –aseveró–.

*Don Ángel:* Sí, que querían que entregara un paquete de droga y que iban a ir a no se donde.

*Solín:* Y que él les iba a ayudar –afirmó, dejando ver que conocía dicha dinámica–.

*Juan:* Oh, eso me contaron en la Casa de los Pobres. Que los suben...

*Solín:* Sí, –me interrumpió con voz grave– te hacen hacer el jale [trabajo ilegal]

*Don Ángel:* Sí, pa’ que te agarren a ti y no a ellos –continuó Don Ángel–.

---

<sup>65</sup> Es importante recalcar que estos son caminos improvisados en aquellos espacios aledaños a la infraestructura urbana. Pasajes invisibles a la mirada de cualquier persona que no esté circulando por dichas vías y que éstas personas usan para evitar ser objeto de detención arbitraria por la policía o los centros de rehabilitación. Es decir, por aquí no circula nadie más que no esté inserto en la dinámica de la vida callejera. Es allí, a donde estos células llegan a escribir sus mensajes.



*Solin:* Sí, exacto, pa' ponerte de carnada. Te agarran y ya el jale [transacción económica] es por otro lado.

*Don Ángel:* Lo bueno que se alcanzó a bajar este amigo, porque seguro que en cualquier rato, aparece la noticia de que por allá amaneció tirado en la basura. Hay que ponerse trucha, no nomás subirse así nomás. Cuando yo llegué en los setenta no había tanto descontrol, pero ahora matacera [asesinatos] por todos lados, un descontrol.

*Juan:* Sí, pues todo el ascenso del narco, además.

*Don Ángel:* Y supuestamente la gente que controlaba, ya la descontrolaron, el gobierno y pues hay mucha gente que quiere trabajar y ahí es donde se vienen las broncas.

Así, estas personas son colocadas al frente de alguna de estas riesgosas actividades ilícitas para salvaguardar la integridad de los miembros de los grupos criminales. Esto, por supuesto, no sucedería si los indigentes fueran valorados por otra cosa que no sea su mera desechabilidad. Para estas prácticas de extorsión, el único valor que tendrían estas personas dentro de una dinámica callejera de ilegalidades –en donde los grupos del narcotráfico ocupan el escalafón más rentable en términos económicos–, radica en la posibilidad de ser usados sin ningún tipo de vínculo de reciprocidad, es decir, para lograr un fin sin tomar responsabilidad de lo que suceda con sus cuerpos en el camino. Es decir, para estos grupos, el valor de estas personas radica en la posibilidad de utilizarlos de manera instrumental. Solo en la medida en que se deshumanizan y se valoran sin importancia, sus cuerpos valen para ser desechados.

Quienes han experimentado esta situación dicen que en un principio llegan los vehículos ofreciendo trabajo y que, por la necesidad de subsistir, siempre se interesan por dicha propuesta antes de que se den cuenta que los van a amenazar. Así, también usan artimañas retóricas, sin embargo, en lugar de prolongarlas, utilizan la amenaza de muerte para forzar a estas personas a hacer lo que les ordenan. Es difícil evadir esta situación porque ‘te amenazan con que amanezcas ahí en la basura en algún lugar’.<sup>66</sup>

---

<sup>66</sup> Como se lee en la conversación, los propios indigentes creen que esta situación ha llegado a tal punto porque hay un ‘descontrol’ en las agencias policiales que están cooptadas y coludidas por estas organizaciones criminales y que además estas ‘mafias aprovechadas’ conocen perfectamente la dinámica de la vida callejera porque tienen operadores a nivel de calle con los que se cruzan cotidianamente. La ecuación “ganar de trabajar + descontrol policial + mafias aprovechadas” fue mencionada por Don Ángel y aquellos que viven a su alrededor en el Cañón del Matadero. Por otro lado, esta ecuación es posible en Tijuana debido a la situación fronteriza en que se encuentra y que se vincula con el incremento de inseguridad y de la consolidación de grupos del narcotráfico en los últimos años.

La carnada a la que aluden cuando se platica de este tema implica ficcionalización, es decir, para operar dichas prácticas es necesario performar un engaño, por eso Don Ángel decía que ‘lo que le castra [molesta] a uno es el engaño’. Este engaño se ejecuta a partir de que son leídos como personas con necesidad pero a la vez como personas que pueden igualmente ‘amanecer en la basura’. De manera que se les atrae ofreciendo trabajo, entonces es cuando los amenazan para forzarlos a trabajar en dichas actividades.

La idea de ‘vagos’, ‘necesitados’ y de ‘amanecer en la basura’ revela las nociones que estas células criminales tienen sobre ellos. Es decir, son representadas como las personas menos productivas dentro de aquellas cuyas prácticas de vida están al margen de las reglas y el orden urbano. Sin embargo, a pesar de pensarse como ‘vagos’ y holgazanes, su valor radica en la posibilidad de ser engañados debido a la ‘necesidad’ que tienen de tener una entrada económica, así pueden ser utilizados para sus fines ilícitos y luego ser ‘desechados’. La desechabilidad, es pues, la valoración que permite que el crimen organizado opere estas prácticas extractivas.

#### **4.5.2 Formas de reacción frente al reclutamiento criminal**

Cuando pareciera que están completamente abrumados por el hecho de que los grupos criminales los usen como un medio para sus actividades ilícitas sin recibir ningún tipo de beneficio salvo la posibilidad misma de seguir viviendo, observan algún resquicio de posibilidad de evadir estas aprehensiones. Don Ángel, por ejemplo, comentó que por eso evita salir por las noches en los caminos amenazados por estos grupos. Otro, por su parte, comentó su experiencia de haber sido ‘levantado’ por una camioneta de estos ‘malandros’ y que la única posibilidad que le pasó por su cabeza fue romper la ventana del vehículo y aventarse a través de ella, de manera que terminó completamente golpeado.

La posibilidad de ser aprehendido por estos grupos criminales se constituye en un riesgo que tienen que sopesar antes de salir a los caminos residuales. En ese sentido, caminar por dichos espacios escondidos de la policía y de las camionetas de los centros de rehabilitación, no los exime de ser vulnerables a las prácticas extractivas que usan sus cuerpos y su situación social para sacar determinado provecho. El reclutamiento forzado y la operación de las actividades ilícitas de los grupos del crimen es una de las expresiones más contundentes de su vulnerabilidad y la señal más evidente de que estas

personas son valoradas como seres desechables. Es decir, para estos grupos criminales, los indigentes son personas cuya vida no importa porque pueden ser utilizados como carne de cañón en sus operaciones ilícitas. Esta situación, aunque no es tan frecuente, contribuye también a la precarización de las vidas callejeras y al deterioro de la capacidad transformativa de la agencia.

#### **4.6 Grupos politizados y algunos sectores de la sociedad civil**

Hay encuentros urbanos en donde el grado de precarización no aumenta intempestivamente, y, por el contrario, algunas veces estas interacciones pueden ser capitalizadas para el sostenimiento vital de los indigentes. Esto no quiere decir que estos encuentros no sean riesgosos ni peligrosos, sin embargo, el margen de acción de las poblaciones callejeras es mayor –aunque no alcanza para revertir el estigma ni como fuerza transformadora de su situación–. Se trata de los encuentros que tienen con grupos politizados, con automovilistas y diversos ciudadanos en general. Vale decir que estos encuentros son esporádicos y no son tan cotidianos como sus interacciones con la policía o personal de centros de rehabilitación. En este apartado revisamos la lógica de operación de estas relaciones sociales y de reconocimiento.

##### **4.6.1 Grupos politizados y representaciones diversificadas: acarreo político**

La primera vez que bajé al Cañón del Matadero, no dejó de llamarme la atención que el yongo del Don Ángel estuviera flanqueado por la bandera de un partido político, incrustada en una pila de arena. Otro día, cuando tuve oportunidad de fotografiar su yongo por dentro, observé que sobre el piso del mismo había una pequeña lona en apoyo a un candidato de otro partido político que funcionaba, según me dijo Don Ángel, para que no se le mojaran sus pertenencias. (ver fotografía 1) Por otro lado, en las semanas en que asistí de voluntario por un tiempo a la Casa de los Pobres, me di cuenta que no eran pocos los que asistían con camisetas y gorras alusivas a la campaña electoral que no tenía más de un mes de haber terminado.

Fotografía 1 Propaganda política dentro del Yongo



Fuente: Fotografía propia, noviembre de 2016

Durante esos días, intuía que estos accesorios provenían de prácticas clientelares en donde estas personas eran usados para llenar los mítines de campaña.

Con el paso del tiempo e indagando en la procedencia de estos objetos, me fui dando cuenta que efectivamente éstos se obtienen en los mítines de candidatos políticos a los que son invitados a cambio de una compensación económica o una retribución alimentaria. El personal que atiende en las casas de asistencia, y que está en contacto con ellos diariamente, también corroboró este tipo de prácticas durante las entrevistas que tuve con ellos, “muchas veces pasa por ellos la camioneta de un partido político y los lleva a los mítines, les da una torta, una gorra y sus banderitas” (Willy, entrevista, 2016).

Un día de octubre, estando sentados frente a la improvisada parrilla en el Cañón del Matadero, el Guanajuato se negó a comer aduciendo que venía satisfecho ya que ‘se había vendido por cincuenta pesos’. Sucedió que se había corrido la voz sobre una manifestación que se haría frente al palacio municipal y que estaban reclutando gente para llenar la explanada a cambio de cincuenta pesos y un refrigerio. Así, comenta que pasaron unos camiones por una cantidad de gente que se había reunido frente a las

oficinas del PRI y los llevaron a ‘hacer bola’ a la hora de la llegada del presidente municipal al palacio.

Ahora bien, no sólo son partidos políticos los que llevan a cabo estas prácticas con estas personas, también hay otros grupos con incidencia política que utilizan la situación de estas personas para colocar un discurso en la esfera pública. Un día que la conversación se enfiló hacia estos temas, el Solín comentó que el personal de la organización “Ángeles Sin Fronteras” se lo habían ‘llevado de acarreado con una torta’ hacia la garita internacional para protestar por las acciones de la municipalidad en contra de los habitantes de El Bordo. Más allá de emitir un juicio respecto a las acciones de esta organización civil, lo que importa es observar que existe la misma práctica clientelar de convencer a estas personas de participar en sus acciones a cambio de un bocadillo. Dichas prácticas en el fondo tienen incidencia política a partir de una transacción económica.

Importa resaltar que la deducción que se puede hacer en torno al reconocimiento que estos grupos politizados tienen sobre los indigentes está diversificado y se traslapan representaciones tanto de desechabilidad como de vulnerabilidad. Hay un reconocimiento de la vulnerabilidad en tanto hay un intercambio económico o mercantil (torta, ropa o cincuenta pesos) a cambio de la presencia de estas personas en los actos políticos, es decir, no son forzados a asistir (como con los policías, centros de rehabilitación o grupos criminales). Sin embargo, siguen siendo utilizados como un medio para un fin (llenar las actividades en cuestión), lo que revela que también los usos instrumentales de estas personas, es decir, no hay mayor compromiso político más allá del ofrecimiento de un refrigerio. Así, igualmente se extrae un valor de su presencia en las calles, en una lógica extractiva de la precariedad desechable.

#### **4.6.2 Capitalización de recursos en las prácticas clientelares**

Por otro lado, como se observa en el testimonio anterior, el hecho de que el Guanajuato comentó que se ‘vendió’ por cincuenta pesos no sólo revela que hay una práctica económico-política para atraer a estas personas a los mítines de campaña, sino que los indigentes son conscientes de las mismas y pueden extraer algún recurso, aunque de manera limitada. Tener ropa limpia, una gorra para tapar el sol, una lona para cubrir sus pertenencias o una torta que satisfaga el hambre del día siempre será preferible que no tenerlas. Como lo veremos en el siguiente capítulo, la vida en la calle tiene lógicas,

prácticas y moralidades propias que van más allá del color del partido en el poder. Si estas personas pueden capitalizar algún beneficio de la lógica extractiva de los grupos politizados, lo van a hacer. Y estas acciones tienen más sentido cuando, como pudimos observar líneas arriba, la poca relación que tienen con agentes del estado es con la policía municipal que los ha maltratado consistentemente a lo largo de los años.

#### **4.6.3 Automovilistas y sociedad civil: favores sexuales, explotación laboral y encuentros ambivalentes**

Los encuentros que tienen con sectores de la sociedad civil independientes de todo grupo político o asistencialista pueden llegar a ser muy riesgosos aunque siempre existe la posibilidad de capitalizar de alguna manera dicho encuentro. Hay tres tipos de prácticas implicadas: favores sexuales, explotación laboral y encuentros ambivalentes.

Hay un tipo de interacciones que tienen con algunas personas en parques o en la calle. Si bien son esporádicas, también están planteadas para que los indigentes sean usados para cumplir un fin de determinadas personas. Una de estas relaciones es cifrada como ‘ir por la liebre’ que consiste en que alguien los contacte, sobre todo en parques del centro, para hacer favores sexuales a cambio de dinero en efectivo.<sup>67</sup> Esta forma de capitalizarse, si bien llega a ser productiva y pueden extraer mucho dinero involucrándose en ella, también puede implicar muchos riesgos y en ocasiones llega a no ser consensuada:

estando en la Altamira en una ocasión llegó una pareja a decirme que si quería trabajar. Pues lógico, es la única forma que he agarrado dinerito, trabajando, y me invitaron y le dije que sí y fuimos y resulta que el trabajo no era tanto, sino que su intención de ellos era que yo tuviera relaciones con la señora y él mirando. Y después de todo su show que hicieron y hasta me dieron una bebida a tomar, pos casi lo logran pero no se llevó a cabo la penetración, pero te digo, casi estuvo a punto de que logran su objetivo. Igual me sentí ofendido, me sentí engañado y quise accionar mal, pero gracias a Dios no pasó a mayores, al contrario en vez de accionar mal les dije que no hicieran eso porque, le dije al vato ‘hey compa –porque la señora no era fea– hey compa usted, no puede ser que ande compartiendo, si yo tuviera mi esposa yo no la iba a compartir, al contrario, ustedes tienen para satisfacer sus ansias entre ustedes mismos, no tienen porque meter a terceras personas y

---

<sup>67</sup> Durante el trabajo de campo, me comentaron que este tipo de prácticas también la practican en el “otro lado”, es decir, hay personas en San Diego, California, que van a los campamentos de “homeless” para tener prácticas sexuales a partir de una retribución económica. En ese sentido, podría observarse como una práctica transfronteriza.

menos con engaños’, me dice el vato ‘no te agüites, tómallo como un regalo’, ‘no, cual regalo’. A lo mejor querían filmar, a lo mejor eso les gusta hacer o no se cuál era su onda, pero esa fue una de las causas, porque del hecho de querer trabajar terminas muchas veces en cosas que no quieres estar. (Solín, entrevista, 2016)

De nuevo se observa en estas interacciones que estas personas son leídas con absoluta necesidad y el artificio del ofrecimiento laboral siempre funciona como un gancho ineludible. Que estas personas sean leídas con la necesidad de trabajar o de comer los coloca en una posición vulnerable frente a las personas que los quieren usar para tener relaciones o grabarlos. Así, la precariedad en la que están inmersos los indigentes es la situación que permite que otras personas piensen que puedan usarlos para su beneficio. La lógica extractiva de personas representadas como desechables también opera en estas situaciones. Se ubican como cuerpos que no conmueven afectivamente y que, por lo tanto, pueden ser utilizados y desechados.

Para estas personas, el riesgo de este tipo de interacciones radica en la posibilidad de contraer enfermedades o de ser objeto de algún tipo de práctica que los pueda lastimar (aún cuando sea consensuada la relación). La posibilidad de obtener retribución económica es pues, la mejor posibilidad que tienen de capitalizar estos encuentros.

Hay otra operación sumamente compleja en la que, a diferencia de las experiencias recién relatadas, aquí el performance del trabajo sí se lleva a cabo. Cuentan que han pasado varias veces algunos camiones ofreciéndoles trabajo y pagándoles por adelantado. La labor que tienen que llevar a cabo es simplemente subir de la manera más veloz y acelerada que puedan bloques, varillas, madera y cemento de los almacenes de material de construcción o de las ferreterías en colonias populares. Esto era así porque quienes los llevaban en el camión pagaban con cheques sin fondo y en lo que las tiendas lo averiguaban, se iban a descargar el material a diferentes casas. Es decir, estas personas prácticamente roban el material de las tiendas de construcción y los usan a ellos como carnada por si la policía los llegaba a detener. De nuevo, se observa aquí cómo los usan para su beneficio pues son vistos como sustituíbles si los detienen.

Por otro lado, el encuentro con automovilistas es esporádico y heterogéneo. Cuando ha habido interacciones con ellos, estas se ubican entre los maltratos y la ayuda

caritativa. Dichos encuentros de maltrato, conversado con varios de los interlocutores en campo, es resumido por la experiencia del Manitas:

*Manitas:* Aquí en la [Vía] rápida pasa gente y te insulta y te avienta, yo ya he recibido dos botellazos, y unos huevazos y una que casi me quiebran la pata.

*Juan:* ¿Y qué insultos te dicen o qué te dicen?

*Manitas:* ¡Pinche vaquetón, lárgate de aquí! (Manitas, entrevista, 2016).

Este testimonio da una idea del riesgo al que se enfrentan cotidianamente al caminar por las vías rápidas, no sólo por la posibilidad de ser atropellados (no hay vía peatonal en dichas carreteras) sino porque hay ocasiones en que los automovilistas pueden abusar de ellos a partir de una interacción efímera en donde hay una descarga de violencia hacia ellos por considerarlos holgazanes. Esta idea de la holgazanería [vaquetón] coloca a estas personas fuera del orden urbano porque no son productivos para la sociedad. Cuando las palabras ‘vaquetón’ y ‘lárgate’ se enuncian juntas, están reflejando un rechazo social de los indigentes para el orden urbano. Son éstos los que se observan como ajenos y extraños en una sociedad que tiene en la productividad un valor fundamental para apreciar a las personas. Al ser esto así, estas personas deberían ‘irse’ de la ciudad, deberían ‘largarse’. Estas interacciones no pueden más que interpretarse como “encuentros extraños” (Ahmed, 2000), es decir, como socializaciones que reproducen alteridades repulsivas e ignominiosas. El hecho de aventarles algún objeto con la intención de lastimarlos, también implica que dicha extrañeza con que se observan se sostienen en una representación de seres desechables con quien no se establece ningún tipo de compromiso.

Sin embargo, no toda interacción con los automovilistas es así. Muchas veces, las personas muestran una actitud caritativa hacia estas personas.

“Iba una troca, íbamos yo y mi hermano por la vía rápida, (...) me dieron un botellazo, nomás sentí el ‘dese’ y me sofocó casi todo el día, iba caminando por la vía rápida pa’ abajo, íbamos pa’ la línea, y pum que me pega aquí el trancazo, aquí me pegó, luego pasó una enfermera y le dijo, ‘qué tiene tu hermano’, ‘pues le acaban de pegar con un agua’, me dio unos parches, me parchó y aparte me dio como 50 pesos y me dio su comida, comida china” (Pelón, entrevista, 2016).

Esta actitud diferenciada, también la observé algunas veces cuando indigentes pedían dinero en los semáforos, algunos de ellos eran ignorados, otros tantos sí eran ayudados.



De esta manera, aquí también se esconde una ligera posibilidad de capitalizar dichos encuentros con automovilistas.

#### **4.7 Casas de asistencia: El caso de La Casa de los Pobres**

Los indigentes también entran en contacto con personas que están ubicadas en espacios dedicados a la atención y asistencia de poblaciones vulnerables en la ciudad de Tijuana. En ese sentido, a diferencia de las relaciones anteriormente relatadas, los habitantes de calle son ubicados como un fin en sí mismo más que como un medio para obtener un beneficio. La existencia de estas casas de asistencia es un factor capitalizable para estas poblaciones pues ahí pueden desayunar y en ocasiones pueden obtener algún otro beneficio como cortarse el pelo, obtener pan, agua o ropa. Son, en corto, espacios donde se les reconoce como personas, quizá la última trinchera de humanidad que tienen a su alcance. En este apartado se revisan las lógicas de funcionamiento transfronterizo de estas casas de asistencia, las representaciones de vulnerabilidad con que representan a las personas que atienden, las interacciones dentro de una casa de asistencia y la centralidad que tiene la existencia de estas casa como ámbito de sobrevivencia de las poblaciones callejeras.

##### **4.7.1 La Casa de los Pobres y la asistencia transfronteriza**

Casi todas estas casas de apoyo son organizaciones no gubernamentales de asistencia social. La mayoría se sostienen a partir de las donaciones privadas y muchas de ellas reciben apoyo de fundaciones civiles que están del otro lado de la frontera, lo que le otorga una dimensión transfronteriza a la asistencia social que se ofrece en esta ciudad. El caso de La Casa de los Pobres –donde pasé varias semanas durante el trabajo de campo– es ejemplar al respecto<sup>68</sup>.

La Casa de los Pobres es una organización, fundada y gestionada por monjas franciscanas, quienes desde 1957<sup>69</sup> han brindado atención continua a población en

---

<sup>68</sup> Por supuesto, la Casa de los Pobres no es la única ni la que recibe más personas (ésta es el Desayunador del Padre Chava), pero sí es una de las más importantes en la ciudad. También está la Casa del Migrante o el Albergue de las Misioneras de la Caridad.

<sup>69</sup> Las hermanas franciscanas de Nuestra Señora de La Paz arribaron como misioneras en 1941 a Baja California, no fue hasta 1952 que pusieron su convento en la colonia Altamira, donde se encuentra hoy. En ese entonces, mucha gente pobre vivía irregularmente y en casas autoconstruidas en acantilados y cerros cercanos y asistían al convento para pedir comida y ropa. Dicha experiencia fue lo que motivó a estas hermanas franciscanas la búsqueda de la cesión del terreno donde están ahora para fundar una casa de

condiciones de pobreza alimentaria. Se encuentra ubicada en la calle Génova de la Colonia Altamira, colonia vecina de la Zona Centro. Según su propia descripción es una organización que ofrece servicio y asistencia a los “más pobres de los pobres en Tijuana”<sup>70</sup>. Aquí se ofrecen alrededor de quinientos desayunos durante cinco días a la semana y algo de comida por la tarde. Cada jueves se ofrece despensa y misa y los fines de semana se convida pan para quien quiera llevarse una hogaza. También hay un día de donación de ropa y constantemente hay agua y cortes de cabello gratuito, así como servicios religiosos semanales.

La Casa de los Pobres, como mientan en su descripción, “nunca ha tenido un presupuesto disponible para apoyar sus esfuerzos y se sostiene de donaciones de individuos, congregaciones y organizaciones generosas a lo largo del occidente de Estados Unidos y de Baja California”. Si bien hay donaciones, sobre todo de ropa, de parte de la comunidad tijuanaense, la mayoría del apoyo proviene de la organización no lucrativa “Casa de Los Pobres, U.S.A.” que tiene su sede en San Diego, California. Esta organización recibe cientos de donaciones en Estados Unidos y hace las gestiones para obtener los productos restantes que cadenas de supermercado en dicha ciudad están por desechar. Posteriormente, canaliza todos estos apoyos a la Casa de los Pobres en Tijuana.

Es claro y evidente el componente transfronterizo de la asistencia social ofrecida en La Casa de los Pobres. La cercanía con Estados Unidos coloca a esta casa de apoyo en una posición privilegiada para recibir donaciones del otro lado de la frontera y para brindar una atención más efectiva a la población vulnerable e indigente en la ciudad de Tijuana.

#### **4.7.2 Comidas y la ayuda humanitaria de emergencia**

El horario más activo de la semana es por la mañana cuando cientos de personas acuden a sus instalaciones a desayunar. Mientras el personal de La Casa está desde las seis de la mañana preparando los alimentos, a las siete empieza a formarse una larga línea de personas que esperan para ingerir desayuno, el cual empieza a servirse a las ocho de la mañana, después de una oración dirigida por la monja encargada de La Casa. Una vez

---

cuidado de estas personas. Empezaron dando clases a niños y ofreciendo pan y ropa y en 1972 agregaron su pequeña clínica. La Casa de los Pobres sigue operando ininterrumpidamente hasta el día de hoy.

<sup>70</sup> Referencias obtenidas en [www.casadelospobresusa.com](http://www.casadelospobresusa.com) revisado el 6 de noviembre de 2017

realizada la oración, dejan pasar al umbral de la puerta del comedor en grupos de diez personas y les aplican gel desinfectante, donde pasan por una valla del lado derecho hasta llegar a la barra donde se les sirve comida. Del lado de la barra hay un comedor con aproximadamente diez mesas redondas y en el patio unas seis mesas rectangulares. Depende de las donaciones que les lleguen en la semana, es lo que se sirve de desayuno, pero este casi siempre implica arroz o frijoles y pan o tortillas. Algunos días varía con pollo, otros con fruta, algunos más con barbacoa o birria.

Una de las reglas de La Casa, a diferencia de otros espacios de asistencia, es que las personas que asistan pueden repetir alimento las veces que quieran siempre y cuando se pongan al final de la fila para así permitir que todos desayunen. Muchos de los indigentes que asisten, no tienen prisa en esperar de nuevo que se consuma la fila, pues llegan famélicos y lo que comen ahí es mejor de lo que pueden comer en sus lugares de habitar. Todas las veces que asistí, observé que los indigentes repetían tantas veces como fuera necesario para saciarse. Muchos de ellos, llevan incluso algún recipiente –ya sea un bote de yogurth o un galón de leche cortado por la mitad– en el cual pedir comida para llevar o echan en alguna bolsa el platillo con que repiten desayuno y lo llevan consigo aunque esté echo un batidillo. Al preguntarles directamente por estas prácticas, comentaron que lo hacen porque tienen incertidumbre si esa será su única fuente de alimentación en el día y aprovechan para tener algo de comer más en la tarde. De esta manera, capitalizan la existencia de este lugar para beneficio propio. Al final, como dicen ellos, es “su” casa, pues es La Casa “de los Pobres”.

En ese sentido, se observó que estas personas viven La Casa como propia, es decir, la apropian y la hacen suya y es un lugar que sienten como seguro, el único reducto de humanidad dentro de la ciudad. Una mañana, cuando la policía trató de entrar por una persona que se había involucrado en un pleito, los detuvieron en la entrada de La Casa y no los dejaron entrar para que aprehendan a alguien. Más bien le pidieron a esta persona que salga y se arregle con ellos. Esta actitud de los custodios de La Casa, deja ver cómo es que el lugar se plantea como un espacio seguro para estas personas vulnerables y es esa misma certeza la que tienen ellos para apropiarse de la casa y sentarse a descansar ahí dentro. Aunque afuera no lo sientan, dentro de la Casa sí sienten que se les respeta – aunque veremos que no es del todo así–. La Casa, para estas personas, es refugio humano.

Hay una consigna que viene directamente desde la dirección de La Casa de los Pobres, todo lo que tengan de comida se va a ofrecer a quienes asisten a comer ahí. Los platos se van a servir abundantemente las veces que sea necesario y el pan se ofrecerá a todo aquél que lo pida. Aunque el personal que labora allí comenta que han recibido muchas críticas al respecto por parte de otras instancias sociales –ya que pueden revender el pan con otros fines, por ejemplo–, como franciscanos siempre estarán dispuestos a dar lo que tengan a disposición. Cuando yo servía platos de comida, la madre superiora siempre me pedía que sirviera con la cuchara llena, para que se lo acabaran.

La consigna anterior revela dos cosas. Por un lado, que las acciones de La Casa de los Pobres son desinteresadas y caritativas cuyo fin último es alimentar a los más pobres dentro de los pobres, muy a tono con el carisma franciscano. Es una ayuda humanitaria que ofrecen a las poblaciones vulnerables de la ciudad. Sin embargo, por otro lado, estas acciones, si bien ayudan a que la situación de indigencia no empeore, tampoco la solucionan pues no se establece un modelo integral de cuidado e inserción social –por supuesto, tampoco es su propósito principal como institución–. Sin embargo, ante la falta de atención y el maltrato por parte del gobierno hacia estas poblaciones, estos esfuerzos se vuelven encomiables y capitalizables para estas personas.

#### **4.7.3 Interacción en La Casa de los Pobres: ¿última trinchera de humanidad?**

La relación que el personal, ubicado en diferentes posiciones dentro de La Casa de los Pobres, tiene con estas personas, revela ciertas posturas heterogéneas de reconocimiento. Si bien hay un discurso institucional de reconocer la vulnerabilidad de estas personas, los tratos directos observados revelan diferencias al respecto. Mientras las monjas que atienden, observan con respeto a estas personas y reconocen su vulnerabilidad, hay otros como los guardias de seguridad –contratados en una empresa externa– que se refieren a ellos como “pichones”, es decir, como palomas esperando recibir la comida. También observé por varios días que a aquellos que esperan y descansan en las bancas de La Casa les dicen “vaqueros”, como una forma de no decir directamente “vaquetones y vagos”, es decir, holgazanes. Esta etiqueta alude directamente a la pereza como una actitud para no trabajar, responsabilizando individualmente a la persona de su situación. En ese sentido, dentro de la casa de los pobres también circulan discursos sobre la holgazanería y la responsabilidad individual de la situación de estas personas. Por otro lado, algunas de las

señoras que sirven la comida se refieren a ellos como “niños” y me comentaban que es les dicen así porque muchas veces no saben guardar el orden. Algunos de los custodios de la bodega me comentaron que se hartan de que sean groseros y desordenados, pero que, sin embargo, las monjas los regañan si se les levanta la voz.

Con estos breves ejemplos, se observa pues que si bien hay una política institucional de reconocimiento de la vulnerabilidad estructural de estas personas, al interior de La Casa de los Pobres también circulan representaciones y estigmas que los deshumanizan y que colocan a estas personas como culpables de su propia posición. Hay tensiones cruzadas. Sin embargo, a diferencia de las relaciones punitivas que tienen con agentes policiales o grupos del crimen organizado, estas representaciones no son ningún obstáculo para que estas personas se vistan y alimenten con los recursos que se ofrecen en estos lugares.

Por último, cabe agregar que Tijuana es una ciudad que tiene una importante red de casas de asistencia social para personas vulnerables, sobre todo de organizaciones dedicadas a la atención a migrantes y deportados. Las instituciones más importantes al respecto son: el Desayunador del Padre Chava, la Casa del Migrante y La Casa de los Pobres<sup>71</sup>. Ésta última, entre las más recurridas, es la única no dedicada explícitamente a la atención al migrante y sí a las poblaciones en condición de carencia alimentaria.

Ante los números de migración y deportación en los últimos años, la necesidad de atención a estas poblaciones ha sido urgente en la ciudad de Tijuana y se han instalado, desde la iniciativa de la sociedad civil, una serie de casas y albergues que dan la atención que el gobierno municipal no ofrece. Esta oferta de servicios y atención al migrante es capitalizada por las poblaciones callejeras de la ciudad de Tijuana que aprovechan el ofrecimiento de desayunos y comidas en estas instituciones, para tener alimento y poder sobrevivir al día. De esta manera, los intentos que desde la sociedad civil se han hecho para atender un problema derivado de la situación fronteriza de Tijuana –migración y deportación– han servido también para mitigar parcialmente las condiciones precarias de las poblaciones callejeras –aunque, justo por ello, tengan el doble efecto de mantenerlos en la calle–.

---

<sup>71</sup> Por supuesto hay muchas más como el Albergue de las Misioneras de la Caridad o el de la Madre Asunta, entre otras, pero estas fueron las más mencionadas por los interlocutores en campo.

#### 4.7.5 Estrategias de sobrevivencia de indigentes: “Bendiciones transfronterizas”

El discurso y la lógica desde la que operan estas casas de asistencia es el de la caridad hacia el más necesitado y vulnerable. El componente geográfico de la frontera es fundamental para la operación de estas casas de asistencia. Las donaciones y ayudas que reciben provenientes del lado norteamericano, son codificadas –desde un discurso caritativo envuelto en místicas cristianas– como “bendiciones” que llegan para los más necesitados. No sólo son percibidas como ayuda humanitaria sino que están llenas de un aura espiritual y divina, son “bendiciones transfronterizas” a las que indigentes tienen acceso.

Si el dispositivo fronterizo, como vimos en el capítulo anterior, es lo que a final de cuentas precarizó, expulsó y atrapó a estas personas en la ciudad de Tijuana, es la ubicación fronteriza misma de la ciudad la que les devuelve la posibilidad de mantener el estilo de vida callejero a través de estas “bendiciones transfronterizas”. Y esto es así porque la infraestructura de apoyo al migrante que hay en Tijuana, existe en función de que, como vimos, es una ciudad atractora de movilidades poblacionales; porque es un territorio fronterizo donde hay una gran cantidad de casas de asistencia.

Las “bendiciones transfronterizas” son sumamente capitalizables por parte de los indigentes que viven en la calle, pues a partir de estas Casas pueden obtener alimento, vestido y en algunas ocasiones refugio. En el caso de los indigentes, pueden acudir cada semana a Casa de los Pobres para cambiar su vestimenta y poder desechar la que ya se les ensució a lo largo de toda la semana. También pueden obtener comida y desayuno todos los días, por lo que el requerimiento básico de subsistencia, la alimentación, está más o menos salvado. Así, en Tijuana, los indigentes pueden tener acceso más o menos fácil a los recursos de instituciones de asistencia al migrante o en pobreza alimentaria, los cuales vienen en su mayoría del otro lado de la frontera.

Por lo anterior, podemos interpretar que así como hay dinámicas transfronterizas que producen el sistema de la indigencia en Tijuana a través de la expulsión de personas de sus límites territoriales, igualmente podemos decir que hay dinámicas transfronterizas, como las “bendiciones”, que operan en el mantenimiento de dicho sistema. No es que estas personas se muevan a través de la frontera para subsistir –como en el caso de los commuters o de los *homeless* transfronterizos de Campbell y Lachica (2013)– sino que

estas “bendiciones” son recursos que se movilizan a través de la frontera para alimentar a estas personas vulnerables.

Este tipo de ayuda transfronteriza –que salvo en Casa de los Pobres, en los demás lugares de Tijuana está destinado al migrante–, al ser capitalizada por los indigentes, abona para sostener el estilo de vida callejero de estas personas. Esto no quiere decir, por supuesto, que conscientemente se esfuerzan por mantener la vida indigente, pero, al ser un mecanismo reactivo ante la emergencia humanitaria –con la que el gobierno local no solo no puede lidiar sino que la incentiva– no son acciones vinculadas a un modelo integral de inserción y cuidado.

#### **4.8 Conclusiones. La gestión de la indigencia: desechabilidad, vulnerabilidad y el mantenimiento del orden público en Tijuana**

En este capítulo se revisaron una serie de modelos de relación y reconocimiento que se establecen en las calles de Tijuana y que colaboran en el mantenimiento –en términos amplios– de la vida callejera. Es decir, se analizaron relaciones sociales y formas de reconocimiento que reproducen condiciones precarias y representaciones ignominiosas para mantener marginados a los indigentes en las calles de la ciudad, pero también se inquirió en la movilización de recursos y ámbitos de reacción indigente que, a partir de estas relaciones, colaboran en la sobrevivencia y mantenimiento de los mismos habitantes de calle. Dos dinámicas que, en el fondo, constituyen formas de gestionar las vidas de las poblaciones callejeras en la ciudad de Tijuana y de mantener determinado orden público de productividad donde los indigentes –en tanto son vistos como ‘vagos’, ‘deambulatorios’ u ‘holgazanes’– son localizados como “extraños” al mismo.

En esta última sección, presento las prácticas y representaciones que constituyen un orden urbano fronterizo excluyente de las vidas precarias en Tijuana. La argumentación se presenta según el grado en que permite mantener condiciones de sostenimiento vital, es decir, en función del grado de precarización en que colocan a estas personas, así como de la posibilidad de extraer algún recurso que pueden movilizar.

##### **4.8.1 Prácticas extractivas y vidas desechables**

En la sociabilidad indigente, existen formas de relación asimétrica cuyas modalidades de interacción se presentan bajo la forma de la extractividad forzada. Para algunos sectores

sociales, los indigentes pueden ser utilizados como un medio para lograr un fin determinado. Además de las diferencias de recursos y poder que otorgan las posiciones sociales, el establecimiento de este tipo de relación instrumental sólo es posible gracias a una tremenda deshumanización de estas personas donde se les valora como seres desechables.

En las experiencias observadas, la relación con los agentes policiales, con los custodios en los centros de rehabilitación así como con aquellos integrantes del crimen organizado, se presentó en contra de la voluntad de los indigentes. Es decir, estas interacciones tomaron la forma de relaciones forzadas que –en ocasiones, a base de engaños– utiliza la presencia de los cuerpos indigentes dispersos por la ciudad como un medio para lograr determinados objetivos, lo que aquí denomino como prácticas extractivas no recíprocas en las interacciones con indigentes.

Las prácticas extractivas operan de manera forzada extrayendo algún valor de la presencia “sucias” de los cuerpos indigentes que circulan por la ciudad –elevar números estadísticos, operar secuestros o usarlos para prácticas laborales informales–. Dicho valor proviene de un proceso de representación y estigmatización en donde estas personas están consideradas fuera del orden social y productivo, lo que, a los ojos de diferentes sectores sociales, los representa como aquellos que no tienen un lugar específico en esta sociedad, es decir, como seres ‘extraños’ en el orden urbano tijuanense.

He mencionado cómo el concepto simmeliano de “extraño” que implica la cercanía de lo lejano, es decir, la co-presencia de una alteridad en un espacio propio, puede ser benéfico en la interpretación de la presencia indigente como “extraña” al orden urbano fronterizo volcado a la productividad. En ese mismo sentido, dicha “extrañeza” se potencializa porque a simple vista son observados como “sucios”. Al igual que Simmel, Mary Douglas utiliza términos espaciales para definir que lo sucio es aquello que está fuera de lugar, la “materia puesta fuera de su sitio” (Douglas, 1973, 54). Si ordenar es clasificar y si clasificar es asignar sitios en un espacio, lo que está fuera de sitio es aquello que está contaminado en el sistema clasificatorio, lo que no debería ir ahí. Y sin embargo, lo “sucio” en el cuerpo de los indigentes está ahí por más esfuerzos que se hagan por invisibilizarlos, estas personas son etiquetadas como sucias, vagas y holgazanes, y por lo tanto son algo fuera de lugar dentro del orden social urbano



‘productivo’. Lo “sucio” rompe un orden, de manera que aquello contaminado es lo que está relegado, descolocado, es un tabú y/o es excluido. Los cuerpos “sucios” de los indigentes se observan como cuerpos fuera de lugar pero que están dentro del orden urbano, por eso son “extraños”.

A partir de dicho proceso de clasificación que los coloca fuera del orden social surge, como dice el Chilango, la idea de que son personas cuyas vidas no merecen la pena, “no importamos para la sociedad, ¿quién chingados nos va a extrañar aquí?” (Chilango, entrevista, 2016). En donde reina la idea de que estas personas no importan es posible entablar una relación de no reciprocidad con ellos, pues no conmueven afectivamente, ni generan empatía. Y sin embargo, su único valor dentro de una economía política de la precariedad callejera radica en la posibilidad de ser usado como un medio para lograr un fin sin tomar responsabilidad de lo que le suceda a sus cuerpos en el camino, es decir, su valor consiste en ser representadas como vidas desechables.

Al colocarse como vidas desechables constituyen, para las prácticas extractivas, una especie de materia prima de la precariedad, las cuales extraerán de su presencia lo que sea necesario debido a que están en posibilidades de no comprometerse con ellos, es decir, de desecharlos. Bauman (2006) menciona que las vidas superfluas, supernumerarias y residuales se colocan como los desechos del orden político y económico global (en nuestro caso, abordamos a los desechos del orden fronterizo), en donde “los otros no te necesitan; pueden arreglárselas igual de bien, sino mejor, sin ti. No existe razón palmaria para tu presencia ni obvia justificación para tu reivindicación del derecho de seguir ahí. Que te declaren superfluo significa haber sido desechado por *desechable*” (Bauman, 2006: 24). Y sin embargo, en la revisión de las prácticas extractivas hemos observado cómo es que aún representados como desechables se capitaliza su presencia en las calles de la ciudad en un ciclo de reuso y desecho en donde lo que está en juego es la vida misma de los indigentes; en donde no se cuestiona la necesidad ni el derecho que pueden tener estas personas de seguir vivos. Así, la valoración de desechabilidad implica la posibilidad de que no haya reciprocidad en la relación social, menos aún de conmoción y empatía. Es una imposibilidad, en el fondo, de entenderla como vida humana.

#### 4.8.2 Prácticas caritativas y vidas vulnerables

También analicé relaciones positivas que observan la vida de estas personas como un fin en sí mismo, no como un medio. Las prácticas bajo las que operan estas relaciones se gestionan desde un discurso caritativo y, a diferencia de las prácticas extractivas, estas relaciones no son forzadas y los indigentes pueden capitalizar y mover una serie de recursos cuando se involucran en ellos. La representación que funciona para que operen estos mecanismos caritativos es el de las vidas vulnerables. La relación con el personal de las casas de asistencia está marcada en mayor o menor medida por esta representación de la vulnerabilidad.

En torno a estos mecanismos y representaciones se interpretaron dos situaciones. Por un lado, los indigentes pueden asistir ahí para salvar la necesidad vital de alimentarse y vestirse, de manera que los recursos que estas casas de asistencia ponen a disposición de la población vulnerable son capitalizados para su subsistencia cotidiana; en ese sentido, ayudan a sostener y mantener la vida callejera, en términos de vida. A diferencia de los mecanismos extractivos, el discurso de estas casas muestra –con sus asegunes– una capacidad de empatía y afección con estas personas y reivindican el derecho de seguir vivos que tienen estas personas.

Por otro lado, la existencia de estas casas de asistencia responde en buena medida a la situación fronteriza de la ciudad y a las oleadas migratorias y flujos de deportación que ha vivido a lo largo de su historia. De igual manera, estas casas en su mayoría subsisten de donativos provenientes del lado norteamericano de la frontera, de manera que hay un mecanismo transfronterizo en el mantenimiento de estos espacios los cuales derivan directamente en ayuda a las personas vulnerables de la ciudad. Es decir, a pesar de que no pueden cruzar la frontera, los indigentes se benefician de los recursos que cruzan la frontera hacia Tijuana.

Estas prácticas de ayuda a las personas vulnerables son acciones reactivas ante la emergencia humanitaria que el gobierno local no puede controlar y que la misma policía incentiva. Por supuesto, muchas de estas instituciones no cuentan con recursos suficientes para que su modelo de atención sea integral en torno a los cuidados y la inserción social

de modo que sólo les alcanza para atender la emergencia alimentaria y de vestido.<sup>72</sup> De manera que el resultado de estas relaciones implica que los indigentes en la ciudad de Tijuana capitalizan recursos transfronterizos y con ello se abona al sostenimiento y mantenimiento de la sobrevivencia en las calles de la ciudad, lo que representa uno de los mayores ámbitos de acción para los indigentes en tanto en estos espacios encuentran recursos para movilizar como estrategia principal de sobrevivencia cotidiana.

Sin embargo, esta capacidad de agencia no quiere decir que pueden transformar su situación precaria. Dice Isabell Lorey que "las condiciones que hacen posible la vida son al mismo tiempo las condiciones que la preservan aun precaria. Toda protección conserva lo precario; toda salvaguarda y todo cuidado preservan la vulnerabilidad; nada garantiza la invulnerabilidad" (Lorey, 2016: 34). Esto es muy claro, en el papel que juegan las casas de asistencia, pues ayudan a mantener la situación de indigencia, ayudan a preservar la vida en la calle, colaboran a que estas personas se mantengan en el vórtice de precarización, en tanto, salvan la necesidad alimentaria. Entonces, como veremos en el siguiente capítulo, estas personas pueden destinar sus ingresos a otras prácticas, como el consumo de drogas.

#### **4.8.3 El indigente como extraño y el mantenimiento del orden público fronterizo**

Tanto los mecanismos extractivos como los caritativos contribuyen al mantenimiento de un orden público que localiza a los indigentes fuera del mismo porque son observados como personas no productivas. Como el comentario en línea de un lector decía sobre una nota en relación a la ‘dispersión’ de los indigentes en Tijuana y un accidente provocado por cruzar una vía rápida: “[el conductor] va a tener que pagar las consecuencias de alguien que no era productivo para la sociedad” (Frontera, 2015). Hemos dicho, retomando a Simmel y a Douglas, que la generación de vidas ‘extrañas’ al orden urbano, se activa a través de distintas etiquetas gracias al atributo de suciedad con el que son localizados en la compleja dinámica urbana –estas etiquetas aluden a una serie de figuras que son vistas como un peligro para la ciudad y se aplican indistintamente hacia ellos: drogadictos, criminales, holgazanes, malandros—. Los indigentes son representados como

---

<sup>72</sup> Aunque ya hay acciones y planes, como en el Desayunador del Padre Chava o la “agencia migrante” de Fundación Gaia, que pretenden convertir los espacios de asistencia en lugares de canalización e inserción social

extraños y peligrosos al orden urbano según las reacciones que genera en otros su presencia por la ciudad.

Aún más, dicha idea de peligrosidad se sustenta en la construcción del indigente como “vago” y “holgazán”, es decir, como alguien no productivo para la sociedad. La productividad y la innovación, como uno de los valores que desde el gobierno y la iniciativa privada se han impulsado en la ciudad (Serrano, 2014)<sup>73</sup>, tiene en sus fundamentos un orden que responsabiliza individualmente el fracaso o el éxito de la productividad de las personas. En relación a ello, la idea del fracaso en la ciudad de Tijuana, y específicamente en estas poblaciones, está asociada al estigma que representa ser deportado (Albicker y Velasco, 2016) como un fracaso no sólo de migrar al norte sino de insertarse laboralmente en la ciudad (Odgers y Campos, 2014).

Así, el indigente sólo representa una figura “extraña” en tanto distintos sectores sociales lo ubiquen como *outsiders* (Becker, 2014) al orden urbano a través del uso indistinto de etiquetas ignominiosas, relacionadas a la peligrosidad que representa no ser productivo en Tijuana. Se ha mostrado, a lo largo de este capítulo, que los indigentes se consideran ajenos al orden urbano sólo a través de una serie de procesos relacionales en los que se inmiscuyen cotidianamente y que están sustentados en representaciones de holgazanería o suciedad, lo que permite valorarlos como vidas que no importan y, por lo tanto, que pueden ser desechadas. En ese sentido, mostrar que les avienten cosas, que los usen para operar secuestros, para elevar números en las delegaciones o incluso para canalizar recursos transfronterizos, es una manera de dar cuenta cómo reaccionan distintas instancias sociales a la presencia visible de estas personas por las calles y cómo los representan y localizan ‘fuera’ de la jerarquía social de la ciudad.

Ahora bien, importa dejar claro que, debido a la densidad y complejidad de las ciudades, el mantenimiento del orden urbano corre a cargo de “profesionales del cumplimiento y aplicación de la ley cuya tarea es ocuparse de todo aquello que se aparta de la normalidad” (Becker, 2014: 143-144). En este capítulo se ha mostrado que estos profesionales encargados de gestionar la vida indigente en la sociedad fronteriza de Tijuana se ubican dentro de instituciones de orden como policías, centros de

---

<sup>73</sup> El programa Tijuana Innovadora es ejemplar al respecto y además fue impulsado por el Comité de Imagen de Tijuana en connivencia con el gobierno federal (Serrano, 2014).

rehabilitación, grupos politizados y casas de asistencia. Es decir, de instituciones que pretenden hacerse cargo de todos aquellos que son localizadas –por medio de tratos y etiquetas peyorativas, como ya se ha relatado– ‘fuera’ de las normas urbanas fronterizas que se sostienen una idea de ciudad productiva. En la revisión de estas relaciones sociales e institucionales, se mostró que dicha pretensión –de hacerse cargo de los “extraños”– ha permitido un proceso de exclusión –con sólo algunas posibilidades de movilizar recursos– que continúa precarizando la vida de los indigentes en Tijuana.

## **5. Prácticas de subsistencia y agudización de la precariedad: localización residual, escamoteo de recursos y consumo de drogas**

### **5.1 Introducción**

En este capítulo se analizan las prácticas indigentes en el vórtice de precarización para describir la fase en que se construye, reproduce y agudiza la indigencia en Tijuana desde el ‘hacer’ de las personas que viven en situación de calle. Esta fase que aquí denominó “del escamoteo” refiere a un proceso envolvente de inserción en rutinas y prácticas indigentes en donde se despliegan las condiciones para moldear sujetos que interiorizan el proceso de precarización y lo reproducen de manera exponencial.

Esta dinámica da inicio en el momento en que se establece una rutina de prácticas indigentes en las calles de Tijuana. Establecer la rutina, como veremos, marca el momento en que estas personas configuran su situación como vida callejera. Las prácticas indigentes se caracterizan por su informalidad, clandestinidad y precariedad y operan a partir de aprovechar los recursos de la infraestructura urbana, la posición fronteriza de la misma y las instancias sociales con que interactúan.

A partir de que se establece la rutina se van aprehendiendo, poco a poco, las técnicas y saberes informales para subsistir en la calle y salvar las necesidades básicas como alimento, techo y agua. Se va conociendo cuáles son los mejores lugares para establecerse y para circular sin ser observado por la policía. Con el paso del tiempo, se van rutinizando dichas prácticas y se van acostumbrando a vivir en el centro de una urbanización sin servicios, es decir, en espacios no diseñados para habitar. Se construyen yongos, se consigue agua y se domina el fuego. En el análisis observaremos cómo es que todas estas prácticas de subsistencia, si bien salvan las necesidades básicas de subsistencia humana no posibilitan un proceso de acumulación de recursos, lo que mina las posibilidades que tienen de salir de la calle. De hecho, los pocos ingresos que obtienen estas personas, son destinados en su mayoría a exacerbar un consumo de drogas, lo que agudiza la elipse de precarización en que están inmersos.

En el desarrollo del capítulo se observará cómo las rutinas y la forma de ‘ganarse la vida’ en la calle participan de un orden que deteriora las capacidades de agencia y mina con ello las posibilidades que tienen en sus manos de salir de la calle. De manera que se concluye que sus prácticas, no sólo no tienen la capacidad de subvertir el orden social que los excluye y los mantiene en la calle, sino que lo afianzan, lo agudizan y proporcionan la base práctica para que se reproduzca socialmente un estereotipo con que se les menosprecia.

La idea de fondo de este capítulo es diseccionar las rutinas de las personas en situación de calle para evaluar, según sus circunstancias, el deterioro de la agencia a partir de las prácticas de escamoteo. Es decir, dado el proceso acumulativo de precarización transfronterizo y los procesos violentos y extractivos de exclusión con que se gestiona la vida callejera en la ciudad, se evalúa la moralidad que sustenta las decisiones de estas personas de llevar a cabo estas prácticas rutinarias informales y no otras.

En el desarrollo de este capítulo se dibuja el ‘salto cualitativo exponencial’ hacia el vórtice de precarización que significa involucrarse en las rutinas y prácticas callejeras en intersección con el exacerbado y dependiente consumo de drogas. Así, se intenta delinear las fuerzas centrípetas que jalan poco a poco a los habitantes de calle hacia dinámicas cada vez más vulnerables agudizando la precariedad vital.

### **5.1.1 Prácticas sociales, teorías de la acción y situación de calle**

Analizar las prácticas sociales es hacer un esfuerzo por entender las acciones humanas en sociedad. Las teorías de la acción forman parte de un largo debate sociológico en torno al orden social, donde las posiciones extremas para la acción se han fincado, por un lado, en concepciones individualistas sobre las decisiones para actuar (donde el orden social es producto de la combinación de intereses individuales), y por otro lado, en supuestos normativos de la acción (donde el orden social es garantizado por el consenso de normas y valores colectivos).

Las teorías de la práctica de la segunda mitad del siglo XX, emergen como una manera de mostrar que las actividades humanas y las estructuras sociales están relacionadas recursivamente (Giddens, 1984; Bourdieu, 2009). En ese sentido, analizar las prácticas elude tanto discursos meritocráticos como determinismos estructurales, aún

más, a partir de este acercamiento se asume que el orden social es resultado de las prácticas en sociedad (Schatzki, 1996). Lo social, en ese sentido, está situado en las prácticas en tanto se consideran un puente entre las acciones humanas y las estructuras sociales (Reckwitz, 2002; Shove, Pantzar y Watson, 2012).

El análisis en el orden de las prácticas alumbró también la conformación de sujetos indigentes a través de acciones rutinarias en los lugares residuales que habitan, en ese sentido, la constitución subjetiva de estas personas está inserta en una dialéctica histórica de permanencia y cambio donde la acción práctica juega un papel clave en dicha constitución.

### **5.1.2 Las prácticas indigentes como “escamoteo”: sacar provecho de los recursos de la urbe**

En la correlación de fuerzas urbanas en tensión, las prácticas de los indigentes –como reacción activa a la situación precaria– se caracterizan por su informalidad, clandestinidad y precariedad. Esto quiere decir que dichas prácticas operan al margen del orden urbano establecido pero valiéndose de los recursos que hay en él. Las prácticas indigentes se caracterizan, entonces, por el “escamoteo” en el sentido en que De Certeau (1996) piensa a las tácticas operando dentro de las estrategias, es decir, como estilos de acción que “intervienen en un campo que los regula en un primer nivel (...) pero introducen una forma de sacar provecho de éste que obedece a otras reglas y que constituye como un segundo nivel imbricado en el primero” (De Certeau, 1996: 36). En ese sentido, las prácticas indigentes pueden ser leídas como tácticas que aprovechan o “se valen de...” los recursos de la infraestructura urbana y las instancias sociales con las que interactúan.

Una de las características de las prácticas de los indigentes es que se llevan a cabo a partir de la carencia de un lugar propio. Las canaletas por donde circulan, los emplazamientos donde habitan, y los recursos de los que sacan provecho no les pertenecen, “la táctica no tiene más lugar que el del otro (...) debe actuar con el terreno que le impone y organiza la ley de una fuerza extraña (...) Obra poco a poco. Aprovecha las “ocasiones” y depende de ellas, sin base donde acumular los beneficios, aumentar lo propio y prever las salidas. No guarda lo que gana” (De Certeau, 1996: 43).



Dentro de la correlación de fuerzas implicadas en el proceso de precarización, analizar las prácticas de los indigentes en el sentido táctico o de escamoteo, implica evaluar los márgenes de maniobra que estas personas tienen, para subsistir, revertir el orden o agudizar su situación. En el análisis subsiguiente se observa cómo es que aprovechar los recursos de la infraestructura urbana en escasas ‘ocasiones’ pero no conservarlos ni acumularlos debido a que no tienen un lugar propio o fijo, agudiza la situación precaria en que viven, pues si bien salvan ciertas necesidades básicas, este hecho permite el acceso a exacerbar el consumo de estupefacientes. Se observará posteriormente, un brutal deterioro de las posibilidades de agencia de estas personas y se abre camino para un posterior análisis de la reproducción subjetiva de las violencias a las que se enfrentan cotidianamente –lo que se analiza en el capítulo siguiente–.

### **5.1.3 Los componentes de las prácticas, la rutina y la situación de calle**

Las prácticas, según Reckwitz, son un tipo de comportamiento rutinizado compuesto por diferentes elementos interconectados entre sí: actividades corporales y mentales, objetos y sus usos, saberes y entendimientos, así como emociones y motivaciones. Éstas son “una manera rutinaria en que se mueven los cuerpos, en que se manejan los objetos, en que los sujetos se tratan, en que las cosas se describen y en que el mundo es entendido” (Reckwitz, 2002: 250).

Es preciso dejar claro que las prácticas están insertas en estructuras temporales y como tal pueden analizarse tanto como un conjunto unitario de los elementos señalados anteriormente a lo largo del tiempo, así como un performance que se ejecuta en la inmediatez del ‘hacer’. Evidentemente esta separación es analítica pues “es sólo a través de momentos sucesivos performáticos que las interdependencias entre los elementos que constituyen la práctica como una entidad se sostienen a lo largo del tiempo” (Shove, Pantzar y Watson, 2012: 7). Así, las prácticas en su ejecución rutinaria reproducen las condiciones sociales en que se vive y, en nuestro caso, reafirman la desposesión y precariedad de vida en la que están inmersos los indigentes.

Shove y compañía, reformulan la propuesta de Reckwitz y sintetizan los elementos de la práctica en tres: materiales, competencias y sentidos. Los materiales engloban infraestructuras, objetos, herramientas, el cuerpo y todos los soportes físicos; son ‘el lugar del otro’ que señala De Certeau, los cuales tienen un rol central en la vida

cotidiana indigente como recursos para la práctica. En el caso de las prácticas indigentes, esta materialidad está relacionada con los residuos de la urbe y dan cuenta de manera importante de la precariedad de estas prácticas. Las competencias aluden a conocimientos acumulados, saberes prácticos, habilidades y entendimientos, tanto para evaluar como para ejecutar las prácticas. Los elementos de sentido representan la significación social y simbólica de participar en la realización de las prácticas e involucran emociones, motivaciones y las actividades mentales.

El conjunto de elementos que se asocian en una práctica (que implican materialidades, competencias, sentidos, cuerpos y estructura social) no pertenecen ni son atributos personales de los individuos, sino que convergen en ellos debido al proceso histórico, a los modelos estatales y sociales y a las condiciones contextuales y materiales. En la presente investigación, las prácticas indigentes en Tijuana no aluden a características propias de las personas en situación de calle, sino que refieren a los elementos materiales en la frontera México-Estados Unidos –en su mayoría, a los residuos–, a las competencias adquiridas por estas personas –tanto en el ir y venir por la frontera, como en su experiencia cotidiana en la ciudad– y a los sentidos atribuidos a las acciones en dicha situación.

#### **5.1.4 Contenidos del capítulo. El análisis de las prácticas indigentes**

Tomando como punto de partida la conjunción de estos elementos, en lo que resta del capítulo abordaré diversas prácticas observadas durante el trabajo de campo y que juntas conforman lo que aquí denomino como la fase del escamoteo de la situación callejera en la frontera norte.

El capítulo presenta en una primera parte el establecimiento de las rutinas indigentes –la inserción en las prácticas indigentes después de un proceso de deportación– como el momento en que estas personas significan su vida como situación callejera. Aquí se aborda la transición a la vida callejera, a partir de hacer un cambio en la escala analítica para pasar de observar movilidades transnacionales hacia movilidades y ritmos intraurbanos. Posteriormente se describen y analizan las prácticas de escamoteo de la vida indigente y las ambivalencias que ello representa para el mantenimiento de la vida callejera. Finalmente, se analiza la relación con la obtención de ingresos, por más mínimos que sean, y de qué manera ello se destina al consumo de drogas. A partir de este

análisis, en tanto las necesidades básicas están cubiertas y los recursos obtenidos se destinan al consumo exacerbado de drogas, se ubica un salto cualitativo exponencial para el aceleramiento de las fuerzas que mueven la espiral de la precariedad y se colocan las bases para que estas personas asuman su situación como una responsabilidad propia sin alusión a las desigualdades estructurales y societales.<sup>74</sup>

## 5.2 El establecimiento de la rutina indigente

Si como dice Reckwitz “las prácticas son rutinas” (2002: 255), entonces la estructura social puede también analizarse en el comportamiento rutinario de la acción –en la repetición y reproducción de las prácticas sociales en una secuencia de tiempo–. Siendo así, el orden social que margina a los indigentes hacia espacios residuales de la ciudad puede observarse a partir de las rutinas de las personas habitando en situación de calle. Dicho de otro modo, el orden social fronterizo donde ciertas personas se colocan en situación de calle se produce y reproduce cuando estas personas establecen rutinas informales o de “escamoteo” en los espacios residuales de la ciudad, sincronizando sus ritmos de vida con los de la urbe.

### 5.2.1 Reconfigurando prácticas: sincronizando con los ritmos de la ciudad

Analizar los cambios de ritmo entre la deportación y el establecimiento de la vida en la calle permite observar que estas personas reconfiguraron su situación social al pasar por un proceso de reorganización de sus prácticas y, por lo tanto, su dinámica vital se sincronizó con los ritmos de las calles tijuanaenses.

Al cambiar de escala de análisis de las moviidades transnacionales a las moviidades intraurbanas se hace posible observar cómo estas personas se integran a dinámicas de la vida callejera en las ciudades fronterizas en donde la idea de espera –y de decisiones coyunturales y solitarias que conlleva– (Odgers y Campos, 2014) se diluye y *moviliza* en una serie de dinámicas y ritmos cotidianos que involucran prácticas de apropiación temporal de espacios, estrategias de sobrevivencia diaria, deseos laborales,

---

<sup>74</sup> Por supuesto, como habíamos advertido en un inicio, el proceso de consumo de drogas no es lineal y los acontecimientos pueden suceder en orden dispar –algunos de ellos habían comenzado a consumir en Estados Unidos–, sin embargo sí se ubicó un diferencia cualitativamente exponencial en la precarización de sus vidas cuando el consumo de drogas se exacerbó gracias a salvar las necesidades básicas y destinar sus pocos ingresos al uso de estupefacientes.

interacción y formación de redes de solidaridad callejera, involucramiento en diversas actividades diarias, circulación por circuitos precarios, etcétera.<sup>75</sup>

El acercamiento y análisis de los cambios de ritmo de estas personas –de la deportación a la vida callejera– es una herramienta fructífera para la indagación sobre el establecimiento de las prácticas indigentes, debido a que permite investigar cómo cambian y se (re)organizan las prácticas sociales de las personas que atraviesan un proceso de deportación en condiciones precarias y de vulnerabilidad como es el caso de quienes ahora viven en la calle. Así, analizar los ritmos permite “explorar las estructuras temporales cotidianas y los procesos que (re)producen conexiones entre los individuos y lo social” (Edensor, 2010: 2), es decir, a través del análisis de los cambios de ritmos podemos conocer la reconfiguración de prácticas y rutinas que producen y reproducen un orden social que precariza a estas personas y los mantiene en situación de calle.

### **5.2.2 Transición a la vida callejera: sincronizando los ritmos de vida con los de la calle**

Establecer la rutina indigente ha implicado un proceso de sincronización con los ritmos y el orden de la ciudad. Llegar a habitar las calles de la ciudad no sucede de un día para otro, ni se presenta de manera homogénea en todos los casos. El análisis de dicho proceso implica revisar la interacción de una serie de dinámicas de circulación y emplazamiento en espacios residuales de las poblaciones callejeras en sintonía con las temporalidades involucradas. En esta investigación se encontraron tres formas de sincronizar el devenir vital con las temporalidades que marca el orden urbano tijuanaense: emplazamientos duraderos, ‘fijos en la movilidad’ y emplazamientos intermitentes.

En primer lugar, están quienes se han apropiado de un lugar por un tiempo considerable, un año o más, en las adyacencias de la infraestructura urbana o en los barrancos de la ciudad. Este es el caso de los habitantes del Cañón del Matadero, de algunos en el Arroyo Alamar, en La Selva, en albergues de la ciudad o en algún otro

---

<sup>75</sup> Estos ritmos de las calles en Tijuana, con los que estas personas tienen contacto, están imbricados con procesos de pobreza, drogadicción, prostitución y criminalidad. Aún más, la presencia de estas personas en las calles está vinculada con representaciones sociales profundamente desacreditadoras que generan los discursos mediáticos y oficiales, convirtiendo la categoría de deportado en un estigma amenazante para los habitantes de la ciudad (Albicker y Velasco, 2016). De hecho, como vimos en el capítulo anterior, su presencia por la ciudad se gestiona por procesos de exclusión, alimentados por prácticas extractivas y caritativas, así como representaciones de desechabilidad y vulnerabilidad.

espacio residual de la misma. Los itinerarios de estas personas están marcados por la existencia de este lugar, es decir, salen de y regresan a dicho enclave. De esta manera se crea una especie de sentido de refugio y de morada en una de las dimensiones de los sentidos de hogar que plantea Sommerville (1992, 2013). Las personas que habitan estos espacios, organizan sus circulaciones según algunos ritmos urbanos, como el que marca el servicio de desayuno en Casa de los Pobres o el Desayunador del Padre Chava, los tiempos de los mercados sobre ruedas o de las recicladoras. Esto no quiere decir que estos ritmos definan por completo sus circulaciones por la ciudad, de hecho, al tener un lugar donde poder incluso cocinar, pueden tener más libertad o no para elegir inmiscuirse en dichos ritmos.

En el extremo opuesto, en segundo lugar se observan aquellos que no se han apropiado de un emplazamiento en la ciudad por un tiempo considerable, sino que solamente duermen ‘en cualquier esquina’ o en algún albergue en la ciudad que puedan pagar. Sus circulaciones en ese sentido, si bien también están marcadas de alguna manera por los horarios de los desayunadores, se limitan a buscar el sustento de manera más aleatoria por la ciudad, ya sea pidiendo dinero en los semáforos, limpiando carros, ayudando en la trastienda de algún supermercado. Es preciso señalar que el hecho de no tener un espacio donde asentarse los obliga a ‘estar moviéndose’, y en ese sentido, sus ritmos urbanos pueden delinearse como ‘fijos en la movilidad’ (Jackson, 2012), es decir, más allá de estar fijos o móviles, sus moviéndose se complejizan al verse delimitadas a llevarse a través de una serie de espacios residuales debido a determinadas restricciones delineadas, sobre todo, por el acoso policial. Por lo que se observó en campo, estos casos son de quienes tienen poco tiempo de llegada a las calles de la ciudad.

En tercer lugar, se observa en una posición intermedia a aquellos que no han logrado asentarse por un tiempo considerable en un lugar residual, es decir, que lo han intentado pero no logran afianzarse en determinado lugar, ya sea porque no logran generar vínculos con la comunidad callejera de alrededor, porque la policía los desalojó o porque están inmersos en consumo de drogas.

### **5.2.3 Establecer la rutina callejera: asumir las prácticas indigentes**

Ahora bien, lo que se deduce de estas formas de interacción con los espacios y circulaciones de la ciudad, es que el momento decisivo en que estas personas significan

su episodio vital –y por lo tanto, configuran su identificación personal alrededor de ello– como un habitante de la calle tiene que ver, más que con el hecho de haber sido deportados, con el establecimiento de una rutina en consonancia con los ritmos de la ciudad que se lleva a cabo desde los espacios callejeros.

Establecer una rutina, a partir de la construcción de un ‘yongo’ o a partir de la estancia en albergues, se coloca como un momento de certeza en la habitación de calle. Dentro del caos que puede implicar llegar a habitar las calles, asentarse en uno de estos espacios estabiliza de alguna manera las dinámicas cotidianas en la ciudad. A partir de establecer una rutina desde un lugar determinado se pueden organizar los itinerarios, asumir las prácticas y administrar las operaciones cotidianas que se llevan a cabo en la situación de calle.

Algunos logran instaurar esta rutina a partir de establecerse en albergues, como el caso de Alfredo de Sonora, a quien conocí en las inmediaciones de la catedral y quien tenía más de treinta años de haber llegado a la ciudad y unos veinte años que dormía en albergues junto con otras personas con las que convive diariamente y que rutinariamente, después de salir del albergue, esperan en dicho lugar a que alguien traiga comida o les ofrezca un trabajo para poder pagar la noche en el albergue. Otros, como Don Ángel y las personas que habitan en el Cañón del Matadero o aquellos que habitaron por años El Bordo, lograron construir un ‘yongo’ y conservar dicho espacio por un tiempo considerable. A partir de dichos asentamientos lograron establecer una rutina e incorporarse desde las prácticas de la vida callejera a los ritmos de la ciudad. Si bien el grueso de la investigación en campo estuvo enfocada en aquellos que han habitado por años el Cañón del Matadero, conocer las experiencias de aquellos que habitan albergues o en el Arroyo del Mar, ha servido como contrapunto para concluir que la sensación de ser un habitante de las calles de la ciudad –y no sólo un deportado atrapado en esta frontera– llega cuando se lograron empatar los ritmos personales con los ritmos de la ciudad, es decir, cuando se establece una rutina callejera urbana a partir de las prácticas de escamoteo.

#### **5.2.4 La rutina, el escamoteo y el vórtice de precarización**

La sincronización del tiempo vital con el de la vida urbana es una relación espacial no mediada por el barrio, el trabajo o la familia, sino por las prácticas de escamoteo. Una

diferencia que tienen los indigentes con otros habitantes pauperizados en la ciudad. Ahora bien, al advertir la sincronización con los ritmos de la ciudad, entre quienes tienen más tiempo en las calles y quienes no, es posible comenzar a distinguir cómo el vórtice de precarización va tornándose más agudo en tanto establecen una rutina donde incorporan el escamoteo como parte de sus prácticas. Se puede observar cómo se socializan saberes a partir de quienes tienen más tiempo conociendo la dinámica callejera y cómo, quienes duermen en cualquier lugar, están aprendiendo a escamotear y conocer cómo satisfacer sus necesidades básicas. Se observará, más adelante, como ello –establecer la rutina indigente– agudiza el proceso de precarización indigente y al internarse en sus prácticas es cada vez más difícil salir por su propia cuenta, salvo que alguna fuerza externa los apoye con la salida, sean redes socioafectivas o mecanismos gubernamentales de atención integral a poblaciones vulnerables.

Así, el hecho de asentarse en un lugar o un espacio en la ciudad es determinante para comenzar a establecer las prácticas rutinarias de la indigencia. En el siguiente apartado, se analizarán las prácticas de emplazamiento, las características residuales de los lugares de asentamiento y las formas en que estas personas ocupan dichos espacios.

### **5.3 Las prácticas de escamoteo y el vórtice de precarización: la vida en una urbanización sin servicios**

En este apartado analizo cómo es la vida en espacios no diseñados para ser habitados. Reviso las prácticas indigentes y observo las dinámicas a través de las cuales se agudiza su situación vulnerable y se acelera el vórtice de precarización en el que se sumergen cada vez más. Analizo cómo se aprovechan los recursos infraestructurales de la ciudad y de la posición fronteriza de la misma para asegurar ciertas necesidades básicas como refugio, alimentación e higiene, lo que hace posible destinar sus recursos económicos hacia el consumo de drogas, tema del siguiente apartado.

La vida callejera carece prácticamente de todas las comodidades de una vivienda regular. Para empezar, estas personas tienen que sustentar la falta de vivienda a través de apropiarse momentáneamente de algunos terrenos o espacios adyacentes a la infraestructura urbana y tener un espacio en el cual refugiarse de las inclemencias climatológicas. En los emplazamientos residuales no hay agua, luz, gas, drenaje y las vías

de comunicación son poco accesibles. La comida escasea y la adquisición de recursos normalmente se hace a través de actividades informales. Así, para solventar la falta de acceso a los servicios públicos y poder sobrevivir en los márgenes de la ciudad, las personas en situación de calle tienen que sortear una serie de escaramuzas para enmendar la carencia de los emplazamientos residuales. En este acápite indago en las tácticas –o prácticas de escamoteo– mediante las cuales sobreviven los indigentes en los emplazamientos residuales de la urbe.

Además de analizar las formas de emplazarse en espacios residuales y de ahondar en sus significados, también se describirán minuciosamente las técnicas y saberes para vender fierros, encontrar artículos en la basura que aún sirvan (pepenar) y los espacios donde recirculan estos objetos, así como los saberes callejeros para obtener agua y las formas de lidiar con la falta o exceso de fuego en dichos espacios. Esto, permite, por otro lado diferenciar la vulnerabilidad de la vida callejera con otras formas de pobreza en la ciudad de Tijuana.

La idea de este apartado es colocar la fase del escamoteo como un proceso ascendente de inserción en prácticas indigentes que envuelve y crece cada vez más y que genera condiciones para crear sujetos que interiorizan, y así reproducen, las fuerzas del vórtice de precarización. Al no tener posibilidades de inserción social estas personas se involucran en las prácticas de escamoteo de la vida callejera y a partir de ahí organizan sus ritmos, sus tiempos y su sobrevivencia. Se trata de evaluar, desde las prácticas, sentidos y moralidades de los sujetos que viven en las calles, las acciones de los indigentes como parte de un escenario precario en el cual muestran grados impresionantes de adaptación aunque en ello se agudicen las condiciones precarias en las que viven y contribuyan a la persistencia de la indigencia en la ciudad.

### **5.3.1 Prácticas de localización residual y orden urbano**

Las *prácticas de localización* en una locación del espacio urbano son pensadas aquí a partir del concepto de *lugar* de la geografía social que lo aborda como segmentos espaciales imbuidos de significados (Cresswell, 2004). Pero más que pensarlos como espacios autocontenidos, el *lugar* hace referencia necesaria a procesos sociales de encuentro e interconexión que se concentran espaciotemporalmente en una *locación*; los lugares son producidos por conexiones y movi­lidades que convergen en dicho espacio, se



trata más de rutas que convergen que de raíces que están fijas (Gustafson, 2001). En ese sentido, los lugares no son necesariamente puntos o áreas geográficas sino que se cristalizan como una ‘constelación de procesos’ que no estaban relacionados anteriormente, “los lugares como integraciones de espacios y tiempos; como *eventos espacio-temporales*” (Massey, 2005: 130).

Así, los lugares de la indigencia en Tijuana son coyunturas espacio-temporales (Simonsen, 2008) donde diversas trayectorias vitales, vinculadas al atrapamiento fronterizo, encuentran en la práctica de localización una forma de ‘estar’ y subsistir en un espacio urbano. Podrá notarse que, con la descripción de las cualidades de los mismos, muchas de las condiciones de estos espacios y las circulaciones a través de ellos, colocan a estas personas en una ambivalente situación de refugio y riesgo a la vez, lo que precisamente estructura su situación socioespacial específica y la diferencia frente a otras formas de pobreza en la ciudad.

Es desde este concepto de lugar que se delinea la categoría de localizaciones residuales. Derivadas de las prácticas de localización, éstos lugares tienen la característica de ubicarse en áreas ‘excedentes’, ‘sobrantes’ o ‘residuales’ de la infraestructura urbana. Es decir, son los residuos espaciales del ordenamiento urbano, los espacios que le sobran a los esfuerzos de modernización.

### **5.3.2 Lugares residuales: refugio y riesgo en la clandestinidad urbana**

Para entender la especificidad de las prácticas de localización en espacios residuales habría que insertarlas dentro de una narrativa que ligue las prácticas históricas de asentamiento informal en la ciudad y así poder diferenciarlas posteriormente.

El crecimiento urbano de la ciudad de Tijuana tuvo como marca de su desarrollo un sistemático surgimiento de asentamientos irregulares, muchos de los cuales involucraron luchas por servicios públicos y la formalización de dichas apropiaciones espaciales (Valenzuela, 1991). Ocupaciones territoriales espontáneas sin reconocimiento legal y fuera del marco jurídico del ordenamiento urbano; normalmente establecidos en zonas periféricas de la ciudad y muchas de ellas en zonas de alto riesgo y en condiciones precarias e insalubres. Muchos de estos asentamientos han seguido un método autoconstructivo de vivienda y a partir de ello se ha luchado por la regularización legal de

dichos terrenos y la instalación de servicios públicos (Hiernaux, 1986; Alegría y Ordoñez, 2005).

Sin embargo, si bien los asentamientos informales comparten con los lugares residuales de los indigentes el hecho de apropiarse de un espacio ciudadano, de operar por fuera del ordenamiento urbano y de construir la vivienda con sus propias manos, estos tienen algunas diferencias. En primer lugar, las poblaciones callejeras no se asientan en un terreno privado específico con miras a edificar una vivienda, sino que ocupan diversos espacios, sobre todo aquellos que están escondidos, al margen o en las adyacencias de la infraestructura urbana como debajo de los puentes, en los cañones en medio de carreteras o en alcantarillas y que son propiedad pública. En ese sentido, emplazan su cuerpo en uno de estos espacios buscando de alguna manera tener un pequeño refugio. Por otro lado, cuando estas personas construyen ‘yongos’ o llevan cualquier tipo de objeto a estos espacios no buscan regularizar ni pelear por la tenencia de la tierra, lo que están haciendo es aprovechar la condición pública, pero sobre todo, oculta de dichos espacios para tener un lugar donde dormir, guarecerse de las condiciones del tiempo y fuera de la vigilancia policial o de cualquier otra agresión social. La ocupación en estos espacios, en ese sentido, es más efímero que el asentamiento en una vivienda debido a la relación espacio público-privado. La otra diferencia es que en los asentamientos irregulares se han conformado organizaciones sociales y acción colectiva, en los lugares residuales, no.

A diferencia del concepto de asentamiento irregular, aquí se utiliza el término de *lugar o localización residual* ya que hace alusión a una convergencia de eventos espacio-temporales en un lugar, según la definición de Massey (2005). Por otro lado, lo *residual* hace alusión a la cualidad de los espacios ocupados, ya que generalmente estos se ubican en las adyacencias y márgenes de la infraestructura urbana –bajo puentes, alcantarillas, cañones–. La residualidad alude, en ese sentido, a que son espacios sobrantes del desarrollo modernizador de la ciudad; espacios que no son habitables según la lógica urbanizadora.

Si, como dice Bauman (2006), en los cimientos del diseño moderno (y aquí bien puede extenderse al diseño urbanístico) se encuentra la idea de crear algo nuevo a partir del anhelo de ordenar el caos del pasado y de neutralizar o quitar de la vista los ‘daños colaterales’ de los diseños anteriores, entonces el producto de la creación moderna

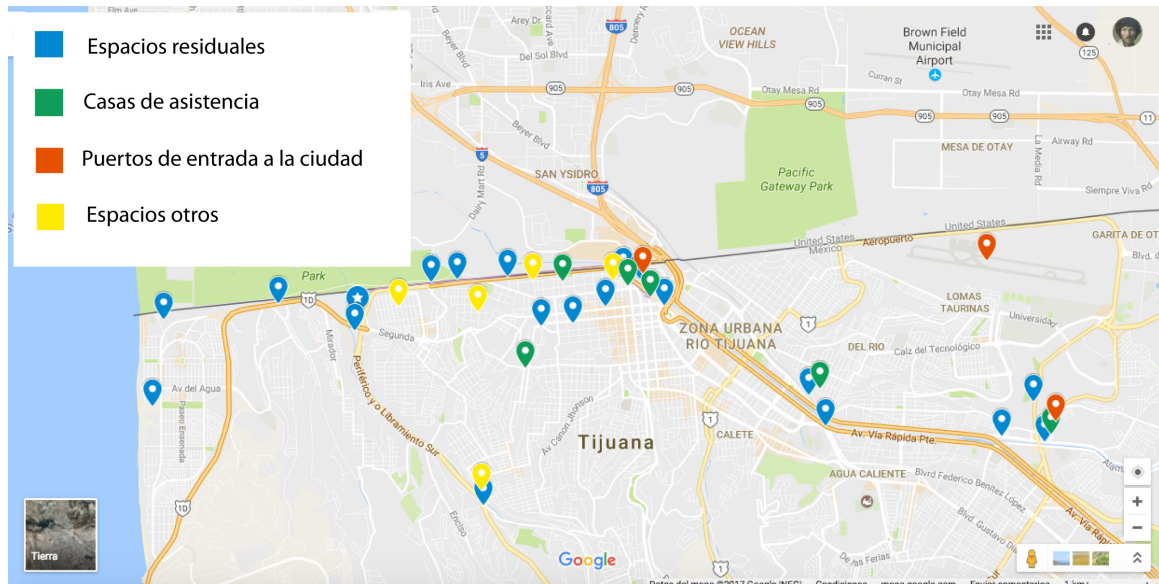
arrastrará siempre su némesis: los residuos. Así, los espacios residuales son los excedentes del diseño urbano modernizador: secuelas espaciales, emplazamientos que sobran.

Uno de los reductos para los marginados sociales que la sociología urbana ha estudiado a fondo es el gueto, un dispositivo espacial que instrumentó la segregación de clases y razas marcando a sus residentes con estigmas de la desviación, inferioridad y rechazo social, “un almacén humano donde se desechan aquellos segmentos de la sociedad urbana que se juzgan de mala reputación, poco valiosos y peligrosos” (Wacquant, 2001: 107). Sin embargo, aunque comparten similitudes como mecanismos de relegación social, los espacios residuales urbanos no son, como los guetos, complejos inmobiliarios preestablecidos para que ahí habite la gente; los lugares residuales son la parte negada del diseño urbano, el emplazamiento adyacente de los grandes proyectos de urbanización, el excedente de avenidas, edificios y canalizaciones: bajo puentes, tubos de drenaje, subsuelo, lotes baldíos, banquetas, callejones. Espacios sobrantes que a la mirada del proyecto moderno son potenciales focos de infección social y de contagio amenazante debido a la gente que puede llegar a usarlos.

Así, estos son lugares donde se refugian los indigentes porque están lejos de la visibilidad pública. Y aunque dichos espacios les dan refugio, éstos son frágiles y vulnerables a las condiciones climáticas, el desmantelamiento policial, el robo de pertenencias, los conflictos con otras poblaciones y redes criminales, etcétera. Se constituyen así los lugares residuales tanto espacios de refugio como espacios de riesgo.

Ahora bien, a lo largo de los años, las poblaciones callejeras en Tijuana se han servido de una serie de espacios sobrantes de las estructuras urbanas para refugiarse y habitarlos (El Bordo es probablemente el espacio que más atención pública ha recibido). En las adyacencias de la infraestructura de la ciudad, debajo de las avenidas, puentes y pasos de desagüe, al pie del muro limítrofe, en las áreas excedentes de avenidas, edificios y canalizaciones, en las secuelas espaciales en formas de cañadas, barrancos y cañones, en pocas palabras, en una serie de emplazamientos residuales de la infraestructura urbana es donde éstas personas han ubicado sus lugares de resguardo. La serie de lugares apropiados por habitantes de calle en la ciudad se ubican en el siguiente mapa.

## Mapa 1 El mapa de la indigencia en Tijuana



Fuente: Elaboración propia con base en el trabajo de campo, 2017

Dentro de la multiplicidad de lugares de emplazamiento callejero localizados, el número de personas que habitan en ellos rondan entre los sesenta o setenta habitantes pero también hay espacios donde habitan dos o tres personas aisladas. Más allá de eso, interesa resaltar la diversidad de condiciones de todos los espacios y de maneras de refugiarse en ellas. Hay lugares donde construyen refugios escondidos debajo de las plantas para no ser vistos desde la calle que pasa por encima, en otros apenas colocan cartones debajo de los árboles pues la policía pasa constantemente ahí para destruirlos, hay cañones donde edifican ‘yongos’ con palos, barrotes, lonas y plásticos, los cuales tienen mucha durabilidad pues están lejanos al paso de las avenidas.

La dificultad de acceso y salida de muchos de estos emplazamientos se coloca también como otra característica que los hace vulnerables. Estar escondidos efectivamente los hace invisibles a la mirada del urbanita, pero en otro sentido, implica un olvido y una marginación social. Los casos más graves de vulneración social y humana en esta situación se presentan cuando se enferman. Durante el trabajo de campo me enfrenté, sólo gracias a la asistencia cotidiana a dichos lugares, con que dos de estas personas llevaban días gravemente enfermos. Después de llamar inmediatamente a la ambulancia, sólo uno de dichas personas pudo recuperarse, –abordaremos este caso en el siguiente capítulo–.

### 5.3.3 Yongos: práctica transfronteriza de autoconstrucción

Indudablemente la práctica de localización más distintiva de las poblaciones callejeras en la ciudad de Tijuana es la construcción de ‘yongos’. No quiero decir que las personas en situación de calle en otras ciudades no practiquen la autoconstrucción con distintos materiales encontrados por la urbe, sin embargo la práctica de construcción de ‘yongos’ está vinculada de manera directa con el proceso transfronterizo de precarización entre México y Estados Unidos y finca sus antecedentes en una historia larga de prácticas de ocupación de espacios residuales en la ciudad de Tijuana.

#### 5.3.3.1 Antecedentes históricos y vínculos transfronterizos

El área del lecho del Río Tijuana colindante a la garita internacional tiene una historia de ocupaciones irregulares de parte de poblaciones vulnerables que se remonta a la reconstrucción en 1945 del ‘Puente México’ que lo atraviesa (Rivera, 2016; Redacción, 2011; Padilla, 1998), pasa por la creación de ‘Cartolandia’ en los años setenta (Valenzuela, 1991) hasta la existencia de ‘El Bordo’ en las primeras décadas del siglo XXI (Velasco y Albicker, 2013; Velasco, et. al., 2013). En todas las ocupaciones hubo procesos de desalojo con episodios de violencia y atropellos gubernamentales.

Después de los desalojos de finales de los cuarenta, continuaron arribando personas y familias a ocupar el lecho del río Tijuana. A mediados de los cincuenta ocurrió una ocupación importante del lugar por unas 500 familias, que para los años setenta constituían más del millar. La zona conocida como “Cartolandia”, en condiciones de hacinamiento, estaba conformada por casas de cartón y objetos reciclados, entre basura y desperdicio automotriz, donde habitaban miles de migrantes que debido al plan de urbanización de la Zona Río fueron relocalizados en nuevas colonias populares. En 1973, “Cartolandia”, como lo primero que se veía al entrar a México, era representado como el epítome del vicio, la miseria y la promiscuidad en la prensa nacional e internacional. A partir de planes y fideicomisos diversos –como el plan Regulador de la ciudad de Tijuana– y con el apoyo del gobierno federal se reubicaron alrededor de 400 familias.<sup>76</sup> Dicho proceso de desalojo, tuvo varios episodios de violencia y atropellos

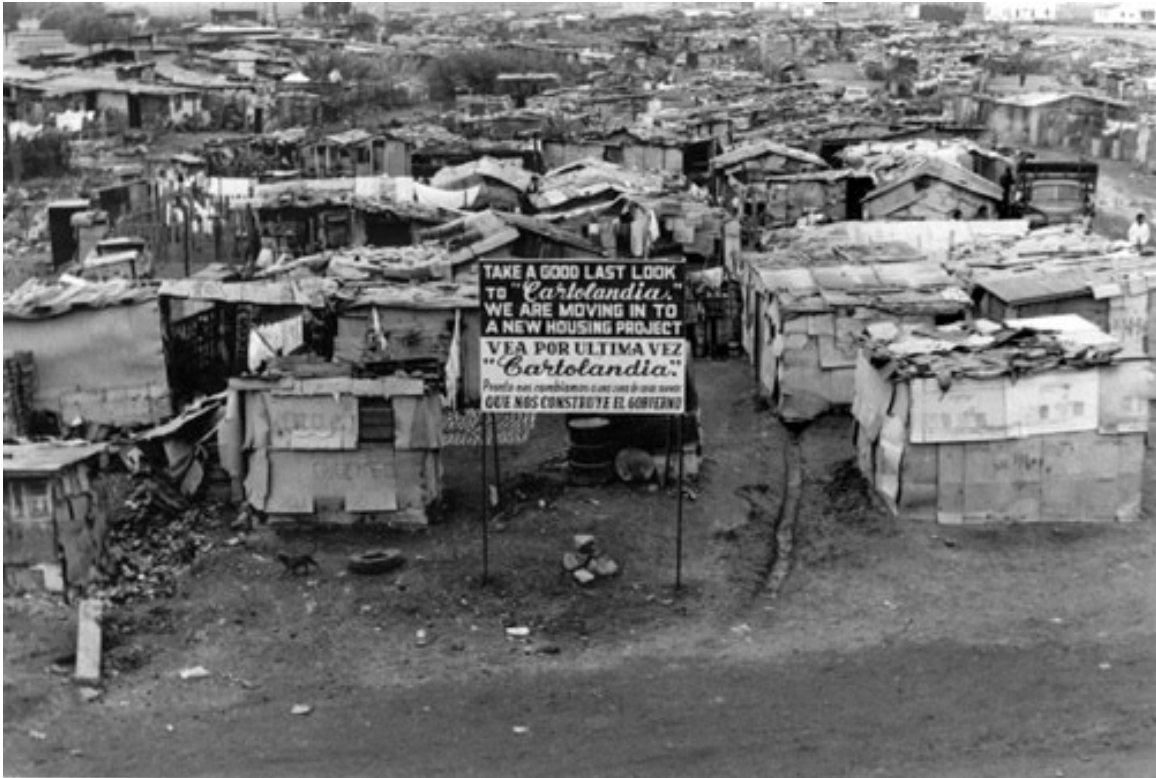
---

<sup>76</sup> Y quienes no tenían para pagar serían mandados a “terrenos reservados para esos casos” (Valenzuela, 1991). Por otro lado, una de las lógicas previstas implicaba que el plusvalor de dichos terrenos

reconocidos por el mismo gobierno y supuso también una larga lucha del Movimiento Urbano Popular (Valenzuela, 1991).

A partir de distintas conversaciones y del trabajo de campo en la ciudad, fue evidente que los conocimientos de las técnicas de construcción de ‘yongos’ derivan del antecedente de ‘Cartolandia’ en cruce con los aprendizajes obtenidos de las poblaciones callejeras en Estados Unidos. (ver fotografía 2)

**Fotografía 2 "Cartolandia" en el lecho del río Tijuana en los años setenta**



Fuente: Rivera Briseño, consultado en <http://bit.ly/2pdpUBN>

El tema de “Cartolandia” constituye un antecedente para las poblaciones que viven en la calle actualmente en Tijuana no sólo por la discusión relacionada a la apropiación de espacios urbanos con miras a colocar asentamientos irregulares sino porque las técnicas de autoconstrucción de viviendas en donde se utilizaban desperdicios industriales y materiales reciclados persisten hasta el día de hoy en la construcción de los así llamados ‘yongos’, que son los refugios que construyen las personas que viven en la calle. Fue Don Ángel, uno de los informantes con más edad y que conoce la ciudad de

---

incrementaría si se comenzaba a intervenir dicho espacio, por lo que se preveía su explotación comercial y turística debido a su colindancia con la garita de San Ysidro, Estados Unidos.

Tijuana y sus dinámicas desde los años setenta, quien me comentó que él sabía que las formas de construcción de ‘yongos’ se aprendieron a partir de la invasión de ‘Cartolandia’.

No es casual que en esta ciudad fronteriza se utilice la palabra ‘yongo’ para designar estos refugios, ya que ésta es una derivación del inglés ‘jungle’ y que es la forma en que se designa a los campamentos de ‘homeless’ o ‘personas sin hogar’ en California, los famosos ‘jungle camps’ (Johnson, 2013). Los ‘jungle camps’ californianos son campamentos de casitas de madera y material reutilizado en los espacios residuales de la ciudad, con cocinas al exterior y espacios pequeños para dormir. La práctica de construcción de ‘yongos’, está inserta en el cruce de una reconfiguración simbólica de la forma de representar las casas y campamentos hechizos de los ‘homeless’ californianos con la larga historia de ocupaciones informales en espacios residuales de la urbe como ‘Cartolandia’ o ‘El Bordo’ y con los conocimientos adquiridos en el ir y venir a través de la frontera como lo destacó el Solín cuando llegó por primera vez a Estados Unidos “pues no conocía a nadie, no tenía a nadie, toda mi familia no estaba allá. Llegué a vivir como aquí, igual en terreno, en los arroyos, en los árboles, en yonguitos” (Solín, entrevista, 2016).

### ***5.3.3.2 Los Yongos como producto de una práctica de localización***

La mayoría de los materiales con los que están elaborados los yongos son objetos, artefactos o instrumentos desechados, que han llegado a dichos espacios por diferentes vías y que han sido reutilizados por estas personas. La forma de construir y entender lo que son los yongos difiere según el espacio de la ciudad ocupado: en el Arroyo Alamar el yongo es un pedazo de cartón, algunas tablas y una cobija, en la Jungla es un hoyo en el suelo tapado por una tabla cubierta de ramas, en el Cañón del Matadero es una estructura diminuta autoconstruida con material reciclado. A pesar de que esto es así, en todos los lugares se asume al yongo como un emplazamiento residual, según la caracterización en el acápite anterior. En este apartado, nos concentraremos en la práctica de construcción de yongos en el caso del Cañón del Matadero.

Lo que hay dentro del Cañón no es visible o distinguible a la mirada automovilista que lo bordea. En tanto se va descendiendo en medio de matorrales por la barranca escarpada y pedregosa comienzan a aparecer restos de basura y a la mitad del cañón

empiezan a observarse unas lonas que ya abajo, en una explanada media, se distinguen como yongos.

Al llegar a dicho punto comienzan a predominar pequeños restos de basura, jirones de plástico y cables. Entre hierbas y el monte se observan tablas y llantas. En medio del cañón, en la parte plana del desnivelado terreno, hay unas cuantas pilas de escombros con tierra, ladrillos, losetas, arena, fierros, alambres, cal, carpetas para techo, cartón de yeso, carrizos y matorrales. Según lo comentado en campo, es cascajo que diversas personas van a volcar de manera ilegal en dicho espacio en diferentes momentos del año, de manera que el paisaje y el tipo de basura que llega por este medio también va cambiando.

Alrededor de dicho terraplén hay aproximadamente ocho yongos, y en esa explanada se observan cartones, pedazos de tela rasgada, tenis rotos, sudaderas enterregadas, cobijas raídas y viejas. Igualmente se percibe plástico fragmentado, retazos de llanta, artefactos eléctricos y autopartes. Tapas, botes, juguetes desvencijados, cachos de cuerda, pedazos de porcelana, papeles, arillos, empaques, lonas, restos de fuego y carbón. Estos son los restos de basura que ya no encuentran utilidad práctica ni siquiera en estos espacios, son los residuos ya desechados que se mezclan con los elementos naturales del entorno. Así, si bien predominan la tierra y las plantas, toda esta pedacera de objetos está cobijando microscópicamente los espacios del Cañón y es la textura paisajística sobre la que se construyen los yongos en dicho espacio, allí duermen los habitantes del Cañón del Matadero.

En sus elementos básicos, un yongo consiste en una estructura de madera recubierta de tablas y plásticos. Para el armado del armazón aprovechan algún tipo de ramas gruesas de eucalipto, cañas de carrizo que crecen al fondo del Cañón o tablones de madera encontrados en el escombros o en algún otro espacio. Si dichos tablones aún tienen clavos, éstos son de gran valor pues, al extraerlos y enderezarlos con un martillo viejo o una piedra, ayudan a afianzar los barrotes entre sí.

Los yongos los ubican en agujeros que se forman en las pendientes escarpadas o debajo de arbustos. Para afianzar el terreno inclinado utilizan una serie de llantas que colocan de forma escalonada y rellenan con tierra. Esta técnica de cimentación la conocen a partir del ejemplo de colonias aledañas que fueron regularizadas después de



haberse instalado de manera irregular en terrenos inclinados. Esta técnica de cimentación es muy utilizada en apropiaciones informales en espacios desnivelados de Tijuana debido a la cantidad de llantas usadas que dan a parar en Tijuana provenientes de Estados Unidos (CalRecycle, 2017).

Una vez apuntalado el terreno, insertan las tablas y cañas para la estructura y posteriormente adosan pedazos de triplay, grandes láminas de plástico y una serie de lonas para proteger los yongos de la lluvia, formando una especie de cueva entre los cerros. Por supuesto, salvo en ocasiones raras, estos no se construyen de un día para otro. Se erigen poco a poco, empezando por localizar un espacio, luego poniendo una lona y unas tablas para dormir una noche. Estando instalados van sintiendo y pensando qué les falta y cómo pueden conseguirlo, proceso que puede durar semanas o meses.

Ahora bien, para la construcción de yongos se echa mano de cierto conocimiento que se tiene sobre carpintería y albañilería que, en muchas ocasiones, se socializa entre quienes no lo tienen. Aquellos que tienen muy desarrollado este oficio se debe a que, tanto en México, pero sobre todo en Estados Unidos, han trabajado en la industria de la construcción. De manera que estos saberes constituyen buena parte de las competencias para la elaboración de yongos.

Dentro de los yongos suelen tener una colchoneta, una serie de cobijas y algunas bolsas con ropa o cajas protegidas por lonas. Según lo comentado en muchas ocasiones, el material más valioso a la hora de construirlos es una lona pues ayuda a protegerse de las filtraciones de agua y los mantiene aislados. Es una de las grandes utilidades que más adelante abordaré. Algunos de ellos, fuera del yongo tienen una serie de cubetas donde guardan algo de comida o algunas herramientas. A dichos emplazamientos los circundan una serie de gatos que cuidan, pues éstos sirven para mantener limpio el terreno de roedores y bichos rastreros.

Los significados atribuidos a los yongos son ambivalentes. Como dijo el Manitas, ‘vivir en un yongo está *suave* y a la vez no *suave*’<sup>77</sup>, pues por un lado, por ejemplo, les parece ‘bonito’ ver llover en dicho espacio, pero casi todas las veces que llueve se mojan o si la tormenta es fuerte no pueden salir a buscar algo de comer. Pero también les funciona que ahí dentro pueden estar tranquilos y escondidos de los policías, pero a la vez

---

<sup>77</sup> Suave es una expresión local para señalar lo agradable.

se mantienen ocultos y olvidados. Son lugares que les dan tranquilidad ante la vigilancia policial, pero también los mantienen recluidos al margen de los espacios urbanos. Así, los yongos son por un lado espacios de refugio, pero por otro son espacios de vulnerabilidad y exclusión. Si bien son espacios de contención, también son espacios de invisibilización. La clandestinidad de estos espacios es, así, signo de vulnerabilidad pero también posibilidad de hacerle frente a la violencia estructural o de lidiar las condiciones meteorológicas.

#### **5.3.4 Agua: aprovechando las tuberías urbanas**

Abastecerse de agua es quizá uno de los mayores problemas que enfrentan quienes habitan en emplazamientos residuales como el Cañón del Matadero. Ir a buscarla constituye una odisea desgastante, pues tienen que cargar en sus espaldas una serie de galones, garrafones o bidones de los que se han hecho poco a poco.

Para acceder a una fuente de agua tienen dos opciones: ir a alguna casa de asistencia como Casa de los Pobres o el Desayunador del Padre Chava o echar mano de los recursos urbanos a disposición. En el caso de la primera opción, en dichos espacios hay disponibles llaves de agua para lavarse las manos y la cara. En el segundo caso, los habitantes del Cañón, a fuerza de circular por sus alrededores y por caminos adyacentes han encontrado una serie de mangueras que alimentan los rociadores de los camellones y las jardineras localizadas en las vías rápidas. (ver fotografía 3)

### Fotografía 3 Mangueras de aspersores urbanos



Fuente: Fotografía propia, agosto de 2016

Dichas mangueras están ubicadas en los bordes de los puentes y banquetas de la carretera o cerca de los tubos de desagüe pluvial de los cañones de la zona. El suelo en dichos espacios es una mezcla de lodo, drenaje, basura y piedras. Para moverse dentro de dichos espacios se debe tener sumo cuidado pues un paso en falso puede terminar en una caída y en un golpe severo. (Ver fotografía 3)

Las mangueras tienen una pequeña fractura, sobre la cual amarran bolsas con hoyos para hacer una especie de regadera para bañarse y con ese mismo plástico hacen un nudo al finalizar el baño para cerrar la fuga de agua. Por otro lado, los bidones y contenedores que llevan para acarrear agua, los van poniendo abajo del chorro para llenarlos, en ocasiones se ayudan de alguna manguera o alguna bolsa con la que hacen un camino para canalizar el agua directo al hoyo del bidón.

El suministro de agua de estas mangueras es intermitente, pues cada tantas semanas, trabajadores de servicios públicos municipales acuden a arreglar la fuga y cambian las mangueras. Sin embargo, estas personas tienen bien ubicadas otras mangueras en la zona de la cual vuelven a echar mano.

La forma de abastecerse de agua o de utilizar el drenaje pluvial es un ejemplo claro de cómo estas personas aprovechan la infraestructura urbana para salvar la necesidad de acceder al líquido vital. Es una clara práctica de escamoteo que aprovecha la ‘ocasión’ en un terreno que no es propio, a la manera en que De Certeau las conceptualizó.

### 5.3.5 La ambigüedad del fuego

Otro de los grandes problemas en el Cañón del Matadero es lidiar con el fuego y con la dificultad para manipularlo en esas condiciones. El fuego, en este caso, salva dos carencias: la falta de luz y la falta de gas. Ahora bien, si bien no hay servicio de luz eléctrica en el Cañón del Matadero y la carretera que lo bordea es la única iluminación pública, es importante mencionar que en la noche el Cañón se ilumina por las grandes luminarias que alumbran el largo del área cercana al muro fronterizo. Son una serie de postes cada veinte metros con una luz amarilla muy intensa (más de 20 mil watts), que ilumina a la perfección el espacio entre un muro y otro, pero cuya reverberación alcanza a iluminar ciertos espacios del cañón, sobre todo los más cercanos al muro.

Sin embargo, dentro de los yongos por la noche es una completa oscuridad. Si lograron conseguir una vela en la basura o algún encendedor que funcione, es la única manera de tener iluminación dentro. Sin embargo, tener prendida una vela o un plástico que mantenga encendida una flama es sumamente peligroso para ellos ya que, si se descuidan, puede encender cualquier plástico, tela, papel o madera de su yongo.

Para encender una fogata estas personas echan mano de las ramas secas de alrededor o, en dado caso de no haber, utilizan plásticos inflamables como combustible para encenderla. Las fogatas las encienden para cocinar o para calentarse en épocas en que el frío arrecia.

Ahora bien, un artefacto muy preciado en esta situación es un encendedor pues con él puede iniciarse cualquier fogata o un cigarrillo. Al encendedor le extraen toda la vida útil que puedan. Cuando ya se les acaba el gas líquido que tiene, le quitan un segurito y lo abren para extraerle el último sople de gas que tiene dentro. Cuando ya ni siquiera tiene ese gas, utilizan la chispa de la piedra mediante una técnica sofisticada: mientras que con el dedo pulgar e índice forman una mano ahuecada y sostienen tanto el encendedor y un cigarro –el cual pegan directo a la piedra–, con la palma de la otra mano

raspan intermitentemente la rueda de la piedra para sacar chispas que invaden el tabaco, posteriormente le dan unas caladas para ayudar a la combustión en la punta del cigarro. Es el proceso más difícil para prender un cigarro, pero que siempre tienen a disposición pues hay muchos encendedores viejos tirados.

Ahora bien, la dificultad para encender el fuego contrasta con la facilidad que éste tiene para iniciar un incendio en los emplazamientos residuales que están rodeados de basura y ramas secas. Si el Cañón del Matadero en marzo tiene crecida la hierba debido a la temporada de lluvias, de julio a diciembre dichas ramas están absolutamente secas y la propensión a incendiarse se agrava con la llegada de la condición Santa Ana, una ráfaga de vientos cálidos y extremadamente secos provenientes del desierto, que constituye la temporada de incendios al sur de California y al norte.

Una ocasión, durante las visitas con el equipo de filmación, arribé al cañón justo en el momento de un incendio. Después de enterarnos de lo que sucedía por medio de Don Ángel, bajamos a ayudarlo al Manitas, al Tijuas y otros que intentaban atajar o desviar el fuego con sus propios recursos porque había posibilidades reales de llegar hasta los yongos. Con una pala hechiza o con un machete trataban de armar una brecha para que el fuego no siga avanzando hacia sus yongos. Quienes de plano no tenían herramienta, tomaban unas ramas verdes y con esa le pegaban directamente al fuego. A veces, hasta con sus propias manos arrancan la hierba seca aunque las manos quedaran todas astilladas (ver fotografía 4). El fuego era absolutamente abrasador y quemaba la cara y el cuerpo y el humo denso era muy desagradable.<sup>78</sup>

---

<sup>78</sup> No tanto, sin embargo, como el que se genera cuando están quemando cables, que es un humo sumamente tóxico y peligroso cuando se inhala.

**Fotografía 4 Manitas con las manos astilladas y fuego detrás**



Fuente: Archivo Ahumada, Patterson, Del Monte. Diciembre de 2017

Así, el fuego es un elemento difícil de controlar cuando se habita en una urbanización sin servicios, por un lado es difícil conseguir fuego para prender un cigarro o la leña, pero por otro se puede salir de control por la hierba seca y puede ocasionar un incendio de proporciones mayores que incluso puede devastar sus espacios de habitar. La basura que hay en el cañón también es sumamente combustible por los plásticos que contiene, de manera que parte del riesgo de los emplazamientos residuales también está alimentado por esta situación.

### **5.3.6 ‘Esta tierra la tomamos prestada’: Prácticas de ocupación y desposesiones**

Hay una sensación de condición efímera en los espacios residuales y en las ‘posesiones’ de quienes los habitan. Las “pertenencias” como la ropa, las cobijas o algún plástico se observan como materiales útiles que los ayudan a salvar la situación cotidiana de carencia y que pueden ser desechados. Esta posibilidad de deshacerse de su ropa tiene que ver con la red de apoyo transfronteriza que provee de “bendiciones” a poblaciones vulnerables en Tijuana, como fue señalado en el capítulo anterior. Aunque esto no quiere decir, por supuesto, que no haya una suerte de ética y respeto por los yongos del otro y una organización a partir de ello.

Si bien emplazar sus yongos en el Cañón del Matadero o extraer agua de los aspersores en jardineras públicas son formas de escamoteo, la manera en que dichos lugares y dichas prácticas son significadas por los habitantes del Cañón se relaciona con una idea de ‘préstamo’ más que de ‘posesión’.

El día que encontramos el incendio en el Cañón, lo primero que nos topamos fue a Don Ángel sudando y enojado. A lo lejos se veía una columna de humo negro que emergía del fondo del cañón. Don Ángel venía de intentar apagar o hacer una brecha para que el incendio no se expandiera. Éste despotricaba contra aquellos que habían iniciado el fuego al no tener cuidado con las fogatas que hacían y ello podía afectar a toda la comunidad del cañón. En un momento dijo que averiguaría quién comenzó el incendio, pues los responsables se tenían que ir de ahí porque su descuido los afectaba a todos. En sus propias palabras dijo “esta tierra la estamos tomando prestada y quienes viven allá abajo ni siquiera cuidan eso”. Y comenzó a platicar con el Manitas que por dichos descuidos puede bajar la policía y expulsarlos de dicho espacio bajo el argumento de ser iniciadores de incendios en la ciudad.

En esta situación se observan, primero, la idea de que están “tomando” el espacio. Es decir, a partir de la indeterminación jurisdiccional de dicho espacio, se localizaron “activamente” en espacios residuales de la ciudad, pusieron sus yongos e hicieron que su vida cotidiana gire, en tanto no los desalojen, en torno a ese espacio donde, además, han podido refugiarse de la vigilancia policial. Por otro lado, el hecho de que elaboren la idea de tomar “prestado” el terreno es signo de que hay una conciencia de ocupación informal en un terreno que no es propio y que no piensan reclamar. Es decir, tener “prestado” el terreno es una forma de sentirse “momentáneamente” en dicho espacio y que, si bien no es propio, sí lo cuidan porque ayuda a salvar sus necesidades diarias. En este caso, cuidan de armar el menor aspaviento posible pues son conscientes que la policía puede llegar a desalojarlos inmediatamente, como ya lo han hecho en ocasiones anteriores.

Significar la “ocupación” de estos espacios como algo temporal se coloca en dos sentidos, por un lado, habla de las proyecciones que algunos de ellos tienen de salir de dicho espacios, pero por otro lado y con mucho más peso, habla de la incertidumbre que se vive en esos espacios, donde la vida se vive sin garantías.

Por todo lo anterior, la construcción de yongos como prácticas de emplazamiento implica materiales de reuso, ciertos saberes adquiridos de manera transfronteriza y una ambivalencia de sentidos como refugio y vulnerabilidad en donde dichos espacios se asumen como transitorios. Las tácticas se aprovechan del orden efectivo de las cosas, sin ilusiones mayores de cambio (De, Certeau, 1996: 31). Todo ello indica que las ‘ocupaciones’ espaciales semantizadas como efímeras, pasajeras y prestadas están reafirmando la desposesión, la exclusión y la precariedad social en que se encuentran.

Que la tierra la tomen prestada es un ejemplo claro de las formas de “aprovechar la ocasión” de De Certeau. Las tácticas, que desarrolla este autor, no cuentan con un lugar propio, sino que se aprovechan de los lugares del otro, por ello el lugar residual lo consideran como ‘prestado’ y no algo apropiado. Aprovechan la ocasión que tienen de localizarse y lo hacen en tanto no los quiten de ahí. En ese sentido “no dispone de una base donde capitalizar sus ventajas y (...) asegurar una independencia en relación con las circunstancias (...) lo que gana no lo conserva” (1996: L). Si apropiarse de algo “es una victoria del lugar sobre el tiempo”, como dice De Certeau, localizarse tácticamente es sacar provecho de esos espacios que no son suyos y no pueden serlo más que momentáneamente. De manera que la localización en yongos tiene características tácticas. La táctica aprovecha, pacientemente, las fallas estructurales de la vigilancia (las indeterminaciones jurisdiccionales del Cañón del Matadero), aprovecha las ocasiones.

Ahora bien, el hecho de que no puedan ser ‘propios’ más que momentáneamente los imposibilita de acumular beneficios pues no tienen donde reunirlos, para aprovechar las contingencias del instante. Así, desde las tácticas indigentes no hay certeza duradera, sólo sirven pasajeramente. No acumulan recursos porque no tienen los medios propios para hacerlo y para instituir un lugar desde el cual acumularlos. Se aprovechan de la residualidad de dicho lugar y ahí se insertan para sobrevivir.

Por lo anterior, a diferencia del interés decertauniano de observar cómo las ‘prácticas microbianas’ pueden sacudir los cimientos del poder (De Certeau, 1996: 45), en este análisis se observa cómo es que –en tanto no se vinculen con redes socioafectivas o no se genere un mecanismo gubernamental de apoyo a poblaciones vulnerables– sólo permiten paliar las necesidades básicas de alimentación, refugio y en algunas ocasiones, higiene. Satisfechas estas necesidades, el camino está libre para destinar los pocos



recursos a la mano hacia el consumo de drogas y agudizar el vórtice de precarización en que están inmersos. La no-acumulación de beneficios por no tener un lugar y la drogadicción es una relación que, si bien no es lineal ni sucesiva, se alimenta mutuamente y agudiza la precarización.

#### 5.4 'Ganarse la vida' en las calles de Tijuana. La relación con el trabajo y el consumo de drogas

'Ganarse la vida' (Narotzky y Besnier, 2014)<sup>79</sup> en las calles de la ciudad de Tijuana involucra una serie de prácticas de escamoteo que no necesariamente están vinculadas al mercado laboral formal ni a acciones estratégicas que sopesan el beneficio por el costo que tienen, sino que se vinculan con dimensiones físicas, sociales, afectivas, espaciales y morales del modo de vida que se lleva a cabo en la situación de calle, lo que muchas veces no es reconocido como legítimo desde la moralidad de los regímenes normativos urbanos.<sup>80</sup> Así, dada la situación social en que se encuentran y más allá del hecho de que las pocas opciones de subsistencia que encaran involucran la apropiación y circulación por los espacios urbanos en condiciones precarias, éstas prácticas tienen una lógica propia y legítima dentro de los mundos de vida callejera.

En este apartado analizo las formas de obtener recursos en esta situación y cómo se destinan al consumo de drogas como una forma de 'ganarse la vida' debido a que las necesidades básicas, mal que bien, están salvadas. La idea es argumentar cómo consumir drogas también forma parte, si bien malograda, de los intentos para sobrevivir en la calle debido a que los estupefacientes estimulan la actividad física y bloquean el hambre y el frío que pueda sentirse en dicha situación. Sin embargo, esta lucha por sobrevivir a partir de las drogas agudiza cualitativamente el vórtice de precarización en tanto tiene efectos físicos graves para el cuerpo de los indigentes y, además, sirve como base para sostener

---

<sup>79</sup> Como muchas traducciones, el concepto de "ganarse la vida" no le hace justicia al "making a living" de los autores mencionados, sin embargo sí captura la idea planteada por Narotzky y Besnier de pensar las actividades económicas desde una perspectiva moral y antropológica, además de ser la traducción más cercana al español según la idea que quieren transmitir con el uso de dicho concepto.

<sup>80</sup> Me refiero, por ejemplo, a prácticas de consumo de drogas o alcohol, al escamoteo en actividades ilícitas, al aprovechamiento de recursos en asociaciones civiles, a las prácticas de mendicidad, y muchas prácticas más distintas de aquellas reconocidas formalmente como "trabajo digno" o "prácticas legítimas de uso del espacio urbano" por parte del estado y sus instrumentos legales.

las etiquetas ignominiosas que se tienen de estas personas en la esfera pública de la ciudad.

Es preciso dejar claro que este sucedáneo de prácticas no es lineal, pero se coloca así para organizar la exposición de forma coherente. Es decir, el consumo de drogas es una práctica que colabora en la acumulación de precariedades, pero ello no quiere decir que los acontecimientos suceden en ese orden. En ocasiones –como ha sido expuesto en el capítulo 3– el uso de estas sustancias ha iniciado años atrás. Sin embargo, cuando en la calle se salvan las necesidades básicas están en posibilidad de destinar sus recursos hacia una exacerbación en el consumo de drogas, situación que tiene como consecuencia la agudización del vórtice de precarización.

#### **5.4.1 ‘De lo que salga’. Chacharear, revender, mendigar y trabajar informalmente**

No hay una actividad clara que las personas que los habitantes del Cañón del Matadero hagan para generar un poco de ingresos. Mientras sea algo que estén en posibilidades físicas de realizar, ellos trabajan “de lo que salga (...) de todo, mientras lo pueda hacer” (Chava, entrevista, 2016). De entrada, las prácticas para generar ingresos están caracterizadas por la incertidumbre. Otra de las características de estas prácticas se relacionan con la informalidad: “hay que andar chachareando, reciclando o si sale trabajo pues le entramos” (Chava, entrevista, 2016), “reciclando, buscando lata, fierro, buscar oro” (Carlota, entrevista, 2016).

Una de las actividades a través de la cual hacen algo de dinero es “chacharear”, lo que en otras regiones se le conoce como “pepenar” o “cartonear” (Perelman, 2015), es decir recolectar informalmente objetos en la basura o tirados en la calle. La recolección informal tiene como fin revender dichos objetos, los cuales se dividen prácticamente en dos: objetos varios y objetos metálicos (latas de aluminio, artefactos o cables). Respecto a los objetos varios, se alude a cualquier dispositivo que sea medianamente funcional (cafetera, juguetes, ropa, platos, herramientas, etcétera) el cual limpian y llevan a vender a los mercados sobreruedas informales de las colonias aledañas, “es lo que yo hago, voy me encuentro cosas y las vendo, cabrón” (Chilango, entrevista, 2016). Chacharear, por supuesto, implica riesgos, “antes de que la placa [policía] empiece su operativo, me tengo que ir temprano (...) si es día de chacharear como a veces en la noche, me tengo que ir como a la 1 o 2 para juntar unos botecitos y no amanecer emparrillado [encarcelado]”

(Hermosillo, entrevista, 2016). Es decir, estas personas, al estar en constante acoso por la policía tienen que realizar estas actividades por la noche o cuando no hay operativos policiales

Por su parte, buena parte de su “chachareo” está enfocado en la recolección de objetos metálicos. Las latas de aluminio son un recurso cotidiano. Para recolectarlas, según la experiencia de quienes tienen más tiempo ahí, han desarrollado métodos eficaces basados en el conocimiento de áreas urbanas y de tiempos de generación de basura. La Zona Río, Zona Centro y Playas los sábados y domingos por la mañana son los espacios que más latas generan pues es un área boyante de diversión y centros nocturnos, algunos de ellos incluso establecen tratos con ciertos clubes para apartar latas y tapas de aluminio. Por lo mismo, no es extraño observar los lunes por la mañana, a muchas de estas personas con grandes bolsas llenas de latas que llevarán a alguna recicladora para intercambiarlas por algunos pesos. Un kilo de aluminio son aproximadamente 60 latas de las cuales reciben 16 pesos.

En ese sentido, una de las actividades principales para generar ingresos es el del reciclaje de objetos metálicos. Después de las latas de aluminio, estas personas recolectan cables, aparatos eléctricos viejos y cualquier aditamento al que se le pueda extraer material ferroso: cobre, bronce, antimonio, hierro. El antimonio lo pagan a 37 pesos y el acero a 9 pesos, el más barato, y el más común de todos los metales y que no es tan costoso pues tienen que llevar muchos kilos de este material cargando con sus propios cuerpos a través de cientos de metros. El material más preciado para ellos es el cobre ya que es el que paga mejor por kilo: de 50 a 60 pesos. Sin embargo, obtener cobre es tardado y peligroso, pues normalmente lo extraen de cualquier cable que queman y el humo que sale de ellos es sumamente tóxico (ver fotografía 5) y apenas extraen unos cuantos gramos. Si están quitándole material ferroso a un artefacto que tenga diversos metales, utilizan un imán para diferenciarlos: si se queda pegado al imán es hierro, si no, entonces, es aluminio, bronce o antimonio. Para diferenciar éstos, los golpean ligeramente y si brilla entonces es bronce. De esta manera, como puede observarse en la práctica de reciclar metales, hay una serie de saberes que quienes tienen mucho tiempo

allí han desarrollado, pero que también socializan con quienes tienen menos tiempo<sup>81</sup>. En este sentido, la práctica de reciclaje tiene cierta sofisticación que se aprende y transmite en estos ámbitos callejeros.

**Fotografía 5 Quemando cables para extraer el cobre**



Fuente: Archivo Ahumada, Patterson, Del Monte. Diciembre de 2017

Ahora bien, estas personas también rastrean trabajos informales según el día de la semana, la época del año, el lugar en la ciudad y hasta la hora del día. Cada dos días, por ejemplo, algunos de ellos acuden a ayudar muy temprano por la mañana en algunos mercados o centrales de abastos bajando la fruta de los camiones y estibándola, de lo cual reciben entre 15 y 20 pesos. En festejos populares como el día de muertos (1 de noviembre), día de las madres (10 de mayo) o día del padre (tercer domingo de junio) las personas que viven en el Cañón del Matadero, tienen mucho trabajo en los panteones cercanos porque hay mucha gente que precisa ayuda para limpiar los restos de basura, comida, flores y desechos que quedan en las tumbas luego de que van a visitar a sus difuntos. La dinámica es fácil, simplemente tienen que apersonarse en el panteón con una escoba y una bolsa, cubeta o algo que cumpla la función de recogedor y alguien urgirá de sus servicios. Por otro lado, entre ellos se comunican determinados trabajos de jardinería

---

<sup>81</sup> Me tocó presenciar un par de casos en que acudían con Don Ángel para que les preste su imán, proveniente de una bocina, y les enseñe a distinguir los metales.

o albañilería que algunas personas en las colonias requieren. Estos trabajos, como se dijo anteriormente, los aprendieron del otro lado de la frontera o son conocimientos que fueron transmitidos en su familia “sé de todo un poco, porque mi papá trabajó en la construcción y me enseñó, no estoy tan atado de manos” (Chava, entrevista, 2016).

Estos conocimientos diferenciados del tipo de trabajo a realizar según el día, la hora y el lugar son una manera en que se ponen en operación los saberes callejeros para lidiar con la incertidumbre de obtener algunos ingresos mientras se vive en situación de calle en la frontera de Tijuana.

#### **5.4.2 Trabajos informales y movilización de ingresos hacia las adicciones**

La multiplicidad del tipo de trabajos informales en los que se involucran no proporciona ningún tipo de certidumbre social ni los motiva a que el trabajo sea el núcleo estructurante de su vida y que, siendo constantes, les permitirá salir de dicha situación. Por el contrario, dentro de la precariedad vital en la que habitan hay una sensación de vulnerabilidad y sobreexplotación que se agrava por los abusos de que pueden ser objeto debido a la estigmatización y desvalorización humana con que son representados, “tengo trabajitos, pero también la gente se aprovecha, trabajos que valen mucha feria y te pagan una madre nomás, uno dice ‘no me paguen por lo que hago, sino por lo que sé hacer’, no lo voy a hacer a destajo, el otro día que hice unos cortes, nomás 100 pesos, lo hice porque no tengo de otra, pero se aprovechan, al perro más flaco se le juntan las pulgas” (Chilango, entrevista, 2016).

Ahora bien, las razones que estas personas dan para no involucrarse en el mercado laboral formal van en dos sentidos: lo añorado y lo valorado. Por un lado, lo añorado implica que su relación con el trabajo se siente precarizada cuando comparan los salarios que tenían por las mismas labores en Estados Unidos con lo que obtienen en México “no ganas mucho aquí en México, no vas a ganar lo mismo que en el otro lado, aquí ganas una miseria, vas a ganar 900 pesos a la semana, ¿qué vas a hacer con eso?, ¿y si tienes a tu familia? no puedes rentar un apartamento, ¿sí me entiendes?, no como allá, con unos 500 dólares por semana y aquí ganas 900 pesos, no es lo mismo, aquí te andas matando, (...) cuando ganaba el tiempo extra, ganaba como 3000 pesos y luego me quitaron tiempo extra y aparte los 7 días, por 900, no sale pa’ nada, (...) tienes que comprar la comida, el gas, 200 pesos por la mina (de gas), llega el bill [recibo] de la tele, otros 200, la luz,

aparte el del agua, entonces qué, con qué te quedas, con nada.” (Pelón, entrevista, 2016). En ese sentido, estas personas hacen referencia a una situación estructural real respecto a la debilidad de la economía del país frente a su vecino del norte.

Sin embargo, y por otro lado, lo valorado implica que estas personas son conscientes que no pueden sostener una responsabilidad a largo plazo y prefieren cumplir con actividades efímeras que incumplir con trabajos sistemáticos, “aquí no tiene una presión de nada, de la responsabilidad (...) si tiene uno un lugar donde vivir, tiene que pagar y entonces tiene que estar presionado pues” (Don Ángel, entrevista, 2016). Buena parte de dicha conciencia se debe primordialmente al involucramiento con las drogas:

“Pos el hecho de vivir en la calle, pos como uno que anda mal, que nadie te dice nada, agarras y vas y haces lo que te gusta hacer, en este caso la droga. O no tanto que te guste, (...) entonces pues ya muchas veces uno es esclavo de la droga por tantos años o lo que tu quieras y pues más que nada yo creo que es eso, que no molestas a terceras personas, me entiendes, vas y te loqueas [drogas] al terreno y nadie te molesta, en la casa no puedes estar haciendo eso. Y no tanto que me guste sino que aquí encuentro esa libertad de hacerlo.” (Solín, entrevista, 2016)

En la fase de escamoteo en que están, estas personas no visibilizan los ingresos que consiguen en estas actividades informales como un trampolín para salir de la calle, por el contrario es una relación utilitaria –y en ese sentido un medio que permite que persista el proceso de precarización indigente– pues los ingresos que obtienen los dirigen a obtener ya sea comida o drogas, “levantar por lo menos para pues, como dicen, un gallo o un globo [drogas], pues es la verdad, y si no, unos limones, o tortillas de harina o queso fresco” (Hermosillo, entrevista, 2016), así “es más fácil conseguir pinches cincuenta pesos, comprarte un globo [cristal] y se te quita el hambre, se te quita el frío, se te quitan los sentimientos, bueno, no se te quitan, se te adormecen un rato y es más fácil” (Chilango, entrevista, 2016).

Pero sí, la neta que pues yo quisiera ser diferente, yo quisiera tener una familia, quisiera yo que mi dinerito que gasto dárselo a mis carnaladas porque tienen necesidad en Guadalajara, más sin embargo lo pienso más no lo hago, porque ya nomás traigo la feria [dinero] y sobre mi pensamiento no es otra más que la tiendita, la conecta [centros de narcomenudeo]. Yo no le echo la culpa, uno mismo también tiene el poder de decir no, dice la Biblia ‘todo lo puedo en Cristo que me fortalece’, pero es uno cobarde, se acobarda uno gacho. La Biblia menciona que, tampoco quiero culpar a eso, pero no se si influya, en Efesios 6:12 ‘porque no tenemos lucha contra sangre y carne sino

contra huestes, potestades, principados' que son los puros espíritus que andan en los aires que están tirando dardos, poniéndote en tu mente recuerdos, tirándote amarguras, tristezas, enojos, que saben que te molestan o algo y entonces muchas veces eso viene a la mente y entonces es más fácil ir y correr por una cura [droga], la droga muchas veces lo usas como escudo, como para no estar pensando en lo que tienes o lo que no tienes, problemas, tristezas y demás. Pero en realidad yo no quiero ser igual. Dice una alabanza 'renuévame señor Jesús, yo no quiero ser igual, porque todo lo que hay en mí, necesita ser cambiado' porque no se me hace una vida estar así, vivir así, nomás trabajar para drogarme. Y luego se me termina la feria y todo pasa bien malilla, todo sucio, todo flaco." (Solín, entrevista, 2016)

De esta manera, frente a la dificultad estructural de inserción social que perciben desde las opciones laborales que tienen, pero también frente a la imposibilidad en la que están de cruzar a Estados Unidos, los constantes acosos de los policías y de centros de rehabilitación, y sobre todo por el hambre y la falta de apoyos afectivos y psicológicos para lidiar con sus decisiones pasadas, conseguir trabajos informales, más que ayudarlos a vislumbrar una salida de las calles, los mantiene en ellas, sobre todo porque los ingresos obtenidos los movilizan generalmente hacia las adicciones. Y estos espacios residuales, a final de cuentas, son un espacio de libertad para consumir drogas, actividades que, sin embargo, contribuyen a acrecentar el vórtice de precarización que se vive en las calles.

Lo paradójico es que a la hora de preguntarles por sus planes a futuro, la mayoría, contesto que buscan un trabajo para estabilizarse, poder pagar un cuarto para rehacer su vida y salir de las calles. Aquí hay dos claves interpretativas de fondo. En primer lugar, hay una idea de modelo meritocrático que reproducen y del que se culpan por estar ahí "tú mismo puedes salir del pozo, se puede buscando también un buen trabajo" (Pelón, entrevista, 2016). En segunda lugar, no basta sólo el trabajo, por el contrario, el consumo de drogas, más el estilo de vida, más la falta de redes socioafectivas, los mantiene en la calle, de manera que en tanto no haya una fuerza externa que los ayude a encaminarse fuera de las calles, el vórtice de la precarización sólo se va a agudizar cada vez más.

#### **5.4.3 Prácticas de consumo de drogas**

Las drogas son, sin duda alguna, uno de los factores que más peso tienen en que estas personas continúen viviendo en la calle. Destaqué en capítulos anteriores cómo una reconfiguración del mercado local de drogas hizo accesibles microdosis a estas poblaciones y cómo, en muchos de los casos, fue uno de los factores principales que



contribuyeron a la ruptura de vínculos familiares y al tránsito hacia la calle. En este apartado, analizaré cómo es que el consumo de drogas, pasa de ser uno de los catalizadores del tránsito hacia la vida en la calle a tornarse uno de los elementos centrales para que la indigencia se establezca, agudice y, en algunos casos, se torne crónica y hasta mortal. Es decir, en este apartado se abordará la idea de cómo es que la drogadicción alimenta y potencializa las fuerzas del vórtice de precarización dentro del escamoteo en que viven; pero no por la drogadicción misma, sino por que ésta se cruza con las estructuras de poder, las relaciones sociales involucradas y el contexto en que se desenvuelven. Esto coloca las bases para argumentar, posteriormente, cómo es que se normalizan las prácticas de consumo y se incorporan, rutinizan e individualizan las razones y factores que los llevaron a vivir en la calle.

#### ***5.4.3.1 Consumir 'criko' en las calles de Tijuana***

El cristal es una de las drogas más consumidas por las personas que viven en la calle en Tijuana. Las más de 4000 “tienditas” [casas de narcomenudeo] (Guerrero, 2009: 8) rodean las dinámicas de la vida callejera. Si hay un lugar común, algo que se da por sentado, en las dinámicas callejeras es la existencia de “tienditas”. A pregunta expresa todos respondían con obviedad una pregunta que para ellos es ingenua: “No mames, es Tijuana, cabrón. Tijuana está hecha de tienditas, cabrón” (Chilango, entrevista, 2016), “Tú sabes que en Tijuana todo se consigue, donde quiera te venden” (Solín, entrevista, 2016). Las “tienditas” abundan alrededor de los espacios donde estas personas se mueven y ahí pueden conseguir cristal y/o heroína con el poco ingreso que pueden obtener de diferentes prácticas de escamoteo.

Si bien, la heroína también fluye en estos lugares, el enervante más asiduo en el Cañón del Matadero es el “cristal” (Clorhidrato de Metanfetamina) o “criko” como se le conoce en la jerga callejera. Estas personas pueden conseguir “globos” [microdosis de cristal] por 50 pesos, muchos de los cuales son de muy mala calidad y están mezcladas con otras sustancias químicas como detergentes.

Diversos estudios científicos han elaborado ampliamente sobre los efectos que el “cristal” tiene sobre los usuarios: el bloqueo temporal de las señales somáticas sobre el deterioro funcional lo que desemboca en una notoria ausencia de hambre, sueño y fatiga por más de doce horas o incluso varios días. Sin embargo, una vez pasado los efectos



euforizantes de la adrenalina que contiene la sustancia, aparecen delirios de persecución, depresión y violencia, además de un profundo agotamiento físico y mental producto de no dormir por varios días seguidos (Syversten, et. al., 2010). Esta razón es la que los engancha en la dependencia para tranquilizar dicho síndrome de abstinencia y seguir sintiéndose ‘normal’.

Las razones que estas personas dan para seguir consumiendo cristal no difieren mucho de las explicaciones ofrecidas por los estudios de las adicciones, sin embargo hay que colocar estas razones en el contexto tijuanaense callejero para conocer cómo contribuye a agudizar el proceso de precarización en que viven, de la mano con efectos directos en los cuerpos de las personas que habitan sus calles. Tres explicaciones principales ofrecen estas personas: 1) los hace “olvidar las broncas”, 2) los activa o “altera” y 3) les quita el hambre y el frío.

Una de las explicaciones más comunes para consumir enervantes y que estas personas reproducen en su discurso es el hecho de que consumir cristal les inhibe sus recuerdos y, durante el tiempo que dura el efecto, les permite olvidar sus problemas o “broncas”, “sientes que te elevas y se te van lo que, el dolor de tu esposa, aha, que ya no la sientes, ya nomás recuerdas, pero el dolor se está yendo, el dolor se está yendo poco a poco” (Pimpón, entrevista, 2016). Ahora bien, más que tomar este discurso desde una postura simplista e individualizante, el análisis de las prácticas de consumo de estupefacientes por parte de estas poblaciones, como veremos, permite explicar que, dadas las condiciones, estas prácticas tienen una lógica y moralidades propias. Así, estas personas están enfrascadas en una lucha constante y cotidiana por sobrevivir, que si bien es malograda e intensifica el vórtice de precarización, el consumo de drogas se muestra como una opción plausible frente a los problemas pasados que los atormentan pero también frente a las dificultades presentes en que se encuentran.

De manera que, en segundo lugar, el hecho de que esta sustancia les quite el hambre y el frío se coloca como una de las razones principales para consumir cristal en el contexto callejero donde es difícil conseguir alimentos tres veces al día. Si bien, las casas de asistencia proporcionan una sola comida –desayuno– a estas personas, para el resto del día tienen que buscar la manera de saciar el hambre y encuentran una salida en el consumo de esta sustancia, sobre todo por lo accesible y cercano que es a sus espacios

residuales “es más fácil conseguir 50 pesos, o hacerte con un compa y 25 y 25 pa echar el globo, nos lo fumamos y ya no tienes hambre y ya no tienes frío como te digo una vez más y ya esa sensación te da para seguirle cabrón, (...) con cuánto comes, lo más barato, 50 pesos, tienes que comer, luego tienes que vestirte, necesitas un lugar, (...) quién chingados me va a dar un techo, por una o dos semanas” (Chilango, entrevista, 2016). De esta manera, dadas las condiciones en que se encuentran, les parece más accesible que por menos cantidad de dinero puedas salvar tanto el hambre como el frío. Y como lo han hecho por varias semanas, meses y en algunos casos años, saben que con las prácticas de escamoteo les va a alcanzar para poder acceder al cristal.

La tercera razón, el hecho de que se activen físicamente, se conecta directamente con la segunda, como se observa en esta conversación:

*Juan:* ¿Es mejor conseguir droga en vez de comida?

*Carlota:* Pues sí porque pues con la droga anda uno pa’ arriba y pa’ abajo y con la comida, no (Carlota, entrevista, 2016).

Sin embargo, sentir el envión de la adrenalina que provoca la sustancia incrementa el vórtice de precarización pues, estar activos –“alterados” en jerga callejera– les proporciona la energía suficiente para realizar prácticas de escamoteo con lo cual puedan obtener ingresos y así poder destinarlos a la compra de la sustancia.

A la larga, esto va agudizando la curva de la espiral crónica en la que entran pues los efectos en el cuerpo son devastadores y cada vez más se va necesitando la sustancia “porque la pinche droga llega un momento que cuando estás drogado subes y bajas y haces, deshaces y cuando no tienes la droga, es un pinche dolor de huesos, de la putiza que te pusiste dos o tres días y ¡ay güey! ahorita no me la acabo con el dolor de la espalda cabrón y entonces ahorita ya no aguanto y no me he drogado, como diciendo, pinche malillón, ¿no? la malilla es el hambre y la sed carnal” (Chilango, entrevista, 2016).

#### **5.4.3.2 La ‘malilla’ del cristal y la agudización de la espiral de la precariedad**

La ‘malilla’ es la forma en que estas personas se refieren al síndrome de abstinencia. La ‘malilla’ se siente en el cuerpo y es un catalizador de la adicción que causa esta droga (Syversten, et. al., 2010), “si no consumo, me congestiono, y la malilla de los huesos quiere la sustancia” (Pimpón, entrevista, 2016), “Ve el pobre cabrón, el Pimpón, ahorita le tengo que llevar droga, le tengo que llevar a fumar un ‘globo’, pobre cabrón se lo está

llevando la chingada” (Chilango, entrevista, 2016). Como puede observarse, la droga tiene efectos físicos que debilitan sus capacidades corporales y genera una reacción en el cuerpo de estas personas que los hace necesitarla y no pueden continuar sus actividades sin ella.

De manera que, para movilizarse y trabajar, en muchas ocasiones necesitan estar ‘alterados’ para tener las fuerzas que no tienen con la ‘malilla’. Así, esto es parte de un círculo vicioso que agudiza e incrementa de manera exponencial el vórtice de precarización en donde tienen que drogarse para “alterarse” y poder obtener ingresos de alguna manera que son destinados a que no llegue la “malilla”, “hacer un jalecillo pa’ sacar dinero pa’ la droga (...) aquí hay dos recicladoras cerca, reciclas, te dan una feria [dinero] y a la conecta [casa de narcomenudeo] (...) voy acá a una cerca donde son más grandes los ‘globos’ [las microdosis]” (Chava, entrevista, 2016). Esto, por supuesto tiene efectos devastadores en términos de cansancio y desgaste corporal, de modo que, si bien la droga les da fuerza, también los hacen descuidarse físicamente. Lo que constituye claramente señales de la degradación de las posibilidades de agencia a partir de un cuerpo desgastado.

Ahora bien, tener trabajo no es suficiente para dejar de consumir, la diferencia entre hundirse en el vórtice de precarización o mantenerse en sus orillas, a falta de mecanismos gubernamentales de atención y cuidado a estas poblaciones, tiene que ver con las redes socioafectivas que se tengan vigentes. Mientras el Chilango no podía sostener su relación laboral debido a las drogas “aquí he tenido trabajos, ¿verdad?, pinches negocios me quedan chicos, he estado de mesero, trabajé para el Hotel Rosarito, pero desgraciadamente la droga, ¿verdad?, la droga es la que te chinga” (Chilango, entrevista, 2016), el Chinolas, quien tiene una red de apoyo socioafectivo vigente y continúa consumiendo drogas en el Cañón, ha podido conservar su trabajo con una serie de escaramuzas ilícitas “pos la verdad no te voy a echar mentiras, yo por el trabajo, yo pago 200 pesos cada mes al doctor, pa’ que no me salga en el antidoping, o sea pa todo hay maña, pa todo hay tranzas (...) pero yo vengo a fumar pa’ acá (Cañón) pa no faltar el respeto a mi casa, ni a mis tíos, ¿sí me entiendes?” (Chinolas, entrevista, 2016).

Por supuesto, no es la ‘malilla’ por sí misma la que los hace entrar en una especie de ‘loop’ de adicción, sino que, como vimos, las condiciones de marginalidad y exclusión

posibilitan vislumbrar que el consumo de drogas sea una opción para salvar las necesidades cotidianas.

#### **5.4.3.3 'Débiles de mente'. La 'normalización' del consumo y la narrativa personalista**

Si bien en esta investigación intento cruzar los procesos mesoestructurales con las decisiones individuales para poner en contexto las razones que estas personas ofrecen para continuar consumiendo drogas –lo que agudiza su proceso de precarización–, en la práctica éstas personas reducen todo este proceso hacia la reproducción de una narrativa personalista y meritocrática de la cual se han alejado, y han asumido que nada más que su “debilidad de mente” es la que ha hecho que persista esta situación.

En un testimonio anterior se observó cómo el Solín aseveraba que la capacidad de decir que no a las drogas estaba en ellos mismos, sin embargo se acobardaban ante la tentación y cercanía de las mismas. En ese sentido, considerarse cobarde es considerarse “débil de mente”. La idea de ser “débiles de mente” emergía la mayoría de las veces que platicábamos sobre su persistente consumo de cristal, como si dejarlas o continuar consumiéndolas dependiera enteramente de su decisión individual. Esta idea parece estar implementada por las constantes pláticas y conversaciones con los servicios religiosos en las casas de asistencia en donde predomina la narrativa de que Dios no los juzga por sus acciones y les ofrece el perdón y la opción de otro camino, pero solamente está en ellos la posibilidad de salir de ese ciclo.

“Pues porque solamente hay un poder que nos va a ayudar pa’ salir de todo esto, es él. Y pa salir sin dolor y todo, ¿no?, o como sea, pero pues también nosotros quisimos venir aquí a caer a sufrir ¿no?” (Pimpón, entrevista, 2016), “Empecé a agarrar esperanza, la fe más que nada, empecé a echar mano de la fe y ahora creo que Dios es bueno porque me ha bendecido en gran manera, aunque uno es ingrato, uno sigue siendo de repente lo malo, me pueden decir que soy hipócrita pero aun en mi loquera [adicción], aún en mi vagancia, aún en mi necesidad, yo clamo a Él, aún en mi pensamiento y confío en que Él me puede levantar, siempre y cuando ponga de mi parte, pa’ su honra y su gloria” (Solín, entrevista, 2016).

La reproducción de un discurso del esfuerzo personal y de la ‘debilidad de mente’ hace que estas personas ‘normalicen’ la situación en la que están como frutos de sus pocos esfuerzos personales para salir de ello y que no se reconozca, en términos de Bourdieu, la desigualdad y exclusión como parte estructurante del proceso violento por el

que atraviesan. Es decir, debido al lugar que se ocupa en las jerarquías sociales, la culpa se individualiza y su situación se ‘normaliza’ como el orden natural de las cosas. (Bourdieu, 2009; Bourgois, 2003).

“a la calle yo no pensaba volver a vivir, porque un tiempo atrás cuando me accidenté del ojo, dije ‘no pues para qué trabajo si de todos modos vale queso’ y después miré que no hay otra salida más que trabajar, cuando ya empecé a agarrar chambitas pues miré que sí se podía rentar un cuartito, dije que ya no tengo necesidad de vivir en la calle si sé que puedo pagar un cuartito aunque sea barato, ya no vuelvo a vivir en la calle, pensaba yo. Más sin embargo ya tengo otra vez dos tres años, aunque agarro feria y todo, pero te digo, como que las calles también te aprisionan, igual que la droga. Ya se me hace normal, puedes llegar a verlo normal, estar así, pero no es normal. Merecemos algo mejor.” (Solín, entrevista, 2016)

Las recaídas en la adicción, después de ser ‘rehabilitado’ son comunes, pero ellos lo ven como un fracaso, porque para la sociedad que los estigmatiza eso constituye un fracaso (Albicker y Velasco, 2016). Tienen interiorizado dicho estigma y se culpan a sí mismos, porque, según lo que comentan, las rehabilitaciones están basadas en culpas, no en acercamientos más complejos. Las rehabilitaciones a las que han acudido se fundan en una noción individualista, neoliberal y emprendedora del éxito y del fracaso.

Por todo lo anterior, estas personas catalizan un ciclo donde se reproducen las bases para sustentar el estigma de drogadictos que denigra, deshumaniza y excluye a estas personas “la gente nos mira mal, no tenemos una vida realmente, por eso yo digo que también hay mucha gente que anda bien alcoholizada toda acá porque no nos dejan otro camino a veces, más que venirnos acá a los montes o agarrar otro compa como anda uno y loquearse [drogarse] uno” (Hermosillo, entrevista, 2016).

### **5.5 Conclusión. El escamoteo, prácticas indigentes y el segundo salto exponencial de precarización**

El internamiento progresivo en prácticas de escamoteo tiene efectos severos en la agudización del vórtice de precarización. La fase del escamoteo salva, aunque sea de manera inestable, las necesidades básicas de alimento, higiene y techo, sin embargo da pie para destinar hacia el consumo de drogas los pocos ingresos generados, lo que representa un salto cualitativamente exponencial hacia dentro del vórtice de precarización, el cual –como dije anteriormente– no es un lineal pero sí es un proceso que

coloca las condiciones para que eso suceda de manera exacerbada. Este hundimiento es cifrado por estas personas como un fracaso personal desde una narrativa personalista. De manera que quienes habitan las calles de la ciudad, a partir de su internamiento en las drogas, comienzan a delinear la explicación de su situación a partir de su propia irresponsabilidad.

Como no se vislumbran posibilidades de inserción social para estas personas, se involucran en el proceso creciente de precarización desatado por establecer rutinas de prácticas de subsistencia. La participación en estas prácticas revela Conversaciones Internas (Archer, 2007) en donde sopesan la viabilidad de vivir en dichas condiciones y no en la cárcel o centros de rehabilitación y hacen todo lo que puedan para mantenerse ahí a partir de una impresionante adaptación al entorno precario y residual que los rodea. El internamiento en estas prácticas de escamoteo es una espiral en la que entran y es difícil salir, pues comienzan a salvar necesidades, a entender cómo funciona la vida en la calle y los recursos e ingresos los movilizan hacia las drogas, lo que constituye una severa acumulación de precariedades.

Si bien el análisis de estas prácticas muestra una adaptación impresionante al entorno, y en ese sentido el ejercicio táctico de alguna posibilidad de agencia, el diagnóstico es pesimista pues después del análisis y del salto exponencial que supone el consumo crónico de drogas se ha observado una progresiva debilitación de las capacidades reflexivas de la agencia. Se ha observado cómo, las tácticas de escamoteo no generan certeza duradera para estas personas pues, al operar en un lugar que no es propio, no tienen posibilidad de acumular los recursos que obtienen de ellas. Es esta imposibilidad de acumulación –el no disponer, sólo tomar prestado, de una base para capitalizar ventajas y asegurar independencia en relación con las circunstancias– en cruce con las características precarias e informales de sus prácticas, lo que permite que se hundan en el vórtice y que prefieran destinar sus ingresos hacia las drogas.

En el lenguaje de De Certeau, la estrategia es una relación de fuerzas que pueden ser autonomizadas desde un sujeto de poder y conforman un lugar propio desde el cual se ejerce una práctica vigilante, en ese sentido son mecanismos de control que mantienen un orden establecido. En este caso, con ello aludo a la correlación de fuerzas que mantiene a la indigencia en las calles, desde procesos excluyentes, que analicé en el capítulo 2. Las

prácticas de escamoteo operan en las fallas de este orden establecido. Sin embargo, estas formas de acción táctica sólo sirven pasajeramente –a diferencia del impulso de resistencia que De Certeau le dio a su teoría– en la vida de los indigentes de Tijuana. Estos se insertan en los espacios residuales y ahí muestran una adaptación impresionante de sobrevivencia.<sup>82</sup> Así, las prácticas de escamoteo no sólo no funcionan para subvertir el orden, sino que colocan todos los elementos para que, satisfechas las necesidades más básicas, por muy precarias que sean, destinen los recursos económicos que tengan hacia la drogadicción, generando con ello un deterioro brutal de sus posibilidades de agencia y un subsecuente salto cualitativamente exponencial hacia dentro del vórtice de precarización.

Como puede verse, al interiorizar la narrativa del fracaso sobre sus propias vidas, parece que no bastan sus propios méritos para salir de dicha situación. Son necesarios elementos externos que los ayuden a salir del vórtice como una red de cuidados o programas gubernamentales de atención integral a poblaciones vulnerables.

Así, en el análisis de las prácticas de escamoteo se observa que las personas no son pasivas en el orden que se les impone sino que son participes en la fabricación de su propia situación. Generan, por un lado, la satisfacción de sus necesidades básicas, pero por otro lado, colaboran con el deterioro progresivo de sus posibilidades de acción. En ese sentido, estas personas, están en el fondo participando, creando y recreando su situación precaria. Y aunque significan esta situación como su propia culpa, su participación es parte de un proceso de violencias estructurales y culturales que interiorizan estas personas y que generan una situación en la que se ven orillados a participar en las prácticas de escamoteo. Estas violencias se analizarán en el siguiente capítulo.

---

<sup>82</sup> Por supuesto, frente a las condiciones estructurales, la imposibilidad de cruzar a Estados Unidos, el acoso policial y la ruptura de vínculos familiares, esto parece ser una decisión sensata para ellos.

## 6. La incorporación de la precariedad. El continuo de violencia y las subjetividades indigentes

### 6.1 Introducción

La configuración de las subjetividades indigentes en Tijuana está íntimamente relacionada con las prácticas de escamoteo, emplazamiento y consumo de drogas analizadas en el capítulo anterior. Si el vórtice de precarización se acelera cuando la indigencia se asume como un fracaso personal frente a una narrativa meritocrática, en este capítulo analizo los procesos a través de los cuales se incorporan las condiciones sociales asociadas a la vida en la calle y cómo en ello se reproduce una violencia posestructural caracterizada por la participación de los habitantes de calle en la reproducción práctica y subjetiva de las dinámicas de violencia y vulnerabilidad que se vive en la calle.

Por lo anterior, intento observar cómo los efectos de la violencia sufrida (física, estructural, cultural) a lo largo del proceso vital de estas personas pueden ser transformados en otro tipo de violencia. La idea es analizar el ‘continuo de violencia’ (Scheper-Huges y Bourgois, 2004) que se reproduce al interior de los emplazamientos residuales con la participación activa de los propios indigentes. Fundamentalmente aquí me concentro en observar la violencia de las condiciones materiales de los espacios residuales y en la violencia autoinfringida. Con ello intento responder cuáles son los procesos de incorporación de las violencias que rodean el escenario callejero y a través de los cuales estas personas, como víctimas de la violencia, “se autoimponen la brutalidad de su marginación” (Bourgois, 2003: 67; 2009).

Ello obliga a reconocer que la experiencia violenta de la vida cotidiana en esos espacios se vive en primerísimo lugar con y a través del cuerpo y cuyas sensaciones, vinculadas a la materialidad violenta de los espacios precarios, son una forma de potenciar manifestaciones emocionales negativas que agravan la precarización de sus condiciones vitales.

Después de este análisis, estoy en condiciones para evaluar qué otros caminos, además de la autodestrucción, existen dentro del vórtice de precarización. Así colocaré tres rutas prototípicas que se siguen cuando el proceso transfronterizo de acumulación de



precariedades, la exclusión urbana, las prácticas de escamoteo y la reproducción de un continuo de violencia los colocan en las calles de la ciudad de Tijuana: morir en la calle, quedarse en la calle, salir de la calle.

#### **6.1.1 Vivir en las calles se incorpora: violencias, ‘encuerpamiento’ y sensaciones**

Las condiciones precarias de los circuitos y emplazamientos residuales se registran sensorialmente en primera instancia desde y con el cuerpo. Con el paso del tiempo, estas personas acostumbran, con su propio cuerpo, a normalizar dichas sensaciones, a darles sentido como su mundo de vida. La matriz de sentido que se genera desde y en la vida en la calle se va construyendo y alimentando a partir de la presencia física y del contacto de sus cuerpos con los espacios precarios de Tijuana. Desde ahí se pueden rastrear lógicas internas de acción –con moralidades propias– que contribuyen a la agudización –e interiorización– de la precariedad y, por lo tanto, a la reproducción –desde lo subjetivo– de las condiciones sociales para la persistencia de la indigencia.

El cuerpo es un depósito de historias configuradas socioculturalmente. Como dicen Rose y Hatzenbuehler (2009), los cuerpos de las personas contienen el impacto acumulativo de su existencia material y los significados adheridos, es decir, el contexto económico y político de vida se ‘encuerpa’, de manera que el clivaje o la posición ocupada en el espacio físico y social se manifiesta en formas de moverse, de comer, en propensiones a enfermedades o en marcas corporales que tienen las huellas de las condiciones materiales de los espacios vividos históricamente.

El proceso violento de precarización transfronterizo, relacional y práctico, se encarna y se ‘siente’ en y desde los cuerpos de las personas que habitan cotidianamente las calles y los espacios residuales de la ciudad. Los significados y afectos vinculados a las prácticas corporales en la situación de calle echan luz sobre las formas en que las personas en esta situación interiorizan su posición social como un fracaso individual y las violencias vinculadas a ello, lo que colabora a exacerbar el vórtice de precarización.

Slack y Whiteford (2010) acuñaron el término de violencia posestructural para aludir y observar las reacciones de las personas ante la violencia estructural instanciada en desigualdades sociales y económicas (Galtung, 1995), es decir, intentan observar la participación en las dinámicas violentas de los actores que la sufren, ya sea reproduciéndola en otros niveles o intentando repelerla. La idea de retomar esta propuesta

es para analizar cómo es que se yuxtaponen simultáneamente una serie de agresiones (estructurales, físicas, simbólicas) que configuran a los espacios callejeros como escenarios violentos en múltiples niveles con la participación activa de los propios indigentes. La dimensión afectiva alude a elementos corporales fundamentales en la reproducción de este tipo de violencias al interior de los emplazamientos residuales. Analizarlos permite observar el ‘encuerpamiento’ de la precariedad como una dinámica violenta que, en última instancia, puede colaborar a que los propios indigentes sean los operarios de su propia destrucción (Bourgois, 2009).

Nancy Scheper-Huges y Phillip Bourgois (2004) reelaboran el concepto de “zona gris” de Primo Levi, ese escenario en donde los internos del campo de concentración –o también en el caso de desaparecidos o torturados– son empujados hacia un espacio de ambigüedad moral, de traición mutua y complicidad con el enemigo a cambio de ventajas pequeñas y personales. Esta conceptualización tiene la ventaja de que apunta justamente a las reacciones de la víctima, se enfoca en los dilemas morales que enfrentan cuando tienen que reproducir la violencia sobre sus pares en orden de obtener alguna ventaja en dicho escenario de violencia y muerte, una manera de capturar las reacciones ante la violenta vulnerabilidad.

Esto permite entender que los emplazamientos residuales son lugares donde se reproducen distintas violencias en su interior en un ‘continuo de violencia’. La exclusión social violenta se ejerce sobre sí mismo a través del consumo de drogas, conflictos interpersonales o de expresiones emocionales como la vergüenza o el aislamiento socioafectivo. Sin embargo, y más importante aún, permite revisar, desde la perspectiva de estas personas, las moralidades implicadas en determinadas reacciones violentas, ya sea hacia sus pares o hacia sí mismos.

Las violencias en la vida callejera involucran a una serie de actores que la normalizan y justifican desde modelos de reconocimiento deshumanizantes (policías, transeúntes, servidores asistenciales, etcétera) y en muchas ocasiones eso incluye a los propios indigentes que la incorporan y reproducen sobre sí, sintiendo incluso que la merecen. Según Bourdieu, la violencia simbólica es aquella “violencia que se ejerce sobre un agente social con su complicidad (...) los agentes sociales son agentes cognoscentes que, aún cuando están sometidos a determinismo, contribuyen a producir la eficacia de

aquello que los determina en la medida en que lo estructuran” (Bourdieu y Wacquant, 2008: 240).

Esta violencia, según el sociólogo francés, es el modo de dominación más económico y efectivo para guardar el orden de las cosas pues no necesita de coerciones físicas para operar porque, precisamente, es una violencia que no se reconoce como tal al estar enraizada en el orden de las cosas: “De todas las formas de ‘persuasión oculta’, la más implacable de todas es la ejercida, simplemente, por el orden de las cosas” (Bourdieu y Wacquant, 2008: 241). El hecho de que las personas en situación de calle sientan que ese es su lugar por no tener los méritos personales para estar en otro, es una forma en que ‘el orden de las cosas’ opera en su propio mantenimiento, es decir, es una forma de mantener en operación el vórtice de la precarización, y en muchos casos agudizarlo hasta extremos destructivos.

### **6.1.2 Conocimiento por cuerpos, emociones y subjetividades indigentes**

El proceso de interiorización del vórtice de precarización y sus violencias es paulatino. Éstas se incorporan en el día a día de la situación de calle, aprehendiendo y reproduciendo las prácticas de escamoteo que caracteriza a la vida en los lugares residuales. Con el paso de los días, como vimos en el capítulo anterior, los indigentes se capacitan de modo práctico para subsistir en las calles de la ciudad, en términos de Bourdieu, se tiene una “comprensión práctica del mundo” (Bourdieu, 1999: 180). A través del cuerpo, o sea, de la percepción sensorial y cotidiana de la ciudad es que se va formando un “sentido práctico” para orientarse en la vida callejera. Es decir, el conocimiento de la vida callejera se interioriza a fuerza de prácticas iterativas que se convierten en “esquemas motrices y automatismos corporales” (Bourdieu, 2009: 111) que denotan y reproducen la posición social en que están localizados.

Según la concepción bourdieana de la hexis corporal, la proxemia de los sujetos (caminar, sostenerse, comer, sentarse, moverse) refleja la posición en las relaciones de poder del orden social donde están localizados. “La hexis corporal es la mitología política realizada, *incorporada*, vuelta disposición permanente, manera perdurable de estar, de hablar, de caminar, y, por ende, de *sentir* y de *pensar*” (Bourdieu, 2009: 113). Importa destacar que, desde esta postura, el ‘encuerpamiento’ de lo social y el conocimiento adquirido por cuerpos (sentido práctico) delinea y expresa no sólo significados

objetivados por la conciencia, sino también formas afectivas de darle sentido al mundo desde la situación de calle que se está analizando.

Como el conocimiento práctico tiene a la corporalidad como la dimensión primigenia de sentido, lo social se ‘siente’ en el cuerpo. De manera que las sensaciones incorporadas son producto de la posición del sujeto en el orden de relaciones sociales en que se encuentra y, en el caso de esta investigación, de la localización en los emplazamientos residuales.

Investigando la vida callejera en Australia y articulando los análisis de Massumi sobre el afecto con la teoría de la incorporación de Bourdieu, Farrugia argumenta que los afectos describen las interacciones corporales con el mundo social “un proceso ontológico a través del cual las sensaciones viscerales reflejan y se vuelven parte de las relaciones sociales (...) [el afecto] describe todas las sensaciones corporales en tanto interactúan con el mundo”. Las emociones, continúa el autor, forman parte de este proceso en tanto son la forma de narrar y darle sentido a los afectos (Farrugia, 2010: 75).

En esa misma tónica, el afecto, según Wheterell (2012), es una fuerza, una potencia, una influencia, una intensidad, pero sobre todo una relación activa. Sin embargo, como ella misma dice, para poder capturar cómo opera en la vida social, habría que pensar el afecto menos filosóficamente y ubicarlo de manera activa en las prácticas sociales. En ese sentido, girar hacia lo afectivo implica enfocarse en los modos de incorporación o encuerpamiento, enfatizar movimientos, dolores, placeres, emociones, memorias. Así, hablar en términos afectivos, implica hablar en términos corporales.

Según la noción propuesta, el sentido práctico no es exterior al sujeto sino que conforma ontológicamente su propia subjetividad “lo que se ha aprendido con el cuerpo no es algo que uno tiene, como un saber que se puede sostener ante sí, sino algo que uno es” (Bourdieu, 2009: 118). De manera que tanto las formas de “pensar” como de “sentir” desde el cuerpo indigente, en su aprendizaje cotidiano a través de las prácticas de escamoteo, conforman la construcción de la subjetividad de las personas en situación de calle.

Por lo anterior, en este capítulo se piensa la ‘incorporación’ desde dos registros – lo estructural y lo posestructural–. Por un lado, como el ‘encuerpamiento’ de la posición en la estructura social; en relación a los indigentes esto quiere decir que la vida en la calle

se aprehende a partir de las prácticas de escamoteo y se ve reflejada como marcas corporales que deja la materialidad de los espacios residuales. Por otro lado, se entiende como la forma en que el cuerpo se ‘afecta’ por la sensorialidad de los ambientes callejeros delineando procesos emocionales con que se le da sentido a la vida callejera, los cuales colaboran, en última instancia, al mantenimiento y agudización de la espiral de precariedad y violencia en que están inmersos.

### **6.1.3 Contenidos del capítulo**

En un primer apartado, se analizan los modos en que la precariedad toma forma en los cuerpos de estas personas a través de las sensaciones corporales y se analiza la construcción de una matriz de sentidos de exclusión a partir de la percepción sensorial de la ciudad.

La matriz de sentido construida en estos espacios precarios tiene una mediación emocional que debe ser atajada para conocer procesos preconscientes o no dependientes de la conciencia humana ni de la comunicación discursiva (Clough y Haley, 2007; Ariza, 2016) sobre las formas de subjetivar la exclusión social en los espacios precarios y de lidiar con la estigmatización. En un segundo momento, se analiza cómo la explicación de la culpa individual –y por lo tanto de la violencia simbólica sufrida y reproducida– pasa por el nivel de las emociones, específicamente los relacionados con la vergüenza y la sensación de soledad. En ellos se delinern principios morales y valorativos con que, a final de cuentas, se reproduce el orden violento de exclusión, estigmatización y marginalidad en que viven.

Si se asume una culpa individual como el factor que los llevó a vivir en la calle, es preciso colocar el análisis de lo que estas personas esperan de su vida y cuáles son las formas de construir una narrativa a futuro que los redima y, en el caso de haberlas, cuáles son las prácticas que las sustentan. Aquí observo qué tipo de recursos se vislumbran en estas narrativas para movilizar a sus planes de futuro o si continúan reproduciendo una narrativa voluntarista que, a la larga y dadas las condiciones, no parece operativa si no se tienen relaciones sociafectivas vigentes de las que puedan echar mano para subvertir el orden violento en el que están inmersos. El análisis de las prácticas de autocuidado o de abandono corporal, así como la indagación sobre la construcción de una memoria personal y social, permitirán observar los procesos que operan para que la violenta espiral

de precariedad, por un lado, persista, o por el otro lado, se agudice tanto, teniendo como último desenlace, en algunos casos, la muerte. Esto me permitirá concluir que hay tres caminos prototípicos a seguir, según el grado de violencia involucrado, una vez que se está dentro del vórtice de precarización.

## 6.2 La cruel mnemotécnica: el encuerpamiento de la precariedad

Las poblaciones callejeras experimentan, sienten y perciben la ciudad con el cuerpo. En la interacción que tienen con los diferentes espacios de la ciudad no hay intermediación, salvo sus ropas, que filtre la experiencia urbana de estas personas. Las calles, túneles, canaletas y demás circuitos los recorren con el sólo impulso de sus pies. En dichos recorridos escuchan la estridencia de los motores a su paso, olfatean el humo de los carros y paladean el polvo que levantan. Las movilidades e inmovilidades de estas personas por la ciudad apuntan a la corporalidad como la dimensión primigenia de la experiencia sensible. Es a través de estas experiencias sensibles de circulación cotidiana por la ciudad que, poco a poco, va moldeándose el cuerpo de los *indigentes* y se va interiorizando la vida callejera.

Es en este ‘encuerpamiento’ donde también se reproduce la violencia de la precariedad. De manera que, en la incorporación de la situación social precaria, estas personas también abonan a la persistencia de la vida callejera en Tijuana.

Además de la presión y normalización ejercida por las violencias estructurales, gubernamentales y policiales, relatadas en el capítulo 1 y 2, es posible analizar las presiones en el orden de lo cotidiano y del sentido práctico de la vida callejera sobre todo “los condicionamientos impuestos por las condiciones materiales de existencia, por las veladas conminaciones y la ‘violencia inerte’ (como dice Sartre) de las estructuras económicas y sociales y los mecanismos por medio de los cuales se reproducen” (Bourdieu, 1999: 187). Este tipo de violencias cotidianas pueden ser analizadas, en este sentido, como una “cruel mnemotécnica” (Bourdieu, 1999) que se registra en el cuerpo y en sus sensaciones. Es decir, a través de las sensaciones corporales, se ‘recuerda’ la posición social y la violencia estructural porque en la corporalidad indigente se inscriben las marcas materiales de los espacios sociales residuales. En el cuerpo quedan como recordatorio las huellas del violento proceso de precarización atravesado.

La utilización de técnicas de antropología y sociología visual, permitieron tanto documentar la morfología de las rutas y constreñimientos territoriales ocupados por las circulaciones indigentes, como registrar la corporalidad y performatividad de estos cuerpos puestos en circulación en el espacio urbano. Esto ha hecho posible, conocer los procesos de ‘in-corporación’ de la precarización en sus vidas, en el sentido de las consecuencias materiales y emocionales que tiene esta situación en sus cuerpos. Las prácticas alimentarias, las condiciones de salud, los andares cotidianos se convirtieron en pistas para entender que en el cuerpo toma forma su lugar social, cómo se interioriza el proceso de precarización y cómo se reproduce la violencia simbólica cotidianamente.

A pesar de que la fotografía y el video están limitadas a registrar sólo visualidades y sonidos, se pudo hacer una interpretación que las marcas de la experiencia sensible de devenir *indigente* dejaba en el cuerpo de estas personas. A través del rastreo de otras sensibilidades dentro de las mismas fotografías, se reconstruyó una matriz de sentido respecto al espacio urbano desde la vida en la calle.

De este modo, a partir de los datos recabados en campo con diferentes técnicas y bajo la premisa de que “el ‘sentir’ y el ‘sentido’ forman un mismo complejo en el que *sentir* es al mismo tiempo atribución de *sentido*” (Sabido, 2008: 629), en este apartado se indaga en la experiencia sensorial de los diferentes terrenos, lugares y espacios por los que circulan los indigentes en la ciudad. Se intentará así, conocer cómo experimentan sensorialmente la ciudad a partir de caminarla en la vida callejera. La idea es, pues, reconstruir una matriz de sentido que nos permita observar los procesos micro en que se reproduce la violencia y se exagera la precariedad, desde las lógicas y moralidades implicadas en el sentido práctico de la vida callejera.

### **6.2.1 Entre muros, calles, policías, canaletas y cañones. La mirada desde la vida *indigente***

La visualidad es, pues, la dimensión sobre la que trabaja la fotografía. A través de ella fue posible hacer un trabajo colaborativo en donde ellos me indicaban qué lugares y a qué personas fotografiar, en ocasiones se les prestó la cámara para que sea su mirada la que enmarque la fotografía y la atribución de sentido esté mediada sólo por el aparato y no mi mirada como investigador. Así, a partir de la integración de las fotografías, las conversaciones informales y las entrevistas fue posible registrar sus espacios de



circulación así como las formas en que atribuyen significado a los paisajes, los circuitos y los significados atribuidos a dichos espacios desde la situación social callejera. Con fines expositivos se describirán una serie de rutas por las que circulan los habitantes del Cañón del Matadero, partiendo de dicho lugar.

El Cañón del Matadero es un espacio de barrancas que está limitado por el muro fronterizo al norte y bordeado en forma de herradura por la intersección de la avenida Internacional y la carretera a Playas. Se encuentra aproximadamente a 2 kilómetros de la costa tijuanaense. En dicho espacio hay dos tipos de zonas planas, una a la mitad del mismo y la otra al fondo del cañón. Desde el árbol de eucalipto, centro de reunión de los habitantes de la parte de arriba del Cañón, se tienen dos paisajes muy claros. Unos quince metros hacia el norte se ve un muro de lámina sobre un cerro que corta el paso del cañón y diez metros más allá se ve un segundo muro más alto y con alambre de púas. Entre ambos muros se divisa una carretera por donde pasa la camioneta de la patrulla fronteriza.

**Fotografía 6 Los muros y la patrulla fronteriza en el Cañón del Matadero**



Fuente: Fotografía de Don Ángel. Fotoelicitación, 2016.

Viviendo por largo tiempo en el cañón, y a fuerza de estar observando dicho paisaje diariamente, estas personas han logrado conocer e intuir los movimientos de



dichos vehículos. En la fotoelicitación con Don Ángel, este comentó que fue a determinada hora del día a tomar la siguiente foto pues ya sabía que era la hora en que se “parqueaba la troca [camioneta]... del que nos cuida pa’ que no salgamos... la migra, en el cerco de la línea divisoria” (Don Ángel, fotoelicitación, 2016) señalando, no sólo que estando ahí se sienten ‘encerrados’ sin poder ‘salir’ a EUA, sino también cómo desde esa situación les ha tocado observar la exacerbación del aseguramiento fronterizo con las construcciones del primero y del segundo muro a lo largo de los años que han pasado por ahí. (ver fotografía 6)

Como fue mencionado, el Cañón del Matadero ha sido un paso importante hacia Estados Unidos para el trasiego de drogas y el cruce de inmigrantes, tan es así que del lado norteamericano éste ha sido conocido desde los años veinte como el “Smuggler’s Gulch”, es decir, como el Cañón de los Contrabandistas. Del lado norte éste ha sufrido múltiples modificaciones para mantener fuera el contrabando de dicho lugar –lo cual no ha estado libre de conflicto por parte de grupos ambientalistas (Fox, 2004)– ambos muros, la alcantarilla y las carreteras intermedias dan constancia de ello. En esta fotografía es clara la relación de sentido que hacen con la presencia de una estructura violenta en forma de muro y el recordatorio de que tienen que asumir de manera resignada la vida callejera en el Cañón. Como dice Bourdieu, “las conminaciones sociales mas serias no van dirigidas al intelecto, sino al cuerpo, tratado como un *recordatorio*” (Bourdieu, 1999: 187).

Hacia el sur el panorama consta de una carretera que bordea circularmente el fondo del cañón y, a lo lejos, las colonias El Soler, Miramar y La Isla coronan la punta de los cerros circundantes. La sensación de paisaje amplio que se tiene desde el eucalipto permite estar alerta sobre los movimientos de las patrullas policiales en la intersección de las carreteras, así como saber si alguien se aproxima peatonalmente. La mirada que posan sobre dicho paisaje, implica un estado de alerta personal en el que se encuentran constantemente ante el acoso que se sufre al estar viviendo en la calle. (ver fotografía 7)

### Fotografía 7 La mirada vigilante hacia el sur desde el eucalipto en el Cañón del Matadero



Fuente: Fotografía propia, septiembre de 2016

Para ir hacia el Oeste, hacia el mar que está aproximadamente a unos 2 kilómetros, hay que bajar hasta el fondo del cañón y subir pegado a la lámina por un terreno empinado y escarbado, cubierto de piedras redondas y tierra resbalosa “Son áreas en que no hay días que no recorra gente y hay mucha hierba” (Don Ángel, fotoelicitación, 2016), en muchas ocasiones el uso de las manos es necesario para poder escalar sobre dicho terreno (ver fotografía 8). Normalmente, cuando van hacia esa dirección, se debaten entre ir por ese cansado pero escondido camino o ir por la carretera que es plana pero visible a la mirada policial. Sus itinerarios normalmente los adaptan al respecto, de día circulan por esos circuitos clandestinos, de noche es más fácil pasar desapercibido alrededor de las vías carreteras. Como vemos en estas situaciones, el estado de alerta es una forma más de interiorizar las violencias en esta situación y la posibilidad de reaccionar ante ellas.

Fotografía 8 El camino hacia el oeste desde el Cañón del Matadero



Fuente: Fotografía propia, agosto de 2016

Una vez arriba se pasa por detrás del fraccionamiento la Isla a un costado de la mojonera 256. Allí se camina una meseta cubierta de matorrales a lo largo de un muro pintarrajeado de grafiti hasta llegar a una estructura tubular que susurra agua por dentro. Al seguir se llega a una canaleta pluvial de unos tres metros de amplitud que empieza a descender, junto con la carretera que en ese punto se encuentra con el muro, hacia el Cañón de los Laureles. Durante esa bajada, el muro fronterizo alcanza tan sólo el metro y medio de altitud, mientras la carretera que pasa al lado se va quedando arriba al formarse una quebrada. (ver fotografía 9)



### Fotografía 9 Descenso hacia el Cañón de los Laureles



Fuente: Fotografía propia, agosto de 2016

En la parte inferior del Cañón de los Laureles y debajo de la carretera hay un desagüe pluvial que se interna por unas rejillas hacia Estados Unidos. Dicho paso está compuesto por seis tuberías de unos 2 metros de diámetro, un espacio donde se acumula el agua y un gran conducto morado transversal de aguas de reúso. Dentro de esas tuberías es posible observar a unas ocho personas que habitan dichos espacios. La ventaja de dicho espacio es que ahí lograron jalar una manguera de agua que corre permanentemente desde la colonia Los laureles. Algunas veces acuden ahí a llenar sus botes de agua, como una práctica más de escamoteo. (ver fotografía 10)

Fotografía 10 Paso de desagüe pluvial en el Cañón de los Laureles



Fuente: Fotografía propia, octubre de 2016

Al subir, de nuevo se tiene que seguir sobre la carretera debido a la dificultad que implica subir el risco de frente. Unos pasos más y se alcanza a divisar el mar. Uno de los lugares de reunión para las personas que viven en la calle del fraccionamiento Playas de Tijuana es ‘La Jungla’, –el espacio verde que está entre el muro fronterizo, la carretera, la plaza monumental a la orilla del mar y la sección Terrazas–. Es decir, en la esquina noroeste del país, después de la playa y una plaza de toros, lo que existe es un espacio habitado por una serie de habitantes de calle. La Jungla es una espacio lleno de pastizal en donde habitan unas 30 personas que se caracterizan por estar escondidos permanentemente. Allí pude constatar más de 15 refugios que construyen ‘como vietnamitas’ (Chino, conversación, 2016) escarbando en la tierra y tapando con cartones cubiertos de matorrales (ver fotografía 11). Ahí se esconden para que la policía no pueda ubicarlos.



Fotografía 11 El "Chino" abriendo uno de los refugios en La Jungla



Fuente: Fotografía propia, agosto de 2016

Ahora bien, si caminan hacia el este desde el Cañón del matadero, es decir, con rumbo al Desayunador del Padre Chava el escenario se llena de piedras, basuras, pintas, zanjas pluviales, automóviles, edificios, carteles. Necesariamente se tiene que caminar en la vereda de un metro o dos entre el muro fronterizo y la avenida internacional por donde pasan a toda velocidad los automóviles (ver fotografía 12). Este camino se ensancha o se acorta, sube o baja según la orografía del lugar y el paso del camino. Lo cierto es que en esa franja de tierra, además de encontrar hierbas, plantas rodadoras, árboles, por este sendero también se encuentra basura, botellas vacías y algunos rastros de comida, evidentemente es una senda que se recorre de manera seguida. A lo largo de la barda también se encuentran rastros de lona, ropa y huellas de personas. En este tramo de aproximadamente dos kilómetros se pueden encontrar más de 30 espacios chamuscados con vestigios de fogatas. También hay pequeños recovecos que se forman entre la carretera y la barda o canaletas de paso pluvial transfronterizo donde se encuentran desde cobijas y ropa vieja, hasta basura y excremento.

## Fotografía 12 Camino al desayunador del Padre Chava



Fuente: Fotografía propia, agosto de 2016

Cuando se llega a la parte donde el terreno es parejo, del otro lado se alcanzan a apreciar las casas de la colonia Castillo y poco a poco se empiezan a asomar los edificios de la Zona Norte. Ahí, pegado a la lámina, hay otro espacio que no se observa desde un automóvil, es una especie de pequeño barranco de dos metros repleto de basura y con toldos amarrados a la barda internacional que utilizan como ‘yongos’. Ahí viven aproximadamente unas diez personas y organizan su vida en torno a dicho espacio. Mientras se sigue caminando y conforme se van acercando a la Zona Norte, la basura que se encuentran en el piso empieza a cambiar de forma, sigue habiendo rastros similares pero ahora se encuentran jeringas, cucharas y utensilios desechables. Ahí enfrente, está la zona conocida como los ‘picaderos’, un área de alto consumo de heroína.

A lo largo de la valla fronteriza se pueden observar grafitis y propaganda política, algunos murales aludiendo al cruce fronterizo, una gran pinta que dice “México lindo y bandido” así como dos mensajes color verde que plantean “Reclutando vagos en 1

semana o ejecutado” y “si no acepta ser reclutado ejecutado será” y firman con una especie de código (ver fotografía 13). Comentan los habitantes del Cañón que estos son mensajes que células del crimen organizado han mandado para utilizarlos a ellos como carne de cañón en operaciones ilícitas, constituyendo parte de las dinámicas extractivas analizadas en el capítulo 4. Estos, funcionan como recordatorios de un orden de vulnerabilidad en que se encuentran al transitar por caminos clandestinos.

**Fotografía 13 Camino al desayunador leyendo "Reclutando vagos en 1 semana o ejecutado"**



Fuente: Fotografía propia, agosto de 2016

Llegando al desayunador por la mañana, en el terreno lateral al edificio amarillo, lo que se observa es una larga fila de personas hambrientas, muchos de ellos deportados, otros tantos viviendo en la calle y algunos más en situación de pobreza alimentaria.

En estos circuitos es evidente que el escenario tiene al muro fronterizo como una de sus delimitaciones más claras. La frontera material en estas circulaciones, es observada y tocada diariamente, en muchas ocasiones prácticas les funciona para detenerse, para tener sombra o para caminar por una vereda segura. En ese sentido,



funciona tanto como un recordatorio de su atrapamiento como para poder proseguir en sus circulaciones urbanas.

Ahora bien, una de las miradas a las que constantemente se están enfrentando es a la de la vigilancia policíaca. Como se ha planteado, los circuitos que recorren tienen que hacerlos dependiendo del conocimiento que tengan sobre las rutas que recorren las patrullas de seguridad.

“Por acá, porque a veces baja uno del puente y hay plantón a veces con el policía, entonces pa’ no pasar un mal rato, mejor baja uno aquí, se mete por el túnel y ya se mete por todo el arroyo... levanta agua uno y se viene por donde mismo, para no estropear el día, porque estos amigos ahí nomás están esperando ahí, guachando [observando] a ver qué tranza, para a ver a quien friegan... porque quieren ver con qué pasa uno, porque es el área de tráfico donde uno sale a vender metales y todo eso, quieren estar mirando qué es lo que van a vender” (Don Ángel, fotoelicitación, 2016).

Aquí hay claramente una respuesta práctica ante la mirada vigilante que los oficiales posan sobre ellos. Como dice Simmel sobre la “proximidad sensible” (Simmel en Sabido, 2008), hay un efecto de reciprocidad en sus formas de mirar, mientras los policías buscan capturar a los indigentes a partir de colocarse en puntos estratégicos, éstos buscan eludirlos a través de caminar por circuitos escondidos, lejos de la mirada policial. Forzados a moverse por circuitos precarios, las rutas clandestinas son una manera de enfrentar el atrapamiento que supondrían los espacios fronterizos (Velasco, 2016). Estos circuitos clandestinos, por otra parte, demuestran cómo, a pesar de que aún en situación de indigencia hay posibilidad de reaccionar sobre las decisiones de movilidad, ésta se va debilitando cuando tienen que esconderse, están drogados y/o con su cuerpo debilitado.

### **6.2.2 Ruidos urbanos**

Una dimensión que se ha vuelto una problemática en la vida urbana y que empieza a llamar la atención de los estudiosos de la ciudad es el alto nivel sonoro que hay en ellas. El acceso al bien escaso que representa el silencio, se considera como un índice de desigualdad en las ciudades contemporáneas. Problemas como el de la “contaminación auditiva” comienzan a formar parte de los índices de bienestar social en la habitabilidad de las urbes (Hardoy y Mitlin, 2001).

Dentro del Cañón del Matadero son los pájaros que empiezan a cantar y la recurrencia de camiones que, a lo lejos, frenan con motor la bajada hacia Playas. En el

arroyo Alamar o a lo largo de la Vía Rápida y/o Avenida Internacional, es el aumento de motores rugiendo a su paso. Estos son los sonidos con los que amanece la vida callejera de Tijuana. Como se observa, la experiencia auditiva de la ciudad se desarrolla cotidianamente de manera distinta dependiendo el espacio apropiado para refugiarse. Mientras que, dentro de los cañones, apenas hay un rumor de automóviles a lo lejos, acentuado por el paso de los camiones de carga, los lugares aledaños a las vías rápidas y a la canalización del río, se intranquilizan por el ruido constante de vehículos circulando.

Abajo, en el Cañón del Matadero, la acústica es lo suficientemente benévola como para platicar o dormir con tranquilidad, apenas el viento moviendo los matorrales, apenas la reverberación de motores a lo lejos. Eso sí, en el Cañón se está lo suficientemente cerca para que cada media hora, aproximadamente, irrumpa lentamente el estridente sonido de las hélices de un helicóptero que patrulla la frontera desde el espacio aéreo estadounidense (ver fotografía 14). Los habitantes del Cañón se refieren a ellos como “los moscos que andan por ahí cuidándonos”, aludiendo al molesto y permanente estruendo de dichas máquinas. Estos helicópteros son parte de la compleja estrategia de mantener ‘asegurada’ la frontera, exacerbada a partir de la época de Bush, sobrevolando espacios, como el “Smuggler’s Gulch”, áreas identificadas como zonas de riesgo de penetración de la frontera. Las hélices sobrevolando sus cabezas también son un recordatorio de la vigilancia extrema a la que están sometidos, pues cuando refieren a que el helicóptero “los cuida” hacen alusión a que cuida que no se internen en territorio norteamericano.

Más allá del ruido de las aeronaves, la sonoridad urbana genera una amable tregua ahí dentro. Una de las razones que los habitantes del Cañón del Matadero mientan para haber decidido establecer una rutina a partir de dicho emplazamiento tiene que ver con esta tregua sonora. Si bien no están exentos de los rumores urbanos, aprecian haber encontrado un lugar que no les anule la capacidad de dialogar.

**Fotografía 14 Helicóptero de la patrulla fronteriza sobrevolando el "Smuggler's Gulch" ante el oído de los habitantes del Cañón del Matadero**



Fuente: Fotografía propia, 2016

Algunas veces ante mi solicitud de ir a determinado lugar juntos, me comentaban que no era momento por el amplio ruido que había. Aludían así a la hostilidad de dichos circuitos ante la posibilidad de socializar. Así, fuera del cañón, cuando caminan por las calles y circuitos precarios que recorren, se acumulan en la atmósfera auditiva una serie de rugidos motores, bocinas policiales y pitidos de automóviles, enaltecidos por el muro de lámina y/o las edificaciones que hacen las veces de caja de resonancia donde los decibeles aumentan. Caminando por la avenida internacional, rumbo al Desayunador del Padre Chava, el retumbo es tan ensordecer que es imposible entablar una conversación hasta que se logra atravesar dicha vialidad (ver fotografía 15). Una vez cruzada esa avenida, la envolvente barahúnda automovilística cede poco a poco hasta regularizarse como sonido de fondo urbano.

La estridencia de los circuitos se coloca aquí como otro factor de la precariedad que se vive al caminar estas calles. No sólo hay una desigualdad que se estructura al no haber andadores peatonales por estas vías, sino que a ella se le abona el ensordecedor

ruido cuando no hay una ventana o una pared que funja como intermediaria para la cancelación de dichos estruendos.

**Fotografía 15 Las láminas y paredes como cajas de resonancia en la Avenida Internacional**



Fuente: Fotografía propia, agosto de 2016

Al caminar por los mercados sobre ruedas de la Zona Norte o la colonia Herrera, se percibe el bullicio de ruidos y voces de las prácticas comerciales características de los mercados mexicanos: fruteros, polleros, vendedores de ropa, de comida y demás comerciantes le gritan directamente a los marchantes. Parsimoniosamente pasan autos con bocinas anunciando la lucha del próximo viernes, y el cuerpo indigente se intranquiliza cuando se oye una sirena policíaca. Entonces es momento de buscar una forma de pasar desapercibido o encontrar un escondite.

La estridencia automovilística, las bocinas de los diferentes vehículos –tanto particulares como policiales–, el bullicio comercial y los demás sonidos con los que están en contacto se colocan así como una realidad sensorial que envuelve y condiciona la inteligibilidad y las formas de darle sentido a la ciudad cuando la situación corporal

implica estar habitando las calles de la misma. Ahora bien, eso no significa que el oído siempre esté atento y reaccionando a dicha intensidad auditiva. Hay días en que dichos ruidos ‘ya no se escuchan’ pues los integran a su cotidianidad a tal grado que los sonidos del helicóptero o de los camiones parecen cancelarse o simplemente formar parte de la realidad sensorial de dichos espacios. El único sonido al que siempre están atentos y alerta es aquel sonido que hacen las bocinas policiales. Frente a los agentes de seguridad pública despliegan todas las alertas auditivas para huir de ellos. Así, este ‘escuchar sólo las sirenas policiales’ es parte de la interiorización de las condiciones violentas y precarias en que viven.

### **6.2.3 Tentar la ciudad. Cuerpo y sensaciones**

Si hay una situación en que se ‘sienta’ la ciudad, ésta debe ser aquella en la que el cuerpo se encuentra directamente en sus calles. En esta situación no hay mediadores entre el cuerpo y la ciudad, como cuando se circula sobre un automóvil o se descansa dentro de un edificio, los únicos mediadores son apenas las prendas que cubren sus cuerpos. En esta situación se gestiona una disposición corporal específica y se tienen que generar una serie de estrategias para lidiar con el calor, el frío, la lluvia, el sudor y el cansancio.

La ciudad se siente de manera directa cuando se camina sobre el pavimento, pero también se sienten las piedras en las partes no pavimentadas o el agua de los canales pluviales (ver fotografía 16). Las subidas y bajadas en los cerros y cañones de la ciudad, en caminos aledaños a la infraestructura urbana, es muy complicada. Se camina entre maleza y basura, se sortean piedras chicas y grandes, hay pendientes pronunciadas y pasos riesgosos, terrenos resbalosos, secos o mojados. Hay veces que de plano se tiene que andar por canaletas donde corre el agua pluvial para que no se complique más el paso.



**Fotografía 16 Senderos por donde circulan que se vuelven riesgosos en diferentes condiciones climáticas**



Fuente: Fotografía propia, julio de 2016

A lo largo de los circuitos por donde transitan para ir a la Zona Norte y al Centro, hay tramos amplios por donde caminar pero otros tantos donde se estrecha el paso. En algunos otros, los cerros están cortados para que pase la carretera. Hay caminos en donde la vereda se estrecha a tan solo unos 30 centímetros y la carretera corre unos tres metros por debajo y hay que caminar con la espalda pegada a la barda fronteriza. Vale decir que son caminos improvisados –se perciben huellas de camino andado– y está muy accidentada la vereda, en ella se encuentran pequeños riscos que sortear y en momentos es resbalosa la tierra. También el camino se constriñe pues hay arboles sembrados y hay que pasar entre ellos agachado o de lado. Esto es evidente en la recta cercana a la canalización, una recta bastante larga, por cierto. De la misma forma, como hay pocos pasos peatonales, se tiene que caminar de manera riesgosa por los puentes donde los automóviles pasan a un metro de distancia de la persona (ver fotografía 17). Ante pregunta expresa me comentan que a veces no hay de otra, que esa es la única manera de cruzar el río, por ejemplo.

### Fotografía 17 Atravesando el río de manera riesgosa



Fuente: Fotografía propia, octubre de 2016

Por otro lado, hay espacios apropiados por estas poblaciones a donde es muy complicado llegar. Para alcanzar la parte sur del Cañón del matadero, por ejemplo, hay que atravesar un nudo de carreteras y caminos, hecho y diseñado especialmente para los automóviles sin ningún tipo de espacio para el peatón, y aún así, hay quienes la caminan y quienes andan por los pequeños escaños y recovecos en donde puede reposar el pie. Caminar por estos espacios no diseñados para el peatón representan un peligro y hacen que andar por estos lados implique una movilidad vulnerable y riesgosa. Si bien, caminar por estos espacios implica eludir la vigilancia policial o la exposición a otros riesgos, también implica reproducir la violencia estructural que los recluye a caminar en estos espacios de manera vulnerable.

Ahora bien, andar por estos circuitos, de por sí complicados y riesgosos, se complejiza más cuando las condiciones físicas no son las más adecuadas. La mayoría de las personas en situación de calle no están bien nutridos y la energía que gastan al atravesar la ciudad de un lado a otro caminando es brutal. Normalmente llegan sudados y deshidratados cuando se desplazan de un lugar a otro. Es por eso que aprovechan algún

espacio con sombra o con asientos, como en la Casa de los Pobres o debajo de un puente, para sentarse, descansar y, si se puede, dormir. No es poco común verlos dormidos durante el día en sus 'yongos' o cerca de ellos.

Aunado a estas condiciones, normalmente están cargando cosas por lo que el trayecto se complica aún más (ver fotografía 18). Ya sea que cargan algo que se encontraron tirado, botes de aluminio para ir a reciclar o una mochila con sus pertenencias, casi nunca caminan con las manos vacías y le demandan a su cuerpo que use un poco más de la energía que tiene para ello. Por otro lado, el calzado nunca es el adecuado, pues se ponen prácticamente lo que les regalen, pero sobre todo siempre tienen que estar cambiándolo o buscando nuevos zapatos ya que se desgasta sobremanera con tanta caminata por la ciudad.

**Fotografía 18 El "Niño" cargando cosas y atravesando vías rápidas**



Fuente: Fotografía propia, agosto de 2016

Otra forma de sentir en el cuerpo la ciudad son los golpes que sufren por parte de los abusos de la policía municipal o los que ciudadanos comunes les propinan. En todas las conversaciones en relación a la autoridad policial, nunca hubo una sola plática en que ellos no fueran golpeados, cuando menos con una cachetada, por los oficiales (ver



fotografía 19). De igual manera, mentaron haber sido objeto de abusos por parte de ciudadanos quienes les avientan botellas de agua llenas o piedras mientras pasan en sus carros al lado de ellos.

**Fotografía 19 El "Pony" mostrándome el golpe que unos agentes policiales le habían propinado el día anterior**



Fuente: Fotografía propia, octubre de 2016

Ahora bien, en esta situación las condiciones climatológicas tienen que ser sorteadas de maneras distintas. Aquí el sol, el calor, la lluvia o el frío se sienten de manera directa. Probablemente la combinación más devastadora para ellos es la lluvia y el frío que arrecia de diciembre a marzo. Desde mediados de octubre, todos empiezan a preparar sus ‘yongos’, acarrear arena, buscar plásticos para evitar lo más que se pueda ser sorprendidos por la infiltración de agua en los mismos. Cuando llega la época de lluvia, esperar dentro de su ‘yongo’, o debajo de algún puente es quizá la única solución. Sentir mojados los pies, zapatos o ropa es terrible pues no hay manera de secarlos, se tienen que esperar a que amaine para orear sus cosas. Si se mojan, el frío puede llevarlos a enfermarse. Ante la lluvia, sus mejores aliados son las bolsas, lonas, cubetas y pedacera plástica. Dentro del yongo, la cobija la cubren con una lona para que no la mojen las goteras, sus pies los envuelven en bolsas de plástico. Después de cuidar sus cuerpos, es

sumamente importante para ellos preservar secos los pedazos de leña que hayan recolectado previamente, la cual resguardan bajo pedazos de plásticos o lonas. Si hay necesidad de salir por no haber comido en todo el día, se envuelven en algo impermeable y salen. Vale decir que el camino, de por sí trastabillante, se vuelve sumamente resbaladizo en estas condiciones climáticas.

**Fotografía 20** El "Manitas", el "Guanajuato" y el "Solín" resguardándose bajo la sombra del eucalipto en un atardecer del sofocante estío



Fuente: Fotografía propia, septiembre de 2016

El sol y el calor de junio a septiembre tampoco son amables en esta situación. En primer lugar, una cachucha es imprescindible en estos momentos, así evitan el rayo del sol directo en sus ojos. Su yongo o los pocos árboles que hay, también son buenos aliados ante estas condiciones climatológicas. Por otro lado, esto también delimita un poco sus ritmos e itinerarios urbanos, prefieren salir por la madrugada o en las noches cuando el calor no es sofocante, y resguardarse a medio día en sus yongos para descansar. Es imperativo salir temprano para que el sol no queme los brazos y el aire no sofoque los pulmones. Cuando hay necesidad de salir, evitan el medio día y normalmente se van por espacios donde hay sombra, “pegados a la ‘lámina’ para alcanzar sombrita” (Don Ángel, conversación, 2016) —es decir, a un lado del muro fronterizo—, pero también por otros

espacios como debajo de los puentes o por calles con edificios altos que sombrean las banquetas, como la calle Segunda. (ver fotografía 20)

Es evidente la necesidad de tener una disposición corporal específica para vivir en la calle. Las distancias se recorren a pie, los tiempos fluyen de manera distinta, los espacios se utilizan de una manera completamente diferente, cargan cosas, muchas veces están mal nutridos. Están exigiéndole sobremanera a su cuerpo. Es necesario sortear muchos, muchísimos obstáculos para moverse en la calle. Estos son obstáculos que se enfrentan en primera instancia con el cuerpo. Si bien, el trabajo de campo ha demostrado la capacidad móvil que tienen, como puede verse, ésta se limita por la fortaleza corporal en que se encuentren.

**Fotografía 21 El "Pimpón" tirado bajo un paso de agua sin poder moverse debido al dolor de sus piernas**



Fuente: Fotografía propia, agosto de 2016

De manera que ha sido posible observar casos en que la movilidad de estos sujetos es extremadamente limitada y en ello también se observa un deterioro de la agencia. Ya sea por accidentes que han tenido o por el uso de drogas, hay personas viviendo en la calle que están sumamente enfermas y no pueden moverse si no es con ayuda de un compañero, de unas muletas o de alguna sustancia que los active. Tal es el



caso del “Pimpón” quien, por el consumo de drogas, tenía tan degradados sus huesos, sus piernas y articulaciones le dolían tanto, que no podía caminar sin la ayuda de alguien. (ver fotografía 21). Volveré a él al final de este capítulo cuando coloque las rutas dentro del vórtice.

#### 6.2.4 Olores en la ciudad indigente

El olor es una parte constitutiva de ‘sentir’ la ciudad desde la *indigencia*. El olor crea una ‘atmósfera’ que no puede ser apreciada en las fotos ni en los videos, tan sólo estando ahí. Además de ello, el olor también es una dimensión que ha funcionado como elemento de extrañeza y estigmatización para estas poblaciones que se asocian con la inmundicia y la ignominia. Así, en este apartado se intentan reconstruir los olores con los que interactúan en la ciudad estas personas en relación a tres aspectos: sus espacios de refugio, sus circulaciones y su persona. A partir de ello, colocaré los significados atribuidos por ellos y los discursos con que los representan.

Así como Escalante (2009) dijo que el olor de la ciudad de Tenochtitlán olía a humo y copal porque cocinaban afuera de las casas, uno de los olores característicos en los lugares apropiados como refugio por los *indigentes* es el olor a humo derivado de las fogatas que hacen para comer o para quemar cables. Por un lado, el olor a leña quemada abarca casi todos los espacios, ese olor a rústico, a espacio campirano, impregna tanto sus espacios de habitación como sus ropas. Por otro lado, hay otro humo que, en algunos casos, convive con el olor a leña y es el olor a plástico y cable quemado de la basura industrial que chamuscan para extraerle el cobre y bronce que tenga y después venderlo en la recicladora. A diferencia de la ruralidad que caracteriza al primero, se siente la urbanidad de una toxicidad aceda que puede ser olfateada en el segundo caso.

Fotografía 22 El "Manitas" impregnándose del humo de la fogata y del humo de su cigarro "Sheriff"



Fuente: Fotografía propia, febrero de 2017

Es esta combinación de humo la que se impregna en sus ropas y el que cargan en su persona de manera característica (ver fotografía 22). Las veces que se dan cuenta de ello, cuelgan sus ropas al sol para que se oreen. Otro de los humos que flotan a su alrededor es el de los cigarros, sin embargo, no es cualquier tipo de tabaco sino que es uno de la marca estadounidense Sheriff, que no se comercializa formalmente en México y que consiguen en la Zona Norte a precios muy accesibles. Este pitillo tiene un aroma muy intenso que se distingue inmediatamente de cualquier otro cigarrillo en el mercado. En relación a su persona, el humor en alguno de ellos es muy evidente, y no falta quien pida un desodorante o un jabón para poder lavar su cuerpo y quitarse dicho hedor pues comentan que les da “vergüenza” interactuar con algunas personas oliendo así. Sin embargo, también se pudo corroborar una serie de estrategias para mantenerse limpios, como ir a bañarse a la caída de agua de una manguera debajo de un puente o lavar partes de sus cuerpos en La Casa de los Pobres. (ver fotografía 23)

### Fotografía 23 El "Manitas" bañándose bajo un puente vehicular



Fuente: Archivo audiovisual Ahumada, Ruiz y Del Monte, diciembre de 2016

En ese sentido, muchos de ellos son conscientes que ante la presencia de los demás su olor puede ser desagradable, sin embargo, a veces está fuera de sus manos. En conversaciones informales se me comentó que ha habido ocasiones en que han preferido no ir a comer a algunos de estos espacios formalizados ya que les ha dado vergüenza presentarse ante las servidoras de la Casa de los Pobres porque no se habían bañado y no tenían jabón ni agua para lavarse. En ese sentido, la vergüenza estaba ligada a las representaciones despreciables que se hacen de ellos y la forma en que incorporan dicha representación, desvalorándose y sintiendo pena por sí mismos. Como puede notarse, no tener posibilidades de bañarse por varios días y saber que su humor puede desagradar a otras personas les genera la vergüenza que reduce sus posibilidades para actuar, en ese sentido, para ir a desayunar. A través de los olores, sienten e interiorizan el juicio moral sobre ellos que se convierte en un mecanismo de exclusión y discriminación. El vínculo percepción sensorial y emociones es claro en este caso.

Los espacios por los que circulan, por otro lado, tienen diferentes olores. En primer lugar, al estar circulando en los márgenes de las vías de alta velocidad un olor que impregna casi al mismo nivel del ruido ensordecido de dichos circuitos es el olor a smog y humo de automóviles. Por otro lado, como los circuitos que recorren normalmente

implican atravesar espacios residuales de la infraestructura urbana como canaletas, arroyos, la canalización del río o pasos de desagüe, en el mejor de los casos se encuentran con olor a agua estancada, cuando no huele de plano a inmundicia. De igual manera, como estos circuitos están escondidos, pueden ser aprovechados para orinar o defecar por lo que muchas veces se acumulan sus hedores en estos sitios.

**Fotografía 24 Basura y dos perros muertos a un costado de una de las entradas del Cañón del Matadero**



Fuente: Fotografía propia, septiembre de 2016

En ese sentido, otro de los elementos que precariza sus rutas de circulación es el fétido olor que las circunda. Muchas veces, estos olores duran varios metros y al caminar no se puede avanzar más rápido ni se puede sostener tanto la respiración por lo que se tiene que aspirar de nuevo para obtener oxígeno, llenando los pulmones de la hediondez del ambiente (ver fotografía 24). Esta situación, por otro lado, no sucede cuando se circula con las ventanas cerradas en un automóvil. De esta manera, así como líneas arriba mencionamos que el ruido se colocaba como un factor más para dimensionar la precariedad y desigualdad de sus circulaciones, los miasmas también se ubican como una fuente de inequidad y precarización en las circulaciones de indigentes.

### 6.2.5 Comida y sabores

Para conocer los sabores de la ciudad desde la situación de calle, algunas preguntas que guían la escritura de este apartado interrogan cómo consiguen lo que comen los *indigentes* y a qué sabe eso que comen.

En consonancia con muchas de sus estrategias de subsistencia, acudir a algunos de los centros de asistencia a poblaciones vulnerables en la ciudad –como el Desayunador del Padre Chava, la Casa de los Pobres o el Albergue de las Misioneras de la Caridad, por mencionar algunos– se coloca como una de las principales formas de obtener comida ya que en ellos se ofrece desayuno o comida sin costo alguno. El único precio que hay pagar es hacer una larga fila, pero aunque hay que esperar, nadie se queda sin comer.

Todas las mañanas, en el patio del Desayunador Salesiano “Padre Chava”, hay una larga fila de personas que puede durar hasta una hora. Una vez que entras, rodeas las múltiples mesas para llegar a unos lavamanos industriales donde te enjuagas las manos y posteriormente te forman para ocupar mesas en tandas de seis, rezar una oración y después sirven un guisado, guarnición, agua, pan/tortilla y café. Una vez terminado, cedes el espacio a alguien más y sales. Si te vuelves a formar, te prohíben la entrada al lugar durante un mes.

En la Casa de los Pobres sucede una dinámica similar de ofrecer desayunos y comida. Fuera de la Casa se observa una larga fila desde antes que amanezca y empiezan a pasar a desayunar a las 8 de la mañana después de hacer una oración. Limpiándose las manos con gel, las personas pasan a una barra por sus platos de comida que normalmente consiste de un guisado con guarnición, así como un tazón de avena. En este lugar no existe restricción para ofrecer comida y las personas que asisten se sirven las veces que quieran. Incluso es posible llevar un recipiente donde se puede guardar avena. Hay algunos que se llevan un guisado más en bolsas de plástico para poder comer en la tarde. Algunos días de la semana, sobre todo los fines, en esta institución se regalan hogazas de pan que se consiguen en los recortes de los supermercados estadounidenses. De esta manera, siempre está la posibilidad de ir a pedir algún pan para mantener el estómago lleno en esta institución. En cuanto se ofrece el pan, los primeros que se acaban son aquellos panes ‘blanditos’ es decir, aquellos con consistencia suave como pan de barra,



de hamburguesa o de hot dog, pues muchas de estas personas tienen la dentadura muy deteriorada y prefieren comer un pan que no les lastime.

Respecto a la comida de la tarde, hay algunas otras casas de asistencia donde se sirve comida como en el Albergue de las Misioneras de la Caridad, cerca de la central camionera. Algunos días de la semana también se ofrece comida por la tarde en Casa de los Pobres. De esta manera, cómo puede observarse, las casas de asistencia a poblaciones vulnerables son espacios nodales en los flujos relacionados con la obtención de comida. Estos espacios garantizan que, por lo menos una vez al día, estas poblaciones tengan algo que comer. También acuden muy esporádicamente a comedores comunitarios de la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL) en donde la comida está subsidiada, pero aún así a ellos les parece demasiado caro. La iglesia de Bethel, ubicada en la calle Coahuila, de la Zona Norte, así como otras iglesias cristianas a lo largo de la colonia Alemán, Castillo y Soler, ofrecen esporádicamente comida gratis algunos viernes o domingos del mes.

Ahora bien, otra de las formas predominantes de obtener comida por parte de las poblaciones callejeras, que puede ser leída como una práctica de escamoteo, es capitalizar una serie de alimentos que para algunos sectores sociales y productivos son considerados ‘residuos’ o ‘desechos’. Uno de los casos más claros tiene que ver con el rebusque en los contenedores de basura del supermercado “también aquí en Soriana y también en Calimax, el guardia te deja que te metas al tambo” (Chilango, entrevista, 2016). Todas las noches, en estos grandes almacenes, empleados sacan los ‘desechos’ orgánicos que no se consumieron ese día o que ya no pueden ser vendidos porque no se consideran ‘frescos’. Escarbando en dichos contenedores, se encuentran pan o pedazos de pizza que aún son comestibles y también encuentran frutas o verduras que no están del todo estropeadas. De la misma manera, en algunas tiendas de abarrotes de la colonia El Soler, antes de tirar las cebollas, tomates, zanahorias o huevos que ya no están a la venta por tener un mediano estado de fermentación, les regalan estos ‘desechos’ pues ya no son ‘vendibles’.

Fotografía 25 "Don Ángel" limpiando los 'desechos' de las tiendas



Fuente: Fotografía propia, septiembre de 2016

Sin embargo, éstas verduras tienen partes que aún pueden ser utilizadas y de ahí sacan provecho. Mientras preparan una fogata con leña, cortan las partes malas de las papas, las cebollas o cualquier verdura que vayan a guisar (ver fotografía 25). En algunos casos, hacen una prueba de los huevos en agua, si no flotan es señal de que aún están buenos y los usan. Posteriormente, con aceite o la grasa que tengan ponen a freír las verduras en un sartén viejo que encontraron en la basura y se hacen tacos con ellas. El sabor de la comida preparada con leña, siempre será característica de los guisos que se preparan junto a sus 'yongos'. La lámina de una vieja señal de tránsito es usada a manera de comal para calentar las tortillas. Éstas son un alimento imprescindible que forma parte fundamental de su dieta, además de que es prácticamente el plato en que se sirven y que se comen. Es quizá, el único alimento en el que gastan conscientemente el poco dinero que consiguen. Vale decir que, en el caso de Don Ángel, comenta que siempre 'arregla' lo que tiene, y con arreglar se refiere a sazonar con sal que compra a granel en una tienda de la colonia El Soler. Así, incluso viviendo en la calle, hay exploraciones gustativas sobre la comida. Es una forma de resignificar los 'desechos' de otros, si se van a comer lo

que otros no quisieron por su falta de frescura, por lo menos hay que resaltar su sabor. Así, salar la comida es importante para ellos pues es una forma económica de otorgarle consistencia gustativa a aquello que comen por más residual que parezca. Si consiguieron algunos chiles, ya fue mucha ganancia al respecto. Lo que la idea de ‘arreglar’ la comida nos está mostrando es que si bien satisfacer el apetito es una necesidad fisiológica, la forma de hacerlo ‘arreglándola’ con sal es algo social, histórico y cultural. Siguiendo el argumento, las condiciones sociales de precariedad en que viven sólo permiten que la sal, por lo barato que es conseguirla, sea el único sazonzador disponible y la usen a discreción. Lo mismo sucede con el azúcar con que llenan sus tazas de café, así es como también ‘arreglan’ esta bebida. El lado negativo del ‘arreglo’ de los alimentos es que la sal y el azúcar pueden tener, a la larga, consecuencias graves para su sistema inmunológico, constituyendo una más de las formas en que se ‘encuerpa’ la precariedad social en que viven.

**Fotografía 26 Calentando las tortillas en el "comal"**



Fuente: Fotografía propia, noviembre de 2016

Otros desechos que se capitalizan son los que se producen en los ‘mercados sobre ruedas’ de las colonias Alemán, Castillo o la Zona Norte. Los pellejos de pollo son una



de las tantas cosas que se consiguen ‘gratis’ determinados días a través de sus circulaciones por la ciudad. Muy temprano en la mañana de un miércoles o un viernes, apenas rayando el sol, en los sobre ruedas por los que circulan, es decir, los de la colonia Herrera y de la Zona Norte, bajo unos toldos rojos o azules, dependiendo del gremio al que pertenezcan, los vendedores de pollo fresco empiezan a despellejar su producto. Con un movimiento manual y punzante sobre una de las orillas de las pechugas o piernas del pollo en oferta, éstos comerciantes pellizcan la piel del animal con una mano mientras que, con la otra, jalan el resto del producto en dirección contraria. La grasa que queda, la cercenan con ayuda de un cuchillo. Esta es una actividad que hacen durante el resto de la mañana según se va vendiendo la mercancía, de manera que puedan ofrecer más fresco y ‘limpio’ el pollo. Aquellos residuos ‘sucios’, los pellejos y la grasa, los van acumulando en una gran bolsa negra de basura que colocan debajo de sus puestos. Son estas bolsas las que ceden a los *indigentes* que les piden algo de comer. (ver fotografía 27)

**Fotografía 27 Pellejos de pollo antes de ser preparados**



Fuente: Fotografía propia, febrero de 2017

Ya en el Cañón, prenden la lumbre y ponen su sartén a calentar. Por bonches, echan los pellejos en el sartén. Con el paso de los minutos, estos empiezan a soltar grasa

que, liquidificada, comienza a freír estos ‘residuos’. Pasado un rato, éstos están lo suficientemente crujientes para ser degustados como botana y los van juntando en un bote que previamente aproximaron. Por tandas, hasta que se termine el producto, llevan a cabo este procedimiento. Cada tanda es más complicada pues la grasa se acumula más y más en el sartén permitiendo que sólo pocos cueros sean colocados dentro. Al finalizar, tienen una buena cantidad de botanas. La grasa sobrante, que podría verse como un ‘residuo del residuo’, la juntan, una vez que se ha enfriado, en una botella de plástico, pues les sirve para freír alimentos los siguientes días. Vale decir que tanto los ‘chicharrones de pollo’ – como le llaman– como la comida frita con dicha grasa es algo que disfrutan por su sabor, pues les sabe a pollo, una comida que, si no les dan en los desayunadores, rara vez ingieren (ver fotografía 28). Lo que para los comerciantes ambulantes es un desecho del producto animal, éstas personas lo aprovechan para su consumo. De nuevo, las consecuencias negativas de freír con esta grasa animal se pueden percibir a la larga en el cuerpo de estas personas.

**Fotografía 28 "Chicharrones" de pollo**



Fuente: Fotografía propia, febrero de 2017

Habría que aclarar que tener estos sabores son ocasiones extraordinarias que suceden unas cuantas veces al mes. Vale decir también que, al igual que con los restos del pollo, sucede lo mismo con los residuos de pescado que los vendedores de mariscos dejan en su venta del día. Esta actividad es un buen ejemplo de cómo desde la calle se capitalizan los ‘residuos alimentarios’ que se generan en ciertos estratos bajos urbanos. A partir de paladear como botana el sobrante de un puesto sobre ruedas, éstas personas van interiorizando algunos sabores residuales de la ciudad. Sin embargo, como puede observarse, los residuos no son residuos en esta ocasión. Los pellejos de pollo, que para los procesos productivos informales ya son residuos, para los habitantes de la calle pueden renovarse y resignificarse como un alimento, como una nueva forma de obtener proteínas y de degustar sabores poco comunes a su cotidianidad. Por lo anterior, ‘botanear’ los pellejos fritos de pollo es una de tantas maneras de ‘probar’ la ciudad a partir de las circulaciones callejeras. Es una de las maneras en que toma forma la degustación desde las condiciones sociales precarias en que se vive la indigencia. Sin embargo, este tipo de comidas tienen muy pocos nutrientes, lo cual afecta poco a poco a su sistema nutricional. Es decir, comer cotidianamente residuos, a pesar de que se pueden acostumbrar a ello, implica que tendrá un impacto negativo en el cuerpo.

Dentro de sus circulaciones en la ciudad hay otras formas incidentales de conseguir comida. Por un lado, está la opción de comer algo en la cárcel preventiva, sin embargo prefieren evitarla a toda costa por las condiciones insalubres en la que se encuentra. Por otro lado, están las tortas y los jugos que algunas veces se les ofrece con tal de ir a apoyar a algún acto de proselitismo político, en donde funcionan como el último eslabón de una cadena clientelar en la política local. Por último, una forma en la que algunos lidian con el hambre es consumir metanfetaminas y olvidarse de esa sensación. Lo que, por supuesto, representa un desgaste corporal inmenso y una aceleración del proceso precario que se siente en el cuerpo, como abordamos en el capítulo anterior.

#### **6.2.6 Sensorialidad de la vida callejera: estado de alerta, resignación y reuso del desecho**

Los cuerpos indigentes (Kawash, 1998) no existen como tales sólo porque alguien vive en la calle, sino que estos se crean a través de experiencias sensoriales en condiciones

precarias y a través de la generación de límites en la interacción y en la performatividad de los encuentros urbanos. Los cuerpos indigentes se pueden observar como lienzos de su historia social. Dicha historia se conforma día a día y con el paso del tiempo, cuando capotean la violencia de los espacios, cuando interactúan con diversas instancias sociales y cuando circulan por los diversos emplazamientos y circuitos residuales, generando así disposiciones corporales como tácticas específicas para sortear la vida callejera. Con ello, se observa cómo desde el cuerpo y en el cuerpo se van interiorizando las condiciones de su situación social. Dicho en otras palabras, el cuerpo del *indigente* es producto de las interacciones socioespaciales que ha tenido por largo tiempo, no sólo en el ir y venir de la frontera, sino sobre todo durante sus circulaciones por la ciudad en las condiciones de precariedad relatadas.

Los cuerpos indigentes se moldean en condiciones desiguales de movilidad donde la sensibilidad auditiva, olfativa, táctil, visual y gustativa se colocan como factores a partir de los cuales se construyen subjetivamente una serie de sentidos sobre la vida callejera en Tijuana. Sentir es al mismo tiempo atribución de significados (Sabido, 2008). A partir de lo analizado en este apartado, a continuación repaso la serie de sentidos que emergen cuando las personas en situación de calle ‘sienten’ la materialidad precaria de los emplazamientos residuales: estado de alerta ante vigilancia, resignación, vergüenza y re-uso del desecho. A esta revisión le sigue una discusión sobre estos sentidos de vivir en las calles de Tijuana.

El estado de alerta alude a esa sensación perpetua de sentirse vigilados. Aquí se hace referencia a la atención permanente que estas personas ponen ante la vigilancia y/o aprehensiones policiales, de los centros de rehabilitación u otras instancias predatorias. La idea simmeliana de “proximidad sensible” ayuda a explicar que ante las miradas vigilantes de los policías o los sonidos de las sirenas de las patrullas hay un efecto de reciprocidad, que activan la alerta de estas personas ante una posible captura y así buscan una forma de eludirlos. La visualidad y audición son las sensaciones con las que se construye primordialmente el estado de alerta.

La resignación, íntimamente ligado con el estado de alerta, alude a una manifestación de la exclusión urbana en que están inmersos, esa sensación de asumir la vida en espacios residuales o de caminar sobre circuitos riesgosos como la única

alternativa para eludir los maltratos y golpes que les pueden propinar otros actores sociales. Las sensaciones táctil y visual son los dos elementos predominantes de donde emerge el sentido de la resignación.

La vergüenza surge, sobre todo, de la conciencia de poder tener un olor desagradable o no tener vestimenta presentable. Son elementos que sustentan los estigmas sobre la infamia que pesan sobre ellos y que asumen como una responsabilidad propia, desvalorándose a sí mismos. El olfato y la visualidad operan en la construcción de estos sentidos. Sobre la vergüenza, volveré al final de este capítulo.

La sensibilidad gustativa de los indigentes permite conocer cómo es que estas personas re-significan la idea de desecho alimentario a partir de que se han visto orillados a ello. A través de un imperativo alimentario debido a la precarización, estas personas reconfiguran el sentido de lo comestible socialmente al ‘arreglar’ los alimentos que para otras personas son desechos,. Por supuesto, como se coloca a continuación, esto tiene efectos, muchos de ellos negativos, en el estado de salud de sus cuerpos.

Este conjunto de significados dejan ver claramente el proceso de ‘encuerpamiento’ de la precarización. Desnutrición, estados mentales de alerta perpetua, golpes recibidos, sensación de encerramiento y adaptación corporal a la materialidad de los espacios residuales, son algunos de los efectos con que se deja ver cómo las condiciones precarias toman forma en el cuerpo de los indigentes desde una tremenda desigualdad de movilidades y desposesión de servicios. Por otro lado, este ‘encuerpamiento’ no sólo opera como marcas de la posición social en que estas personas se encuentran y que forman parte de la base sobre la que operan los estigmas ignominiosos de los que son objeto, sino que funciona también como un recordatorio subjetivo del violento proceso de precarización que atraviesan.

Ahora bien, los efectos del estado de alerta y de la resignación de mantenerse escondidos ante la mirada y sonidos de las instancias sociales predatorias (policías, centros de rehabilitación, grupos del crimen organizado) los mantiene viviendo y circulando de manera riesgosa y vulnerable por dichos espacios, colaborando, así, a la persistencia de un orden violento y excluyente que los mantiene en la calle.

Finalmente, es preciso mencionar que las condiciones materiales descritas y esta matriz de sentidos y sensaciones forman la base con las que se producen las



subjetividades indigentes y desde las cuales operan precaria y cotidianamente estas personas. De manera que la revisión hecha en este apartado revela que, con el paso del tiempo, la vida en una urbanización sin servicios –es decir, la vida callejera– tiene efectos directos en el deterioro de la movilidad y por lo tanto de la agencia en estas personas, con lo que se van diluyendo cada vez más las posibilidades de hacer frente a las fuerzas centrípetas del vórtice de precarización.

La revisión de la percepción sensorial de la ciudad desde la situación de calle permitió conocer cómo es que la precariedad social toma forma en el cuerpo de los indigentes. La desnutrición por mala alimentación, atrofas musculares por caminos peligrosos, insalubridad, el cansancio y desgaste crónico de su corporalidad y emociones como la vergüenza o el estado de alerta, son signos del ‘encuerpamiento’ de la situación de calle en Tijuana. Así, a partir de incardinar las sensaciones urbanas desde la indigencia es que reproducen las condiciones para que el vórtice de precarización siga su curso de manera acelerada, excluyente y violenta.

### **6.3 Afectos indigentes: la vergüenza y la soledad como formas subjetivas de la exclusión y marginalidad**

Wheterell (2012) entiende por afecto la creación de significado desde el cuerpo. Aunque la autora, no parta de esta conceptualización, se acerca mucho al planteamiento simmeliano de que sentir es a la vez atribución de sentido. Todo lo cual pasa a través del cuerpo. Así, el afecto implica hablar tanto sobre el sentido como sobre la sensibilidad. Por ello, las expresiones emocionales tienen un lugar primordial como observables para el análisis, porque son una forma de darle significado al sentir corporal.

El análisis de los sentimientos de vergüenza y soledad revela cómo los afectos median en el proceso de interiorizar y asumir la culpa tras reproducir las prácticas que intensifican el vórtice de precariedad. La vergüenza, catalizada por los estigmas imputados, desvela una serie de valoraciones morales –en torno a la familia y a la masculinidad– que aún guían el comportamiento de estas personas y es uno de los factores explicativos de la persistencia en la vida callejera. Por su parte, la soledad, como el sentimiento que se genera al emplazarse en espacios residuales, manifiesta una tensión entre las percepciones de la situación social en que viven, pero sobre todo revela la

profunda vulnerabilidad social que se manifiesta a partir de asumir el estigma de suciedad y fracaso al que se ha aludido en el capítulo 4.

La incorporación no sólo es la forma en que la precariedad toma forma en el cuerpo –lo que vimos a través del análisis de las percepción sensorial de la ciudad– sino también la manera en que determinadas emociones emergen a partir de estar ‘sintiendo’ corporalmente la materialidad de los espacios residuales de la ciudad. De manera que, al estar localizado en dichos emplazamientos residuales como producto de una serie de violencias estructurales, relacionales y simbólicas que se reproducen en el vórtice de precarización, los cuerpos indigentes se ven ‘afectados’ y de ello emergen una serie de emociones que colaboran a mantener y agudizar dicha espiral. Este proceso de afectividad, es entendido aquí con Farrugia (2010) como el proceso en que las relaciones sociales y de poder, y por lo tanto la localización en el espacio social, crean sensaciones incorporadas. Las emociones como la soledad y la vergüenza son maneras preconscientes o no discursivas de subjetivar la precariedad en dichos espacios, es decir, de darle sentido emocional a estas relaciones de poder.

### **6.3.1 La vergüenza como manifestación emocional de la estigmatización**

El sentimiento de vergüenza es resultado directo del desconocimiento/extrañamiento (de la construcción social del indigente) que diversos sectores sociales hacen de ellos a partir de su imagen. La vergüenza es una emoción, marcada por el no-reconocimiento del otro, que conlleva hacia una autoevaluación negativa en la que sienten pena por sí mismos y no quieren mostrarse así, implica una desvaloración absoluta de la propia persona hacia sí mismo y es una forma de demostrar la interiorización de la precariedad social atravesada. Es, en pocas palabras, la incorporación del estigma.

La vergüenza es catalizada, en primer lugar, desde un orden performático (Goffman, 2006; Alexander, 2011). Es decir, se activa a partir de la comunicación de su situación social de indigencia, a partir de presentar su persona, su imagen, su olor y sus características personales en las calles de la ciudad. Lo que lo convierte en un problema es que la imagen de estas personas está estigmatizada y vinculada a una serie de etiquetas intercambiables que tienen la marca de la ignominia y el peligro para la sociedad tijuanense: drogadicción, enfermedad, deportación, extrañeza, delincuencia, criminalidad, vagancia, etcétera. (Albicker y Velasco, 2016).

En ese sentido, el mecanismo que activa la vergüenza en estas personas se relaciona directamente con el desconocimiento o no-reconocimiento de los indigentes como pertenecientes a la sociedad tijuanaense ya que son colocados como personas nocivas para la ciudad, desde procesos de deshumanización extrema. Como fue relatado en el capítulo 4, la nocividad de estas personas para la sociedad se vincula con la creación de imaginarios morales de productividad de Tijuana como una sociedad emprendedora (Serrano, 2014), en donde estas personas son observadas como el extremo no productivo de la misma. En ese sentido, emergen juicios morales que van interiorizando, a través de las relaciones e interacciones que se generan con distintos ámbitos sociales, “no se, en veces pienso y a veces no, a veces no pienso, no me importa a veces lo que piensa la gente, pero en veces sí me da pena que me vean todo mugroso, ‘ah este vive en la calle’ y todo ese desmadre. Porque en veces ellos no me ayudan, ¿sí me entiendes?” (Pelón, entrevista, 2016).

Los indigentes son la alteridad amenazante de un régimen de visibilidad que se exalta en Tijuana a partir de un esfuerzo neoliberal de destacar la productividad de las personas como aquello que es sano para esta sociedad (Serrano, 2014). Es decir, a partir de ámbitos sociales que median la interacción con estas personas y con instituciones socializadoras, como la prensa, se ha construido una forma de ver a estas personas como personas amenazantes para Tijuana, porque no están aprovechando su tiempo de manera productiva. Lo que interesa destacar aquí es que estos regímenes de visibilidad, al involucrar lógicas políticas, implican, por un lado, violencias que son interiorizadas y reproducidas por los propios indigentes, y por otro lado, formas de control y persistencia de la indigencia.

Así, en primer lugar, a partir de las etiquetas intercambiables que se les imputan y se les hacen notar (malandros, vagos, delincuentes, drogadictos) éstas personas sienten la moralidad de los imaginarios de la productividad operando sobre ellos y van interiorizando, devaluando a su persona y “torturándose” a sí mismos, “la gente todo el tiempo, lo que piensa de uno, lo primero que piensan: pues malandros. Que viven en la calle, que no tienen garantía de nada, nadie los conoce, nadie sabe ni a qué se dedica, no sabe ni qué tranza, entonces, cuando uno le da prioridad a qué piensa la gente pues es torturarse a uno mismo. (Don Ángel, entrevista, 2016). La idea de “torturarse a uno

mismo”, es una muestra de cómo no hay necesidad de elementos externos para que el rechazo social opere, pues estas personas lo interiorizaron y lo reproducen sobre sí mismos. Es decir, la violencia de los procesos de clasificación social estigmatizante que se activa, a partir de circular por las calles y hacerse visibles, es interiorizada y reproducida sobre sí mismos. Bourdieu, analizó esto cómo los efectos simbólicos del poder (2009). Esta violencia simbólica refiere directamente al mecanismo de desconocimiento al que nos referimos líneas arriba y la manera en que las personas indigentes se culpan de su situación y sienten vergüenza por ello. Es precisamente el mismo tipo de violencia que tanto se esforzó Bourgois (2003) en entender cuando analizó cómo los vendedores de crack en Harlem se convertían en agentes de destrucción de sí mismos.

Estas violencias emocionales, son formas de control y persistencia de la indigencia en el sentido en que ayudan a que ésta se mantenga en emplazamientos residuales e invisibles al paso cotidiano. Es decir, cuando se interiorizan los estigmas, la vergüenza de mostrarse públicamente, los lleva a circular de manera esquiva por espacios no visibles y a mantenerse ocultos en los emplazamientos residuales. Si esto se cruza, además, con la vergüenza que sienten de interactuar con distintos ámbitos debido a su olor y a sus formas de comportarse corporalmente, todo lo anterior contribuye a que la vida en la calle se mantenga oculta y excluida. De manera que, en analogía con los vendedores de crack de Bourgois, estas personas se convierten en los agentes de su propia exclusión.

Ahora bien, además del espacio público, la vergüenza también opera en el ámbito familiar. La narrativa de Juanito, quien aún tiene contacto con su familia es un caso épico de cómo en la vergüenza se manifiesta la violencia simbólica y se alimenta la espiral de la precariedad de manera unidireccional, es decir, la indigencia se asume como una culpa individual y la vergüenza de mostrarse a sus familiares en esas condiciones hace que se mantenga en dicha situación.

Juanito tiene aún vínculos con su familia pero comenta que no le gusta molestarlos. Cuando establece contactos con su madre o hermanos no les comenta cómo vive en las calles de la ciudad sino que les dice que vive en un lugar para gente deportada, de manera que ellos no tienen idea de la situación de calle en que vive. Juanito argumenta

que hace eso para no ‘molestar’ a nadie de su familia y no representar una carga para ellos, además de no querer ver que su propia familia le haga ‘malas caras’, de manera que mientras menos los moleste, mejor. Lo que se observa en la negativa de Juanito de ‘presentarse’ ante su familia en las condiciones en que está –vida callejera y adicción al cristal– es en primera instancia un reconocimiento de los límites posibles en relación con la familia, es decir, evita presentarse y restablecer vínculos con su familia por la vergüenza de que lo vean en dicha situación. En corto, una ruptura familiar autoinfringida.

En otros casos, donde los vínculos familiares tienen largos años suspendidos debido al tema de la drogadicción y el involucramiento con la criminalidad, la vergüenza aún sigue presentándose cuando se vislumbra la posibilidad de hacer el intento de restablecerlos, debido a la consciencia de estar reproduciendo las mismas acciones por las que el vínculo se rompió. Don Ángel y el Manitas discutieron en un grupo focal sobre esta situación,

“porque ahorita parece que sientes ganas de aventarte el tiro [de establecer vínculos con la familia], pero pues no es el momento porque ahorita no estás seguro de ti mismo, estás como que sí me voy o no me voy o qué hago. Lo primero es ponerte al cien y limpiarte y limpiarte bien [desintoxicarse] y llegarles como que si nada pasó, pa’ que ellos vean que aunque estabas de acá de este laredo [este lado], pues te la rifaste [te empeñaste] y llegas y andas bien, pero por lo pronto ahorita no te conviene, hasta que tú decidas cambiar.” (Don Ángel, grupo focal, 2016).<sup>83</sup>

En primera instancia, de nuevo, en estas reflexiones se observa cómo individualizan la responsabilidad de su situación. Por otro lado, se observa cómo estas personas aún siguen respetando la normatividad de la institución familiar. Detrás de dicho respeto, salta el lugar valorativo en el que ponen a la familia. En ese sentido, se muestran como personas morales que valoran el vínculo afectivo con su familia y no lo observan como meramente utilitario. De manera que, antes de poner en peligro el valor familiar, como ya lo hicieron antes, prefieren no importunar y no molestar, todo lo cual revela una profunda individualización de la culpa y responsabilidad que estas personas sienten por su situación social.

---

<sup>83</sup> Un año después de esta plática, al regresar a visitar a estas personas en febrero del 2018, me enteré que el Manitas se había internado en un centro de rehabilitación con la intención de ‘limpiarse’ y no sentir vergüenza al afrontar a su familia.

Resulta entonces que las personas indigentes, caracterizadas de manera amplia desde la versión clásica durkheimiana de la desviación como seres amorales y anómicos, no se desvían tanto de algunas normas como las familiares –en donde, como veremos, opera una idea de que los hombres deben ser proveedores– y a través de la vergüenza se manifiestan las valoraciones afectivas y morales, impulsadas por una tremenda violencia simbólica, que guían algunas de sus decisiones para continuar en la vida callejera.

El valor primordial que otorgan a la institución familiar también revela una serie de normas de género que operan detrás de esa vergüenza que sienten. Una vertiente en los estudios de las masculinidades ha dedicado buena parte de sus reflexiones a la idea de que aquello que ha sustentado históricamente la identidad masculina es el rol de ‘proveedor’ que los hombres tienen dentro de la división genérica del trabajo (Núñez Noriega, 2007; Salguero, 2009).

Mantener a la familia y proveer para que no haga falta nada en casa son elementos constitutivos de la honorabilidad y masculinidad dentro de las divisiones del trabajo en la familia (Núñez Noriega, 2007). El que estas personas hayan dejado de ser proveedores, y estén inmersos en el vórtice de la precariedad, potencializa los sentimientos de vergüenza: “pos ya mejor no los busco porque no tengo nada que ofrecerles”, decía Juanito en una de nuestras conversaciones, o el Manitas me comentó algún día cuando le pregunté por su familia, “me van a decir que soy un bueno pa’ nada”, aludiendo que, como hombre, no estaba ayudando a proveer a su familia. Con ello, se desestructura un núcleo identitario importante, como varones dejan de ser el sostén de la familia, algo íntimamente ligado a la distribución de los roles de género en la familia mexicana. El sentimiento de vergüenza se ve estimulado cuando la deportación es asumida como un fracaso para proveer de recursos a su familia, lo que trunca el rol de proveedor. Ya sea porque se rompió un proyecto familiar de vida en Estados Unidos o porque no pueden mandarse remesas, la vergüenza también se cataliza cuando no hay manera de continuar siendo un proveedor.

La vergüenza revela también una impotencia por no corresponder con los regímenes de visibilidad y cánones de masculinidad de una sociedad productivista. Por último, la vergüenza como mecanismo de control de orden social implica que se

mantienen donde están, no por coerción física sino por medio de restricciones emocionales propias con que se regulan a sí mismos.

La vergüenza, a final de cuentas, es un mecanismo interiorizado de control y reproducción del orden social que los excluye hacia espacios residuales. En combinación con algunas valoraciones morales donde la familia es primordial y los roles de masculinidad son importantes para la operación de la misma, estas personas individualizan la causa de la indigencia, asumen la culpa de su situación sin reflexionar sobre ninguna de las combinaciones recursivas de factores estructurales e individuales que son necesarias para devenir indigente en Tijuana.

### **6.3.2 La soledad como manifestación emocional de la exclusión socioespacial**

El vórtice de precarización, agudizado por una serie de prácticas rutinarias en emplazamientos residuales, conduce a una sensación de soledad. A pesar de que el análisis de las vidas cotidianas de indigentes en Tijuana ha mostrado que hay una serie de redes de solidaridad que se establecen al interior de los emplazamientos residuales, en las entrevistas y conversaciones cotidianas estas personas revelaron sentirse profundamente solos después de estar repitiendo una y otra vez las mismas rutinas y de estar buscando cotidianamente esconderse de cualquier riesgo de ser levantados o aprehendidos por los policía u otro actor social. A pesar de rodearse de gente en condiciones similares a la suya, la soledad para estas personas es una sensación cotidiana y constante y se constituye en uno de los significados que le otorgan a la experiencia de vivir en la calle.

Los factores que conducen a esta sensación de soledad se delinean en dos sentidos. Por un lado, tiene que ver con el proceso de precarización y una larga cadena de historias de rupturas de vínculos institucionales, comunales, laborales, familiares, socioafectivos, de apoyo y de cuidado que se fueron desgastando en la medida en que determinados condicionantes estructurales –como la agudización de la política migratoria, etcétera– se reforzaron y desembocaron en el atrapamiento fronterizo y en la inserción en dinámicas callejeras.

Por otro lado, tiene que ver con la desvinculación social de la que son objeto por medio de los procesos de clasificación estigmatizante con los que lidian cotidianamente y que son factores que colaboran para que estas personas se mantengan emplazados en espacios ocultos y circulando por caminos escondidos. “Pos me siento solo y me está

sofocando, pos me siento mal como que mi misma raza me está discriminando, me está humillando, me está pisoteando mis derechos” (Manitas, entrevista, 2016). En ese sentido, los intentos por esconderse e invisibilizarse ante las prácticas extractivas y los procesos de estigmatización y discriminación de ciertos ámbitos sociales hacia ellos son uno de los factores que hacen que surja el sentimiento de soledad y desamparo y que se coloque como la forma subjetiva en que se manifiesta la exclusión espacial invisibilizante.

La sensación de soledad, de aislamiento en las calles de la ciudad, de destierro en la urbe fronteriza, contribuye a agudizar la espiral de precariedad cuando significan su vida como una situación sin apoyos socioafectivos y en medio de un acoso institucional. En su sentido más extremo, exacerbado por el maltrato policial, el consumo de drogas y el horizonte nulo de posibilidades de salir de la calle, esta espiral puede devenir en su punto más extremo en un abandono corporal, es decir, en la renuncia al cuidado de sí mismo.

#### **6.4 Rutas en el vórtice de precarización: salir de la calle, quedarse en la calle, morir en la calle**

La interiorización sensorial de las condiciones materiales en los espacios residuales es un brutal recordatorio –o, como diría Bourdieu, una cruel mnemotécnica– de la exclusión y violencia que se siente en el cuerpo cuando se vive en las calles de la ciudad de Tijuana. Se ha observado que dicha in-corporación tiene como consecuencia la reproducción de la violencia sobre sí mismos. Este continuo de violencia (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004) constituye un endurecimiento de las fuerzas excluyentes que mantienen a estas personas fincadas en las dinámicas callejeras. Siguiendo a Bourdieu (1999), al no poder vincular el presente con el futuro en el caso de la vida indigente, es la reproducción de la violencia hacia sí mismos –y la consecuente degeneración corporal– el signo de un cruel deterioro de sus posibilidades de agencia y la consecuente impotencia para dominar el porvenir. El vínculo entre presente y futuro está fracturado en tanto las fuerzas violentas y precarizantes se hacen cada vez más grandes y no haya un apoyo externo del cual echar mano para salir de ese torbellino de precarización.

Dentro del vórtice de precarización, el continuo de violencia tiene múltiples direcciones. En este apartado se construyen, en primer lugar, las tres grandes rutas



prototípicas en que puede devenir el proceso de precarización en la vida callejera: morir en la calle, quedarse en la calle o salir de la calle. Por supuesto, estas tres configuraciones que resultan de internarse en el vórtice de precarización son construcciones que tipifican idealmente las secuelas de este proceso. Sin embargo, es preciso mencionar que entre cada una de ellas hay un mar de matices y caminos diferenciados, dependiendo del papel que, en cada caso, jugaron los distintos factores involucrados en el proceso de precarización.

#### **6.4.1 La soledad de los moribundos callejeros: morir en la calle como el efecto extremos del continuo de violencia**

La soledad, como parte de un complejo acumulativo de precariedades, sirve como hilo argumentativo para ilustrar situaciones extremas de la vida en la calle. El análisis de la sensación del aislamiento afectivo abre la puerta para conocer los efectos severos que tiene el deterioro de la agencia en el proceso de precarización. Si la vergüenza permite conocer cómo se individualiza la culpa por estar en dicha situación, analizar la soledad indigente implica conocer las posibilidades que vislumbran de responsabilizarse por sí mismos en las condiciones actuales.

La soledad, en ese sentido, empuja hacia el centro de sus valoraciones y sus prácticas la cuestión del cuidado de sí mismo, ya que hay una sensación de ruptura con los vínculos sociales de apoyo. Es decir, no sólo se sienten culpables por su situación social, sino que desde ahí no se vislumbra otra opción que su propia individualidad para continuar vivos. En el análisis de la soledad, se observa como unos asumen dicha responsabilidad mediante mecanismos valorativos del porvenir –y en ese sentido, observan alguna posibilidad de resistir a los rigores de la vida callejera– pero otros, mediados por el consumo de drogas, asumen la más absoluta impotencia y abandonan, no sólo cualquier objetivo hacia el presente o el porvenir, sino el cuidado de sus cuerpos. Lo que en su sentido más extremo deriva en la muerte. La soledad deja ver la violencia simbólica más potente de todas, la que se ejerce sobre sí mismos.

El caso del Pimpón es quizá el ejemplo más demoledor de cómo uno de los interlocutores de esta investigación abandonó el cuidado de su cuerpo a extremos devastadores. Durante el trabajo de campo, después de haber visitado al Pimpón abajo del puente donde se encontraba, le comenté a Don Ángel que venía triste y conmovido de ver

al Pimpón tan enfermo y tan fugado de sí mismo. Don Ángel me comentó que él también se había ‘agüitado’ cuando lo visitó el día anterior, pues el Pimpón le había comentado que ya no quería hacer nada más de su vida, que estaba resignado y que sólo quería drogarse para no sentir dolor y que ya nomás estaba esperando morirse pasando sus últimos días abajo del puente. Con un escalofrío que le recorrió el cuerpo, pues frotaba sus manos y su cabeza, se volteó hacia mí y me dijo “es que estamos solos, Juan. Tenemos que cuidar por nosotros mismos. Nadie nos va a cuidar porque no tenemos a nadie”. A partir de eso me comenzó a platicar cómo fue que comenzó a observar que el Pimpón se descuidaba: prendía cables, ropa y plásticos dentro de su yongo sin importar el humo tóxico, prefería pasar semanas drogado en lugar de comer, se alimentaba de cualquier cosa sin revisar que estuviera echado a perder o fuera comestible, tenía poca higiene de sí mismo y que nunca hizo caso de cuidarse hace algunos años que le diagnosticaron una enfermedad de los pulmones.

Un par de semanas después, a pesar de haber conseguido una ambulancia para que lo atendieran, nos enteramos que el Pimpón falleció. Esto es una evidencia rotunda de que el deterioro más extremo de la agencia en el vórtice de precarización puede conducir a la muerte.

Un año después, cuando regresé al Cañón del Matadero a hacer la devolución etnográfica y les llevé las fotografías que había tomado volvió a salir el tema del Pimpón, imbuido de reflexiones sobre la memoria, el olvido y el porvenir. Transcribo parte del diario de campo, mientras estábamos el Rambo, el Zacatecas, Don Ángel y yo sentados en unas sillas hechizas y pasándonos las fotos para comentarlas. Las fotos estaban divididas en varias temáticas, pero aquí estábamos concentrados en la parte de “retratos”:

*Zacatecas:* ¿el Rambo?

*Don Ángel:* es el Guanajuato

*Zacatecas:* Oh, sí, verdad.

*Don Ángel:* éste es el Chinolas

*Rambo:* Ah simón, el mentiritas, el Chinolas.

*Zacatecas:* Oh, de veras. ‘Ah, canijo, ¿y éste?’

*Juan:* ¿lo recuerdan?

*Zacatecas:* ¡Ah, canijo! —exclamó sorprendido—.

*Don Ángel:* ¡La Alejandra!

*Juan:* Nombre, es el pimpón.

*Don Ángel:* ¡¿El Pimpón?!’

*Juan:* Sí, allá abajo del puente.

*Don Ángel:* Híjole, ya estaba jodido –cambiando su tono de voz, de una manera muy melancólica, con un tono de voz más pausado, liviano y arrastrando lástima en sus palabras– ya estaba en las últimas, mira pues, ahí lo trae el Juan de recuerdo, mira nomás (ver fotografía 29).

Fotografía 29 El “Pimpón”



Fuente: Fotografía propia, septiembre de 2016

“Mientras Don Ángel pasó la foto y dijo ‘el Güero’, el Zacatecas le arrebató la foto del Pimpón y se le queda viendo muy de cerca, agachando la cabeza y metiéndose de lleno en la fotografía pregunta ‘¿qué traía en la mano, ahí?’, ‘quién sabe’ contestó el Rambo. Y luego, Don Ángel interrumpe ‘ire, su amor, su amor de toda la vida’, ‘¿quién la Erika?’ dijo el Zacatecas, ‘no’, ‘¿quién es, Evelyn?’, ‘no, ¡la Carlota!’, ‘ah, la Carlota!’ y echaron a reír los dos, y Don Ángel soltó una ligera carcajada. Pero Zacatecas regresa y dice ‘oye, pero el Pimpón ya estaba aquí moribundo, oye’ seguía observando detenidamente la foto del Pimpón’. ‘Sí, ya estaba moribundo –dijo Don Ángel–, ahí ya se estaba yendo, ay cabrón’, dijo con voz acongojada. Luego sigue con las fotos y dice ‘ire, el delincuente, el Cheto González, el de la Castillo’, denotando entonces los conflictos que hay también entre la gente del cañón. El Zacatecas, con su concentración puesta en la foto del Pimpón vuelve a comentar ‘aquí trae algo pegado en las manos, ¿qué tiene ahí?’, ‘es una cobija’ replica el Rambo, ‘no pero aquí en las manos esto, mira’, ‘son como moscas, es mugre’ contestó Don Ángel.

“Lo que hicieron con la tanda de retratos fue repasar quienes eran los personajes retratados, a quienes podían recordar. Esta fue una situación

interesante que desató la observación de los retratos: la memoria de las personas que habitaron el cañón. Con este repaso se activaron ciertos recuerdos de aquellas personas que han habitado las faldas de estas barrancas y se empezó a hacer un repaso de todas aquellas personas, de sus conflictos y de las formas solidarias. Comentaron que sólo el Chango y el Niño quedan de una bola como de 30 personas que han vivido ahí desde los años ochenta. La foto que sin duda más interés resaltó fue la del Pimpón que se veía ya muy decaído, evidentemente tenían otro recuerdo de él y no así moribundo como la foto lo muestra, es algo que les acongojó mucho y que los hizo reflexionar sobre la debilidad y vulnerabilidad de su situación.

“Pasando a la tanda de fotos grupales preguntó Don Ángel ‘¿y estos quienes son?’, y yo dije ‘es usted, el Manitas y ésta no me acuerdo de su nombre’, ‘¿será la Raquel?’, ‘ándale, ella’ y se rieron. Y a la vuelta de la foto, volvió de nuevo la voz lastimera y pausada de Don Ángel ‘ira, pobrecillo, aquí está otra vez el Pimpón con el Chilango, pobre compa, ahí sí ya está caído’, y el Zacatecas enfatizó, ‘no, pos sí’. (ver fotografía 30)

**Fotografía 30 El Chilango y el Pimpón**



Fuente: Fotografía propia, septiembre de 2016

“Aquí estamos en la cocinota, ahí está el chamaco, el chamaco González’, refiriéndose al niño. Y el Zacatecas regresando al tema del Pimpón, ‘ira, aquí estaba ya parecía que muriéndose, hijo de su madre, de volada se lo llevó la chingada, bien flaquitito ya, es que el Pimpón estaba bien gordo’. Don Ángel prosigue con las fotos, como tratando de zanjar el tema, tratando de evadir la conversación, de detenernos de nuevo en ella (...)

“Cuando terminamos de observar las fotos yo les pregunté si querían quedarse con alguna foto y no quisieron, me dijeron que preferían que yo las conservara porque yo podría mostrárselas a mis nietos o a alguien más, para que la ‘raza’ supiera que yo anduve un rato con los ‘vaqueros’ del cañón. De esta situación extraigo la manera y la forma en la que quieren y pueden ser recordados, por un lado si se quedan las fotos, su recuerdo se quedaría ahí mismo en el Cañón, además que es un recuerdo de una situación que viven cotidianamente y prefieren que alguien más la vea, sobre todo en círculos en los que me muevo. Por otro lado, percibo que hay tristeza de verse a sí mismos de esa manera, prefieren que alguien más los vea así, no ellos mismos viéndose en algo que de por sí experimentan cotidianamente y en solitario” (Diario de campo, 2016).

Según Bourdieu, para configurar una posibilidad de dominar el porvenir es necesario tener salvados los recursos para dominar el presente que permiten prefigurar una vida a futuro. En tanto no sea así, el deterioro de la agencia puede conducir a la más absoluta impotencia caracterizada por “una especie de desorganización generalizada y duradera del comportamiento y al pensamiento vinculada al desmoronamiento de cualquier objetivo coherente relacionado con el porvenir” (Bourdieu, 1999: 293). La impotencia, proveniente de la sensación de carencia de recursos sociales –la soledad– y otros factores –como drogas, etcétera–, destruyó la inversión en apuestas sociales a futuro y condujo, en algunos de los casos analizados en la vida callejera tijuanense como el del Pimpón, al abandono del cuidado de sí mismos. La sensación de soledad es una muestra efectiva del deterioro de la agencia en el proceso de precarización que se vive en los espacios residuales y de cómo la violencia simbólica, la interiorizada y ejercida sobre sí mismo, puede tener incluso efectos letales.

Después de colocar el caso del Pimpón queda por responder si todas aquellas acciones y prácticas con que se intenta mantener la vida en el proceso de precarización tiene como corolario la degeneración de la vida misma. Es decir, ¿el camino de la autodestrucción es algo irremediable y, por lo tanto, trágico –en términos simmelianos? Contrastarlo con el caso diametralmente opuesto, muestra un camino para seguir en la calle con prácticas alejadas a la autodestrucción.

#### **6.4.2 Quedarse en la calle: el cuidado de sí mismos en el vórtice de precarización**

Don Ángel es, pues, el ejemplo opuesto de llevar a cabo prácticas para el cuidado de sí mismo –la autoconservación– en medio de las fuerzas violentas de precarización en que



están insertos. Si bien Don Ángel consume drogas, su relación con ellas claramente no es dependiente como en el caso del Pimpón. Don Ángel, entonces, domina el deseo de entregarse a dichos placeres ya que es consciente que él puede ser el agente de su propia destrucción. La pregunta consecuente es, entonces, por qué Don Ángel decide llevar a cabo prácticas de cuidado cuando el dominio de su horizonte por venir parece igualmente nublado y borrascoso que el del Pimpón, debido a la nula capacidad que tienen de hacer frente por sí mismos a las fuerzas de precarización. Si bien esta pregunta emerge con tintes psicologistas, la respuesta hay que encontrarla en términos sociológicos.

El segundo día que conocí a Don Ángel, mientras platicaba con él al lado de su yongo, se apareció el Momia para pedirle un cigarro y que le prestara 15 pesos, prometiendo que se los pagaría pronto. Don Ángel, sacó un imán con una serie de monedas de baja denominación y logró juntar dicha cantidad. Visto a retrospectiva, no me queda duda que Don Ángel era la persona a quien todos los habitantes del Cañón recurrían para salvar una urgencia, para tener algo de comer o simplemente para platicar. Sabían que, de alguna u otra manera, en tanto estén en buenos términos con él, mostraría disposición para intentar ayudarles. Especialmente se reconoce que Don Ángel es quien mantiene la armonía entre los que viven en la parte superior del Cañón, a diferencia de los que viven en el fondo del mismo “yo voy a venir con Don Ángel, si tu me quieres ver ahí voy a estar arriba, pero sabes que pa’ acá abajo, es la pinche vibra hasta su pinche madre de culera, aquí está el demonio cabrón, vete con Don Ángel allá arriba, de perdida, allá es otro pedo” (Chinolas, entrevista, 2016).

El mismo Chinolas asumió una especial amistad con Don Ángel y en nuestras conversaciones reconoció su liderazgo dentro del Cañón:

“Don Ángel, ese señor mis respetos, siempre me dio algo: ‘aquí tienes un pinche taco –siempre– o una cobija’. ¿Sabes qué?, esa gente que me da un taco, uta’ me das en la madre. Pregúntale al viejo, él me conoció, yo era un pinche desmadre y me daba un taco, y ahora el viejo me recibe con gusto, es gente de verdad, si antes me lo daba el taco por cagapalos ahora me lo da por gusto, ese cabrón comandando todo, el pinche comandante de acá (...) porque ¿sabes qué?, es como si fuera mi jefe, mi jefe de la calle” (Chinolas, entrevista, 2016).

El testimonio del Chinolas, revela que Don Ángel tiene un liderazgo moral y social dentro de los espacios del Cañón. Como él mismo dijo “aquí no tiene una presión

de nada, responsabilidad de servir a un jefe (...) encuentra uno acá la tranquilidad que uno necesita y el lugar de estar lejos dónde no perjudicar a nadie” (Don Ángel, entrevista, 2016). Fuera del Cañón, Don Ángel no tendría el mismo liderazgo y lo perdería al subordinarse a un jefe. Sería uno más trabajando, lavando carros, fungiendo de velador de un edificio o cualquier otra labor que lo mantendría fuera de la posibilidad de ser ‘el jefe de la calle’. Pero más que interpretar esta situación en términos de una egolatría –que habría que investigar desde otra perspectiva–, la idea de fungir de líder tiene implicaciones morales en relación al cuidado de sí y al cuidado de los otros.

Don Ángel, entonces, enfrenta una responsabilidad por el autocuidado y el cuidado de sus pares. En infinidad de ocasiones, el Pelón, el Tontufo, el Momia, el Chango, el Jalisco, la Carlota, el Manitas, el Viejón, el Zacatecas y muchos otros acudieron a él para solucionar alguna emergencia. Una anécdota en torno a la Raquel ilustra muy bien la idea que tiene Don Ángel para cuidar a las personas que pasan por el Cañón. Una tarde que el Manitas, Don Ángel y la Raquel comían sopa y tortillas –ésta última, con una evidente intoxicación, sentada en el piso con su recipiente de comida y rodeada de gatos–, Don Ángel le gritó a la Raquel ‘no le des a los gatos, no seas tonta, te puedes enfermar porque no están vacunados’. Ella, saliendo de su letargo, simplemente contestó ‘ah, ‘ta bueno, pero no me va a pasar nada’. ‘Claro que sí, levántate y ponte acá’, Don Ángel le señaló una piedra cercana a él, mientras azuzó a los gatos para que se muevan de ahí. Ese mismo día, Don Ángel me dijo, ‘es que a la raza le gusta regresar aquí conmigo porque los ‘chiqueo’ [los consiente], les doy de comer y a veces los visto y hasta los llevo a bañarse porque apestan, en cambio allá abajo, Juan, nomás puro crikio [droga cristal], acá les ofrecemos otras cosas’.

Todo lo anterior revela que, en el fondo, Don Ángel cumple la función de insertar las regulaciones externas de cuidado al interior del Cañón. Él mismo fue quien me confesó que le gusta ir a Casa de los Pobres ya que, además de que puede alimentarse, encuentra un espacio de socialización y utilidad con las señoras que son voluntarias ahí. Don Ángel interactúa en esa casa de asistencia no sólo como beneficiario, sino como un ayudante más, dice que lo mejor que escucha ahí dentro es que cada que asiste las señoras dicen que le dedican una oración diaria a él y que eso lo hace sentir importante y le dan ganas de seguir ayudando a quienes están en su misma situación. En ese sentido, Don

Ángel arrastra con otras expectativas sociales que no tienen quienes sólo van a comer y no interactúan de ningún modo con el personal de dichas casas. Es él, quien las lleva al interior del Cañón y se revelan a través del liderazgo que ejerce ahí.

De esta manera, Don Ángel no se coloca como un ególatra amoral que es adorado en el Cañón. Por el contrario, el hecho de que su involucramiento con las drogas no ha llegado al grado de deteriorar por completo su capacidad de agencia debido a las expectativas sociales que arrastra desde espacios como La Casa de los Pobres, le ha permitido ejercer una función de cuidador de sí mismo y de sus pares<sup>84</sup>, y en cierto sentido, ese es uno de los factores por los que Don Ángel decide quedarse en esa situación, pero no entregarse a las pulsiones autodestructivas sino a aquellas que lo ayudarán a conservarse a sí mismo y a los demás.

#### **6.4.3 Posibilidades de salir de la calle: permanencia o renovación de vínculos socioafectivos**

En las narrativas biográficas analizadas y la observación en campo, me percaté que, ante la ausencia de mecanismos y programas estatales de atención integral de estas poblaciones, la única posibilidad real para salir de la calle radicaba en tener vigentes lazos socioafectivos y/o familiares en tanto constituyeran fuerzas externas al vórtice de precarización. El Chava, por ejemplo, se mostró consciente de que la única posibilidad de orientar proyectivamente su capacidad de agencia era la buena relación con sus padres como una red de apoyo. Sin embargo, fue la narrativa del Chinolas en donde observé un caso de éxito en la salida de la calle. El Chinolas recompuso sus lazos familiares a través de adquirir un trabajo legítimo. Esta recomposición le permitió tener una visión de proyecto hacia futuro y poder planear su matrimonio, rearmando su vida acompañado de su hija. La salida de la calle, es una posible ruta del proceso de precarización, en tanto existan fuerzas externas –como los vínculos familiares– que los encaucen hacia ese camino.

Del análisis de las narrativas vitales se deduce que la única posibilidad que los entrevistados han tenido para salir de la calle ha sido la permanencia y/o renovación de sus vínculos socioafectivos. En tanto se mantenga la ruptura con estos vínculos lejos de

---

<sup>84</sup> Lo que no quiere decir, ni mucho menos, que no ha llegado a tener conflictos ahí dentro. Precisamente esta figura de autoridad también le ha ocasionado conflictos, como cuando decidió responder por mi presencia en el Cañón frente a otros que se mostraban escépticos.



las redes de la vida en la calle, estas personas se mantienen en la calle. Los casos del Chava y del Chinolas son ejemplares al respecto.

En tanto relaciones de parentesco, la familia implica procesos primarios de socialización pero también diversos y complejos arreglos de cuidado que, según la trayectoria de las personas, han sido más o menos duraderas. La calidad de los vínculos familiares y socioafectivos son factores que, a través de las diferentes etapas vitales, delinearon la velocidad del proceso de precarización. El Chava, por ejemplo, vive intermitentemente entre las calles y la casa de sus padres. Si bien no ha logrado salir completamente del Cañón del Matadero, pues regresa constantemente a drogarse, encuentra en casa de sus padres un refugio y un apoyo para no estar allí.

“me voy a la casa y no tengo lo que dicen malilla, no tengo la necesidad de drogarme, estoy en la casa como que si nunca hubiese usado drogas, pero ahora llega otra vez algún problema y me salgo de la casa, y caigo a lo mismo (...) Yo creo que estos últimos dos o tres años son los que he estado yendo y viniendo más en corto, porque antes si duraba meses sin ni siquiera llamar a la casa.” (Chava, entrevista, 2016).

Sus padres le han comentado que tiene la posibilidad de dormir en una cama y bajo un techo siempre y cuando deje las drogas, de manera que el Chava se encuentra en esta lucha constante. El Chava tiene muy claro que su única posibilidad de salir de las calles, y de orientar su agencia más allá de las necesidades presentes –sobre todo en relación a las drogas– tiene que ver con la existencia de sus padres como redes de apoyo, de manera que “a lo que sí le tengo miedo es al momento en que me digan que mis padres ya no estén. Porque son todo. Sí los quiero aunque desgraciadamente tengo que estar acá” (Chava, entrevista, 2016).

El caso del Chinolas, se plantea como una historia de éxito en relación a la salida de la vida en la calle. De esta historia vital se concluye también que la posibilidad de orientar su acción hacia un futuro fuera de las calles se hizo posible, entre otras coyunturas históricas, por el mantenimiento y renovación de sus vínculos familiares.

Después de vivir alrededor de 25 años intermitentemente entre el Cañón del Matadero y la casa de sus padres, consumiendo droga y trabajando de *pollero*, al Chinolas lo deportaron en el año del 2009. Lo que parecía ser un capítulo desagradable en su historia personal, resultó ser uno que le dio un giro completo a su vida y desde donde comenzó la carrera para salir de la calle. Una vez atrapado por la patrulla fronteriza, el

Chinolas firmó su salida voluntaria y al entrar a México por la puerta de deportación, observó que había un programa del gobierno federal que ofrecía trabajo por un mes en el DIF a los recién devueltos que tuvieran su hoja de deportación para que ahorraran algún dinero y se regresaran a sus respectivos lugares de origen. A pesar de que le pagaban poco dinero, se dio cuenta que trabajando ahí empezaba a tener legitimidad con su familia y que podía conseguir algún tipo de crédito. De manera que al mes que acabó su contrato, volvió a saltarse la barda para ser devuelto de nuevo y así, con la hoja de deportación, ir al DIF para tener un nuevo contrato por un mes. Afortunadamente, a partir de ahí le ofrecieron trabajo de intendente en el palacio municipal, cosa que no dudó en aceptar. La razón para tal determinación fue que se hija, al saber que ya trabajaba, le pidió que le hiciera una fiesta de XV años, la cual consiguió pagar a partir de endeudarse con financiamientos populares como Banca Coppel, préstamo que acababa de terminar de pagar unos meses antes de la conversación que tuvimos.

Ahora, el Chinolas tiene una mejor relación con sus padres y lo apoyan gracias a que lo ven trabajando en labores lícitas y ha logrado proyectar sus acciones hacia el futuro a través de planes familiares que lo mantendrán lejos de las calles. Sobre su vida por venir, el Chinolas contó muy conmovido cómo la vida le volvió a dar una segunda oportunidad con la mamá de su hija, quien se casó, enviudó y no tuvo más hijos. “Si supieras cabrón, guacha [observa] –mientras llora a raudales–, ¡nombre, cabrón! guacha la pinche vida, ¿me entiendes?, cuando yo me robé a mi jaina [novia] güey, entonces como salió embarazada al mes, le dije, ‘no, yo no quiero broncas, ¿sí me entiendes?’ y pues la mandé a la verga” (Chinolas, entrevista, 2016). Sin embargo, ahora que le hizo a su hija la fiesta de XV años, y que conviven más tiempo en las reuniones familiares con su hija y su madre, “tú sabes, donde hubo fuego cenizas quedan (...) mi hija me dijo ‘apá me hiciera feliz que ustedes acá’ y ‘simón’ ya tengo mi cantón, ahora ya tengo que ofrecerle, no le voy a andar diciendo a mi jefe que me de...” (Chinola, entrevista, 2016), entonces ambas le pidieron que se fueran a vivir todos juntos. De modo que sus planes a futuro involucran casarse con la madre de su hija y rearmar su vida en familia.

Si bien el caso del Chinolas se presenta como un caso de éxito para salir de la calle, revela que, si las relaciones socioafectivas son el último bastión que estas personas tienen para salir de la calle, entonces hay una ausencia de interés estatal por atender

integralmente la vulnerabilidad de estas poblaciones. De hecho, planteados como están los programas de apoyo a los deportados (3 de 3, Somos Mexicanos), consisten en retornarlos a las comunidades de origen, de donde precisamente salieron por las condiciones precarias en que se encontraban, reinsertándolos así, en un sistema de desigualdad estructural.

#### **6.4 Conclusiones. Continuo de violencia y la diversidad de posibilidades para dominar el porvenir en la vida callejera**

La interiorización sensorial y emocional de las condiciones materiales en los emplazamientos residuales es un brutal recordatorio –o, como diría Bourdieu, una cruel mnemotécnica– de la exclusión y violencia que se siente en el cuerpo cuando se vive en las calles de la ciudad de Tijuana. Se ha observado que dicha incorporación tiene como consecuencia la reproducción de la violencia sobre sí mismos. Este continuo de violencia (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004) constituye un endurecimiento de las fuerzas excluyentes que mantienen a estas personas fncadas en las dinámicas callejeras.

La resignación de quedarse a vivir escondidos en espacios residuales, muestra que es una decisión que hace mucho sentido dadas las condiciones sociales en que se encuentran y las infaustas consecuencias de intentar cruzar o andar visibles en las calles de la ciudad. Sin embargo, esta resignación tiene como corolario el desgaste de sus posibilidades actuales de acción –agudizando el vórtice de precarización a través del ‘continuo de violencia’– y la nebulosa posibilidad de planear un porvenir fuera de las calles de la ciudad, debido al brutal deterioro de sus capacidades corporales.

Siguiendo a Bourdieu (1999), al no poder vincular el presente con el futuro en el caso de la vida indigente, es la reproducción de la violencia hacia sí mismos –y la consecuente degeneración corporal y emocional– el signo de un cruel deterioro de sus posibilidades de agencia y la consecuente impotencia para dominar el porvenir. Y sin embargo, como revisamos en las rutas del vórtice de precarización, el continuo de violencia se capotea de diferentes formas y pueden tener direcciones opuestas: desde la autodestrucción hasta la búsqueda de autocuidado. El vínculo entre presente y futuro estará fracturado en tanto las fuerzas violentas y precarizantes se hagan cada vez más

grandes y en tanto no haya un apoyo externo del cual echar mano para salir de ese torbellino de precarización.

## **7. Conclusiones. ¿Hay salida del vórtice de precarización?**

Salir de las calles por cuenta propia es un camino tan minado para los indigentes de Tijuana que la única posibilidad que se vislumbra implica echar mano de fuerzas externas al vórtice de precarización, sea a través de lazos socioafectivos vigentes o por medio de programas de asistencia estatal –muy deficientes en el caso de Tijuana–.

Al revisar sistemáticamente la historia de vida, las prácticas cotidianas de gestión y sobrevivencia, así como la degradación corporal y emocional de un conjunto de indigentes que actualmente viven en las calles de esta ciudad he observado que, a lo largo de su trayectoria transfronteriza, estas personas han acumulado –y siguen acumulando– precariedades en múltiples niveles de su existencia: social, laboral, familiar, subjetiva. Aludo aquí, por supuesto, a una noción amplia de precarización (Butler, 2010; Lorey, 2016) como un proceso social, político y cultural de producción de subjetividades callejeras inseguras en donde la exposición al peligro y el involucramiento en dinámicas violentas enmarcan las prácticas de los indigentes con miras a paliar su incertidumbre vital.

A lo largo de la construcción del vórtice de precarización he informado de los múltiples factores violentos y estigmatizantes que producen y mantienen una diversidad de cuerpos indigentes en las calles de la ciudad fronteriza de Tijuana, así como de los efectos que tienen en la subsistencia de la vida de estas personas. En este capítulo de conclusiones sistematizaré y apuntalaré teóricamente la serie de hallazgos que se encontraron a lo largo de la investigación.

En una primera sección reconozco la importancia que tuvo el aparato geopolítico fronterizo para la precarización de las vidas analizadas en esta tesis, colocando las condiciones para plantear una contribución a los estudios de la situación de calle: en estos contextos, la frontera, como dispositivo de exclusión y atrapamiento de movilidades transnacionales, es uno de los factores más importantes que activan y agudizan los procesos de precarización indigente. Posteriormente se delinearán las múltiples formas de entrar a la calle en la frontera norte de México y las pocas posibilidades que hay de salir de la misma debido a los efectos del vórtice de precarización en el deterioro de la agencia y a la ausencia del estado en la atención de estas poblaciones.

En un tercer bloque de conclusiones abordaré los límites y alcances de la agencia de las personas en esta situación y las formas en que factores tanto instrumentales como afectivos operan en la degradación o posibilidades de acción de estas personas. En cuarto lugar, se arguye que las personas en situación de calle emergen como una alteridad para el orden urbano y que ello funciona como dispositivo de exclusión. En una quinta sección, se concluye que algunas prácticas con que se gestiona la vida indigente en la ciudad valoran los estigmas de los indigentes porque los coloca como cuerpos desechables que pueden ser capitalizados para operar determinadas actividades ilícitas sin tomar responsabilidad por lo que suceda con ellos en el camino. En sexto lugar, se plantea la emergencia de subjetividades que interiorizan la violencia y la reproducen sobre sí mismos, en dimensiones tanto físicas como emocionales. Por último, se plantean las asignaturas que quedaron pendientes de analizar en esta tesis: la ausencia del estado en la asistencia hacia poblaciones vulnerables en Tijuana y la experiencia femenina en las calles de la ciudad.

### **7.1 La frontera como dispositivo de precarización en Tijuana**

A partir de lo desarrollado a lo largo de la tesis puedo concluir que la indigencia en Tijuana deviene de manera distinta que en otros territorios metropolitanos debido a su colindancia fronteriza. La frontera geopolítica tuvo un peso importante como explicación de la situación actual de los entrevistados, ya sea porque aprovecharon la infraestructura fronteriza para movilizarse clandestinamente, porque fueron encarcelados o deportados, porque trabajaron en Estados Unidos o porque tienen familiares en dicho país, la frontera se convirtió en uno de los dispositivos principales para explicar por qué ahora viven en las calles de Tijuana.

Al ser escenarios condicionados por un límite nacional, los procesos de precarización se configuran en relación al efecto limítrofe de la frontera que juega un papel desencadenante en el devenir de los mismos, pues opera desigualmente como contención o posibilitador de movilidades poblacionales. Esta problemática social adquiere en Tijuana una tónica particular debido a la inherente condición de desigualdad entre dos espacios nacionales, al reforzamiento y aseguramiento de la frontera y al hecho de ser un nodo importante en el complejo movimiento de las dinámicas globales en dicha región. Así, la condición de frontera colocó a la ciudad de Tijuana como un contexto de

alta movilidad poblacional, y su situación fronteriza como configuradora de las condiciones para la emergencia de sujetos móviles y precarizados. En efecto, la mayoría de los sujetos en situación de indigencia que fueron entrevistados tienen experiencia migratoria (Velasco y Albicker, 2013). La condición fronteriza, así, contribuyó particularmente al proceso de indigencia en Tijuana, en tanto la política migratoria se endureció con el paso de los años y las expulsiones del territorio norteamericano fueron convirtiendo los intentos de cruce clandestino en acciones sumamente riesgosas para su integridad. A la par, la ciudad recibió en condiciones vulnerables a personas que acumulaban, así, precariedades en el ir y venir clandestino a través de la frontera.

Los regímenes fronterizos que operan actualmente en la frontera México-Estados Unidos están vinculados a procesos de securitización (Ackleson, 2015) en donde figuras vinculadas a la exclusión social y económica, como pobres, migrantes, desplazados e indigentes, se construyeron asociadas al peligro y a la inseguridad (Gonzales, 2014; Vila, 2007; Velasco y Contreras, 2011); régimen que se extiende del lado mexicano de la frontera a través del acoso policial y la criminalización de la presencia de indigentes ‘sucios’ en las calles de la ciudad.

Se ubicó al ‘atrapamiento’ como un proceso ligado directamente con el tema de la imposibilidad del movimiento que provoca el aparato fronterizo en el flujo transnacional de determinadas personas (Núñez y Heyman, 2007; Velasco, 2016). En el análisis longitudinal de las movilidades transnacionales de estas personas se encontró que, si durante las últimas tres décadas del siglo pasado éstas personas utilizaban los conocimientos que tenían de rutas clandestinas para cruzar a Estados Unidos o vivían en dicho país de manera furtiva, entrado el siglo XXI estas estrategias –aunado con sus trayectorias de encarcelamiento, consumo de drogas y deportación– se fueron mostrando cada vez más ineficientes ante la nueva instrumentación del reforzamiento del dispositivo fronterizo por parte del gobierno norteamericano. Los factores por los que estas personas se enfrentaron a una sensación y dinámica de ‘atrapamiento’ en Tijuana a partir de los últimos dos lustros se agregan al proceso de precarización que vienen arrastrando.

Además de carecer de cualquier tipo de herramienta legal para cruzar hacia Estados Unidos y de perder contacto con vínculos socioafectivos con los cuales establecer una red de cuidado al estar deportados en Tijuana, estas personas manifestaron

una sensación de vulnerabilidad al regresar solitarios a una ciudad y con el temor de volver a ser encarcelados ante el endurecimiento de la política migratoria estadounidense.

Aún más, las condiciones sociales para su sostenibilidad, de por sí precarias, se volvieron más frágiles ante el involucramiento en el consumo de drogas y ante la exacerbada violencia debido, entre otras cosas, al acoso policial y a la presencia de grupos del narcotráfico en la frontera de Tijuana. El doble atrapamiento en esta ciudad fronteriza –atrapamiento transfronterizo y atrapamiento en espacios residuales– condensa una serie de despojos e indefensiones sociopolíticas acumuladas que construyen la vulnerabilidad y el continuo de violencia en el vórtice de precarización en Tijuana.

## **7.2 Muchas posibilidades de entrar, pocas de salir: la ausencia del Estado y el deterioro de la agencia**

En este trabajo se reconocieron seis formas de internarse en las dinámicas callejeras –lo que he llamado constelaciones de precarización–, pero pocas de salir. La acumulación de incertidumbres y el incremento y reproducción de violencia en las calles parecen no dejar muchas posibilidades de detener las fuerzas que agudizan las órbitas del vórtice de precarización. El abandono social y la ausencia del Estado en la atención a estas poblaciones corrobora el diagnóstico pesimista de que son pocas las alternativas para que estas personas les hagan frente. Ante el desamparo estatal, las pocas posibilidades para salir del vórtice, radica en la persistencia de relaciones socioafectivas que los apoyen en el proceso de salir de las calles. El nivel de precarización se exagera, por lo tanto, cuando hay una desvinculación mayor de estas redes sociales y afectivas de cuidado. Se observa, así, a los vínculos socioafectivos vigentes como la única posibilidad de salir de las calles una vez que estas personas se sienten ‘atrapados’ en Tijuana y se insertan en sus dinámicas callejeras.

Como puede verse a lo largo de los capítulos de esta tesis, el paulatino y acumulativo proceso transfronterizo de precarización no ofrece otras vías para orientar individualmente la acción hacia otro lugar que no sea el presente. Más allá de que las prácticas de escamoteo puedan observarse como una forma de sobrevivencia, se ha evaluado que, en una situación excluyente –como la inducida por las prácticas de gestión y representación de la indigencia una vez localizados en espacios residuales de la ciudad– la satisfacción de necesidades básicas abre la puerta para el deterioro progresivo de las



capacidades físicas y la estabilidad emocional cuando se involucra el consumo de drogas, la estigmatización y criminalización de sus atributos físicos así como la ruptura de vínculos institucionales, laborales, comunales y familiares. Aquí se concluye que estas reacciones inmediatistas en realidad implican un deterioro de las posibilidades de acción –en tanto no haya elementos externos, como la familia, que los ayuden orientar su capacidad de agencia hacia otra temporalidad–.

Si comparamos las narrativas del Chinolas y el Chava con las historias vitales de los demás entrevistados una conclusión sociológica que puede advertirse tiene que ver con que, una vez estando en la calle, orientar sus acciones hacia el futuro –lo que Emirbayer y Mische denominan agencia proyectiva– es sumamente difícil a menos que tengan vínculos socioafectivos de apoyo que estén lejos de las redes callejeras. La desvinculación socioafectiva de estas personas –que tiene su expresión emocional en sentimientos de vergüenza y soledad, como se aborda en el capítulo 6– no les permite planear otro tipo de vida y acciones que no sean las de la sobrevivencia cotidiana. En tanto no existan o se renueven redes socioafectivas que los provean de suficientes recursos sociales para salir de las calles, no hay posibilidad de un nuevo reajuste temporal de la agencia –como sí sucedió en el caso del Chinolas–: deben continuar tratando de sobrevivir al día orientando sus acciones hacia el presente. Esta situación, rebate la idea de que la situación de vivir en la calle es culpa enteramente de las personas que lo experimentan. Por el contrario, se ha mostrado cómo elementos estructurales (fronteras, políticas, etcétera) y mesoestructurales (coyunturas políticas, acoso policial, violencia social, desvinculación familiar, etcétera) también participan en inducir vidas hacia la calle, aislándolas.

Para dejarlo claro, se ha podido observar que la capacidad de agencia existe, aunque sólo alcance para sobrevivir al día. A menos que se tengan los recursos sociales y afectivos, estas personas continúan salvando las necesidades cotidianas sin proyectarse hacia el futuro. Ahora bien, aunque es posible observar la agencia en términos presentistas e inmediatistas, en términos generales es patente, sin embargo, que en el proceso acumulativo de precarización transfronteriza y en la exclusión urbana que viven hay un deterioro de la agencia, sobre todo cuando están solos, sin apoyos familiares o socioafectivos y con un proceso agudo de desgaste corporal.

Por otro lado, el hecho de que la familia sea lo único que te puede sacar de la calle, deja ver la falta de apoyos desde el Estado y la insuficiencia de cualquier esfuerzo gubernamental para que estas personas eludan las calle. De hecho, los pocos esfuerzos estatales los retornan a sus lugares de origen para que sea la familia –no el Estado– quien se encargue de su rehabilitación e inserción laboral, lo que los reubica en el sistema de desigualdad del que precisamente se movieron muchos años atrás.

### **7.3 Reflexividad y afecto como guías de acción: alcances y limitaciones de la agencia en el vórtice de la precarización**

Entendida como una categoría para observar las acciones que producen los individuos a través de sus distintas situaciones históricas, el despliegue de la agencia por parte de los indigentes parecería una capacidad fundamental para que su situación social sea más llevadera –ésta es precisamente la postura voluntarista que ha sido más recurrida históricamente para hablar de la agencia y la base del discurso meritocrático (Emirbayer y Misch, 1998; Gowan, 2010)–.

Lo que se observa a lo largo de la tesis, si se piensa a través del viejo debate de reproducción y cambio (Giddens, 1984, Sewell, 2006, Bourdieu, 1980) –en donde los contextos estructurales están tanto sostenidos por la agencia humana pero también están siendo alterados por la misma–, es que hay un punto en que las violentas fuerzas del vórtice de precarización se agudizan a tal grado que el contexto estructural que los precariza ya no está siendo alterado por la capacidad de agencia de estas personas.

Emirbayer y Misch (1998) señalan que la dimensión de la agencia en las formas de acción de las personas sólo puede captarse en el flujo del tiempo y ésta se ejerce orientando temporalmente las acciones hacia el pasado, el presente o el futuro –lo que llaman los componentes iterativos, práctico-evaluativos y proyectivos, respectivamente–. Para ellos, la agencia es un proceso de involucramiento social que, a través de ‘hábitos, imaginación y juicios’, tanto reproduce como transforma los ambientes estructurales en que se encuentra, como una respuesta interactiva planteada por la situación.

A lo largo de los ciclos analizados en el vórtice de precarización, especialmente una vez que instalan una rutina en las calles de Tijuana, se observa que los indigentes están constantemente orientando sus acciones hacia el presente. Por supuesto, en los

términos de estos autores, la capacidad de agencia se sigue ejerciendo en tanto se observa el componente práctico-evaluativo en operación. Sin embargo, en la agudización del vórtice de precarización, es patente que se deteriora la capacidad transformadora de la agencia de estas personas en tanto las violencias del mismo se in-corporan.

Así, la agencia no sólo depende de la orientación reflexiva e individualista de la acción, sino, por un lado, de los recursos disponibles para orientarla hacia tal o cual situación –lo que Berger (2008) llama las condiciones estructurales que permiten la agencia<sup>85</sup>–, pero también, por otro lado, de las sensaciones corporales y la forma en que la precarización ‘afecta’ los cuerpos y orienta las acciones de éstos. Así, los procesos afectivos preconscientes, ‘encuerpados’ y no dependientes de la conciencia humana – observados en la desnutrición, el maltrato corporal, la debilidad de sus funciones orgánicas, las emociones negativas de vergüenza y soledad– están también participando en la degeneración de la agencia como capacidad transformadora de su situación callejera.

Si me hubiera concentrado específicamente en la propuesta de analizar las habilidades ‘imaginativas’, la toma de ‘juicios’ y las ‘Conversaciones Internas’ con que los indigentes actúan –como lo proponen Emirbayer, Mische y Archer–, me hubiera topado con la imposibilidad de observar cómo se van mermando las posibilidades de transformación de la agencia en el proceso de precarización. Esto es así, porque el planteamiento de estos autores exige el análisis de procesos reflexivos para actuar<sup>86</sup> y, como se señaló, en el devenir indigente están involucrados una serie de procesos afectivos, sensoriales y emocionales que van más allá de la mera racionalidad para cambiar las orientaciones temporales de la acción.

Es decir, para estos autores los cambios en las orientaciones de la acción implican eminentemente procesos reflexivos, y lo que se observa en el análisis, especialmente en el capítulo 6, es que también se involucran procesos no dependientes de la conciencia humana –sobre todo a través del cuerpo, las sensaciones y las emociones– que están conduciendo las acciones de estas personas y muestran una degeneración de la capacidad

---

<sup>85</sup> Hemos observado, sobre todo en el capítulo 5, una desposesión tal que colabora ampliamente en la degradación de las capacidades transformadoras de la agencia.

<sup>86</sup> Según Emirbayer y Mische, “los cambios en las orientaciones de la acción pueden involucrar diversos grados de inventividad y reflexividad” (1998: 973).

reflexiva de la agencia para transformar sus circunstancias aún con ayuda de fuerzas externas al vórtice –como la que ofrecen desayunadores y casas de asistencia–.

Al colocar la reflexividad crítica como un aspecto central de la agencia (a la manera de Archer, Emirbayer y Misch y otros) se ha dejado de lado el análisis de la fuerza que tienen los aspectos afectivos –con excepción de aproximaciones feministas que lo venían haciendo desde los años sesenta (Maxwell y Aggleton, 2013)<sup>87</sup>–. Sin embargo, como dicen Williams (1977) y Wheterell (2012), no se trata de reemplazar el análisis de un aspecto por el otro, se trata más bien de entender que ambos están operando como guías de la acción.

Las reorientaciones temporales de las acciones hacia el presente a través de prácticas de escamoteo y del ejercicio de violencia sobre sí mismos, parecen minar las posibilidades, ya no se diga de subvertir la deshumanización cuando son estigmatizados, sino de configurar una situación más satisfactoria. Por el contrario, la impresionante adaptación al entorno, que en un primer momento puede mostrarse y leerse como un componente práctico de la agencia, se va deteriorando cada vez más en tanto las violentas fuerzas del vórtice de precarización se van agudizando y van tomando forma en el cuerpo, lo que puede derivar en un corolario extremo con efectos letales –como en el caso del Pimpón, quien falleció mientras yo hacía trabajo de campo–. Lo que en el fondo quiere decir que la experiencia vital de estas personas sigue estructurándose ampliamente por procesos de violencia, exclusión y estigmatización que se asumen e incorporan afectivamente.

La agencia, por lo tanto, se muestra como un concepto insuficiente en tanto no se coloquen en un justo nivel analítico las dimensiones sensoriales y afectivas para observar la forma en que éstas operan para que las personas orienten sus cursos de acción.

### **7.3.1 Los afectos y el deterioro de la agencia**

Desde 1997, Raymond Williams ya reconocía la necesidad de analizar, a la par de los estudios sobre la conciencia social, las dimensiones afectivas de la vida social, o lo que él llamó, las estructuras del sentir. No como algo diferente a la reflexividad del

---

<sup>87</sup> Como señalan los autores, la necesidad de integrar la emocionalidad, los afectos y lo material como parte de un entendimiento pleno de la agencia ha sido reconocido, sobre todo, desde la agenda feminista. Reflexiones en torno al género han sido parte fundamental para colocar la dimensión afectiva cuando se trata de evaluar las posibilidades de acción de los agentes sociales insertos en un contexto específico y en un marco de privilegios o desventajas.

pensamiento, sino como complementario. “No el sentir opuesto al pensamiento, sino el pensamiento como algo sentido y el sentimiento como algo pensado” (Williams, 1977: 132). Justamente ese fue el movimiento pendular de análisis que se realizó en esta investigación al indagar tanto las prácticas conscientes (Emirbayer y Mische, 1998; Archer, 2007), como las afectivas y emocionales (Clough y Haley, 2007; Wheterell, 2012; Ariza, 2016) que guiaron la acción de los habitantes de calle en Tijuana.

Siguiendo a Wheterell (2012), las emociones, expresiones afectivas del sentir corporal, no son algo que le pertenezca al self sino que son un complejo relacional expresado en las prácticas sociales. Es decir, la emoción es una respuesta a otro, a una situación y/o al mundo. Los sentimientos analizados de los actuales indigentes son una especie de conciencia práctica, como decía Williams (1977), una especie de saber intuitivo y pre-conceptual que guía sus acciones –como esconderse, autoexcluirse o violentarse– dentro de los espacios residuales. En ese sentido, es que el afecto, entendido como prácticas sensoriales de creación relacional de sentido, se conecta con las posibilidades de acción que estas personas tienen en el vórtice de precarización.

Siguiendo este planteamiento, el miedo, la vergüenza y soledad se colocaron como emociones que participan en el deterioro de las posibilidades transformadoras de su capacidad de agencia. Estos sentimientos colaboraron en acotar las posibilidades de acción en una suerte de inmediatez cotidiano. Como dice James Burford (2015) si bien los afectos no lucen poderosos en relación a la transformación de lo público, juegan un rol importante en relación a la sobrevivencia con arreglo a las circunstancias. Así, dentro de su limitadísima capacidad de acción, estos afectos reconducen las posibilidades de agencia hacia estrategias mínimas de sobrevivencia. Lo que, sin embargo, merma las capacidades de acción en relación a la posibilidad de salir de la calle por cuenta propia.

#### **7.4 Los indigentes como alteridad ignominiosa para el orden urbano transfronterizo**

Estigmas ignominiosos recaen sobre las poblaciones callejeras y los relacionan con la peligrosidad que representa no ser productivo para una idea de Tijuana emprendedora e innovadora (Serrano, 2012). Estos estigmas toman forma en una serie de etiquetas

vinculadas a figuras deleznable que les son imputadas de manera intercambiable: drogadictos, deportados, fracasados, sucios, criminales, holgazanes, vagos, malandros.

La construcción contemporánea de jerarquías simbólicas y morales como parte de las desigualdades materiales operan a través de ciertos regímenes –como los fronterizos– que evalúan la moralidad como una responsabilidad de los individuos que tienen que acumular su valor subjetivo a través de sus ‘libres’ elecciones de vida (Skeggs, 2005). La autodefinición es condición para una subjetividad significativa dentro de los imperativos morales de estos regímenes (Beck, 2007)<sup>88</sup>, de ahí se deduce que el peso de ser alguien en la vida recae en las decisiones que la persona misma toma y en nadie más.

“El yo éticamente completo se vuelve un imperativo: tiene que ser desplegado como signo de responsabilidad social propia, autogobierno, moralidad y valía (...) aquellos que no saben como desplegarla apropiadamente y muestran que no pueden operar un yo ético (...) son subjetividades fuera de control, excesivas y fuera de propiedad. Ellos no pueden acumular valor para sí mismos porque su despliegue los devalúa, calibrando de forma visual los fracasos de la responsabilidad propia” (Skeggs, 2005: 974).

De esta manera hay quienes no tienen acceso a decidir, “lo único que pueden desplegar es carencia; carencia de acceso a las técnicas para narrarse a sí mismos y carencia de acceso a la cultura ‘correcta’” (Skeggs, 2005: 974). Quienes no pueden comunicar el ‘buen yo’ es porque carecen del acceso a los recursos materiales y culturales para hacerlo.<sup>89</sup> De manera que cuando los indigentes en Tijuana carecen de dichos recursos para performar un sujeto moralmente valioso, se despliegan como símbolos del desorden dentro del orden urbano, sobre todo si se ubican como personas ajenas que llegaron a él por medio del fracaso migratorio y la deportación (Albicker y Velasco, 2016; Schuster y Majidi, 2015).<sup>90</sup> Así, el componente moral del estigma

---

<sup>88</sup> Este planteamiento proviene de un debate más amplio, que aquí no abordamos, sobre los procesos de desestructuración de las grandes configuraciones sociales en donde el Estado y la sociedad ya no se estructuran en torno a sujetos colectivos sino a alrededor de individuos, lo que complejiza los procesos de desigualdad social (Pakulski, 2004; Beck, 2007).

<sup>89</sup> Detrás de este planteamiento hay una teoría de la performatividad que entiende que las prácticas que se hacen visibles públicamente, como las (in)movilidades de los indigentes, comunican la situación social del practicante. Es decir, en la performatividad de las supuestas decisiones libres que las personas toman sobre su subjetividad se hacen visibles las marcas de valor o desvalor de las mismas.

<sup>90</sup> Lo que hay detrás de esta conclusión es un análisis de la estigmatización como un proceso que se desarrolla interactivamente, lo que implica una reacción de parte de los estigmatizados, ya sea incorporándolo o resistiéndose. Sin embargo, esto depende, por supuesto, de los recursos a disposición, de los valores morales involucrados y del deterioro de la capacidad de agencia en el proceso de precarización.

funcionó como herramienta para colocar a los indigentes como una de las alteridades radicales del orden urbano tijuanaense.<sup>91</sup>

Como dicen Farrugia et. al. respecto a los indigentes, “los sujetos que carecen de recursos materiales y culturales para movilizar y performar la responsabilidad individual y el autogobierno se devalúan moralmente. Dejando de ser reconocidos como sujetos morales, se vuelven símbolos públicos del desorden, el fracaso y las conductas inapropiadas” (Farrugia et al., 2015: 4). Los discursos históricos del pecado (sin talk) y de la enfermedad (sick talk) en relación a los indigentes dan cuenta de la estigmatización de las poblaciones callejeras como fracasos morales y/o patológicos (Gowan, 2010). Farrugia et al., aseveran que las distinciones morales y las jerarquías culturales que dan sentido a las desigualdades estructurales contemporáneas, son asumidas, incorporadas o resignificadas, es decir, orquestadas reflexiva y afectivamente, en las narrativas autobiográficas y en las prácticas cotidianas.

Hay cuerpos que son más reconocibles como despreciables moralmente, porque son leídos y actualizados a partir de los valores de determinado orden y/o espacio social. Los valores que no se comparten en el imaginario del orden fronterizo, son los pertenecientes al ignominioso, holgazán, improductivo y no trabajador (Serrano, 2014), producto en buena parte de la idea de fracaso migratorio con la que cargan (Albicker y Velasco, 2016). Los cuerpos indigentes son leídos como signos de la peligrosidad en el orden urbano cuando son reconocidos como ‘mal vestidos’, ‘mal olientes’, ‘holgazanes’, ‘desgarbados’ y ‘sucios’, entre otras valoraciones y juicios que se hacen sobre ellos. Los cuerpos indigentes desdoblan marcas que son asociadas a la vagancia, la adicción y al fracaso migratorio, a través del despliegue de sus ropas, sus olores, sus circulaciones y demás prácticas de escamoteo.

---

<sup>91</sup> Yang y compañía (2007) agregan el componente moral como aspecto fundamental para el proceso de estigmatización desarrollado por Phelan y Link (2001). Los autores colocan la idea de que es posible observar un modo moral de la experiencia, cuando se trabaja a partir del supuesto de que la gente tiene algo que ganar o perder en sus actividades cotidianas y que tiene un valor primordial en las mismas, es decir, que es el centro de interés alrededor del cual gira la práctica cotidiana particular: sobrevivir, ganar estatus, comida, salud, relaciones, etcétera. Dicho valor primordial se ve amenazado cuando aparece un estigma que ejerce sus efectos discriminatorios. En ese sentido, el estigma es amenaza para los indigentes porque pone en cuestión su sobrevivencia o acceso al espacio público. Las prácticas indigentes no necesariamente se corresponden con las formas de legitimidad moral pública del orden urbano tijuanaense, lo cual conforma una afrenta para las moralidades hegemónicas que legitiman las subjetividades en dicho contexto.

### 7.5 Orden urbano excluyente y cuerpos desechables

Las prácticas de gestión de la indigencia en Tijuana –tanto extractivas como caritativas– colaboran para que estas personas se mantengan en la calle y se conserve así un orden fronterizo productivo en donde estas personas son ubicadas como “ajenas” o “fuera” del mismo. Ya sea porque las prácticas extractivas continúan con la cadena de precarización y mantienen a estas poblaciones marginadas y escondidas en los espacios residuales de la urbe, o porque las caritativas movilizan recursos transfronterizamente y abonan a la subsistencia de estas personas –es decir, a que estas personas no mueran de desnutrición o frío, por ejemplo–, la conjunción de estas prácticas, observadas en los distintos modelos de relación analizados, colocan las condiciones para que se reproduzca el proceso de precarización, desigualdad y exclusión en el orden urbano fronterizo México-Estados Unidos.

El diagnóstico de este análisis es que los habitantes de calle se enfrentan abrumadoramente a prácticas excluyentes y predatorias con las que se gestiona su presencia en la ciudad. Las prácticas caritativas, al ser meramente reactivas, colaboran de manera indirecta al mantenimiento de la situación de calle. Así, observadas en operación de manera conjunta, se puede concluir que las prácticas de gestión de la precariedad conforman un proceso creciente de exclusión y de un orden urbano que relega a la invisibilidad a los indigentes, agudizando, con ello, las fuerzas del vórtice de precarización.

En el análisis de las representaciones sobre los indigentes que sustentan las prácticas excluyentes con que se gestiona su presencia por la ciudad se ha encontrado que en los estigmas ignominiosos hay una valoración que es aprovechada por distintas instancias sociales: la desechabilidad. Estas personas sólo importan para estos grupos sociales en la medida en que sus cuerpos pueden ser desechados. Son cuerpos, como dice Butler (2010), que no importan y que no se valoran como humanos. Esa deshumanización, importa para las relaciones excluyentes ya que pueden extraer algún valor de la posibilidad de desecharlos. En tanto desechables, estos cuerpos pueden ser usados como chivos expiatorios, para elevar números de detención o para operar algún movimiento ilegal y clandestino, entre otras cosas. Esta situación es rentable en tanto los cuerpos indigentes pueden ser utilizados de manera instrumental y sin ningún vínculo de



reciprocidad, obteniendo fines sin tomar responsabilidad de lo que suceda con sus cuerpos en el proceso.

### **7.6 Construcción de subjetividades violentas en los espacios residuales**

Vivir en los espacios residuales en que habitan estas personas es riesgoso, violento y complicado debido a las diferentes prácticas y dinámicas analizadas a lo largo de los capítulos de esta investigación. Poco a poco se van aprehendiendo desde un ‘sentido práctico’ las formas riesgosas de subsistencia en dichos espacios y, con el paso de los días, estas personas van normalizando el tipo de sensaciones que se generan desde la vida callejera: estridencias, dolores, cansancio, hambre, etcétera. A pesar de la violencia de habitar dichos espacios, es desde allí donde se crean sentidos e irrumpen emociones vinculadas a la situación de indigencia. Siguiendo a Wheterell (2012), el afecto implica hablar tanto sobre el sentido como sobre la sensibilidad. Por ello, las expresiones emocionales tuvieron un lugar primordial como observables para el análisis, ya que son una forma de imputarle significado a lo que el cuerpo siente en esos espacios.

La interiorización sensorial de las paupérrimas condiciones de los espacios residuales es un recordatorio corporal –como dice Bourdieu– de la violenta exclusión que el cuerpo resiente cuando se vive en las calles de la ciudad de Tijuana. He analizado que cuando la vergüenza y la soledad se expresan como manifestaciones emocionales de la estigmatización y la exclusión socioespaciales que sienten en el cuerpo día con día, dicha demostración sensorial es también muestra de la reproducción de las violencias sobre sí mismos. Prácticas como la autoexclusión, el consumo de drogas, la violencia entre pares, la exposición a gases tóxicos, etcétera, forman el último rescoldo de la cadena de violencia (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004) cuando esta es auto ejercida.

Así, en esta investigación se analizó cómo los efectos de la violencia sufrida (física, estructural, cultural) a lo largo del proceso de precarización pueden ser transformados en otro tipo de violencia. De esta manera, se ha demostrado, siguiendo a Phillipe Bourgois (2003; 2009), que, además de las fuerzas excluyentes que los mantienen en las dinámicas callejeras, éstas personas participan en su propia destrucción cuando reproducen subjetiva y emocionalmente las violencias del vórtice de precarización sobre sí mismos.

Es la reproducción de la violencia hacia sí mismos –y la consecuente degeneración corporal y emocional– el signo de la imposibilidad para dominar el presente y el porvenir si no hay un apoyo socioafectivo externo que los asista en ello. En tanto no sea así, el vórtice de precarización continuará como un torbellino de formación de subjetividades violentas.

## **7.7 Asignaturas pendientes**

En este último apartado se proponen los temas y aproximaciones que, si bien se tocaron tangencialmente en esta tesis, quedan pendientes para futuras investigaciones: el papel del Estado en la gestión de las poblaciones vulnerables y la experiencia femenina en las calles de la ciudad de Tijuana.

### **7.7.1 El rol de la familia, el abandono del Estado y la reinserción en el sistema de desigualdad**

El papel del Estado se abordó a través de las interacciones con las instancias policiales, de la relación con el gobierno municipal, del análisis del ordenamiento urbano, y a través de algunas aproximaciones a programas y políticas públicas, sin embargo esta investigación no se planteó hacer una sociología del estado. Sin embargo, sería preciso un análisis de la política familista que se plantea desde las instancias estatales, para comprender el abandono del Estado hacia la atención de estas poblaciones vulnerables.

Cuando se hace la comparación de las narrativas entre quienes sí están en posibilidades de tomar una ruta de salida de la calle (Chinolas y Chava) y quienes no, se advierte que, una vez estando en la calle, orientar sus acciones hacia el futuro para transformar su situación social –lo que Emirbayer y Misch denominan agencia proyectiva–, es sumamente difícil a menos que tengan vínculos socioafectivos de apoyo que estén lejos de las redes callejeras. En tanto no existan o se renueven redes socioafectivas que los provean de suficientes recursos sociales para salir de las calles, no hay posibilidad de un nuevo reajuste temporal de la agencia y deben continuar tratando de sobrevivir al día sin proyectarse hacia el futuro.

Ahora bien, parece ser que la idea con la que operan los programas federales de atención a personas vulnerables es, precisamente, que la familia es lo único que te puede sacar de la calle. Sería de mucha utilidad hacer un análisis de estrategias gubernamentales –como Somos Mexicanos, por ejemplo, que ofrece incentivos para retornar a los lugares

de origen una vez que son deportados— para analizar cómo es que los pocos esfuerzos estatales implican un modelo familista que los retorna a los lugares de origen —con la esperanza de que sea la familia quien se encargue de ellos—, reinsertándolos en el sistema de desigualdad del que salieron. Esto daría una idea completa de la falta de apoyos desde el Estado y la insuficiencia de cualquier esfuerzo gubernamental para que estas personas eludan las calles.

### **7.7.2 La experiencia femenina y la perspectiva de género**

No fue sino hasta diciembre de 2017, dos años y medio después de que inicié los acercamientos exploratorios al campo, que pude conocer de manera profunda las dinámicas de una mujer habitando en los emplazamientos residuales de Tijuana.<sup>92</sup> Para entonces ya tenía muy avanzado el análisis sobre el proceso de precarización y las dinámicas, relaciones, violencias, sensaciones y construcción de subjetividad desde la vida callejera. Sin embargo, al conocer a Erika, comencé a darme cuenta de algo que debía ser obvio pero no lo estaba observando ni diseñé la investigación para inquirir en ello: las experiencias de la vida callejera se viven distinto al ser mujer.

El acercamiento etnográfico, continuo y persistente, puso a disposición de las reflexiones de esta tesis la consideración de las experiencias femeninas en la indigencia, lo que significaría un revulsivo para el análisis de la diversidad de trayectorias que conforman el vórtice de precarización en las calles de Tijuana. Y si bien este acercamiento dejó más preguntas que respuestas, es preciso colocarlas como una asignatura pendiente para que la propia investigación no haga invisible estas dinámicas y así vislumbrar las posibilidades que el análisis de género puede aportar en el análisis de la precarización en la frontera de Tijuana.

Si las condiciones precarias y vulnerables de los espacios residuales por donde circulan y viven los habitantes de calle toma forma en sus cuerpos y contribuye a agudizar las fuerzas que jalan hacia dentro del vórtice de precarización, esta digresión etnográfica, entonces, convoca a considerar cómo son las experiencias de vivir en las calles de la ciudad cuando éstas se desarrollan a partir de un cuerpo femenino.

---

<sup>92</sup> Para ese entonces me encontraba redactando las primeras versiones de los capítulos de esta tesis y no hubo oportunidad de entrevistarla, sólo tengo grabadas y registradas algunas conversaciones con ella que permitieron generar estas breves reflexiones sobre la experiencia diferenciada según el género.

Una revisión somera desde esta perspectiva muestra que los análisis sobre la indigencia suelen enfocarse en hombres<sup>93</sup>, incluso, algunos dan por sentado que la conformación de la indigencia y sus espacios es masculina sin problematizar la dimensión genérica en este fenómeno. Aunque las estadísticas demográficas dejan claro que en otros contextos el predominio numérico en esta población es masculino (O'Grady y Gaetz, 2004; Huey y Brendt, 2008; Watson, 2011), no se suelen dar explicaciones sobre las causas de ello y muchas veces no se preguntan. Asumir –casi como algo natural– la característica masculina de la indigencia, oculta o invisibiliza la presencia de las mujeres en las dinámicas de este fenómeno, así como el efecto que el género puede jugar en las formas de sobrevivencia callejera y del ‘encuerpamiento’ de las condiciones precarias en esta situación.

Como consecuencia de lo anterior, si los espacios cotidianos del devenir de la indigencia son las calles de la ciudad, se da por sentado que éstas son un lugar de privilegio para los hombres y para desarrollar sus actividades. Sin embargo, a la luz de una serie de violencias machistas que se reproducen al interior de los emplazamientos residuales, las mujeres indigentes también generan sus propias lógicas de acción para sobrevivir en estos espacios. De esta manera, una situación que hay que entender es que el espacio público, incluyendo sus emplazamientos residuales está generizado (O'Grady y Gaetz, 2004), es decir, que tanto en los emplazamientos residuales como en las prácticas de escamoteo que se llevan a cabo para sobrevivir en dicha situación hay un predominio masculino que se tendría que sortear, en su caso, desde un cuerpo femenino.

Analizar las experiencias femeninas en las calles de la ciudad nos mostraría, en primer lugar, que la incorporación sensorial de los emplazamientos residuales en la ciudad es doblemente violenta cuando se enfrenta desde el cuerpo femenino, ya que se tiene que lidiar con violencias machistas que se reproducen al interior de estos lugares.

Las mujeres, en las calles de Tijuana viven la violencia de manera exponencial, pues además de tratar de solventar las mismas carencias de la vida callejera, tienen que hacerle frente a las violencias machistas de los espacios callejeros que operan sin tapujos y de manera muy agresiva sobre sus cuerpos. Así, no todos experimentan el proceso de precarización de la misma manera, ni tienen pasados idénticos, ni lo hacen con los

---

<sup>93</sup> La concentración en las experiencias masculinas en esta tesis no es la excepción.

mismos recursos ni las mismas estrategias. El cuerpo femenino implica una diferencia fundamental en la vulnerabilidad social de participar de las dinámicas de la vida callejera. Los riesgos y violencias se incardinan de manera diferenciada cuando se habita como mujer en las calles de Tijuana. Por ello, las violencias, los riesgos y las vulnerabilidades, se duplican de manera exponencial cuando el internamiento hacia el vórtice de la precarización se hace desde un cuerpo femenino. Situación, que ofrece una riqueza analítica para complejizar las dinámicas del proceso de precarización en la frontera de Tijuana.

Por lo pronto, quedan más preguntas que respuestas. ¿Por qué hay más hombres que mujeres en las calles de la ciudad? ¿Cómo es el desarrollo de precarización en el caso de mujeres deportadas? ¿Cómo enfrentan las calles de la ciudad con los ciclos propios del cuerpo femenino? ¿Cuál es el orden de género que opera en la estigmatización? Sin embargo, éstas cuestiones pueden ser una semilla –que queda como asignatura pendiente– con la cual germinar un diseño de investigación posterior sobre las poblaciones callejeras y que coloque la perspectiva de género en el centro del análisis.

Un desarrollo posterior con perspectiva de género sobre la vida en la calle, podría aludir a la preeminencia de los hombres en las calles, al papel que juegan las normas y roles de género en la conformación de sus rupturas familiares, a la construcción de estrategias de sobrevivencia por parte de las mujeres que habitan las calles de la ciudad y a comprender componentes específicos de determinadas emociones que operan para continuar determinado curso de acción.

## Referencias bibliográficas

- Abbott, Andrew, 1992, *From Causes to Events. Notes on Narrative Positivism*, en Sociological Methods & Research, Vol. 20, No. 4, Mayo, pp. 428-455
- , 2001, *Time Matters. On theory and method*, The University of Chicago Press, Chicago
- Acosta, C, 2016, *Relatos de vida de veteranos deportados de Estados Unidos en Tijuana: Masculinidades y roles familiares en transformación*, [Tesis de maestría], El Colef, Tijuana
- Ackleson, J (2005), "Constructing security on the U.S.-México border", *Political Geography*, Vol. 24, pp. 165-184
- Adey, Peter, 2006, "If Mobility is Everything Then it is Nothing: Towards a Relational Politics of (Im)mobilities", *Mobilities*, Routledge, 1:1, pp. 75-94
- , 2010, *Mobility*, Routledge, UK
- Adey, P. Bissell, D. Hannam, K. Merriman, P. y Sheller, M., 2014, *The Routledge Handbook of Mobilities*, Routledge, London
- Akers Chacón, Justin, 2010, "The U.S.-México Border. Free trade without people", *ISR. International Socialist Review*, Issue 73, September, consultado el 3 de mayo de 2017 en <http://isreview.org/issue/73/us-mexico-border>
- Ahmed, S (2000), *Strange Encounters. Embodied others in Post Coloniality*, Routledge, UK-USA
- Alexander, Jeffrey, 2011, *Performance and power*, Polity, USA
- Alarcón, R. y Becerra, W., (2012), "¿Criminales o víctimas? La deportación de migrantes mexicanos de Estados Unidos a Tijuana, Baja California", *Norteamérica*, Año 7, Núm. 1, enero-junio, pp. 125-148
- Albicker, S y Velasco, L, 2016, Deportación y estigma en la frontera Mexico-Estados Unidos: atrapados en Tijuana, *Norteamérica*, 11(1), enero-junio, 99-129
- Alegria T y Ordoñez G, (2005) *Legalizando la ciudad. Asentamientos informales y procesos de regularización*, Colef, Tijuana
- Álvarez-Gayou Jurgenson, Juan Luis, 2010, *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*, Paidós, México
- Amure, L, Marmura S, y Salter, M, 2008, "Editorial: Smart Borders and Mobilities: Spaces, Zones, Enclosures", *Surveillance and Society*, 5(2), pp. 96-101
- Andersen, Nels, 1923, *The Hobo. The sociology of the homeless man*, University of Chicago Press, Chicago
- Andreas, P, 2009, *Border Games. Policing the U.S.-Mexico divide*, Cornell University Press, Ithaca-London
- Ariza, M (coord.), 2016, *Emociones, afecto y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, UNAM-IIS, México
- Archer, M, 2007, "The Long March with a Key Problem: Can Explanation and Understanding Be Linked?", en Abbas T y Reeves F, *Immigration and Race Relations. Sociological Theory and John Rex*, I.B Tauris, London
- Astorga Almanza, Luis, 2009, "México: transición democrática, organizaciones de traficantes e inseguridad", *Razón Pública*, consultado el 3 de mayo de 2017 en <http://www.razonpublica.com/index.php/internacional-temas-32/173-mco-transiciemocrca-organizaciones-de-trafficantes-e-%20inseguridad.html>

- , 2016, *El siglo de las drogas. Del porfiriato al nuevo milenio*, De Bolsillo, México
- Bando de Policía y Buen Gobierno para el municipio de Tijuana, Baja California, 2002, Poder legislativo de Baja California, Tijuana
- Bassi, L y Ashenfelter, O, 1986, "The effect of direct job creation and training programs on low-skilled workers" en Danziger S y Weinberg D, *Fighting Poverty: What Works and What Doesn't*, Harvard University Press, Cambridge
- Bauman, Z (1995) "Making and Unmaking of Strangers", *Thesis Eleven*, Núm. 43, pp. 1-16
- , 1999, *La globalización. Consecuencias humanas*, FCE, México
- (2001) "Identity in the globalising world", *Social Anthropology*, 9(2), pp. 121-129
- , 2006, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona
- , 2011, *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*, FCE, México
- Bayón, Cristina, 2015, "La construcción del otro y el discurso de la pobreza. Narrativas y experiencias desde la periferia de la Ciudad de México", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, UNAM, Nueva Época, Año LX, núm. 223, enero-abril, pp. 357-376
- Beck, U (2007) "Beyond class and nation: reframing social inequalities in a globalizing world", *The British Journal of Sociology*, Vol. 58, Issue, 4, pp. 679-705
- Becker, H, 2014, *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Siglo XXI, Argentina
- Berger, R, 2008, "Agency, Structure, and the transition to disability: a case study with implications for life history research", *The Sociological Quarterly*, 49, pp. 309-333
- Bignante, E, 2010, "The use of photo-elicitation in field research. Exploring Maasai representations and use of natural resources", *EchoGeo*, 11, en línea
- Bogardus. E, 1926, "Social Distance in the City." *Proceedings and Publications of the American Sociological Society*. 20, pp. 40-46.
- Bourdieu, P, 1999, *Meditaciones Pascalianas*, Anagrama, Barcelona
- Bourdieu, P, 1999, *Meditaciones Pascalianas*, Anagrama, Barcelona
- Bourdieu, P, 2000, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Anagrama, Barcelona
- Bourdieu, P, 2009, *El sentido práctico*, Siglo XXI, Argentina
- Bourdieu, P y Wacquant, L, 2008, *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI, Argentina
- Bourgois, P, 2003, *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Siglo XXI, Argentina
- , 2009, "Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas" en, López García, J. Bastos, S. y Camus, M., *Guatemala. Violencias desbordadas*, Universidad de Córdoba
- Bourgois, P y Schonberg J, 2009, *Righteous Dopefiend*, University of California Press, Berkeley
- Brenna, J, 2009, "De la tragedia al malestar de la cultura: Georg Simmel y Sigmund Freud", *Argumentos*, UAM-X, México, Nueva Época, Año 22, Núm. 60. Pp. 59-78

- Brouwer, K. Strathdee, S. Magis-Rodríguez, C. Bravo-García, E. Gayet, C. Patterson, T. Bertozzi, S. Hogg, R., 2006, "Estimated Number of Men and Women infected with HIV/AIDS in Tijuana, Mexico" *Journal of Urban Health*, Vol.83(2), pp.299-307
- Burford, J, 2015, "Queering the affective politics of doctoral education: toward complex visions of agency and affect", *Higher Education Research and Development*, 34(4), pp. 776-87
- Bustamante, J, 2000, "Migración irregular de México a Estados Unidos: Diez años de investigación del Proyecto Cañón Zapata", *Frontera Norte*, 12(23)
- Butler, Judith, 2006, *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Argentina, Paidós
- , 2010, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, México, Paidós
- CalRecycle, 2017, *The flow of used tires from California to Mexico and Waste Tire Disposal Issues in Baja California and the adjacent área of Sonora*, SDSU, San Diego
- Campbell, Howard, y Lachica, Josué, 2013, "Trasnational Homelessness: Finding a Place on US-México Border", *Journal of Borderlans Studies*, Routledge, 28:3, pp. 279-290
- Castañeda, A, 2012, "La violencia de la ley: leyes migratorias y el proceso de deportación", en Paris, Dolores (coord.), *Migrantes, desplazados, braceros, y deportados: experiencias migratorias y prácticas políticas*, Tijuana, El Colef-UACJ-UAMX
- Castel, Robert, 1997, *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós
- CBP, 2016, "Performance and accountability report", *Custom and Border Protection*, USA
- Chavez, S, 2011, "Navigating the US-Mexico Border: the crossing strategies of undocumented workers in Tijuana, Mexico", *Ethnic and Racial Studies*, 34(8), pp. 1320-1337
- , 2016, *Border Lives. Fronterizos, transnational migrants and Commuters in Tijuana*, Oxford University Press, New York
- Clifford, J y Marcus, G (eds.), 1991, *Retóricas de la antropología*, Jucar Universidad, Madrid
- Clifford, J, 2001, *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Gedisa, Barcelona
- Clough, P y Haley, J, 2007, *The affective turn. Theorizing the social*, Duke University Press, Durham
- Cortés Larrinaga, M, 2003, "Política inmigratoria de México y Estados Unidos y algunas de sus consecuencias", *Región y Sociedad*, vol. 15. No. 27, Hermosillo, Mayo-agosto
- Cresswell, Tim, 2001, *The Tramp in America*, Reaktion Books, London
- , 2001b, "Making Up the Tramp. Toward a Critical Geosophy" en Adams, P, Hoelscher S y Till K (eds.) *Textures of Place. Exploring Humanist Geogrpahies*, University of Minnesota Press, Minneapolis
- , 2004, *Place. A short introduction*, Blackwell Publishing, UK
- , 2006, *On the move. Mobility in the modern world*, Routledge, USA
- , 2010, "Mobilities I: Catching Up", *Progress in Human Geogrpahy*, SAGE, Vol. 35. Núm. 4, pp. 550-558



- Cresswell, Tim y Merriman, Peter, 2011, *Geographies of Mobilities: Practices, Spaces, Subjects*, Ashgate, England
- Connerton, P, 1998, *How societies remember*, Cambridge, Londres
- Contreras Velasco, Oscar, 2016, “Vivir en los márgenes del Estado: un estudio en la frontera México-Estados Unidos”, *Región y Sociedad*, Año XXVIII, No. 65, pp. 235-262
- Cronley Courtney (2010) “Unraveling the social construction of homelessness”, *Journal of Human Behavior in the Social Environment*, 20, 2, pp. 319-333
- Cunningham, H y Heyman, J. (2004) “Introduction: Mobilities and enclosures at the borders”, *Identities*, 11:3, pp. 289-302
- D’Andrea, Anthony, Ciolfi, Lugiana y Gray, Breda, 2011, “Methodological Challenges and Innovations in Mobility Research”, *Mobilities*, Routledge, London
- Datta, Ayona (2004), “Homelessness: a cross-cultural perspective”, LSE research online, London
- De Certeau, Michel, 1996, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, UIA/ ITESO/ CFEMC, México
- De Genova, N, 2005, *Working the Boundaries: Race, Space and ‘illegality’ in Mexican Chicago*, Duke University Press, Durham
- De Verteuil, G. May, J. Von Mahs, J. 2009, “Complexity not collapse: recasting the geographies of homelessness in a ‘punitive’ age”, *Progress in Human Geography*, 33 (5), pp. 646-666
- Del Monte M, Juan A, 2015, *Entre Ruedas y Asfalto. Identidades y movilidades de bikers y lowriders en Tijuana*, El Colef, Tijuana
- Del Villar, S, “Lo inútil e injusto de la coerción masiva: de la migración a las drogas”, *Foro Internacional*, XXVIII, No. 3
- Depelteau, F, 2015, “Relational Sociology, Pragmatism, Transactions, and social fields”, *International Review of Sociology*, 25(1), pp. 45-64
- Donnelly, Robert y Shirk David (eds.), 2009, *Police and Public Security in México*, University Readers, San Diego
- Dordick, G, 1997, *Something Left to Lose: Personal Relations and Survival among the New York’s Homeless*, Temple University Press, Philadelphia
- Douglas, Mary, 1972, *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, Argentina
- Dubet, F, 2011, *La experiencia sociológica*, Gedisa Barcelona
- Durand, J, 2007, “El programa bracero (1942-1964). Un balance crítico”, *Migración y desarrollo*, núm 9, segundo semestre, pp. 27-43
- Durand, J, y Massey, D, 2010, “New World Orders: Continuities and Changes in Latin American Migration”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 630, July, pp. 20-52
- Durand, J, Massey, D, y Zenteno R., 2001, “Mexican Immigration to the United States: Continuities and Changes”, *Latin American Research Review*, Vol. 36, No. 1, pp. 107-127
- Dunn, Timothy, 1996, *The Militarization of the U.S.-Mexico Border 1978–92: Low-Intensity Conflict Comes Home* (Austin, TX: The Center for Mexican American Studies Books [CMAS], 1996), 3

- Edensor, Tim, 2014, "Rhythm and arrhythmia", en Adey, P. Bissell, D. Hannam, K. Merriman, P. y Sheller, M., 2014, *The Routledge Handbook of Mobilities*, Routledge, London
- Elias, N, (1939), *La sociedad de los individuos*, Ediciones Península, Barcelona
- , 1994, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, México
- , (2012) "La relación entre establecidos y marginados" en Simmel, G. et. al, 2012, *El extranjero. Sociología del extraño*, Sequitur, España
- Ellwood, D, y Summers, L, 1986, "Poverty in America: Is welfare the answer or the problem, en Danziger S y Weinberg D, *Fighting Poverty: What Works and What Doesn't*, Harvard University Press, Cambridge
- EMIF, 2013, Encuesta sobre migración en las fronteras-Norte, El Colef, Tijuana
- EMIF, 2014, Encuesta sobre migración en las fronteras-Norte, El Colef, Tijuana
- Emirbayer, Mustafá, 1997, "Manifiesto for a relational sociology", *American Journal of Sociology*, 103(2), 281-317.
- , 2009, "Manifiesto en pro de una sociología relacional", *Revista CS en Ciencias Sociales*, 4, pp. 285-329
- Emirbayer, M y Mische, A, 1998, "What is Agency?", *The American Journal of Sociology*, 103(4), pp. 962-1023
- Escalante Gonzalbo, F, 2009, "La ciudad, la gente y sus costumbres", en Gonzalbo, P, *Historia de la vida cotidiana en México*, CFE, México
- Ettinger, N, 2007, Precarity Unbound, *Global, Local, Political*, 32(3), pp. 319-340
- Farrugia, D. (2010). The symbolic burden of homelessness: Towards a theory of youth homelessness as embodied subjectivity. *Journal of Sociology*, 47(1), 71–87.
- Farrugia, D., Smyth, J., & Harrison, T. (2015). Moral distinctions and structural inequality: homeless youth salvaging the self. *The Sociological Review*, 1–18.
- Fischer, P y Breakey, W, 1986, "Homelessness and Mental Health: An Overview", *International Journal of Mental Health*, 14, pp. 6-41
- Fitzpatrick, S. Kemp P y Klinker, S., 2000, *Single Homelessness: An overview of research in Britain*, The Policy Press, Bristol
- Fitzpatrick, Suzanne (2005) "Explaining Homelessness: a Critical Realist Perspective", *Housing, Theory and Society*, Vol. 22, No. 1, pp. 1-17
- Fonseca, Claudia, 2005, "La clase y su recusación etnográfica", *Etnografías contemporáneas*, 1
- Forrest, R, 1999, "The new landscape of precariousness", en Kennett, P y Marsh A, *Homelessness. Exploring the new terrain*, The Policy Press, UK
- Fraser, N, (2001) *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*, Universidad de los Andes-Siglo del Hombre Editoriales, Bogotá
- Fraser N y Honneth, A, (2003) *Redistribution or Recognition? A political-philosophical Exchange*, Verso, London
- Freudenal-Pedersen, M. & Cuzzocrea, V. (2015), *Cities and mobilities*, City & Society, AAP, Vol. 27, Issue. 1, pp- 4-8
- Galtung, Johan, 1990, "Cultural Violence", *Journal of Peace Research*, 27(3), pp. 291-305
- , 1995, *Investigaciones teóricas. Sociedad y cultura contemporáneas*, Tecnos-Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Madrid

- García y Griego, M, et. al. 1987, “Análisis y supuestos de la Ley Simpson-Rodino, *Foro Internacional*, XXVIII, No. 3
- Geertz, C, 1989, *El antropólogo como autor*, Paidós, España
- Germidis, D, 1974, *El trabajo y las relaciones laborales en la industria mexicana de la construcción*, COLMEX, México
- Giddens, A, 1984, *The Constitution of Society*, University of California Press, Berkeley
- Glick Schiller, Nina y Salazar, Noel, 2012, “Regimes of mobility across the globe”, *Journal of Ethnic and Migration Studies*, Routledge, 39:2, pp. 183-200
- Goffman, Erving, 1963 (2006), *Estigma*, Amorrortu, Buenos Aires
- Gonzales, Alfonso, 2014, *Reform Without Justice. Latino Migrant Politics and the Homeland Security State*, United States of América, Oxford University Press
- González Granados, P, 2016, “Hacia una antropología compartida. Reflexiones, experiencias y propuestas acerca de la fotografía participativa en investigación antropológica”, *Revista de Antropología Social*, 25 (1), pp. 61-84
- González Reyes, P, 2011, “Impacto espacial diferenciado en el consumo y adicción a las drogas en la frontera norte de México: el caso del Estado de Baja California”, *Revista Criminalidad*, 53(2), pp. 15-36
- Gowan, Teresa (2010), *Hobos, hustlers and backsliders. Homeless in San Francisco*, University of Minnesota Press, Minneapolis
- Gustafson, Per, 2001, “Roots and routes. Exploring the relationship between Place Attachment and Mobility”, *Environment and Behavior*, September, Vol. 33, Núm. 5, pp. 667-686
- Hannam, K. Sheller, M. y Urry, J. (2006) Editorial: Mobilities, Immobilities and Moorings, *Mobilities*, 1:1, pp. 1-22
- Hansen T (2006) “Sounds of Freedom. Music, Taxis and Racial Imagination in Urban South Africa”, *Public Culture* 18(1), pp. 185-208
- Hardoy, J., Mitlin, D.; Satterthwaite, D. *Environmental problems in an urbanizing world: finding solutions in cities in Africa, Asia and Latin America*. Earthscan, London, UK (2001) 464 pp
- Hecht, Tobias, 1998, *At home in the Street. Street Children of Northeast Brazil*, Cambridge University Press, USA
- Heidegger, M, 1962, *El ser y el tiempo*, FCE, México
- Herskovits, M, 1992, *El hombre y sus obras*, FCE, México
- Heinle, Kimberly, Rodríguez Ferreira, Octavio y Shirk, David, 2017, *Drug Violence in México. Data and Analysis Through 2016. Special Report. Justice in México Project*, University of San Diego, San Diego
- Heyman, J (ed.), 1999, *State and ilegal practices*, BERG, UK
- Hiernaux, Daniel, 1986, *Urbanización y autoconstrucción de vivienda en Tijuana*, Centro de Ecodesarrollo, México
- Hillcoat-Nallétambly, S. y Phillips, J. 2011, “Sociological ambivalence revisited”, *Sociology*, 45(2), pp. 202-217
- Holland, L, 2014, “The politics of deportation and the restrictionist movement in the post 9/11 era”, *Contemporary Justice Review*, 17(2), pp. 173-194
- Hombs, M, 2011, *Modern Homelessness. A reference Handbook*, ABC-CLIO, Santa Barbara-Denver-Oxford
- Hope, M y Young, J, 1988, *The Faces of Homelessness*, Heath, Lexington

- Huey, Laura ; Berndt, Eric, 2008 “You've gotta learn how to play the game': homeless women's use of gender performance as a tool for preventing victimization”, *The Sociological Review*, May, Vol.56(2), p.177
- INCB, 2008, *Report of the International Narcotics Control Board*, Annual Reports, UN, Austria
- Jackson, E. 2012, “Fixed in Mobilty: Young Homeless People and the City”, *International Journal of Urban and Regional Research*, 36:4, pp: 725-41
- Jaffe, R. 2012, “Talkin’ ‘bout the Ghetto: Popular Culture an Urban Immaginarie of Immobility”, *International Journal of Urban and Regional Research*, 36:4, pp. 674-88
- Jirón, Paola, 2011, “On becoming ‘la sombre/the shadow’” en Büscher, Monika, Urry John y Witcher Katian (eds.), 2011, *Mobile Methods*, Routledge, UK
- Jensen, O. (2009) Flows of Meaning, Cultures of Movements – Urban Mobility as Meaningful Everyday Life Practice, *Mobilities*, 4:1, 139-158
- Jost, Gerhard, 2012, “Biographical structuring through a critical life event: parental loss during childhood” en Hackstaff, Karla, Kupferberg, Feiwel y Negron, Catherine, *Biography and Turning Point in Europe and America*, The Policy Press, Bristol
- Kauffman, Vincent, 2002, *Re-thinking mobility. Contemporary Sociology*, Ashgate, USA
- Kawash, S. (1998), “The Homeless Body”, *Public Culture*, 10(2), pp. 319-339
- Kerr, D. (2016) “‘Almost like I am in Jail': homelessness and the sense of immobility in Cleveland, Ohio”, *Cultural Studies*
- Laurier, Eric, 2010, “Being There/Seeing There: Recording and Analysing Life in the Car” en Fincham, Ben, McGuinness, Mark y Murray, Lesli, *Mobile Methodologies*, Palgrave MacMillan, UK
- Lee, B. Tyler, K. y Wright, J. 2010, “The New Homelessness Revisited”, *Annual Review of Sociology*, vol. 36, pp. 501-521
- Levinson, D, 2004, *Encyclpoedia of Homelessness*, SAGE, USA
- Levinson, D y Ross, M (Eds), 2007, *Homelessness Handobook*, Berkshire Publishing Group, Massachusetts
- Link, B. G., y Phelan, J. C., 2001, Conceptualizing stigma. *Annu. Rev. Sociol*, 27(Lewis 1998), 363–85.
- Lorey, Isabell, 2016, *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*, Traficantes de Sueños, Madrid
- Low, Setha, 1996, “The Anthropology of Cities: Imagining and theorizing the city”, *Annual Review of Anthropology*, Vol. 25, pp. 383-409
- Makowski, Sara, 2008, “En la frontera de lo social. Jóvenes y exclusión social”, en Cordera, Rolando, Ramírez, Patricia y Ziccardi, Alicia, *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del Siglo XXI*, IIS/UNAM-Siglo XXI, México
- , 2010, *Jóvenes que viven en la calle*, Siglo XXI-UAM, México
- Massey, D, et. al. , 1987, *Return to Aztlan*, Berkeley, UC Press,
- Massey, D, D 2005, *For Space*, SAGE, London-Thousand Oaks-New Delhi
- Massey, D, Durand, J, y Malone, N, 2002, *Beyond Smoke and Mirrors. Mexican Immigration in an Era of Economic Integration*, Sage, New York
- Marcus, G, 1998, *Ethnography Thruough Thick & Thin*, Princeton University Press, New Jersey

- Marsh, A y Kennett, P, 1999, "Exploring the new terrain" en Kennett, P y Marsh A, *Homelessness. Exploring the new terrain*, The Policy Press, UK
- Maxwell, C. y Aggleton P, 2013, *Privilege, Agency and Affect. Understanding the production and effects of action*, Palgrave, New York
- May, J. 2000, "Of nomads and vagrants: single homelessness and narratives of home as place", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 18, pp. 737-759
- May, J. 2000b, "Housing histories and homeless careers: a biographical approach", *Housing Studies*, 15 (4): 613-638
- Medrano Villalobos, G, 2010, *Comunidades consumidoras de heroína. Los discursos ocultos sobre el placer*, [tesis de maestría], El Colef, Tijuana
- Meier, L. y Frank, S. (2016) "Dwelling in mobile times: places, practices and contestations", *Cultural Studies*,
- Minuta de reunión, 2015, Subsecretaría de Gobierno del Estado de Tijuana , 19 de febrero de 2015
- Möller Gonzalez, Natalia, 2011, "Por una epistemología del cuerpo: Un acercamiento desde la etnografía posmodernista al concepto de *cine-trance*, *Análisis de la película Moi, un Noir (Rouch, Francia, 1958)*, Revista Chilena de Antropología Visual, 17, julio, pp. 22-43
- Mullings, L, 1989, "Gender and the application of anthropological knowledge to public policy in the United States" en S Morgan (ed) *Gender and Anthropology.*, pp. 360–82. Washington, DC: American Anthropology Association
- Narotzky, Susana y Besnier, Niko, 2014, "Crisis, Value and Hope: Rethinking the Economy", *Current Anthropology*, Vol. 55, Supp. 9, Agosto, The University of Chicago Press, S4-S16
- Neale Joanne (1997) "Homelessness and theory reconsidered", *Housing Studies*, Vol. 12, No. 1, pp. 47-61
- Nevins, J, 2002, *Operation Gatekeeper: The rise of the 'Illegal Alien' and the Making of the U.S.-México Boundary*, Psychology Press
- Nevins, J y Dunn, T, 2008, "Barricading the Border", NACLA Report of The Americas, November/December, pp.21-28
- Núñez, G, y Heyman, J, 2007, "Entrapment Processes and Immigrant Communities in a Time of Heightened Border Vigilance", *Human Organization*: Winter 2007, Vol. 66, No. 4, pp. 354-365
- Núñez Noriega, G. 2007 "Vínculo de pareja y hombría: 'atender y mantener' en adultos mayores del río Sonora, México" en Amuchástegui, Ana y Szasz, Ivonne, *Sucedo que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, COLMEX, México
- O'Grady, Bill ; Gaetz, Stephen, 2004 "Homelessness, Gender and Subsistence: The Case of Toronto Street Youth", *Journal of Youth Studies*, Vol.7(4), p.397-416
- Odgers, O, y Campos, A, 2014, "Figés dans le mouvement: périodes et espaces d'attente des migrants mexicains expulsés des États-Unis", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, Vol. 30, No. 2, p.113-135
- Omar, Arthur, 1997, *Antropologia da face gloriosa*, Sao Paulo, Cosac & Naify Edições
- Ohnmacht, T. Maksim, H. y Max, M. 2009, *Mobilities and Inequality*, Ashgate, England
- Orobitg Canal, Gemma, 2014, "La fotografía en el trabajo de campo: Palabra e imagen en la investigación etnográfica", *Quaderns-e*, 19(1), pp. 3-20

- Padilla, Antonio, 1998, *Inicios urbanos del norte de Baja California. Influencias e ideas. 1821-1906*, UABC/IIH, Mexicali.
- Pakulsi, Jan, 2004, "Foundations of a Post-Class Analysis" en Ohlin Wright, E (ed.), *Approaches to Class Analysis*, Cambridge University Press, Cambridge
- Park, R, 1999 (1925) *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Ediciones del Serbal, Barcelona
- Park, Robert y Burgess, Edward, 1967, *The City*, University of Chicago Press, Chicago
- Parsell, Cameron y Parsell, Mitch, (2012) "Homelessness as a Choice, *Housing, Theory and Society*, Vol. 29, No. 4, pp. 420-434.
- Partridge, Damani, 2009, "Travel as analytic of exclusión: becoming non-citizens, and the politics of mobility after the berlin Wall", *Identities: Global studies in Culture and Power*, 16:3, 342-366
- Pascale, Celine-Marie, (2005) "There's no place like home: the discursive creation of homelessness", *Cultural Studies ↔ critical metodologies*, Vol. 5, Núm 2, pp. 250-268
- Paugam, S. (1995) "The spiral of precariousness: a multidimensional approach to the process of social disqualification in France", en Graham Room (ed.) *Beyond the Threshold. The Measurement and Analysis of Social Exclusion*. Bristol, The Policy Press, pp. 49-72
- Perelman, M. 2015, "Clases sociales, temporalidades y prácticas culturales. Construcciones de la desigualdad en Buenos Aires, Argentina" (mimeo)
- Perez Duperou, Gabriel H., 2014, *La recomposición de las redes sociales de hombres expulsados por Estados Unidos a Tijuana, Baja California*, [Tesis de maestría], El Colef, Tijuana
- Philbin, M. Pollini, R. Ramos, R. Lozada, R. Brouwer K. Ramos M.E. Firestone-Cruz, M. Case P. Strathdee S. 2008, "Shooting Gallery Attendance among IDUs in Tijuana and Ciudad Juarez, Mexico: Correlates, Prevention Opportunities, and the Role of Environment", *AIDS and Behaviour*, July, 12(4), pp. 552-560
- Pollini, R. A., Brouwer, K. C., Lozada, R. M., Ramos, R., Cruz, M. F., Magis-Rodriguez, C., Case, P., Burris, S., Pu, M., Frost, S. D. W., Palinkas, L. A., Miller, C. and Strathdee, S. A. (2008), Syringe possession arrests are associated with receptive syringe sharing in two Mexico-US border cities. *Addiction*, 103: 101-108
- Reckwitz, A, 2002, "Toward a theory of social practices: a development in culturalist theorizing", *European Journal of Social Theory*, 5(2), pp. 243-263
- Redodem, 2014, *Informe. Migrantes invisibles, violencia tangible*, Red de documentación de las organizaciones defensoras de migrantes, México
- Reguillo, R, 1991, *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, ITESO, Guadalajara
- Rose, Gillian, 2012, *Visual methodologies. An introduction to researching with visual methods*, SAGE, London
- Rose S. y Hatzenbuehler S, 2009, "Embodying social class. The link between poverty, income inequality and health", *International Social Work*, 52(4), pp. 459-471
- Rossi, Peter, et. al., 1986, *The condition of the Homeless of Chicago*, Demography Results Institute, Amherst

- Sabido Ramos, Olga, 2008, ““Imágenes momentáneas *sub specie aeternitatis*” de la corporalidad. Una mirada sociológica sensible al orden sensible”, *Estudios Sociológicos*, XXVI: 78, pp.617-646
- Sabido, O, (2009) “El extraño” en León E, *Los rostros del otro. Reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad*, Anthropos-CRIM/UNAM, Barcelona
- Salguero, A. 2009, “Ser proveedor no es suficiente: reconstrucción de la identidad en los varones”, *La Manzana. Revista Internacional sobre estudios de Masculinidades*, Vol 4, Núm. 7, Octubre-Diciembre
- Schatzki, T, 1996, *Social Practices: a wittgensteinian approach to human activity and the social*, Cambridge University Press, Cambridge
- Scheper-Hughes, N y Bourgois, P, 2004, “Introduction: Making Sense of Violence” en Scheper-Hughes y Bourgois, P, *Violence in War and Peace: An Anthology*, Blackwell Publishing, UK
- Schuster, L., & Majidi, N. (2015). Deportation Stigma and Re-migration. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 41(4), 635–652
- Schutz, A (2012) “El forastero: ensayo de psicología social”, en Simmel, G. et. al, *El extranjero. Sociología del extraño*, Sequitur, España
- Schwarz, O. (2015). The Sound of Stigmatization: Sonic Habitus, Sonic Styles, and Boundary Work in an Urban Slum. *Source: American Journal of Sociology*, 121120(1), 205–242.
- Serrano, A. 2014, “Los imaginarios urbanos de Tijuana desde la perspectiva del empresario local”, [tesis de doctorado], El Colef, Tijuana
- Sewell Jr, W., 2006, “Una teoría de estructura: dualidad, agencia y transformación”, *Arxius de Ciencies Socials*, 14 (6), pp. 145-176
- Sgard, Jerome, 2012, “México: la crisis de la deuda en los años 80”, *Amerique Latine Political Outlook Sciences Po*, pp. 1-6 consultado en <http://www.sciencespo.fr/opalc/sites/sciencespo.fr.opalc/files/Crisis%20mexicana.pdf> el 17 de junio de 2017
- Shirk, David, 2014, “A Tale of Two Mexican Border Cities: The Rise and Decline of Drug Violence in Juárez and Tijuana”, *Journal of Borderland Studies*, SAGE, Vol. 29, Iss. 4, pp. 481-502
- Shirk, David, y Wallman, Joel, 2015, “Understanding Mexico’s Drug Violence”, *Journal of Conflict Resolution*, SAGE, Vol. 59, Núm. 8, pp. 1348-1376
- Shlay, Anne y Rossi, Peter, 1992, “Social Science Research and Contemporary Studies of Homelessness”, *Annual Review of Sociology*, 18, pp. 129-60
- Shoshan, N, (2008) “Placing the extremes. Cityscape, ethnic ‘Others’ and Young Right Extremist in East Berlin”, *Journal of Contemporary European Studies*, Routledge, 16(3), pp. 377-391
- Shove, E. Pantzar, M. Watson, M, 2012, *The Dynamics of Social Practice. Everyday life and how it changes*, SAGE, London
- Shumsky, NL, 2012, *Homelessness. A Documentary and Reference Guide*, Greenwood, Santa Barbara-Denver-Oxford
- Simmel, G, 2002, *Cuestiones fundamentales de Sociología*, Gedisa, Barcelona
- Simmel, G. et. al, 2012, *El extranjero. Sociología del extraño*, Sequitur, España

- Simonsen, K. 2008 "Place as Encounter: Practice, Conjunction and Co-existence" in Baerenholdt, J y Granas B. *Mobility and Place. Enacting Norther European Peripheries*, Ashgate, Europe
- Skeggs, B. (2005). The Making of Class and Gender through Visualizing Moral Subject Formation. *Sociology*, 39(5), 965–982.
- Slack, Jeremy y Whiteford, Scott, 2010, "Viajes violentos: la transformación de la migración clandestina hacia Sonora y Arizona", *Norteamérica*, 5(2), pp. 79-107
- , 2011, "Violence and Migration on the Arizona-Sonora Border", *Human Organization*, The Society for Applied Anthropology, Vol. 70, No. 1, pp. 11-21
- Smith, N. 1996, *The new urban frontier: gentrification and the revanchist city*, Routledge, London
- Snow, David y Anderson, Leon, 1987, "Identity Work among the Homeless: The Verbal Construction and the Avowal of Personal Identities", *American Journal of Sociology*, 92, pp. 1336-71
- , 1993, *Down on Their Luck: A Study of Homeless Street People*, University of California Press, Berkeley
- , 2001, "Inequality and the Self: Exploring Connections from an Interactionist Perspective", *Symbolic Interaction*, Vol. 24, Núm. 4, pp. 395-406
- Somerville, P. 1992, "Homelssness and the Meaning of Home: Rooflessness or Rootlessness?", *International Journal of Urban and Regional Research*, Blackwell Publishers, Vol. 16, No. 4, pp. 529-539
- , 2013, "Understanding Homelessness", *Housing, Theory and Society*, Routledge, 30:4, pp. 1-32
- Spener, D, 2009, *Clandestine Crossings. Migrants and Coyotes on the Texas-Mexico Border*, Cornell University Press, Ithaca-London
- Susser, I., 1996, "The construction of poverty and homelessness in US cities", *Annual Review of Anthropology*, 25, pp. 411-35
- Sutherland, E y Locke, J, 1936, *Twenty Thousand Homeless Men: A Study of Unemployed Men in the Chicago Shelters*, J.B. Lippincott, Chicago
- Standing, Guy, 2013, *El precariado. Una nueva clase social*, Pasado y Presente, Barcelona
- Swanson, K. 2007, "Revanchist Urbanism Heads South: The Regulations of Indigenous Beggars and Streets Vendors in Ecuador", *Antipode*, Vol 39, 4, september, pp. 708-728
- Syversten, J. Pollini, R. Lozada, R. Strathdee, S., Rangel, G. Harvey Vera, A. "Managing la malilla: Exploring drug treatment experiences among injection drug users in Tijuana, Mexico, and their implications for drug law reform", *The international Journal on Drug Policy*, 21 (2), pp. 459-65
- Taylor, Charles, 1993, *El multiculturalismo y la "política del reconocimiento"*, FCE, México
- Teague, Aileen, 2015, "How Our War on Drugs Undermines Mexico", History News Network. The George Washington University, consultado el 2 de mayo de 2017 en <http://historynewsnetwork.org/article/159257>
- Tilly, Ch, 2008, *Explaining Social Processes*, Paradigm Publishers, Boulder-London



- Thrift, Nigel, 1996, *Spatial Formations*, SAGE, London
- Thomson Rachel, Bell Robert, Holland Janet, Henderson Sheila, McGrellis Sheena and Sharpe Sue, 2002, "Critical Moments: Choice, Chance and Opportunity in Young People's Narratives of Transition", *Sociology*, BSA Publications/SAGE, Volume 36(2), 335-354, London
- Unidad de Política Migratoria (UPM), 2013-2014-2015-2016, "Repatriación de Mexicanos en Estados Unidos", *Boletines Estadísticos*, SEGOB
- Urry, John, 2007, *Mobilities*, Polity, USA
- Urry, John y Sheller, Mimi, 2006, "The New Mobilities Paradigm", *Environment and Planning*, 38, pp. 207-226
- US Border Patrol, 1994, "Border Patrol Strategic Plan 1994 and Beyond" consultado en <https://assets.documentcloud.org/documents/355856/border-patrol-strategic-plan-1994-and-beyond.pdf>
- Valdez Cárdenas, Javier, 2012, *Levantones. Historias reales de desaparecidos y víctimas del narco*, Aguilar, México
- Valenzuela, JM, 1991, *Empapados de sereno: reconstrucción testimonial del movimiento urbano popular en Baja California (1928-1988)*, El Colef, Tijuana
- , 2015, "Remolinos de viento: juvenicidio e identidades desacreditadas" en Valenzuela Arce, José Manuel (coord.), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina*, Ned Ediciones, Barcelona
- Vannini, P. 2009, *The Cultures of Alternative Mobilities. Routes Less Travelled*, Ashgate, England
- Velasco, L. 2016, "Cross-border Mobility and Clandestine Practices: Scenarios of Violence in the Mexico-United States Border Region". *Human Organization*: Fall 2016, Vol. 75, No. 3, pp. 269-278
- Velasco, Laura y Albicker, Sandra, 2013, *Estimación y caracterización de la población residente en "El Bordo" del canal del Río Tijuana*, El Colegio de la Frontera Norte [Reporte ejecutivo de resultados de investigación], Tijuana
- Velasco Ortiz, Laura y Contreras, Oscar, 2011, *Mexican voices of the Border Region*, Temple University Press, Philadelphia
- Velasco, Laura y Coubes, Marie Laure, 2013, *Reporte sobre dimensión, caracterización y áreas de atención a mexicanos deportados desde Estados Unidos*, El Colegio de la Frontera Norte [Documento Oficial], Tijuana
- Velasco, Laura y Gianturco, Giovanna, 2012, "Migración internacional y biografías multiespaciales: una reflexión metodológica" en Ariza, Marina y Velasco, Laura, *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, IIS-UNAM/COLEF, México
- Vila, Pablo, (2007) *Identidades fronterizas: narrativas de religión, género y clase en la frontera México-Estados Unidos*, El Colegio de Chihuahua, México
- , (2008) "Procesos identificatorios en la frontera entre México y Estados Unidos" en Velasco L (coord.), *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*, COLEF/ Miguel Ángel Porrúa, México
- Wacquant, Loic, 2001, "Deadly Symbiosis. When Ghetto and Prison Meet and Mesh", en *Punishment & Society*, SAGE, January, vol. 3, no. 1, pp. 95-133
- , 2007, *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Manantial, Buenos Aires

- , 2018, “Cuatro principios transversales para poner a trabajar a Bourdieu”, Vol. XXXVI, núm 106, enero-abril, pp. 3-23
- Watson, Juliet, 2011, “Understanding survival sex: young women, homelessness and intimate relationships”, *Journal of Youth Studies*, Vol.14(6), p.639-655
- Wetherell, Margaret, 2012, *Affect and emotion. A new social science understanding*, SAGE, London
- Williams, R, 1977, *Marxism and Literature*, Oxford University Press, New York
- Yang, L. H., Kleinman, A., Link, B. G., Phelan, J. C., Lee, S., & Good, B. (2007). Culture and stigma: Adding moral experience to stigma theory. *Social Science and Medicine*, 64, 1524–1535.
- Zenteno, René, 1995, “Del Rancho de la Tía Juana a Tijuana: una breve historia de desarrollo y población en la frontera norte de México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol 10, No.1 (28), Ene-Abr, pp. 105-132
- Zorbaugh, Harvey, 1929, *The Gold Coast and the Slum*, Chicago University Press, Chicago

### Referencias cinematográficas

- Gamou, G, 2014, *El regreso del Muerto*, [documental], México
- Silva, R, 2014, *Navajazo* [documental/cine dramático], México
- Vice, 2016, *El purgatorio de los deportados* [documental], Estados Unidos

### Referencias hemerográficas

- AFN, 2017, “Hay más de 2 mil indigentes en Tijuana”, Agencia Fronteriza de Noticias, en línea
- Calderón, V, 2015, “Impedirán que indigentes y deportados regresen al canal”, *Tijuanapress.com*, en línea
- Cuamea, F, 2017, “Droga, Sangres y Dinero. Narcomenudeo. La evolución de los cárteles”, *Noroeste*, en línea
- El Tijuanaense Redacción, 2015, “Migrantes del bordo se encuentran dispersos por zona centro”, Tijuana, Baja California, 7 de marzo de 2015
- Frontera, 2015, “Limpieza en Bordo dispersa adictos”, 22 junio 2015, Portada
- Fox News, 2004, “Battle Over U.S.-Mexico Border Fence Heats Up”, consultado el 31 de abril de 2017 en <http://www.foxnews.com/story/2004/03/15/battle-over-us-mexico-border-fence-heats-up.html>
- Garduño, R, 2009, “Al Amparo de la policía, el *crystal* envenena a miles de tijuanaenses”, *La Jornada*, 03/12/2009, p.8
- Heras, A, 2013, “Tijuana: sacan de El Bordo a menesterosos”, *La Jornada*, 06/08/2013, p. 31
- Johnson, R, 2013, “WELCOME TO ‘THE JUNGLE’: The largest homeless camp in mainland USA is right in the heart of Silicon Valley”, *Business Insider*, USA, En línea
- Méndez, E, 2017, “Terminan mexicanos deportados como indigentes; en Tijuana”, *Excelsior*, en línea
- Redacción, 2011, “Historia de las inundaciones en Tijuana”, *El Mexicano*, en línea
- Rivera, G, 2016, “El Puente más importante de Old Mexico”, *AFN*, en línea
- Uniradio, 2015, “Bordo libre de habitantes; impedirán que refresen”, *Uniradio*, en línea

## Entrevistas citadas

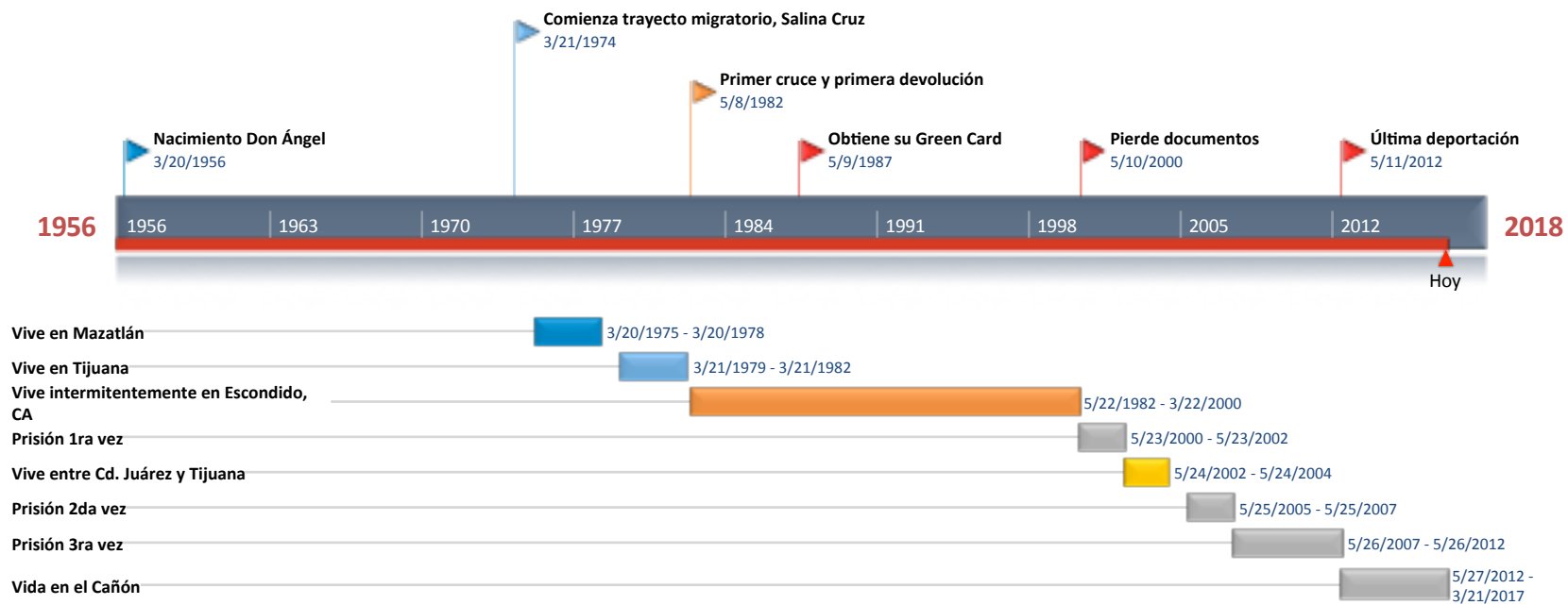
- Carlota [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Carballo Darinka, [Entrevista], 2016, por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Chava [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Chilango [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Chinolas [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Don Ángel [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Guanajuato [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Hermosillo [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Juanito [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Manitas [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Pelón [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Pimpón [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México
- Solín [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México

Willy [Entrevista], 2016 por Juan Antonio Del Monte [trabajo de campo], “El proceso de indigencia y la experiencia de las poblaciones callejeras en Tijuana”, Tijuana, Baja California, El Colegio de México

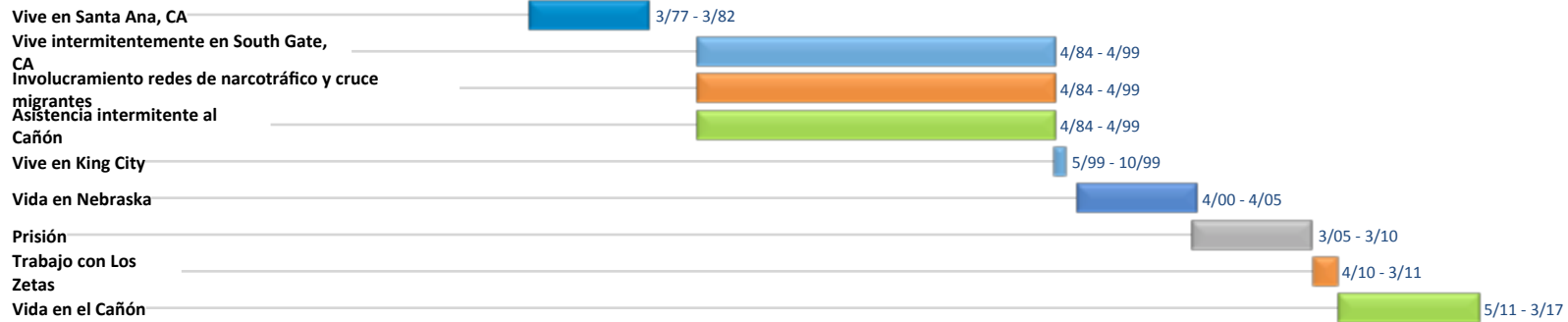
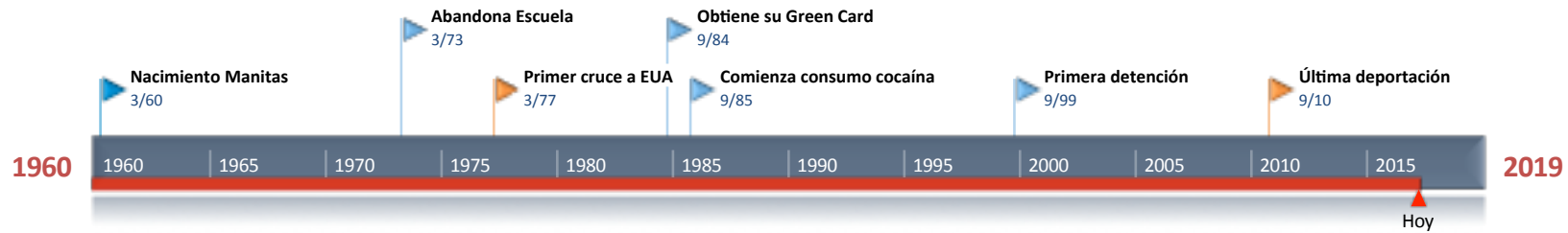
## Anexos

### Líneas de tiempo

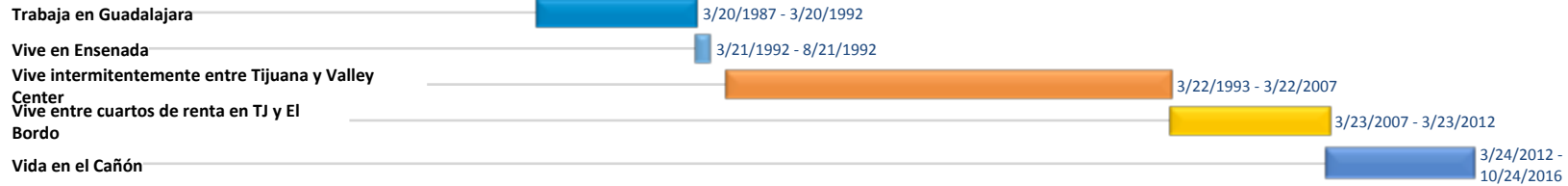
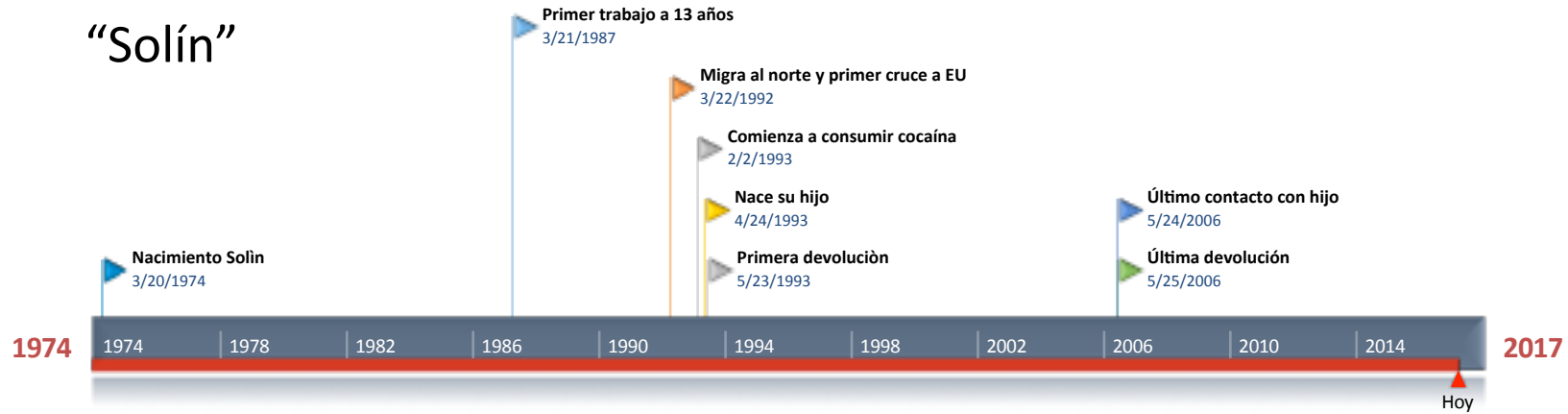
# “Don Ángel”



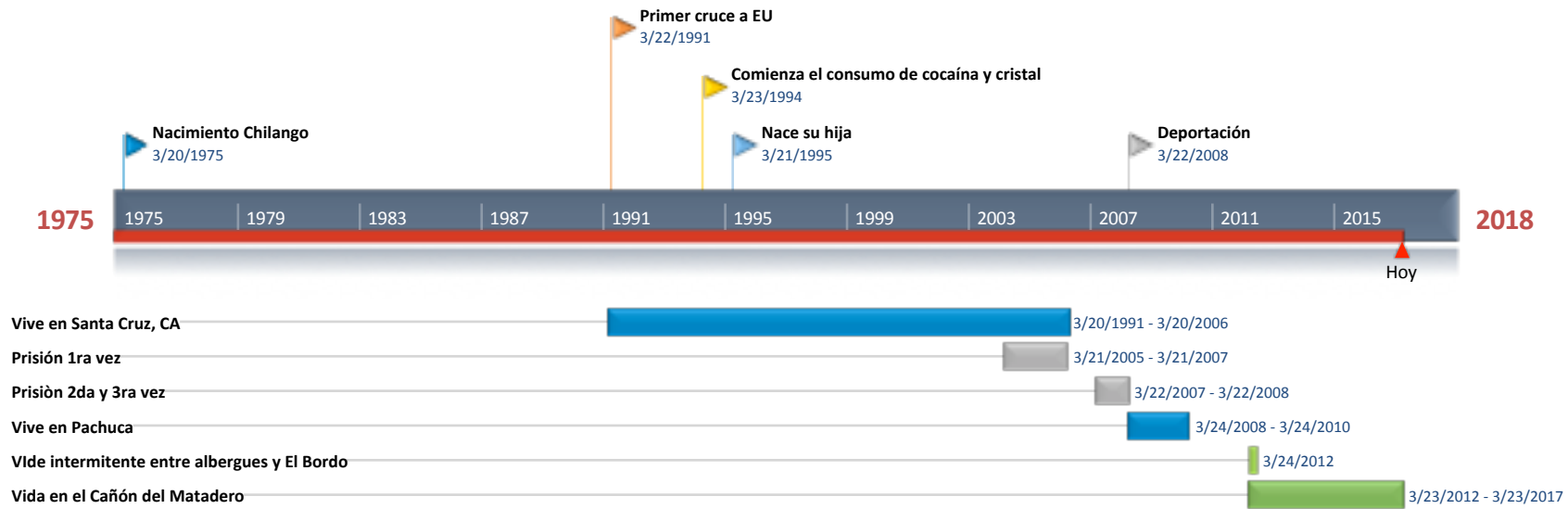
# “Manitas”



# “Solín”

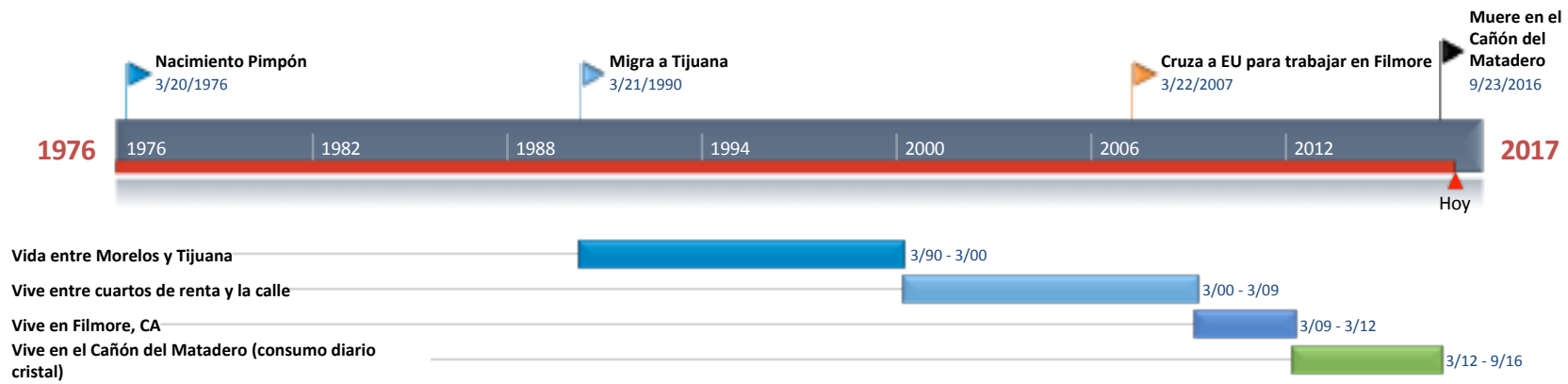


# “Chilango”

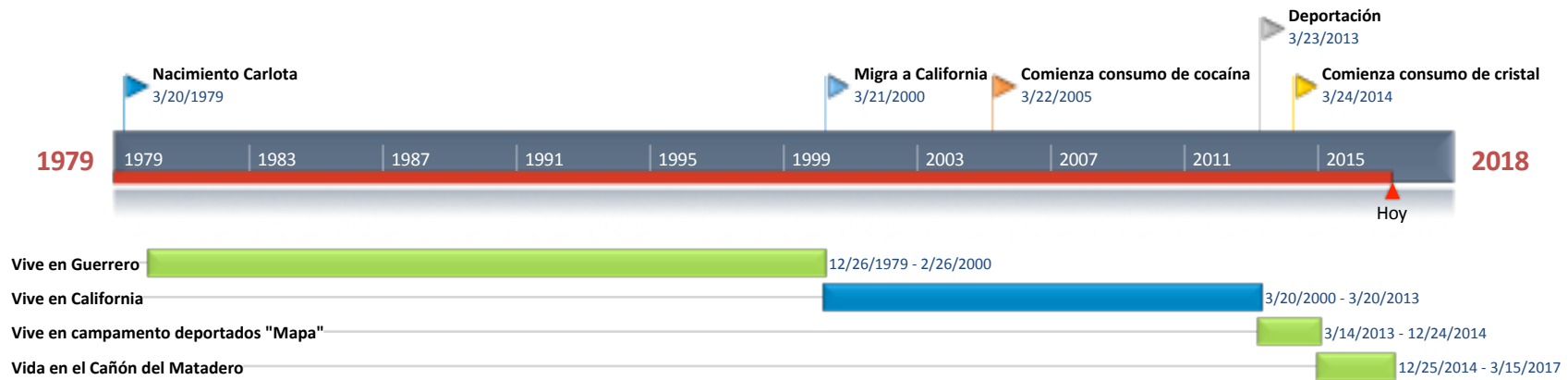




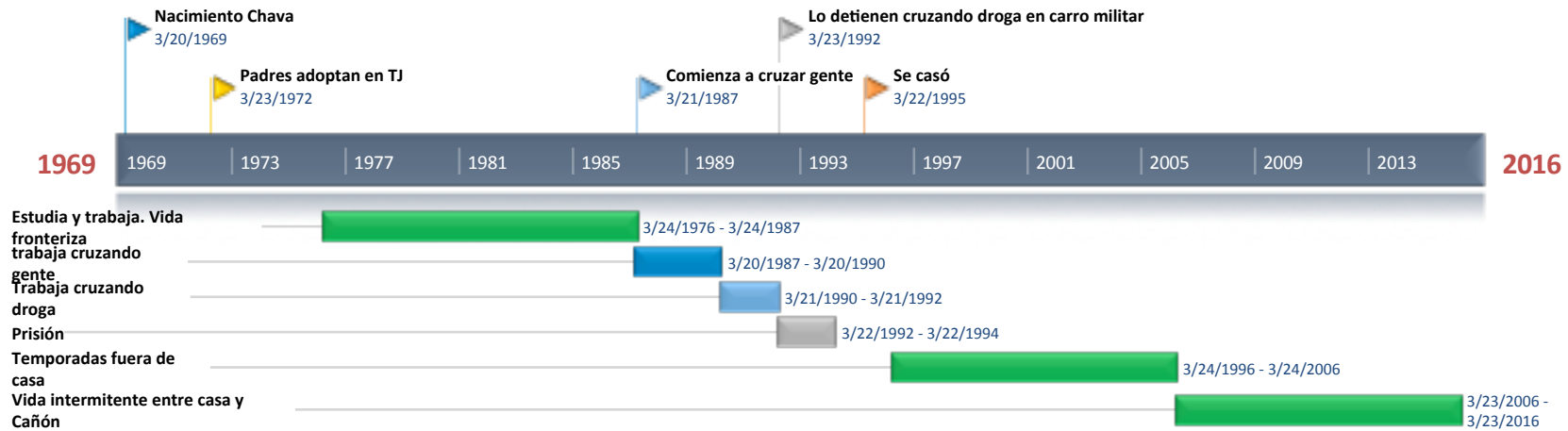
# “Pimpón”



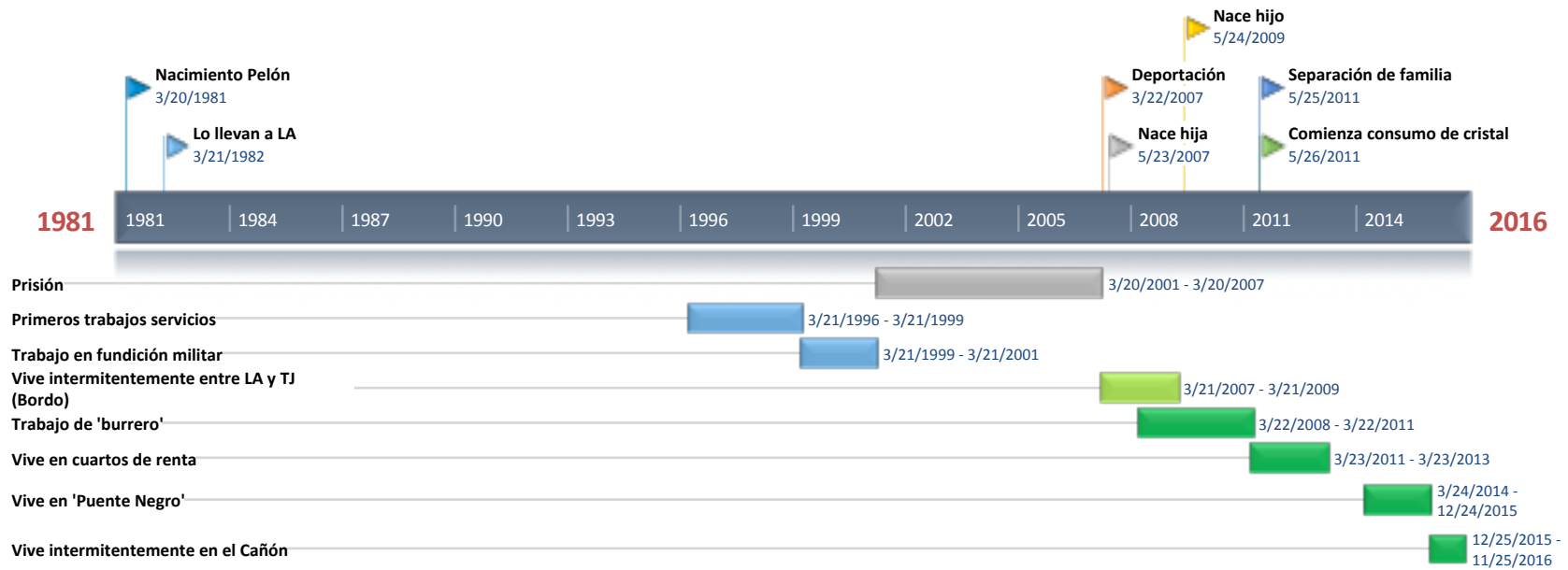
# “Carlota”



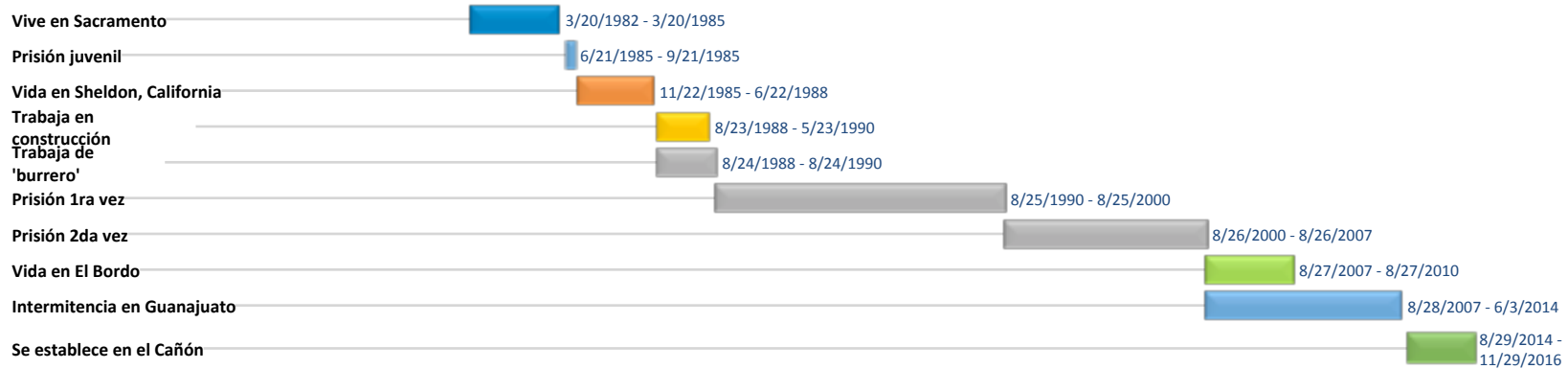
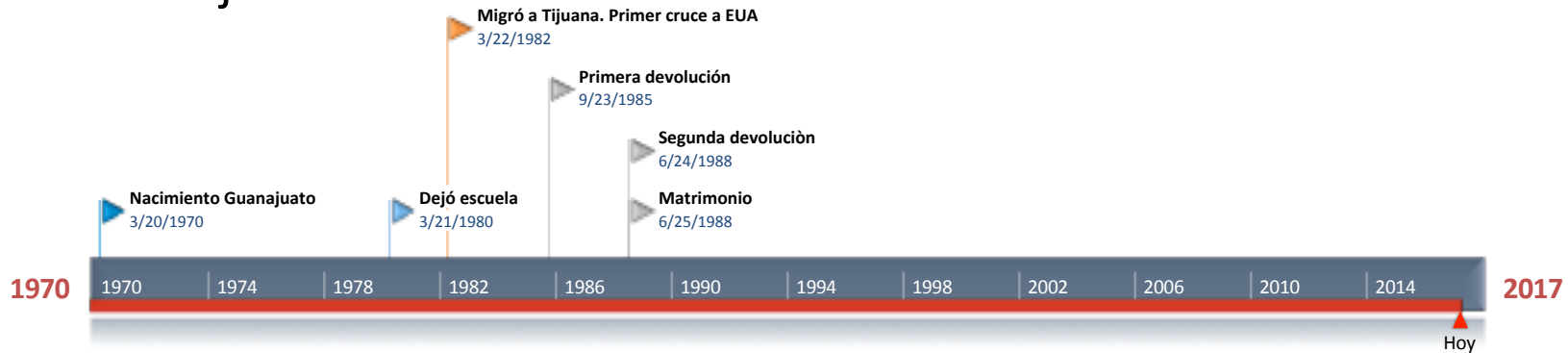
# “Chava”



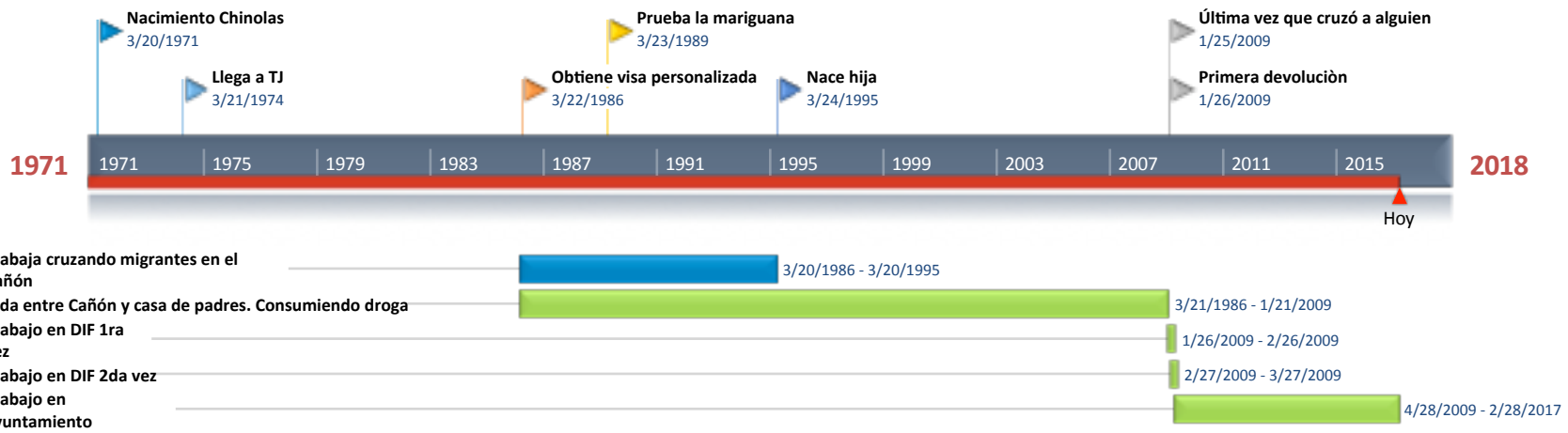
# “Pelón”



# “Guanajuato”



# “Chinolas”



# “Hermosillo”

